BREATHE OUT

Aunque ninguno está preparado para sanar...
tal vez sea hora de dejar de huir

ALEXANDRA MONET

MONTENA

BREATHE OUT

ALEXANDRA MONET

MONTENA

Para esa niña de cinco años que necesitaba que alguien se hiciese cargo de ella.
Para las que están rotas y aun así lo siguen intentando.
Para las que lloran solas en el suelo de su habitación, creyendo que nadie las entiende.

Yo te creo, yo te veo.
Ojalá supieras que me importas, porque esta historia también es tuya.
Y a través de estas páginas, nunca más estarás sola.

Nota de la autora

Esta historia aborda temas sensibles relacionados con la salud mental y las heridas que a veces se arrastran desde la infancia. A lo largo de la novela aparecen referencias al trauma, la ansiedad, el estrés postraumático, el abandono familiar, el *bullying* y el abuso infantil. Por la profundidad y la dureza de estas temáticas, esta lectura está recomendada únicamente para personas que hayan alcanzado un nivel de madurez suficiente para procesar este tipo de contenidos.

He tratado estos temas con el mayor respeto posible, formándome en ellos y contando con muchos años de terapia a la espalda, buscando ser fiel a la realidad de quienes todavía conviven con estas sombras. Si sientes que alguno de estos contenidos puede removerte en este momento, te animo a que priorices tu bienestar y decidas cuándo y cómo es el mejor momento para leerlo.

Breathe Out es, ante todo, un libro de sanación, de vínculos y de oportunidades. Lee a tu ritmo y cuando te sientas lista, pero sobre todo: cuídate. Si estás pasando por un momento difícil, te animo profundamente a que busques ayuda. Hay lugares en el mundo a los que vale la pena llegar.

Gracias por acercarte a esta historia: la mía y la de muchas.

Recursos de ayuda en España

Si necesitas apoyo en algún momento de tu vida, puedes contactar con estos servicios gratuitos, confidenciales y disponibles 24/7:

Línea 024: Atención a la conducta suicida.

Acoso Escolar / *Bullying*: 900 018 018 (Ministerio de Educación).

Teléfono de la Esperanza: 717 003 717 (para crisis emocionales).

Fundación ANAR: 900 20 20 10 (ayuda a niños y adolescentes).

Emergencias: 112.

Playlist de Keyla & Nate

«Ceilings» - Lizzy McAlpine
«State Lines» - Novo Amor
«I know it won’t work» - Gracie Abrams
«Those eyes» - New West
«Say You Won’t Let Go» - James Arthur
«We Hug Now» - Sydney Rose
«Patience» - Take That
«Anchor» - Novo Amor
«Remember That Night?» - Sara Kays
«What Was I Made For?» – Billie Eilish
«Car’s Outside» - James Arthur
«2 On» - Tinashe, ScHoolboy Q
«You Da Baddest» - Future, Nicki Minaj
«Constelations» - Jade LeMac
«Teenage Fever» - Drake
«Often» - The Weeknd Ft. Kygo

Prólogo



Keyla Blake

Cinco años. Colorado.

—Sssh. Keyla, no hagas ruido, ¿vale?

Mami empezó a darme besos para tranquilizarme mientras yo abrazaba a mi peluche favorito: Estrellita. Temblando como un flan, mi cuerpo se estaba preparando para jugar a alguno de los juegos de papá. Ella solía decirme que este era parecido al escondite, pero su voz no sonaba divertida, así que me sentía confundida.

No me gustaba hablar cuando papá estaba enfadado, y, por los golpes que se escuchaban en el piso de abajo, ese día parecía estarlo. Aunque, a decir verdad…, casi siempre estaba muy gruñón.

Afuera se hizo un silencio absoluto y ella me tapó la boca con las dos manos mientras pegaba la cara a la puerta para escuchar mejor. Su bata olía a cigarrillos y a la colonia que usaba la cajera del supermercado, una señora mayor que siempre me regalaba caramelos de limón.

Mientras me acunaba, empecé a sentirme incómoda debido al frío de los azulejos bajo mi piel. Me dolía el culo de estar sentada y, además, estar quieta durante tanto tiempo hacía que mi cuerpo se pusiera duro como un palito de madera.

Papá nunca solía mostrar un especial interés en mí, salvo cuando quería jugar a algún juego conmigo. El resto de los días solía pasarlo sola, entretenida con las muñecas sucias que me había regalado nuestra vecina Polly.

Muchas tardes, papá no estaba y mamá tenía demasiado sueño para prestarme atención, así que Polly, siempre que podía, me timbraba y venía a buscarme para que fuese a su casa a divertirme con su hijo pequeño, Oliver, que no tenía papá. Eso le ponía muy triste, así que su mami solía decirle que ella valía por dos y que no le hacía falta uno.

Sabiendo lo que era tener un papá, no entendía por qué Oliver quería uno. Cuando pasaba las tardes con ellos me sentía bastante feliz, pero el mundo se me caía encima cada vez que mamá tocaba la puerta para venir a buscarme.

A través de la puerta escuchábamos sus pasos, su voz sonaba arrastrada por el efecto del alcohol y el ruido de los muebles cayendo a su paso.

—Un, dos, tres: escondite inglés.

La casa se empezó a encoger con nosotras dentro y, aunque no sabía ponerle nombre a lo que sentía porque todavía no me habían enseñado esa palabra, el monstruito que tenía dentro siempre que podía volvía a visitarme.

Antes solía llamar monstruo al animal que vivía en mi pecho. Siempre aparecía cuando menos me lo esperaba: cuando estaba en

el cole, cuando cenaba con papá y mamá o cuando me escondía debajo de la cama.

Las pisadas empezaban a escucharse cada vez más lejos y la puerta empezó a emitir un sonido chirriante antes de cerrarse. Nuestra casa era bastante antigua y tanto el suelo como las puertas solían regalarnos diferentes melodías.

—¿Puedo hablar ya? —le susurré a mamá.

Ella no me respondió, pero las lágrimas que bajaban por sus mejillas me hacían saber que algo no iba bien. La piel seca de sus labios cortados se humedecía de ellas mientras me acariciaba el pelo y, con esfuerzo, logró levantarse y abrir el grifo para lavarse la cara.

—No, mi amor, ahora no. Debes irte a dormir y mañana será otro día. Mami te llevará a la cama y te cantará una canción, ¿vale?

Mientras me miraba con los ojos rojos, yo solo podía mirar fijamente cómo el pelo se le pegaba a la frente, como si estuviera cubierto de aceite. Aun así, ella me sonreía y eso me hacía sentir feliz.

—Eres tan bonita —me decía mientras me ponía un mechón de pelo detrás de la oreja—. Tan buena. No dejes que el mundo te rompa, ¿vale? Buscaremos una solución para ti. El mundo te está esperando, pequeña. Solo tienes que aguantar un poco más.

Asentí con la cabeza mientras ella me cogía de la mano y me llevaba a mi habitación: un cuartucho con dibujos en las paredes y una cama pequeñita que no era muy cómoda. Creo que era porque tenía una de sus patas rotas, así que, cuando me tumbaba, solía moverse.

Me encantaba cuando mami me decía cosas bonitas, aunque no era algo que sucediera todos los días.

Una vez lista para dormir, mamá me echó por encima la vieja manta con agujeros pero calentita mientras se acurrucaba a mi lado. En ese momento solo se escuchaba el sonido de su corazón, latiendo por debajo de su jersey verde: pum, pum, pum, pum.

A veces sonaba más despacio y me daba miedo, sentía que se iba a parar para siempre y que ella tendría que viajar al cielo, muy lejos de mí, dejándome sola con papá.

Me habría gustado que alguna vez se quedase a dormir conmigo, aunque en mi habitación hacía mucho frío y tampoco cabíamos las dos. De hecho, mis pies siempre acababan asomándose por fuera del colchón, como si tampoco encontraran sitio donde quedarse.

—¿Sabes, cielito? En el mundo hay sitios donde se puede respirar.

—Pero yo ya respiro, mami. En clase nos explicaron que es porque tenemos dos pulmones, ¿tú no tienes? Yo tengo dos.

—Yo también, cariño, pero hay ciudades donde el aire es un poquito mejor, más limpio. Allí es donde tienes que vivir el resto de tu vida. Un hogar sin gritos, sin lágrimas y sin frío.

—Pero ¿vendrás conmigo?

—Estés donde estés yo siempre estaré contigo —me dijo tragando saliva.

Asentí con la cabeza antes de empezar a acurrucarme. No me gustaba este pijama porque la tela se me pegaba mucho a la piel y, después de jugar con papá, casi siempre me picaban los brazos, por lo que me resultaba todavía más molesto.

A veces me hacía dibujos en ellos sin darse cuenta, pero la mayoría se borraban con el tiempo. Hoy tenía uno justo encima del codo: una marca redonda, marrón, como si fuese la luna. Algunas estaban casi del color de mi piel, pero otras se podían ver un poco

más. Parecían hechas con la punta de algo, como si alguien hubiese querido dibujar estrellitas encima de mí.

Una vez le pregunté a mamá cuándo se borrarían del todo y ella se puso a temblar como un trocito de papel con el viento. Mirándome como si estuviese a punto de romperme, me dijo con suavidad:

—Keyla, no debes preguntarle eso a nadie más, ¿me oyes? No debes preocuparte, cariño. Ahora tienes cinco años y eres una chica mayor. Ya se te irán cuando crezcas.

Dejé de mirarla a ella para mirar y tocar con cuidado mis marcas, pero mamá empezó entonces a apretar las manos con fuerza contra su regazo y, por la cara que ponía, parecía que le hiciesen más daño a ella que a mí.

1
Solo un paso más



Keyla Blake

Veinte años. Portland, Oregón.

Me llamo Keyla y quiero aprender a vivir.

Después de llevar trece semanas sin ir más allá de mi jardín, hoy me preparo para tomar las riendas de esto a lo que llaman vida.

Tengo un ritual para no desmayarme en el intento.

1. Contar siete respiraciones.
2. Mirarme las palmas de las manos y decir mi nombre en alto.
3. Recordar una frase que me haya funcionado antes.
4. Visualizar el camino cercano a mi casa: tres pasos hasta tomar la esquina de la avenida, treinta pasos hasta la entrada, siete escalones hasta mi habitación.
5. Reconocer que estoy asustada y que cada día tengo una nueva oportunidad.

El problema viene en el paso tres. Nunca sé qué frase elegir porque nunca me ha funcionado ninguna.

Hay pocas cosas que me pongan de peor humor que cuando alguien me dice: «Keyla, estate tranquila, ¿vale?». Me hacen sentir que el poder lo tengo yo y me siento culpable por no saber hacer mejor las cosas.

Son las nueve de la mañana y ya llevo una hora vestida, peinada y con el libro que quiero comprarme apuntado en la lista de la compra, como si fuera un paquete de arroz.

Me hago un semirrecogido sujeto por un lazo con detalles florales en mi pelo anaranjado, que cae en ondas hasta la cintura, y me pongo mi armadura favorita: un top verde con escote corazón, una falda de seda color hueso y unos zapatos de tacón bajo. Sé que la elección de los tacones es estúpida, que su sonido contra el suelo hará que no pase tan desapercibida como me gustaría, pero hoy no quiero ser la chica que se esconde bajo esos jerséis dos tallas más grandes que ella. Hoy necesito vestir como en realidad me gusta.

Me miro al espejo y finjo mi mejor sonrisa para engañar al cerebro porque lo vi recomendado en un programa de televisión. La piel bronceada por las horas leyendo en el jardín, las pecas salpicadas en la nariz y los labios demasiado carnosos me devuelven la mirada. No salgo de casa más que para lo básico, pero al menos tenemos piscina, y eso deja un rastro de verano en mi reflejo.

Sonrío, esta vez de verdad, casi a mi pesar, porque estos colores me hacen sentir un poco más yo. No me visto así por estética: lo hago porque necesito que, al menos por fuera, parezca que tengo algo bajo control. Si me veo bien, me siento más valiente, aunque sé que eso no significa que lo sea.

El coche gris que me regaló el tío Will por mi cumpleaños sigue oliendo a canela, mi olor favorito, aunque lleve meses encerrado en el garaje. Cierro los ojos un segundo y me repito que no voy a pensar en él ahora, pero lo echo de menos. Me he propuesto vivir pensando en una cosa cada vez, y lo que me toca para hoy es lograr salir de casa y volver con ese libro en las manos.

Hoy no llueve, lo que quiere decir que nada —absolutamente nada — puede salir mal.

He repasado el plan tantas veces que podría dibujarlo incluso con los ojos cerrados: la ruta más corta hasta la librería, las calles en las que menos gente y ruido de coches hay y mi *playlist comfort zone* para emergencias.

También la frase que repetiré si me encuentro con alguien: «Solo vengo a por un libro» o «No soy Keyla, me has confundido, soy su hermana gemela, siento decepcionarte».

Salir de casa me agota antes incluso de girar la llave, por eso necesito tenerlo todo bajo control, pero la ansiedad no entiende de listas y mucho menos de rutinas.

Estoy llegando a la puerta marrón acristalada por los laterales. Sí, la puerta de casa que suele protegerme del mundo que me espera fuera. Con las llaves en la mano y el bolso en la otra, cierro los ojos y escucho atentamente el latido de mi corazón: tuc, tuc, tuc, tuc, que late como si acabase de correr un maratón. Espero que algún día podamos hacer las paces y ser amigos.

Hoy salgo a por algo que realmente quiero y esa es mi mayor motivación. *Las lágrimas que lloran bajo la lluvia*, de Celine Crafort, disponible el viernes 13 en todas las librerías. La verdad, parece un chiste.

Los libros siempre han sido mi lugar seguro, mi refugio más antiguo. Cuando el mundo aprieta demasiado, abro una página y desaparezco. Así: chas. Sin máquinas del tiempo ni tecnología: solo mi sofá, mi chocolate caliente y la nueva vida que viviré las próximas horas.

Crafort es mi autora favorita, la única que parece escribir dejándose los pulmones, el estómago y las tripas en el papel. Todo lo que yo no soy capaz de decir en voz alta, lo dice ella por mí. Parece leerme por dentro, dejarme escrita, y precisamente ahí es donde sucede la magia de la literatura.

Quiero ese libro, quiero tenerlo en mis manos, en mi estantería, en el mueble de mi habitación. Quiero ver la pegatina: «el drama del año» brillando como una promesa en la portada.

Así que sí: creo que ya tengo suficiente gasolina.

El sonido de la puerta al cerrarse me indica que el juego ha comenzado y que tengo una misión. Si lo consigo, podré tacharlo de la lista de metas a corto plazo que escribo todas las semanas en mi cuaderno. Si no, ya veremos.

El aire me golpea en la cara como una señal de que comienza mi primer reto. Empiezo a escuchar el ruido y doy el primer paso. El tráfico se alza ante mí, como si fuese una montaña que tengo que escalar para llegar a la cima: Books & Blooms. Mi lugar favorito, mi librería de confianza.

Los pasos de los peatones y los gritos de los niños ponen banda sonora a mi cabeza. Procedo a ponerme mis auriculares color azul bebé mientras me coloco los pelos sueltos que se pelean con el viento y se pegan al *gloss*.

Ay, madre.

Llevo semanas sin conducir, entre que se acabaron las clases y yo empecé a faltar a ellas, pero hoy me he levantado valiente. Es mejor eso que subirme a un autobús lleno de gente tosiendo, hablando por teléfono o intentando evitar que su hijo pegue un moco debajo de mi asiento.

Conduzco hasta el centro comercial con los nudillos blancos sobre el volante y la música lo bastante alta como para que tape mis pensamientos. Rezo por encontrar un aparcamiento que esté lo suficientemente cerca de la entrada, pero lo bastante vacío de coches para poder aparcar tranquila.

Bingo. Hoy es mi día de suerte.

Me miro en el retrovisor y hago unas respiraciones. Mis ojos marrones me devuelven la mirada mientras me digo a mí misma: «Solo un paso más. Solo un pasito a la vez».

Salgo del coche, decidida, intentando que el miedo no me haga dar la vuelta. Guardo las llaves en el bolso y camino directa hacia la entrada.

Los primeros pasos son un triunfo, pero conforme más me acerco, mi pulso va en *crescendo*. El suelo se inclina ante mí, como si estuviera dentro de unas arenas movedizas, mientras mis manos se van humedeciendo.

El olor a perfume de señora mezclado con el de palomitas dulces empieza a darme náuseas. Los ruidos van multiplicándose mientras voy sumando pasos. El eco de mis pisadas resuena a medida que voy llegando a la librería. Las conversaciones ajenas son como mensajes de alerta en mi piel, avisándome de que tenga cuidado. Esa piel que tiene memoria, pero que a veces no distingue lo que recuerda.

La librería está ahí, al fondo. Ya puedo verla: parece sacada de un cuento. Es preciosa. Tiene unas ramas curvas de cerezo en plena floración alrededor del cartel, con unos farolillos antiguos colgando entre las hojas. La fachada es de madera oscura y el escaparate de cristal está rebosante de libros.

El exterior tiene un pequeño altar literario: mesas de madera envejecida con pilas de libros perfectamente alineados, algunos con títulos brillantes, otros con las ediciones especiales de mis sueños.

Detrás de los cristales se pueden intuir un sinfín de estanterías que construyen algo parecido a un laberinto, solo con mirarlas te invitan a perderte allí, a convertirte en otra persona.

Empiezo a sentir esa sensación de lo imperceptible, como un cosquilleo que conozco bien. Se instala en mí esa opresión en el pecho mientras noto cómo se van durmiendo mis brazos. Así es como comienza cada una de las veces.

Pienso en el rosa, mi color favorito. Pienso en el olor a comida los domingos a mediodía que inunda toda la casa. Pienso en la sensación de meterme dentro de la cama cuando hace mucho frío.

Pero nada de eso funciona.

Vuelvo a intentar lo de siempre: una, dos, tres veces, pero no entra. El aire se me atasca a medio camino, como si mis pulmones hubieran decidido cerrarle la puerta. Me llevo la mano al pecho para intentar relajar mi corazón, que parece que no sabe cómo funcionar.

Mi universo se empieza a reducir en el trayecto y decido que es el momento de llamar a mi tía, pero el mundo se me va apagando por el rabillo del ojo. Al fondo veo un letrero luminoso con el símbolo de un carrito de bebés. Está cerca, puedo llegar. Sé que puedo, pero dudo de si será hoy.

Haciéndome amiga de la pared voy hasta el baño. Me encierro en el primer cubículo que veo y me dejo caer al suelo, jadeando como si llevara días sin beber. Tengo la boca seca, las mejillas empapadas y la presión arterial por las nubes.

Agarro el teléfono y marco el número que conozco tan bien sin mirar el teclado. Empiezo a sentir calor.

—Keyla, ¿todo bien, cariño? —Escucho su voz al otro lado del teléfono, como un salvavidas.

No.

Nada va bien.

—Tía Ma… —digo sin fuerzas—. No puedo… —jadeo—. Estoy en el centro comercial…, en el baño que está cerca de la librería.

No digo nada más porque no hace falta. Ella sabe dónde encontrarme. Ojalá fuera la primera vez que me pasa.

En menos de diez minutos su coche ya está aparcado en doble fila y ya ha llegado corriendo al baño. Escucho unos pasos que se aproximan a gran velocidad. Me encuentra hecha un ovillo en el suelo, con los brazos apretados al pecho.

—Estás empapada, cariño —me dice mientras se sienta a mi lado, secándome con un poco de papel.

Me mira a través de esos ojos azules y me abraza, pero no soy capaz de decirle nada. Saca de su bolso una botella de agua y me hace beber un sorbo, acariciándome a su vez el pelo, tan distinto al suyo que ya empieza a esconder alguna cana dentro de la trenza que lleva por peinado. Espera a que el aire decida hacer acto de presencia, inundándome de nuevo, y, cuando cree que es el momento de las palabras, habla.

—Querías ir a por ese libro nuevo, ¿verdad?

Asiento con un leve movimiento de cabeza, sin necesidad de hablar. Ella también entiende lo que significa para mí. Creo que mi tía siempre lo supo *todo*, o al menos sospechaba que había algo más. A pesar de todas sus preguntas, de los días en los que no salía de mi habitación o de los moratones nuevos que nunca llegué a explicar con claridad, siempre conseguí esquivar la verdad. O una parte de ella, la más difícil de contar.

Hablar de esto… te rompe por dentro. Te hace sentir pequeña, sucia, culpable de algo que ni siquiera elegiste. Es como llevar un peso que no sabes dónde colocar sin que los demás te señalen. Una vergüenza tan profunda que te hace pensar que, si alguien la supiera, si la dijeras en voz alta, todo el mundo te miraría diferente. Como si fueras débil. Como si tú tuvieras la culpa. Como si fueras el problema.

Y no importa cuánto tiempo pase: cuando por fin lo dices, algo en ti se rompe igual, y es imposible avanzar cuando te olvidas de ti misma.

Todo empeoró el día que el tío Will dejó libre su hueco del sofá, el día que se fue a aquel trabajo sin fecha de vuelta que me separaría de mi mayor apoyo. Y por eso, aunque ella no sepa todas las cosas que me han llevado al límite, las que solo le he contado a él, sabe que desde entonces la vida se ha convertido en una carrera de fondo para mí, y, aun así, decidió priorizar ese maldito trabajo.

—Te lo compré anoche por internet —interrumpe mis pensamientos mientras me acaricia el pelo y ladea la sonrisa—. Llega esta tarde. Podrás pasarte toda la tarde leyendo, cariño. Y yo haré lasaña sin gluten para mi niña, ¿qué me dices?

Abro los ojos, comprendiendo, y niego con la cabeza.

—Gracias, Mags, pero esta vez quería conseguirlo yo. Me habría gustado mirar más libros, pasar un buen rato conmigo misma. Sentir… sentir que lo puedo hacer, ¿sabes?

—Lo sé, cariño, pero a veces el camino nos impide ir más rápido. Puede que haya días que esté tronando y no salga el sol. Puede que haya otros días que todo parezca nublado y después se despeje. Lo importante es seguir dando pasitos cada día, salga bien o mal. Meter cada día una moneda en la hucha de tus objetivos.

Maggie me ayuda a incorporarme con calma, sin presionarme. Camino hasta el lavabo y me enjuago la cara frente al espejo, evitando mirarme demasiado rato. Solo espero que no entre nadie. No podría soportar que me vieran así, con la nariz roja de tanto llorar y el rímel dibujando a su antojo formas por toda mi cara. Me sentiría ridícula, como si estuviera exagerando, y ya he vivido eso demasiadas veces.

Me seco con torpeza y, cuando vuelvo junto a ella, me rodea con los brazos sin decir nada. Avanzamos juntas hacia el coche, paso a paso, con ese nudo en la garganta del que sabe que va a hablar de algo importante. Me acomodo con cuidado en el asiento, que me recoge con esa calidez que uno solo nota cuando está cansado de verdad. Maggie enciende la calefacción y yo cierro los ojos, dejando que el aire tibio me envuelva mientras suelto el aliento, despacio, como si intentara vaciarme antes de expresar lo que nunca soy capaz de decir en voz alta.

Los primeros minutos son puro silencio, con el motor como único sonido de fondo. Miro por la ventanilla, intentando distraerme con las ramas de los árboles, que pasan demasiado deprisa como para poder contarlas, pero lo intento igual.

—No puedes seguir así, cielo —dice por fin, después de un rato en el que solo se escuchaba el motor y mi respiración aún algo errática.

Me muerdo el labio con fuerza. No quiero que me vea llorar, pero el nudo en mi garganta es ya una soga.

—Creía que estaba mejor… Yo… —balbuceo, hundiendo los dedos en la seda de mi falda, que ahora se siente ridícula y fuera de lugar.

—Y lo estás intentando, Keyla. Eso ya es más de lo que mucha gente se atreve a hacer. —Maggie aprieta el volante, sus nudillos marcando las primeras arrugas de sus manos—. Pero no tienes por qué librar esta batalla sola. No mientras yo vea cómo te vas apagando cada vez que intentas dar un paso.

Este año ha sido duro para todos. Nunca antes me había sincerado tanto con ella, y eso que no le he contado toda mi verdad con lujo de detalles. Creo que saber el infierno que estaba viviendo la mató por dentro. Supongo que, cuando no puedes proteger aquello que más quieres, la culpabilidad llega a tu vida con las maletas llenas de mensajes para ti. Saber cómo habían sido estos años para mí…

Llegamos a casa y el motor se detiene, pero, antes de bajarnos del coche, disfrutamos del silencio de Portland que se cuela por las rendijas unos segundos más, recordándome que mañana será otro día en el que podré encerrarme a leer y solo salir al jardín para jugar con nuestro perro mientras disfrutamos del sol.

—¿Sabes? Hace unos días hablé con mi amiga Eloise, la del colegio. Su hijo Tom pasó por una situación parecida a la tuya. Tuvo algunos baches en el instituto y…, bueno, la situación en su casa también es complicada —dice despacio, midiendo cada palabra, como si tanteara el terreno antes de pisarlo.

Me giro hacia ella, sintiendo una punzada de miedo.

—¿Y…?

—Resulta que hay un lugar muy especial en un pueblecito de Maine llamado Silver Springs. Está entre las montañas, cerca de unos acantilados, y tiene unas vistas al mar alucinantes. Sé que no es precisamente cerca, pero he estado echando un vistazo a su programa y tiene muy buena pinta. Son especialistas en varios tipos de trastornos y tienen muy buenos resultados en trauma

Hace una pausa, como si esperara que yo saliera corriendo del coche.

—¿Quieres mandarme lejos? —pregunto con un hilo de voz.

—No digas eso, cariño. Simplemente quiero que vivas, no que sobrevivas. —Maggie abre la puerta del coche y el aire fresco me araña la nariz—. Anda, vamos dentro. Te he impreso algo para que lo veas con calma mientras preparo la cena.

Tan pronto giramos la llave, una bola marrón peluda viene corriendo hacia nosotras, en especial hacia mí, para placarme como un jugador profesional de fútbol americano. Arlo, nuestro caniche, me lame toda la cara, dándome la bienvenida a casa, el único lugar donde por fin puedo respirar.

Sigo a mi tía por el pasillo, arrastrando los pies hasta la cocina con Arlo en brazos. Allí, sobre la encimera, descansa un folio impreso, algo arrugado por las esquinas.

—¡Aquí está! «Velvet Hollow: centro de sanación en el corazón de Silver Springs» —lee ella en voz alta, intentando sonar animada.

Cojo la hoja y la observo. Al ser una impresión casera, los colores no son muy nítidos, pero se intuye un conjunto de edificios rodeados de árboles y flores. Hay fotografías pequeñas de personas montando

a caballo y compartiendo tiempo alrededor de una hoguera, con termos de té en el centro, quemando nubes de algodón.

Todo parece… distinto. Un lugar fuera del mundo. Y me parece bonito, aunque la idea de pasar tiempo con gente ahora mismo me produce escalofríos.

—No es un hospital —aclara Maggie rápidamente, bajando la voz al ver mi expresión—. Ni un centro psiquiátrico. No te encontrarás médicos con batas blancas, medicación o habitaciones en las que sentirte encerrada. Es… acompañamiento especial para ti, Keyla. Lo que llevamos meses buscando aquí, con la única diferencia de que será terapia que combina lo individual con lo grupal.

Se acerca a la nevera para sacar agua y añade, como quien no quiere la cosa:

—Sé que tienen un establo, así que por fin podrías rodearte de caballos, tu animal favorito. Podrás leer, escribir… Además, he revisado sus menús y tienen opciones para todo, así que no tendrás que preocuparte por el gluten.

Me quedo callada, pasando el dedo por el borde del papel. Por un momento siento que soy un estorbo. Supongo que esto se ha puesto demasiado difícil, que yo soy demasiado difícil. Un caso perdido.

—¿Quieres que me ingresen? —pregunto, levantando la vista.

Maggie deja la botella sobre la mesa y se acerca a mí, mirándome con una intensidad que me desarma.

—Quiero que vuelvas a ser tú. Y si para eso necesitas un lugar donde reconstruirte sin las presiones del mundo real, entonces sí. Quiero que te vayas, pero solo si tú estás dispuesta.

Bajo la mirada, dudando de mí misma.

—¿Y si no me ayuda? —susurro.

—¿Y si sí? —responde ella con ternura—. Presiento cosas buenas para ti allí, pececito.

Levanto la vista, sin la fuerza suficiente para luchar contra su fe en mí, y asiento despacio.

—¿Cómo es exactamente ese sitio? La casa, digo. Aquí apenas se ve.

—Espera, te lo enseño mejor.

Maggie saca su móvil del bolsillo, desbloquea la pantalla y busca algo rápido. Me lo extiende para que vea una foto en alta resolución.

—Según tengo entendido, dependiendo del problema que tengas, vas a una casa u otra. Esta de aquí —dice ampliando la imagen con los dedos— creo que sería la tuya.

En la pantalla, una casa enorme se alza justo al borde del mundo, donde el océano rompe con furia contra los acantilados. Parece sacada de una postal de otoño. Tiene tejados de madera azul y paredes blancas que le dan un aire acogedor y nostálgico. A su lado, un faro blanco con franjas vigila las rocas.

La vegetación lo acaricia todo, flores silvestres que se atreven a asomar pese al viento. El cielo en la foto está salpicado de nubes suaves y transmite paz y soledad; ese tipo de emoción inmensa que te dan los lugares en los que el mar siempre está cerca.

—De acuerdo —digo, devolviéndole el móvil con las manos un poco temblorosas—. Puedo… puedo intentarlo.

Maggie junta las palmas y se las lleva al pecho, cerrando los ojos un segundo, y cuando los abre, sonríe de verdad por primera vez en mucho tiempo.

LA CHICA INVISIBLE

Doce años, Portland, Oregón

No podía respirar. El frío se me instalaba alrededor del corazón, desviándose hacia el pecho como si quisiera escapar de mi cuerpo. Había un hueco ahí, un espacio oscuro que no lograba llenar con nada, ni siquiera con las historias que tanto me gustaban.

El tictac del reloj retumbaba en mi cabeza, marcando los segundos que me separaban del momento más temido del día: el recreo. Para la mayoría, era la libertad, el momento de gritar y correr. Para mí, era la hora exacta en la que esa presión sin nombre empezaba a ahogarme.

Estaba sentada en una esquina, en primera fila. Mi sitio asignado, mi trinchera. La señorita Parks explicaba con entusiasmo los libros de Roald Dahl, moviendo las manos en el aire, pero yo ya me los sabía de memoria. Matilda era mi amiga, no la suya. Lo único que quería era meterme dentro de esas páginas y, a poder ser, perder el billete de vuelta.

Al otro lado del cristal, los pájaros volaban en bandada. Me preguntaba si algún día yo también podría volar lejos de allí. Si podría dejar de ser yo.

«Serás feliz cuando no quieras estar en otro lado, siendo alguien más, pequeña Kiki».

La voz de mi abuelo resonó en mi memoria. Ojalá estuviera aquí. Él siempre me prometía que algún día yo sería la dueña de una librería preciosa, y me traía cuentos los domingos para que se me olvidara que al día siguiente había colegio. Pero el abuelo se había ido al cielo y yo me había quedado aquí, en la tierra, donde las cosas no eran tan bonitas como en sus cuentos.

Moví las piernas bajo el pupitre, inquieta. Sabía lo que venía después de ese dichoso timbre. Sabía que las tortitas que me había preparado el tío Will para desayunar acabarían en el inodoro en cuanto saliera por esa puerta. El baño del Middle School se había convertido en mi único refugio, el único lugar con pestillo.

Las sentía detrás de mí como sombras que me rodeaban; una nube negra flotando sobre mi cabeza que me atormentaba cinco días a la semana. Esos ojos vigilando cada paso que daba, escaneando mi ropa, mi pelo o el fallo del día. Eran esas personas que estaban en esa maldita clase y que cada día hacían que respirara un poco menos.

Cinco minutos.

Me concentré en el movimiento de los árboles tras la ventana. Si no las miras, no existen. Si no las escuchas, no pueden hacerte daño.

La voz de la profesora se alejaba poco a poco mientras me adentraba en mis pensamientos. Sus palabras se volvían un zumbido lejano, como si estuviera bajo el agua. Me aferraba a esa sensación porque era mejor que estar allí. Mejor que sentir el pánico

oprimiéndome el pecho cada vez que escuchaba una silla arrastrarse por las baldosas del aula.

Hacía semanas que no escribía nada en mi cuaderno. Tampoco me apetecía leer demasiado. Estaba dejando de hacer las únicas cosas que me hacían feliz porque… ¿para qué? El objetivo era que se pasase la semana lo más rápido posible. Aguantar la respiración, hacerme un ovillo en la cama e intentar volverme transparente.

Pero daba igual lo pequeña que me hiciera. Siempre me encontraban.

Un golpe seco en la mesa detrás de mí me hizo dar un salto en la silla. Risitas por lo bajo. Tragué saliva, fijando la vista en la pizarra como si fuera lo más interesante del mundo.

«No parpadees, Keyla». «No te muevas». «No existas».

—Y bien, ¿quién quiere hacer el primer ejercicio? —preguntó de pronto la señorita Parks.

«Que no diga tu nombre. Por favor. Por favor».

—Todos a la vez no, ¿eh? —bromeó ella. Sacar buenas notas tenía un precio: los profesores siempre te usaban de salvavidas.

—Keyla, ¿puedes leer el ejercicio y resolverlo?

Empecé a sentirme mareada.

«Hazlo mal», la voz en mi cabeza gritó. «Hazlo mal para que no noten que te lo sabes. Si aciertas, te llamarán empollona. Si aciertas, te esperarán fuera».

—Página 84, Keyla.

Me temblaban las manos al pasar la hoja. No encontraba el número. Las letras bailaban. Escuché un cuchicheo cruel a mi espalda. Iba a hablar, iba a tartamudear una respuesta incorrecta, pero entonces… Riiiiiing.

El timbre. Mi salvador y mi verdugo.

La clase estalló en ruido e inmediatamente me sentí más ligera. Todo se llenó de las sillas arrastrándose y los gritos de euforia de mis compañeros. Todos salían empujándose, buscando a sus amigos, riéndose con esa facilidad que a mí me parecía tan lejana.

Recogí mis cosas muy despacio, como siempre. Tardaba a propósito, guardando el estuche con calma, deseando ser la última para que el pasillo se vaciara antes de que yo pusiera un pie en él. Nadie me esperaba fuera. Bueno, al menos no para nada bueno.

Me colgué la mochila, fingiendo que no me importaba, que era invisible. Bebí un trago de agua para tragarme el nudo de la garganta.

Uno, dos, tres.

Respiré por la nariz.

Parecía que había silencio en el pasillo.

Uf, por los pelos.

Hoy te has librado, niña tonta.

Caminé hacia la salida, sintiendo un alivio momentáneo. Pero esa calma era mentira. Esa calma era la que precede a la tormenta.

Crucé el umbral de la puerta y el mundo se paró cuando las vi apoyadas en la pared de enfrente. Seis ojos acechándome. Mis depredadores.

—Oye, pelo zanahoria… —dijo una voz melosa que me heló la sangre.

El pasillo se volvió minúsculo a la vez que mi estómago daba un vuelco.

Hoy tampoco iba a poder volar.

2
El último trozo de pizza



Nate Miller

Veintiún años. Maine, Silver Springs.

La casa de Aiden parece sacada de una película. A pesar de llevar viniendo aquí desde que soy un crío, siempre que la veo me parece que ha crecido un poco más. Es un tío que se aburre con facilidad, pero también es la viva imagen del sacrificio, algo que se refleja a la perfección en este lugar.

Piscina climatizada, barra de mármol negro, vistas al mar y una mesa de billar en el jardín. Esto es todo lo que necesito hoy: estar con los dos de siempre y darme un respiro.

De las cámaras.

De mi agente.

De un equipo que no funciona si no doy el cien por cien.

La luz del atardecer tiñe el agua de la piscina, que parece fundirse con el océano del fondo. Me dejo caer en uno de los sofás de la terraza y agarro una cerveza. No suelo beber en temporada, pero hoy no es mañana, así que me lo merezco.

Wyatt y Aiden son mis amigos de la infancia, aunque son un año más mayores que yo. Nos conocimos en la Iron Elite, una academia para jóvenes promesas, cuando tenía tan solo ocho años. Desde entonces no nos hemos separado. Nuestras madres se hicieron amigas y el resto es historia.

Los Celebrini, la familia de Aidy, son… bastante raros, aunque no le gusta hablar mucho de ello. Cuando éramos niños tenía bastantes limitaciones para pasar tiempo con Wyatt y conmigo, sobre todo cuando se trataba de que él viniese a nuestras casas. Ahora, sin embargo, él es el rey. Debutó por primera vez en la sub-11 y desde entonces es una estrella del fútbol americano. Un genio en el campo, y una de las mejores personas que he conocido fuera de él.

Wyatt, por su parte, es jugador de hockey profesional en la NHL. Y de los buenos. A veces me pregunto cómo demonios habrá llegado tan lejos con la poca seriedad que se gasta el muy cabrón. Tiene puesta su camiseta de los Stormy Bears mientras sostiene una bolsa de hielo sobre su rodilla. Así es el hockey, supongo. Gajes del oficio.

Se reclina en el sofá mientras procede a meterse un trozo de pizza pepperoni en la boca.

Wyatt Rourke: pelo negro despeinado, ojos azules como el hielo y una mandíbula cada vez más pronunciada debido a la tensión del hockey. Aiden, por el contrario, tiene el pelo rubio y la piel tostada. Dos polos opuestos, pero igual de insoportables cuando se juntan.

Cuando éramos niños, Aiden era el que más ligaba del grupo, pero siempre le dio igual. Sus ojos verdes siempre han sido para una sola chica.

—¿Otra vez hablando con tu amada, Aiden? —vacila Wyatt con la boca llena.

—Tío, no es mi amada. Al menos no todavía —responde el *quarterback* colocándose el pelo rubio mientras nos guiña un ojo.

—¿Y tú qué? —dice Wyatt girándose hacia mí—. ¿Ya has llamado a tu representante para mandarlo a la mierda o te va a seguir pasando por encima otra temporada más? Ese tío te tiene cogido por los huevos.

—Déjame en paz, Wyatt. ¿No tienes nada mejor que hacer o qué? —cambio de tema, alzando una ceja.

—Ja, ja. Tú tienes partido, chaval. Es mañana, ¿no?

Aprieto la mandíbula. No quería traer el desastre del equipo a mi cabeza. Hoy no.

—Mañana volamos, así que será en dos días —respondo con frustración, mirando hacia el horizonte, donde las olas rompen contra la costa—. Me pongo malo de pensar en que vamos a hacer el ridículo.

—El Nate que yo conozco es el que lidera, así que ya estás cambiando esa mentalidad, mamonazo —replica Wyatt, estirándose en el sofá.

—Ya, pero es que mi equipo no es un equipo, tío. No han entrenado en todo el puto verano. ¿Lo veis normal? Somos un club de la maldita NCAA y parecen figurantes. No saben qué hacer con el balón.

—Mira, sé que todavía no estás en la NBA —interviene Aiden, poniéndose serio—. Pero eres el capitán de ese barco, así que ahora te toca trabajar duro y tirar del carro hasta tener un pie dentro de lo que viene después. Es tu sueño, Nathie. El de nadie más. Tenlo siempre presente.

Sus palabras se clavan en mi cabeza, porque mi madre siempre se ha encargado de hacerme sentir que, más que un sueño, esto es mi obligación. A veces se me olvida que esto es lo que yo quería y no una deuda que tengo que pagarle a alguien que proyecta sus fracasos en mí.

—No es eso, tíos —miento a medias—. Es que siento mil ojos encima. Cada fallo de esta gente me repercute directamente. Quiero ser el mejor, pero quiero serlo por mis logros individuales, ¿entendéis? Soy la referencia de esta liga, pero ellos no me dejan demostrarlo.

—Tienes alma de líder, Nate, pero tu carácter a veces hace que pierdas los papeles. —Wyatt me mira de reojo—. Llevas siendo así desde que nos conocemos.

—Sé que carácter es algo de lo que voy sobrado, pero se me complica cuando tengo que hacer mi trabajo y el del entrenador —digo, tirando el móvil sobre la mesa—. ¿Os lo podéis creer? No es capaz de ponernos ni un solo vídeo para analizar los fallos. Así no se puede mejorar.

Wyatt suelta una carcajada que no me hace ni pizca de gracia. Este imbécil siempre consigue sacarme de mis casillas. ¿Por qué? Porque me conoce demasiado bien.

—Estás muy sensible últimamente. ¿No se estará enamorando la estrellita del equipo? —dice Wyatt mientras me pellizca la mejilla.

Le aparto la mano de un manotazo.

—Cállate. Sabes que paso de eso. No tengo tiempo para líos.

—No tienes ganas, querrás decir —suelta Aiden, dando un trago a su cerveza—. El otro día me llamó Wendy para decirme que la bloqueaste después de…, bueno, ya sabes. Tío, tienes que dejar de hacer esas cosas. No está bien dejar a la gente así.

—No sabe, no contesta —respondo, cogiendo otro trozo de pizza —. Creo que se piensa que soy un trofeo o algo. Ya sabéis que odio las relaciones de interés.

Estoy harto de este tipo de dinámicas. Si ellas se acercan por quien soy, yo asumo que las reglas del juego están claras. Diversión y punto. Ambos salimos ganando. O eso me digo para no sentirme una mierda.

Wyatt me lanza una mirada más seria de lo habitual.

—Tío…, no todo el mundo te ve como a una marca de ropa. Algún día tendrás que empezar a abrir el círculo —dice, haciendo un gesto exagerado con los brazos.

—La gente que vale la pena no se acerca a mí por este circo. Fin del tema, chavales. —Alzo la botella—. Brindemos por llevar todos estos años celebrando el fin del verano juntos.

Chinchín. Los cristales chocan antes de que nos bebamos la birra de un trago. El silencio se instala un par de minutos. Aiden y Wyatt intercambian una mirada.

—Oye, Nathie…, ¿es por tu padre? —pregunta el jugador de hockey, bajando la voz—. No eres como él, hermano. Tú eres mejor. Eres uno de los buenos.

Me tenso de forma automática. Aun así, nos conocemos tanto que para ellos soy transparente. Nunca conocieron a mi padre, al menos *no* como mi padre. Pero lógicamente son como hermanos para mí, saben mi historia, aunque también deberían saber lo poco que me gusta hablar de ella.

—Es por todo este mundo —respondo, mirando al cielo que empieza a oscurecerse—. Amo el juego, pero odio lo que lo rodea. Todo es interés. Mentiras. Presión. Así es el éxito, supongo.

Wyatt asiente despacio.

—¿Y cuál es el plan? ¿Tener una vida solitaria para siempre? ¿Vivir bajo las órdenes de tu madre y seguir manteniéndola hasta que las ranas críen pelo? Colega, tiene cincuenta tacos.

—No es tan fácil. —Me pongo la sudadera de los Silver Bears Warriors—. No puedo echarla de casa. Seguiré haciendo lo que mejor sé hacer: jugar y callar bocas. Tragar y seguir adelante.

—Suena sano, sí —dice Wyatt con sarcasmo.

—Suena a Nathaniel Miller —anuncia Aiden con orgullo, poniéndome una mano en el hombro.

La verdad es que ni yo mismo sé cómo sigo funcionando, pero mientras el balón siga entrando en la canasta, supongo que nadie hará demasiadas preguntas. Ni siquiera yo.

EL CHICO ESTRELLA

Cinco años, Maine, Silver Springs

El polvo blanco no olía a nada.

Lo descubrí porque brillaba la bolsita en la que estaba y me encantaba cuando los objetos parecían tener estrellitas.

Papá dormía despatarrado en el sofá, con la camiseta hecha un ovillo en el suelo y un vaso de whisky justo en el borde de la mesa, a punto de caerse.

En la televisión sonaba un partido viejo en el que él mismo corría y encestaba. El papá de la tele era rápido y fuerte; el del sofá roncaba con la boca abierta.

Me arrodillé frente al cristal de la mesa, apoyando los codos en la alfombra, y seguí con el dedo esa línea de polvo que resplandecía bajo la lámpara. Parecía azúcar, o la nieve que caía en Navidad.

—¿Qué es esto? —susurré, acercando la nariz, como si papá pudiera oírme.

Al lado de la bolsita transparente había un billete enrollado al lado. A mí me gustaban los billetes, parecían parte de un juego de mayores al que yo nunca podía jugar. Papá me había dicho esa misma tarde, mientras me levantaba en brazos en el jardín: «Algún

día tú también vas a jugar en la liga, hijo. Y, cuando lo hagas…, serás el rey. Como papá».

Yo me había sentido grande, importante. Como un superhéroe. Pero ahora papá no se movía y el polvo blanco me llamaba. Brillaba igual que el caramelo picapica que explotaba en la lengua. Pensé que tal vez sabría igual, así que estiré el dedo índice, lo posé sobre la mesa y me lo llevé despacio hacia la boca…

La puerta se abrió de golpe.

—¡Nate!

Pegué un saltito. Sentí que el corazón se me escapaba del pecho por el susto. Mamá estaba en el marco de la puerta. Su cara estaba tan pálida que parecía un fantasma.

Corrió hacia mí, pero no me abrazó. Me agarró de la muñeca con fuerza, tanta que me hizo daño, y me apartó de la mesa de un tirón. Con la otra mano, sacó el teléfono del bolso. Yo no entendía nada.

¿Por qué nos apuntaba con la cámara? ¿Por qué grababa la mesa en lugar de ayudar a papá?

Las lágrimas le corrían por la cara, manchando su maquillaje.

—¿Qué haces con eso? ¡Niño malo! —gritó, y su voz se rompió en un sollozo—. No, no, no. Mira lo que has hecho.

Me soltó la mano y siguió grabando. Enfocó a papá, enfocó el polvo, me enfocó a mí llorando.

—Esto se acabó —dijo para sí misma, con una voz que daba miedo—. Lo tengo.

Yo quise hablar, quise decirle que solo era azúcar, pero me quedé callado al ver sus ojos. Ya no eran los ojos de mamá. Eran fríos. Papá seguía dormido en el sofá, ajeno a todo.

—Vamos al cuarto, ahora —ordenó ella, guardando el teléfono como si fuera un arma.

No lloré mientras subía las escaleras. Me tragué el llanto, porque los superhéroes no lloran. Pero dentro de mí, algo se rompió.

Yo había tocado el polvo.

Mamá gritaba por mi culpa.

Papá no despertaba por mi culpa.

Y así, con un polvito blanco que no olía a nada, aprendí la primera lección: yo era el niño malo. Y tenía que pasarme el resto de mi vida intentando que me perdonaran.

3
Cuestión de valentía



Keyla Blake

Aeropuerto Internacional de Portland 3.03 p.m.

—Asiento 17A, por allí. —Me indica con la mano hacia la izquierda.

Una azafata con un moño rubio me sonríe de manera mecánica al revisar mi billete.

Respiro hondo y arrastro mi maleta por el pasillo estrecho mientras siento que las paredes se cierran sobre mí. Avanzo contando las filas hasta que me topo con un obstáculo: una pierna larguísima, enfundada en un pantalón deportivo negro, me bloquea el paso. Intento esquivarla, pero la maleta se queda enganchada. Otra vez la ley de Murphy.

—Perdón… —murmuro.

Tiro del asa, pero la maleta se tambalea y, como si fuera una broma del destino, la cremallera del bolsillo exterior revienta. Mi

libro, mis auriculares y mi bote de pastillas de emergencia acaban rodando por la moqueta.

—Ay, mi madre… —susurro, sintiendo que me arde la cara.

El dueño de la pierna ni se inmuta. Está dormido, con unos cascos enormes puestos y con una gorra que le cubre hasta la nariz. Pero el chico de la fila de al lado se levanta de un salto.

—Tranquila, te ayudo.

Cuando alzo la vista me topo con unos ojos de color verde jade y las manos empiezan a sudarme más de lo que me gustaría. Los primeros cinco minutos que paso mientras hablo con desconocidos siempre son los peores.

—N-no te preocupes, no pasa nada.

—Sí pasa.

Lo último que recoge antes de levantarse y de que yo cierre la maleta es el libro que me estoy leyendo. Me lo tiende con una sonrisa leve después de echarle un vistazo.

—Ups. Parece que tu libro ha tenido un aterrizaje forzoso.

Mierda.

El libro nuevo que me compré hace un rato en el aeropuerto ahora tiene las esquinas machacadas y una raja en la portada.

—Mientras se pueda leer no hay problema.

Mentira. Odio que mis libros tengan desperfectos.

El desconocido me sonríe antes de mirar con ojos de asesino al chico que está dormido.

—A Hayes le encanta ocupar todo el espacio, como si el avión fuera suyo —añade, lanzándole una mirada dura—. ¡Eh! Quita la pata.

Le da una patada seca en la espinilla. El tal Hayes se despierta de golpe, se quita los cascos y le lanza una mirada cargada de odio.

—¿Qué te pasa, Miller? ¿Ya estás tocando los cojones antes de despegar?

—Aparta las piernas del pasillo, Hayes. La gente quiere pasar.

Se sostienen la mirada un segundo demasiado largo. Hay una tensión ahí que no tiene nada que ver con la amistad. Hayes chasquea la lengua y se acomoda en su asiento de mala gana.

—Gracias —consigo decir, abrazando el libro.

Me dejo caer en mi asiento (el 17A, con ventana) y el chico de ojos verdes se sienta en la misma fila, en el pasillo. El asiento de en medio queda vacío, un pequeño milagro. Intento hacerme lo más invisible posible para pasar desapercibida el resto del vuelo.

No hables.

No molestes.

Ponte los cascos y desaparece.

Si te meas, te aguantas.

Decidida a continuar con mi lectura actual para distraerme del todo, busco el punto de libro y algo se desliza entre las hojas hasta caer sobre mi regazo. Es una foto de la fachada de mi casa sacada desde la acera de enfrente. Debe de ser de hace unos meses, ya que estaba todo nevado. Le doy la vuelta para ver si hay alguna nota escrita, pero solamente hay una palabra garabateada con prisa: diciembre.

Sonrío por primera vez en toda la mañana, agradeciendo este calorcito en el pecho. Maggie. Ha tenido que ser ella. Seguro que la metió en el libro anoche, mientras yo hacía la maleta, para que en estos meses pudiese tener cerca mi hogar. Es algo típico de ella…,

siempre dejándome las migas de pan para que encuentre el camino de vuelta. Supongo que es su forma de decirme que, vaya a donde vaya, siempre estarán allí esperándome.

Al menos ella, porque Will todavía no me ha llamado hoy. ¿Acaso no se da cuenta del paso tan grande que estoy dando? Siento que no lo está valorando lo suficiente…

—En Silver Springs hace mucho que no nieva. —La voz del chico interrumpe mis pensamientos.

Me giro hacia él pensando en la cara de tonta que debía de estar poniendo mientras miraba la foto y tardo un segundo en darme cuenta de que es objetivamente guapo. Tiene los rasgos marcados, la piel clara y el pelo un poco revuelto con efecto húmedo.

No ha levantado la mirada de mi casa ni parece buscar contacto visual. Está en su mundo y parece cómodo, seguro de sí mismo.

Huele a limpio, a algo fresco, como si hubiese mezclado su jabón con notas de sándalo y limón.

—La verdad es que lo prefiero, no me gusta cuando hace tanto frío.

—A mí me encanta el frío y odio el calor del verano. Me hace sudar y tener que ducharme dos o tres veces al día.

—Los que preferís el frío sois unos psicópatas.

—¿Qué? Eso vosotros. El calor es agotador, pegajoso e incómodo.

—Lo prefiero a tener que ponerme cuatro capas de ropa…

El avión empieza a moverse por la pista y mi corazón se acelera de nuevo. Cierro los ojos de golpe y me mantengo a oscuras dentro de mi cabeza, como si estuviese en mi habitación.

—¿Te da miedo volar? —pregunta él.

La voz de mi compañero de viaje me saca de mi ensimismamiento. Lo encuentro mirándome, con una expresión entre divertida y tranquila, como si estuviera acostumbrado a lidiar con los nervios de los demás.

—Me da miedo todo lo que haya podido crear el ser humano.

—Pues ya somos dos. —Carraspea—. Aunque por trabajo cojo bastantes vuelos, así que no me queda otra.

—Ah, ¿sí? —Me gusta interesarme por la vida de las personas—. ¿En qué trabajas?

—En nada interesante. —Por su tono parece desganado con su trabajo.

—¿Ese empleo poco interesante hace que tengas que viajar tanto? —pregunto con la intención de animarle—. Seguro que es mejor de lo que te parece.

—Viajar tanto no es la peor parte, pero estoy cansado, supongo.

Parpadeo un par de veces cuando me doy cuenta de que ya estamos despegando. Estaba tan ensimismada intentando controlar todas mis sensaciones corporales hablando con él que no me he dado cuenta de que ya estamos volando.

—¿Y tú qué haces? —pregunta, pensativo.

—Nada interesante. —Es lo único que se me ocurre responder mientras rezo para que no me haga preguntas comprometidas.

¿Dónde vives?

¿En qué trabajan tus padres?

¿A dónde vas cuándo aterrice el avión? ¿Vienes o vas?

Con la mirada sesgada veo cómo sonríe.

—Pues sí que estamos buenos —pronuncia por fin—. ¿Tú también estás cansada?

—Digamos que estoy… perdida. Dándome un tiempo para saber lo que necesito para empezar a hacer algo que de verdad valga la pena con mi vida.

—Suena valiente.

—Yo lo llamaría más bien cobardía.

—Pues ojalá tener un poco de tu cobardía.

Nos quedamos mirando unos segundos mientras medito una posible respuesta. Nunca sé si estoy diciendo algo lo suficientemente útil, así que siempre pienso varias posibles respuestas antes de contestar.

—¿Quieren algo del carrito? —interrumpe una de las azafatas.

—Un zumo de naranja —responde el desconocido.

—¿Y usted? ¿Quiere algo? —dice dirigiéndose a mí mientras le sirve.

—Un chocolate caliente, por favor.

—Aquí tienen. Son diez dólares.

Me pongo a rebuscar en la cartera y, sin que me dé tiempo, veo que el chico de mi lado acerca su tarjeta al lector.

—Todo junto, por favor.

Espera ¿qué?

—No, no. De ninguna manera —le suplico—. Déjame pagar, por favor.

Keyla, eres idiota.

—No me supone ningún esfuerzo, no te preocupes.

—Pero es tu dinero, yo… yo…

—Es mi dinero y por eso lo uso como quiero, ¿no? —responde mientras se guarda la cartera en el bolsillo—. Además, tener cinco

dólares menos no me va a dar ningún dolor de cabeza. Tómatelo como una disculpa por el comportamiento de mi compañero.

Miro el chocolate humeante y luego a él.

—Muchas gracias —respondo avergonzada—. ¿Sueles invitar siempre a todas las desconocidas de los aviones?

—No, solo a las torpes.

—¡Oye! Que no soy torpe. Ha sido culpa de tu amigo.

—Ese imbécil no es mi amigo —escupe con desprecio.

Vaya.

Qué carácter.

—Por cierto, me llamo Nate —dice alargando la mano.

—Keyla.

—Encantado de conocerte, Keyla la valiente.

4
Corazón azul



Keyla Blake

Es curioso cómo en la vida nos cruzamos con personas que comparten el mismo espacio y tiempo que nosotros durante unos segundos.

Y, sin embargo, un instante después, seguimos caminos opuestos, como si nada.

Dos vidas que se tocan y se separan, igual que miles de otras que se rozan sin darse cuenta.

Ha sido agradable hablar con él.

Pero ahora me toca embarcarme en mi propia aventura.

La que más me aterra.

A la salida del aeropuerto hay un SUV azul grisáceo con el logo de Velvet Hollow. Al volante, un hombre de unos sesenta años, con una barba blanca bien recortada y una sonrisa amable baja la ventanilla.

—*Bonjour, mademoiselle Keyla.* Soy Lucien. *Bienvenue à Maine* —saluda con un amable acento francés que, en otras circunstancias, me habría parecido encantador—. Pero puedes llamarme señor Lulú. Todo el mundo lo hace cuando me coge confianza.

Asiento, fingiendo una sonrisa. Hay algo en este hombre que me inspira ternura. Lucien trata de romper el hielo con frases en francés y comentarios amables, pero yo apenas puedo seguirle el ritmo. Tengo que concentrarme en el paisaje para no empezar a hiperventilar.

Muy bien, niña tonta.

Sigue así.

Que nadie note que estás nerviosa o te dejarán aquí mismo, en la carretera.

Tiempo después, el coche toma una curva y, de pronto, la ciudad aparece como un dibujo a acuarela. Lo veo todo desde el asiento de atrás, con la frente apoyada en el cristal frío de la ventanilla. Es como si alguien hubiese abierto una paleta de colores al borde del mar. Las fachadas de las casas parecen sacadas de un cuento de hadas: una es azul cielo, otra, rosa chicle con molduras blancas…, todas con la bandera ondeando como si supieran que alguien nuevo está llegando y quisieran darle la bienvenida.

Una bandada de pájaros atraviesa el cielo, oscureciendo el sol en pequeños parpadeos. Hay carteles de peces sonriendo y escaparates llenos de conchas y flores, también hay puestos de algodón de azúcar cerrados por la temporada.

—¿Primera vez en Silver Spring? —pregunta, mirándome por el retrovisor.

Asiento con la cabeza, sin despegar la mejilla del cristal. Me cuesta articular palabras. No porque no quiera hablar, sino porque me da miedo oír mi propia voz en este momento.

—En primavera, el mar muestra su mejor cara —añade con una sonrisa—. Creo que te va a gustar esto, niña, lo presiento.

—La verdad es que parece un sitio muy bonito.

—Querida, este lugar es muy especial. Ya lo verás.

Lucien sonríe y deja que la radio llene el silencio con una canción instrumental de piano que encaja a la perfección con el paisaje.

Con Ludovico Einaudi de fondo, me atrevo a bajar la ventanilla para que el aire llene al completo mis pulmones. Las calles se van estrechando a medida que nos alejamos del centro. Pasamos por un pequeño muelle con barcas amarradas y una librería diminuta de fachada verde menta. Me la imagino por dentro: estanterías desordenadas, olor a madera y café, y una mujer mayor con gafas redondas y moño gris recomendando novelas a los transeúntes que pasan por allí.

A medida que avanzamos, los arroyos serpentean junto a la carretera y los campos están salpicados de mimosas, las flores favoritas de la abuela. Por un momento, siento que el paisaje me tranquiliza.

—¿Sabes? Llevo veinticinco años viviendo aquí, querida —dice Lucien, con una sonrisa sincera—. Ayudar a otras personas me mantiene vivo.

El coche se adentra en un camino estrecho de piedra, bordeado de pasto alto que baila con el viento. Por alguna razón, el cielo tiene un matiz rosado, como si quedaran restos del amanecer atrapados entre las nubes. Siento cómo se me encoge el estómago. El vértigo

no tiene tanto que ver con la altura como con la dirección. Sé a dónde vamos.

A lo lejos, un faro se alza en lo alto del acantilado, como si fuese un guardián dormido que espera pacientemente su turno para salir. A la derecha del sendero, justo antes de llegar a él, aparecen varias casas a bastante distancia entre sí, pero destaca una que está situada casi en su base con un cartel de madera pintado a mano con letras redondas que nos saluda con un BIENVENIDOS A CORAZÓN AZUL: DONDE TODO COMIENZA DE NUEVO.

Lucien se gira y me mira con dulzura.

—*Voilà, mademoiselle. Bienvenue à votre nouveau départ*.

Al bajar del coche, tengo la sensación de que algo dentro de mí se apaga, como si me estuviera viendo desde fuera, ocupando un cuerpo que ya no se siente del todo mío. Es una desconexión sutil, casi imperceptible al principio, pero lo suficientemente real como para inquietarme. No es la primera vez que me pasa y, por desgracia, reconozco esa forma en la que el mundo empieza a alejarse, aunque yo siga estando aquí.

Me obligo a pensar con rapidez, a agarrarme a algo que me devuelva al presente antes de que sea demasiado tarde. Me inclino con decisión y agarro mi pierna con ambas manos. La muevo con firmeza, como si al hacer ese gesto pudiera recordarle a mi cuerpo que sigue siendo mío.

Y, aunque la sensación no desaparece del todo, al menos me permite avanzar.

Esto parece sacado de una postal. Hay varios grupos de animales pastando en la hierba que rodea el camino: caballos de pelaje

brillante, vacas peludas con cara de pocos amigos, pollitos amarillos que corren como si tuviesen prisa por crecer.

La imagen me saca una sonrisa. De esas pequeñas, pero al mismo tiempo siento un vuelco en el pecho. Esto le encantaría al tío William.

Y esa punzada de nostalgia lo tiñe todo por un segundo.

Antes de que pueda pensar más, una mujer con una trenza larga y la cara más dulce que he visto nunca se acerca al coche. Lleva un jersey de lana gruesa y una carpeta apretada contra el pecho.

—Bienvenida a Corazón Azul, Keyla —dice con voz cálida, como si ya me conociera—. Soy Cordelia. Tu tía Maggie nos ha hablado mucho de ti.

Asiento con una mueca que pretende ser una sonrisa, pero la verdad es que no sé qué cara estoy poniendo en este momento. Cordelia me observa con amabilidad, como si no le hiciera falta que yo aportase nada a la conversación para saber cómo llevar la situación.

—¿Te apetece que te enseñe un poco el sitio o prefieres ir directa a tu habitación? —pregunta, con ese tipo de voz que no presiona, que deja espacio.

Dios. Voy a vomitarle encima de los zapatos burdeos de último diseño que veo que lleva puestos. Ya me puedo hacer una idea de lo que dirían mis nuevos compañeros: «Oye, ¿conocéis a la nueva?». «Sí, se llama Keyla Blake. No te lo vas a creer, pero ¡ha vomitado en los zapatos de la directora!».

—Prefiero… —dudo, porque ni yo sé lo que prefiero, por el amor de Dios—. Quizá que me expliques un poco todo, si no es molestia.

—No me molesta en absoluto —responde enseguida—. Lucien se encargará de llevar tu maleta a tu habitación. Mira, como has podido ver durante el camino, en este complejo hay varias casas, y esa del fondo es la tuya. ¡Es ideal! —dice emocionada—. Creo de corazón que te gustará mucho.

Es enorme y absolutamente preciosa. El señor Lulú me guiña un ojo desde el asiento del conductor y empieza a descargar el equipaje.

Camino al lado de Cordelia mientras cruzamos un sendero de piedra que bordea un jardín enorme. A lo lejos se oye el relincho de un caballo. El corazón se me para y me entran ganas de llorar al recordar al mío, pero una chispa de felicidad se adentra en mi interior para recorrer todo mi cuerpo. Si en este sitio hay caballos, ya tengo un lugar por el que empezar.

—Esa es Cassiopeia —dice, sonriendo—. Tiene alma de actriz de película de drama. Si no la saludan al pasar, monta un espectáculo.

Me sale una risa breve, inesperada.

—¿Todos los caballos tienen nombre? —pregunto, por decir algo.

—Todos, y la mayoría tienen nombre de constelación. Fue idea de Ellie, una de las terapeutas. Dice que hay que recordarle a la gente que puede encontrar luz incluso en la oscuridad.

Trago saliva. Me encantaría poder creer eso.

Pasamos junto a un invernadero, un par de bancos de madera pintados de azul y una fuente de piedra. Hay un grupo de chicos sentados alrededor de una mesa de pícnic, riendo por algo que uno ha dicho. Ninguno me mira demasiado y eso me alivia, ya que no me gusta llamar la atención.

—Tu habitación está en la parte norte —me explica Cordelia, girando hacia un sendero al lado del faro—. Compartes casa con otras cuatro personas, pero tu cuarto es solo tuyo. Puedes cerrarlo con llave, decorar las paredes o mover los muebles si quieres. Aquí todo es flexible mientras te haga sentir segura.

Asiento sin decir nada, aún demasiado absorbida por el entorno, por la lentitud extraña con la que mi cuerpo parece reaccionar a cada nueva información.

—Te dejo este formulario para que lo rellenes cuando te sientas con fuerzas —añade, entregándomelo con delicadeza—. No es para asignarte grupo, eso ya está hecho con todo lo que nos contó Margaret. Solo queremos conocerte un poco mejor con tus propias palabras, y solo lo leeremos tu terapeuta y yo, nadie más.

Seguimos caminando antes de entrar en una casa azul bebé preciosa con vistas al mar.

—Te enseño tu cuarto y luego te dejo un rato tranquila, ¿te parece?

Subimos por unas escaleras de madera barnizada. La luz entra por una ventana alta y tiñe las paredes de tonos rosados. Al fondo del pasillo, a la derecha, hay una puerta blanca con molduras doradas. En el centro, una flor tallada abre sus pétalos como si intentase decirme algo.

—*Voilà*. Bienvenida al que será tu refugio durante los próximos meses —dice Cordelia con una sonrisa cálida.

Creo que mis ojos responden por mí, ya que empiezo a mirarlo todo con ellos muy abiertos, asombrada por lo bonito y especial que parece todo.

Ella me da un suave golpecito en el hombro y se marcha, dejándome sola, y empiezo a respirar un poco mejor.

Una pared entera de cristal da al mar, y el sol y el agua hacen un paisaje perfecto, dibujando un naranja rosado en el atardecer. La cama es enorme y está cubierta con un edredón de flores. En la ventana hay una fila de macetas con geranios y petunias, y en la estantería, libros, piedras pintadas y una cajita de música en forma de carrusel.

Me siento en el borde de la cama, tocando la colcha con cuidado, como si pudiera romper este pequeño remanso de paz con el mínimo movimiento brusco, y me doy cuenta de lo cómoda que es. Respiro hondo agradeciendo el silencio, porque afuera no se escucha ni un coche, ni un móvil, solo los pájaros y el viento entre los árboles.

Esto se parece a lo que soñaba cuando era niña. Cuando no tenía a nadie con quien hablar y solo me quedaba el salvavidas de imaginarme una vida mejor.

Una casa bonita al lado del mar.

Un espacio propio en el que poder ser yo.

Un lugar en el que empezar de nuevo.

Salgo al pasillo un momento para mirar las vistas a través de los ventanales de la galería y me doy cuenta de que hay otra puerta, entreabierta, al lado de la mía. Parece llevar a otro cuarto, aunque este está decorado de forma distinta: la pared es amarilla, hay cuadros con lazos pegados alrededor de un espejo y desde aquí parece oler a vainilla.

Cuando estoy a punto de darme la vuelta para volver al mío, escucho unos pasos subiendo la escalera. Me aparto con rapidez,

pero llego demasiado tarde.

—¡Hola! —dice una voz enérgica, antes de que siquiera pueda reaccionar—. ¿Acabas de llegar? No te había visto antes.

Tiene el pelo rubio recogido en un moño despeinado mientras dos ondas le caen sobre cada uno de los lados, una camiseta rosa manchada de pintura y una sonrisa amplia que ilumina su mirada de color verde miel.

Siento que el corazón me da un vuelco, como si ante mí estuviera un guepardo, ágil y poderoso. Mis mejillas empiezan a arder de vergüenza, pero la persona que se esconde detrás de esos ojos me transmite bastante tranquilidad.

—Sí…, acabo de llegar —respondo, forzando una sonrisa.

—Soy Avery. —Me abraza sin que me lo espere mientras se presenta.

—M-me llamo Keyla.

Se va a pensar que eres tonta.

¿No sabes presentarte de una manera normal?

—¡Ay! Qué feliz estoy. Ahora ya tengo una amiga. —Me guiña un ojo antes de irse—. Bienvenida a Corazón Azul. Este sitio es una locura, pero de las buenas —añade mientras se deshace el moño y deja caer un mechón rebelde sobre su frente—. Si necesitas algo estoy en la habitación de al lado.

La forma en la que habla hace que, sorprendentemente, me inspire confianza. Siempre suelo estar alerta con los desconocidos, pero por primera vez en mucho tiempo, sonrío de verdad. Lo hago porque dos personas han sido amables conmigo en un solo día, así que se podría decir que han batido mi récord.

Me siento al borde de mi cama y saco el formulario que me dieron para rellenar. Mientras escribo, siento que, quizá, este lugar pueda ser el comienzo que necesito.

5
Todo es perfecto



Nate Miller

El olor a goma, sudor y madera pulida se me pega al cuerpo como una segunda piel. La charla con el entrenador Wheeler ha terminado hace diez minutos, pero nadie se ha movido todavía. Solo el ruido de las botellas de agua estrujándose y el rasgado del esparadrapo rompen el silencio del vestuario.

Todos están esperando algo: a mí.

Irónico, ¿verdad?

Me paso una toalla por la nuca y me miro al espejo, sin quitarle los ojos de encima a Axel Hayes. Me pregunto qué habré hecho mal en otra vida para compartir posición con este tipo.

Los dos somos escoltas, pero nuestros cuerpos son distintos. Yo soy más rápido, fibroso y mido dos metros. Él es un tanque moreno de piel de dos metros diez, fornido y pesado. Una composición

corporal más propia de un pívot que de alguien que tiene que correr por la banda.

—Vamos a dejarnos de tonterías —digo de pie frente a las taquillas—. No podemos permitirnos otro primer cuarto como el de la semana pasada.

Axel se recuesta en el banco, con los brazos cruzados. Me mira con esa media sonrisa burlona que tanto me irrita, consiguiendo sacarme de mis casillas. Sabe elegir el gesto justo para provocarme, pero no lo suficiente para que el puto entrenador le señale sus errores.

—¿Hablas de ti en plural? —pregunta con ese tono ácido que tanto detesto mientras ladea la sonrisa—. Porque el que perdió tres balones en seis minutos fuiste tú, capi.

Un zumbido tenso recorre el vestuario. Mis compañeros sueltan un suspiro casi inaudible mientras se vendan los dedos.

Hoy toca partido de pretemporada y estos días ya resultan duros de por sí sin tener que aguantar imbéciles como toque extra.

—¿Me está hablando el mismo tío que tiene un porcentaje de tiros libres del treinta por ciento? —replico, dando un paso hacia él—. No estás aquí para contar chistes, Hayes. Si tienes algo que aportar, hazlo en la cancha. Si no, cállate y corre.

Wheeler carraspea desde un rincón, pero no interviene. Ya nos conoce. Sabe que esto es una olla a presión y que, si no soltamos vapor aquí dentro, explotaremos fuera.

—Nate tiene razón. —Chase habla desde su taquilla mientras se ajusta la cinta del pelo—. Tenemos que cerrar el rebote defensivo y dejar de mirar el balón como si fueran margaritas. No nos sirve de

nada si Hayes mete veinte puntos y después nos pasan por encima en defensa.

Hayes dirige su mirada de ojos castaños hacia él, pero no dice nada. Es tan jodidamente bueno como gilipollas. Mi rival en las estadísticas. Mi némesis. No me puedo creer que mi única competencia en la NCAA y yo estemos en el mismo equipo: los Silver Bears. Y esa es la parte jodida, porque, en el fondo, sé que sin él tampoco vamos a ningún lado. Nadie en mi equipo se esfuerza lo suficiente.

Cole destaca en rapidez, dinamismo y tenacidad desde su posición de base. Su estatura de uno noventa le permite esos movimientos, pero no aprovecha todas sus cualidades, y así no jugamos a nada. Chase, el alero moreno de ojos azules, se levanta, lanza su botella vacía al cubo y, mientras se ajusta el cordón del pantalón, me mira:

—¿Cuál es el plan de hoy, capitán?

Respiro hondo porque no puede haber margen de error, al menos no para mí. El Draft está a la vuelta de la esquina: una carrera de fondo que durará tan solo unos meses, pero ya es el último apretón. Los ojeadores están en todas partes y se fijan en absolutamente todo: actitud, cohesión, liderazgo, control del partido. Cada pase erróneo es una condena. Cada fallo, un rasguño en mi expediente.

—Vamos a jugar de forma inteligente —digo alzando la voz, mirándolos por encima de sus cabezas—. Cole, tú controla el tempo. No queremos jugadas de circo, queremos mente fría. Chase, necesito que cierres la cintura como un puto bloque de cemento. Pensad que os va la vida en ello. Y si el balón llega abierto a Hayes o a mí cuando cualquiera de los dos esté en el campo, que sea porque

la jugada ha sido limpia, no porque estemos improvisando. ¿Estamos?

Hayes resopla. Por favor, que no abra la boca. Estoy a punto de reventar y tengo que demostrar, primero a mí mismo, que puedo con este equipo de pacotilla.

—Mira tú por dónde, don perfecto quiere jugar en equipo —dice mientras aproxima su cara a la mía.

—La perfección es lo que me ha traído hasta aquí —le suelto, acercándome hasta invadir su espacio personal—. Quiero ganar. Punto. ¿Tú puedes hacer algo con eso, o necesitas otra excusa para defender como una abuela?

El silencio es absoluto. Hayes saca pecho, sosteniéndome la mirada. Veo la rabia en sus ojos oscuros, pero al final asiente una sola vez.

—Lo veremos en la cancha.

Wheeler por fin se levanta. Golpea las manos dos veces para atraer nuestra atención. Tiene la frente perlada de sudor. Sabe que esto es un puto corralillo y se le está descontrolando.

—Tenéis cinco minutos antes de salir. Quiero que lo que hagáis ahí fuera tenga sentido. Y, sobre todo, que se note que no estáis jugando solos. Esto no va de estrellas, sino de compañerismo.

Nos miramos entre todos y, con un atisbo de esperanza, siento que podemos conseguirlo. Un maldito enjambre de egos, sí, pero un equipo, al fin y al cabo.

Me ato las zapatillas con fuerza, hasta que los dedos se me ponen blancos. Las pulsaciones se me empiezan a disparar, avisando a mi cuerpo de que tendrá que estar alerta los próximos cuarenta

minutos de juego activo. Mientras lo hago, una frase da vueltas en mi cabeza. Empiezo a sudar.

Tienes que estar a la altura, Nate. O todo esto habrá sido en vano.

No soy un héroe. Tampoco un villano. Solo alguien que hace lo que tiene que hacer: limpiar su apellido, hacer honor a lo que fue.

El baloncesto no es un sueño, es un plan. Y cada día que paso entrenando, perfeccionando, estudiando a mis rivales, cumplo una parte de ese plan. No me interesa el discurso motivacional de «sigue tu pasión». No vine aquí a sentirme inspirado, sino a ser grande en lo mío.

Pero no como él. No como mi padre.

Cuando suena el pitido de inicio, el ruido de la grada desaparece. Solo estoy yo con mis latidos. El aire comprimido que entra en los pulmones. El contacto de la suela contra el parqué.

El resto del equipo está intentando competir, pero el nivel no es suficiente.

—Hayes, estás leyendo el *pick and roll* medio segundo tarde. Nos van a reventar si sigues así.

—¿El qué? —responde ahora desde la posición defensiva.

—Cuando uno te tapa al defensor y tú aprovechas para avanzar. ¿Eres nuevo o qué?

—Tranquilo, joder, no te había escuchado bien. Es solo el primer partido amistoso, relájate.

En este momento me planteo por qué este tío tiene que ser uno de los motivos por los que cada noche me quedo lanzando cuando los demás ya están en las duchas. Puede que tenga talento, pero no tiene hambre. No como yo.

Echo un vistazo al marcador, aunque no significa nada. No estamos jugando por puntos. Jugamos por respeto. Por minutos. Por un lugar en el quinteto titular.

—Otra ronda. —Lanzo el balón hacia uno de los novatos, sin mirar —. Diez posesiones más. Luego podéis iros a jugar al Fortnite o lo que sea.

Lo que la gente no entiende es que esto no se trata solo de jugar bien. Se trata de no desaparecer. En una liga donde cada día hay alguien más joven, más explosivo, más vendible…, si bajas el ritmo, te comen.

Y yo, pese a la presión, no me dejo comer.

Eso sí: estoy hecho polvo. Estoy tan cansado que me duelen hasta los dedos de los pies. Me siento como si me hubieran escurrido el cuerpo como una puta toalla.

Seis días a la semana de entrenamiento, dos partidos, una dieta de mierda que me tiene con hambre cada dos horas y una madre que cree que si no me despierto a las siete de la mañana soy un vago.

¿Y todo para qué? ¿Para que un comentarista calvo en X diga que «me falta garra»?

Que lo follen a él. Que los follen a todos.

No sé cómo, pero ganamos. Otro triple, otra maldita ovación, otro mensaje de mi madre con un «Sigue así, hijo, sigue así y la NBA será tuya».

Claro que sí, mamá.

Sigo. Sigo y sigo y sigo. Como un jodido robot. Como si no pudiera parar ni un segundo, no sea que empiece a parecerme a él.

Dios, qué asco.

Lo noto en los hombros, en la espalda y en la mandíbula, que me duele de tanto apretar los dientes. En ese tic que me da cuando alguien menciona su nombre.

Mi padre también era un prodigio. El niño dorado. El que iba a cambiarlo todo. Pero un día se desmoronó y ahogó su talento con cocaína y alcohol del caro, dejándome con el agua hasta el cuello. Dejándome sin padre.

Yo no voy a acabar así.

Yo no puedo acabar así.

Por eso entreno hasta sangrar. Pongo mi mejor sonrisa cuando están las cámaras. Cumplo con el gimnasio, con la nutricionista, con los contratos.

Juego como si tuviera el corazón en llamas, porque tengo el corazón ardiendo en la palma de mi mano. Pero hay días —como hoy— en los que me pregunto cuánto más me va a durar la gasolina.

A veces, cuando mi madre me llama para hablar de mi marca personal, de los patrocinadores, de lo bien que quedo en la cámara, solo quiero gritarle:

«¿Sabes que soy una persona y no un producto? ¿Alguna vez vas a llamarme porque te interesa algo de mi vida que no sea mi trabajo?».

Pero no lo digo. Claro que no lo digo, joder.

En vez de eso, me ducho, me visto y salgo al mundo con la cara del hijo perfecto. Del jugador perfecto. Del hombre que nunca —nunca— va a repetir los errores de su padre, el «gran» Bobby Miller, aunque tenga que destruirme en el proceso.

6
Solo es un primer día



Keyla Blake

Me despierto antes que el sol, con el silencio llenando la habitación, y, aunque suelo odiar el ruido, hoy agradezco este vacío. Estoy en otra casa, en otra cama, en otro cuarto, pero nada de esto es mío, y eso hace que me sienta bastante rara.

La brisa del mar entra por la ventana y arrastra consigo un perfume a sal y a esperanza, aunque de lo último no tengo mucho. Al menos no todavía.

El momento de felicidad me dura poco tiempo porque me duele casi todo por culpa de la ansiedad: el pecho, las costillas, incluso los párpados.

La casa Corazón Azul huele a mar y a lavanda, pero no a esa del supermercado, sino a una fragancia verdadera: la que crece libre, la que no se puede comprar en ninguna parte.

La habitación es preciosa, lo reconozco, aunque me falten fuerzas para apreciarla todo lo que me gustaría. Las cortinas de lino dejan que la luz se filtre suave, como si el sol me acariciara. Una silla de mimbre descansa junto al ventanal, y en una estantería los libros están ordenados por colores.

¿Quién haría algo así?

El tipo de detalle que solo puede concebir un loco… o alguien con obsesión por el orden. Quizá, de algún modo retorcido, es justo lo que necesito.

Todo en este lugar parece estar pensado para hacerme sentir bien. Como si estuviera construido para mí, única y exclusivamente, pero un eco de voces venenosas aparece siempre dentro de mi cabeza.

Huye.

Vuelve a casa.

Escóndete en esa habitación y no salgas nunca más.

La ansiedad es mi peor enemiga, o mi mejor amiga, según lo mires. Es como una señora paranoica a la que todo le da miedo y te envía mil mensajes erróneos con tal de protegerte. Al final, por estadística, alguna vez acierta. Y es ese uno entre muchos, curiosamente, al que le adjudico todo el poder.

Las manos me sudan, como de costumbre. La camiseta se me pega a la espalda, haciendo que me incomode más todavía. La boca está pastosa, como si hubiera dormido con una piedra entre los labios, así que me obligo a respirar.

Una.

Dos.

Tres veces.

No sirve, pero ya que estoy aquí lo voy a intentar: voy a intentar hacerlo lo mejor que pueda.

Esto lo haces por ti, me recuerdo.

O al menos, hazlo para que Will y Maggie no se hayan gastado sus ahorros en balde.

Hacer el esfuerzo de hablar conmigo misma para calmarme no suele servirme de mucho, pero al menos es un avance.

El suelo frío recibe mis pies descalzos y, contra todo pronóstico, me hace sentir bien. Observo mi reflejo en el espejo y mis ojos marrones me devuelven la mirada: todavía tengo la piel dorada por el verano, y unas ojeras de mapache como complemento estrella. Me lavo la cara, me pongo crema solar. No tengo problemas con el exterior; la batalla siempre ha sido interna.

Con mi cuerpo la relación es ambigua. A veces hasta me gusta: mis caderas anchas, un vientre normal que descansa sobre una cintura estrecha y unos pechos más pequeños de lo que me gustaría. El conflicto viene cuando miro mis brazos y las marcas que tengo en ellos. Pequeñas cicatrices pálidas que salpican mi piel para avergonzarme.

«Una marca de nacimiento», según mi tía Maggie. Es la única explicación posible, ya que no recuerdo cómo llegaron hasta ahí, pero sé que me acomplejan.

Deshago el moño que me hice anoche y me recojo el pelo con un lazo azul. Siempre he sentido que mi cabello es una forma de hablar sin palabras. Me gusta expresarme a través de mi exterior.

Mientras trato de atar mi vestido amarillo pastel a la cintura llaman a la puerta. Mi corazón se sacude como si quisiera escapar.

—Keyla. —Una voz dulce, femenina y joven—. Buenos días, soy Cordelia. ¿Puedo pasar?

Trago saliva antes de responder:

—Sí…, claro.

Cordelia entra con un pantalón de gasa, un jersey de volantes y esa sonrisa que parece abrazar. Se sienta a mi lado en la cama, manteniendo una distancia prudente.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien…, creo. Estaba cansada del viaje. Este sitio es… precioso.

—El descanso es vital en estos procesos. Por eso cuidamos hasta los colchones. Hoy será un día tranquilo. Te explicaré cómo funcionan los grupos, luego desayunaremos todos juntos y tendrás tu primera reunión. Todo sin presiones, ¿vale?

La palabra «grupo» me golpea y mi estómago se queja. Ella lo percibe, pero no me pregunta sobre ello.

—Hay descafeinado, matcha, smoothies, tartas sin gluten… Tu tía nos habló de tus intolerancias.

—Sí…, el estrés ha arruinado mis digestiones —admito, llevándome una mano al abdomen—. Rara vez paso una semana sin dolor de tripa.

—Aquí no tendrás problema con nada, y ya verás como eso se termina solucionando —responde con optimismo.

Lo dice como si fuese sencillo. Como si comer rodeada de desconocidos no fuera un infierno en sí mismo.

—¿Puedo… quedarme aquí un ratito más?

—Claro, Keyla. Tú marcas el ritmo. —Sus palabras son un refugio —. He revisado tu formulario y los informes previos, así que ya puedo confirmarte que este grupo es el correcto para ti.

—¿Eso es bueno?

—Aquí clasificamos según el trastorno. Quienes tienen TOC, por ejemplo, viven en espacios minimalistas. Tú… tienes un trastorno de estrés postraumático complejo que ya trabajarás con tu psicóloga. Por eso estás en la casa más tranquila. No tienes ansiedad porque sí. Hay raíces. Y vamos a buscarlas.

—No sé si quiero. He venido aquí empujada por mi tía. No sé si va a funcionar.

—Sé que estás asustada, y no voy a mentirte: va a doler. Pero, si lo vemos como un viaje hacia ti misma, será distinto. El trauma complejo no nace de un solo golpe, sino de muchos que se van encadenando sin haber sanado el anterior. Vamos a romper esa cadena.

Debido a lo nerviosa que estoy anticipando, no estoy entendiendo bien lo que me quiere decir, pero tal vez convivir con otros que están igual de rotos que yo me alivie. Al menos no tendré que fingir que soy normal. Respiro hondo.

—¿Y… los grupos? Me cuesta relacionarme con la gente.

—Keyla, el ser humano necesita tribu. La soledad no elegida es veneno.

Inhalo y asiento con la cabeza.

—Dame dos minutos para calzarme.

—Te espero fuera —dice.

En cuanto me quedo sola, el miedo vuelve a trepar por mi garganta. En unos minutos, empieza la mañana más larga de mi vida. Cojo el móvil y escribo a la tía Maggie.

«Que tengas buen día. Sé que no nos dejan usar mucho el móvil, pero quería decirte que ya voy a empezar».

La respuesta llega al instante, como si tuviera el teléfono pegado a la mano.

«Buenos días, mi chica especial. Escúchame: no te saltes ninguna norma. Mantente siempre con el grupo y no salgas sola de la zona de las casas, ¿entendido? Te queremos. Todo va a salir bien».

Frunzo el ceño al leerlo. ¿«No salgas sola»? Maggie siempre ha sido protectora, pero desde ayer está paranoica. Supongo que echarme de menos le está pasando factura.

Me calzo las sandalias y salgo al pasillo. Cordelia me espera, colgando una llamada en su propio móvil. Me mira de arriba abajo y sonríe.

—Estás preciosa —me dice mientras me pone la mano en el mentón—. Vamos. Todos tuvieron un primer día alguna vez.

7
El plan perfecto



Keyla Blake

—Si antes de entrar a vuestra primera sesión de hoy os encontraseis a vosotros mismos con nueve años, ¿qué os diría ese niño y qué le responderíais?

Ellie, nuestra terapeuta, espera con una paciencia infinita a que respondamos a la pregunta más difícil que me han hecho en meses. Es una mujer de unos cincuenta años, con los ojos de un azul acuoso y el pelo blanco recogido en una trenza gruesa que le cae sobre el hombro. Me recuerda un poco a Maggie.

Se sienta frente a nosotros en la hierba, cruza las piernas en posición de loto y nos observa con esa calma que solo tienen las personas que no preguntan para dar lecciones, sino para escuchar de verdad.

Estamos sentados en círculo en el exterior de Corazón Azul. El césped todavía conserva el rocío frío de la mañana, que traspasa la

tela de mi vestido, pero el sol empieza a calentar tímidamente. Detrás de nosotros, el faro de Velvet Hollow se alza imponente, recortado contra un cielo grisáceo, como un gigante de piedra encargado de proteger el corazón de Silver Springs.

Observo a mis compañeros de reojo, intentando no cruzar miradas directas. A mi lado, Avery lleva un top rosa y una coleta alta que se balancea con cada uno de sus gestos nerviosos. Enfrente hay otros tres chicos cuyos nombres aún me bailan en la cabeza. Hay un tal Noah, con un gorro de lana calado hasta las cejas, que se arranca pielecitas de los labios compulsivamente. A su lado, un chico llamado Wess no deja de mirar su reloj, golpeando el suelo con el pie en un ritmo frenético, como si tuviera prisa por estar en cualquier otro lugar que no fuera este. Y luego está Tessa, una chica silenciosa que clava la vista en el suelo, encogida sobre sí misma, como si quisiera desaparecer entre las briznas de hierba.

El silencio se alarga. Se oye el rugido del mar chocando contra los acantilados y, a lo lejos, el relincho de Cassiopeia, la yegua dramática. Siento un nudo en la garganta. Odio los silencios grupales. Siempre siento la presión de llenarlos, aunque sea lo último que quiero hacer.

Uno a uno, empiezan a hablar. No presto demasiada atención a sus palabras exactas, sino al tono de sus voces. Escucho fragmentos de historias rotas, de miedos que suenan distintos al mío, pero que vibran en la misma frecuencia. Wess habla con cinismo, Noah con rabia y Tessa con tristeza, el idioma universal del dolor.

—Te toca, Avery. —Ellie la anima a responder a la pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—Esa niña me preguntaría si hemos conseguido ser perfectas al fin, si hemos logrado que nos quieran por lo que hacemos, no por lo que quieren que seamos. —Se le quiebra la voz un segundo, pero recupera la compostura con rapidez—. Yo le diría que no hace falta ser perfecta para que la quieran, pero…, sinceramente, Ellie, no estoy todavía lista para darle ese consejo.

—Gracias por compartirlo, Avery. Eres muy valiente. Ya verás como consigues darle ese consejo tú misma, y, lo más importante, creértelo —dice Ellie con suavidad. Luego, sus ojos azules se posan en mí—. Trataremos el tema del perfeccionismo más adelante.

La chica rubia con la sonrisa más bonita del mundo asiente, complacida.

—Keyla, vamos contigo. —Se gira hacia mí, con una ternura serena en el rostro—. ¿Cómo sería vuestro encuentro?

El mundo se desdibuja a mi alrededor cuando percibo cómo todas las miradas se clavan en mí. Así es cómo me siento siempre que estoy expuesta, esperando a cometer algún error. Las manos me empiezan a sudar y el corazón me golpea las costillas con tanta fuerza que temo que puedan oírlo desde fuera.

Di algo. Lo que sea.

Arranco un mechón de hierba y lo deshago entre los dedos, concentrándome en la textura fría y húmeda para no disociarme o no salir huyendo hacia la seguridad de mi habitación.

—Creo que… —Mi voz sale más ronca de lo que esperaba, así que carraspeo—. Creo que esa niña me preguntaría si alguien ha venido ya a salvarla.

Ellie no responde de inmediato. Inclina ligeramente la cabeza, como si sopesara mis palabras, dándoles el espacio que necesitan.

—Eso dice mucho del miedo desde el que habla —comenta—. De sentirse sola durante demasiado tiempo, aguardando un rescate. —Hace una pausa y se inclina un poco hacia mí—. ¿Y tú? ¿Qué crees que le responderías a la pequeña Keyla?

Cierro los ojos un instante. Visualizo a la Keyla de cinco años, pero no la recuerdo, así que solo puedo imaginármela. Sí conozco a la Keyla de doce, que se escondía en los baños del colegio. Todas ansiaban que la puerta se abriera y alguien dijera: «Ya está, se acabó. Ya estás a salvo». Pero la puerta nunca se abrió.

—Que hay cosas que, por mucho que se anhelen, nunca llegan.

Un murmullo recorre el círculo. Wess deja de mover el pie.

—Puede sonar duro —admite la terapeuta—, pero no necesariamente desesperanzador.

Levanto la vista hacia ella, sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque a veces confiamos en que alguien venga a rescatarnos, y pedir ayuda es vital, sí, pero también hay momentos en los que nadie sabe lo que nos pasa. O en los que, aunque lo saben, no pueden hacerse cargo. En ese caso…, ¿qué le queda a esa niña?

—En esa situación le diría: «No ha venido nadie, pero siempre te he tenido a ti».

Ellie sonríe. Es una sonrisa que casi le llega a los ojos, casi maternal, pero sin esa pena condescendiente que tanto odio.

—Exacto, Keyla. El autocuidado empieza ahí. En ser tu propio refugio cuando los demás fallan. Gracias por tu sinceridad. Sé que no es fácil abrirse el primer día.

Da unas palmadas suaves para romper la tensión emocional que se ha creado en el grupo y se incorpora con agilidad.

—Bien. En las terapias grupales no pretendo que os desangréis contando vuestros problemas si no queréis. Pero sí quiero que hablemos del miedo. Todos sentimos miedo de la misma manera, aunque los motivos sean distintos. Lo que nos interesa es aprender que no estamos solos en esa emoción.

Empieza a caminar alrededor del círculo. Me siento rara, expuesta, como si me hubieran quitado una capa de piel, pero me niego a huir. Es mi último cartucho y no voy a desperdiciarlo.

—Para esta primera semana quiero proponeros una actividad diferente —anuncia, deteniéndose frente al faro—. Quiero que os dividáis en dos grupos. Keyla y Avery, vosotras iréis juntas. El resto, formad el segundo equipo.

Miro a Avery. Ella me guiña un ojo y me dedica una sonrisa cómplice que me relaja los hombros al instante. Siento un alivio inmenso; me ha tocado el lado bueno de la suerte.

—Quiero que penséis en lo que os ha traído hasta aquí —continúa Ellie—. Vuestra compañera será la que decida a qué reto os tendréis que enfrentar esta semana. Vosotras escogeréis el desafío de la otra. Algo que le dé miedo, que le resulte difícil o que haya estado evitando.

Avery arquea una ceja rubia, cruzándose de brazos.

—¿Cómo voy a hacer eso? ¿No podría elegir algo que resultase… peligroso?

—Es una buena pregunta, cielo. —Ellie sonríe con paciencia—. Pero, como ya sabéis, aquí no hacemos tratamientos convencionales. En Velvet Hollow vamos a experimentar con el miedo. Vais a plantarle cara. A veces es más fácil ver el valor y la capacidad en los demás que en nosotros mismos. —Ellie nos mira a las dos—. No vas

a equivocarte, Avery, porque nunca le pondrías a Keyla un reto con el que sepas que va a sufrir de verdad. Pero tal vez le pongas uno que ella jamás se atrevería a ponerse a sí misma.

—¿Y si me equivoco en mi elección? —pregunto en voz baja, sintiendo que la responsabilidad me pesa.

—Si a través de este ejercicio os veis reflejadas en el esfuerzo de la otra persona, encontraréis el valor para enfrentaros al vuestro. Tenéis un par de semanas. Podéis hacerlo dentro o fuera de los terrenos de Velvet Hollow.

—Gracias, Ellie —decimos casi al unísono, aunque con distintos niveles de entusiasmo.

—Eso es todo por hoy. Podéis iros. Pero recordad esto: sanar no siempre comienza hablando de lo que nos ha pasado. A veces el primer paso es un pequeño acto de valentía.

Mientras el grupo se disuelve y Wess sale disparado hacia la casa, Avery se gira hacia mí con una chispa de travesura brillando en su mirada olivácea.

—Bueno, compañera. Creo que vamos a divertirnos.

La miro, aún con el corazón acelerado por la sesión.

—O a morir en el intento.

—Me gusta tu optimismo —se ríe ella, pasándome un brazo por los hombros con naturalidad—. Venga, vamos a desayunar algo con azúcar antes de planear nuestra destrucción mutua.

Se abre una grieta nueva en mi certeza, y mientras caminamos de vuelta hacia la casa azul, me pregunto si podré ser capaz no solo de sobrevivir a este lugar, sino a lo que sea que esta chica rubia esté planeando para mí.

8
Vuela, mariposa, vuela



Keyla Blake

—Vale, compañera. —Avery se acerca a mí con una sonrisa traviesa—. Espero que tu reto no implique tirarme por un acantilado. Aunque, bien mirado, sería una salida dramática espectacular.

—Ay, por Dios —respondo, escandalizada—. Nunca se me ocurriría hacer algo que te hiciese sentir incómoda.

—Pero de eso se trata, ¿no? —Ladea la cabeza, y el viento le mueve la coleta rubia—. De cruzar la línea de esa incomodidad.

—Supongo que sí.

—No parece fácil, pero lo haremos juntas. —Avery se frota los brazos con las manos, como si de repente hubiera bajado la temperatura diez grados, aunque el sol brilla con fuerza.

—Qué frío hace en este pueblo a veces, por el amor de Dios. Exijo calefacción en el exterior —bromea mientras se sube la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla.

Parece una chica transparente, una persona fácil de leer, todo lo contrario a mí.

—Creo que, para poder hacer bien el ejercicio, deberíamos contarnos algo que nos asuste. —Me mira con curiosidad.

—Sería una buena forma de empezar, pero me da un poco de cosa. No nos… Bueno…, yo…

—Sé que no nos conocemos —me corta con dulzura—, pero me has caído bien, Keyla. Tienes cara de ser buena persona, y eso me genera mucha ternura.

Me río, bajando la mirada.

—Eres demasiado optimista.

—Soy demasiado cabezota para que algo me quite esa cualidad —replica estirando las comisuras—. Venga, vamos a sentarnos para hablarlo. Mis piernas necesitan un descanso.

Se pone las manos en la cintura, adoptando una pose teatral antes de echarse a andar hacia un banco de madera blanca que hay a unos metros de nosotras. Desde allí, el horizonte se extiende como una línea mágica que junta cielo y mar. Un portal a otro mundo.

—Me da miedo no estar a la altura de lo que piensan de mí —empieza a hablar mientras se pone una chaqueta.

—¿Por qué tendrías que estarlo?

—Siento que en el momento en el que se den cuenta de que no soy la chica perfecta todos se sentirán decepcionados conmigo.

—Pero las expectativas de los demás no son nuestra responsabilidad.

—Ya, díselo a mi cerebro. —Se señala la sien con un dedo—. Es irracional, lo sé. Pero siento que tengo que estar siempre al cien por

cien. Sonriendo, animando, validando a los demás para que ellos me validen a mí.

—Vaya, suena agotador.

—Lo es. Estoy un poco cansada de eso. Supongo que por eso estoy aquí.

—¿Te da miedo decir que no?

—Me aterra. Me da la sensación de que siempre tengo que ser amable con los demás. Casi nunca me enfado. No sé cuáles son mis verdaderos gustos, lo que quiero hacer… Siempre he hecho caso a lo que me pedían. —Hace una mueca exagerada y se limpia una lágrima—. Dios, qué intensidad. Perdona, a veces me pongo en modo telenovela.

Le doy un suave empujón de hombro.

—No te disculpes. Me gusta que seas sincera. Yo envidio esa facilidad para expresarte.

—Cielos, pues tengo un máster en eso.

—No podemos gustar a todo el mundo, ¿sabes? —digo, pensativa —. Es algo que yo también estoy poniendo en práctica.

Me siento una maldita hipócrita diciendo eso, pero si algo he aprendido de los libros es que comprendo mejor las vidas ajenas que la mía.

Nos quedamos en silencio unos segundos mirando cómo el sol cambia de lugar. Avery se ajusta la chaqueta de nuevo, tiritando levemente.

—Por cierto, a mí me has transmitido muchas cosas buenas. Y eso que soy una persona… bastante difícil.

—¿Tú, difícil? —Se sorprende—. Eres literalmente un conejito blanco, Keyla.

—Creo que es lo más extraño que me han dicho nunca. —Me echo a reír—. Pero, en serio, la gente me da miedo.

—Parece que Ellie tenía un poco de razón con lo que decía —dice pensativa—. Aunque son casos distintos, a las dos nos asustan las personas, en mayor o menor medida.

—Creo que yo tengo un poco de tu miedo, pero a gran escala. Igual por eso no tengo amigas.

—¡Anda ya! Pues ya tienes una. Y no admito devoluciones.

Un miedo se instala en mi garganta, dejando que el aire no pase con normalidad.

Se enterará de que te hicieron *bullying* y pensará que eres una pringada.

¿Cuándo le vas a contar que no tienes padres?

Nunca vas a tener amigas.

—Ahora en serio, ¿quieres decir que tienes una especie de ansiedad social o algo así?

—Sí, pero prefiero no hablar mucho de ello. —Trago saliva.

—Puedes confiar en mí, pero dejaré que te des cuenta con el paso del tiempo. —Levanta las manos, como si la fuese a arrestar la policía—. Sin presiones.

—Es que me pongo nerviosa, perdona.

—Supongo que a ti también te han decepcionado, ¿eh?

No me ha decepcionado una persona en concreto, sino el ser humano en general.

—Se me hace difícil encontrar paz en un mundo que parece que siempre me da la espalda.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. No tiene importancia.

—Claro que la tiene. Los sentimientos de las personas importan.

—Supongo que sí. —Me río con ironía—. Pero no los míos. Nunca he podido confiar en nadie, pero no quiero agobiarte con mis problemas. Es una tontería.

Avery asiente para sí misma.

—Si algo he aprendido de las dos amigas que conservo, Keyla, es que puedes apoyarte en los demás. No tienes que tragarte tus problemas tú sola. Espero que el mundo no haya llegado a convencerte de lo contrario.

—No quiero ser una carga para nadie.

—Pero si una persona te quiere, está ahí para ti. Supongo que solo no has dado con la compañía adecuada.

Como si pudiese leerme, Avery inspira despacio y deja de hurgar dentro de mí.

—Quizá entonces estaría bien que te ponga en una situación en la que haya más gente.

—No, por favor. Creo que podría desmayarme.

—¿Y si estuvieses sentada? —Piensa un momento, moviendo los dedos como si hubiera llegado a una conclusión brillante—. No habría ese problema. Mi abuela siempre dice: mientras no te desmayes de pie, solo parecerá que eres una borracha.

—Si estuviese sentada me daría vergüenza, pero al menos sabría que no me voy a morir de un golpe en la cabeza.

—Pues tengo una buena noticia y una mala: ¿cuál quieres primero?

—La mala.

—Pesimista.

—Se llama inteligencia: primero lo malo y así lo compenso con lo bueno.

—¡Ya tengo tu reto!

Por favor: no.

No estoy lista para prepararme para nada así.

Todavía no.

—¡¿Ya?! No estoy preparada.

—Nunca vas a estarlo, Keyla. La gente con ansiedad siempre encontramos una excusa perfecta para dejar lo que nos da miedo para cualquier otro día mejor que para el que tenemos programado.

—No se me ocurre ninguna buena noticia para que me des después.

Avery se echa a reír y, en ese instante, siento que estoy compartiendo tiempo con alguien que entiende lo que es estar mal.

—¿Ves esta sudadera? —Se gira para enseñarme las letras a su espalda—. Soy la líder de las animadoras del equipo de baloncesto de la ciudad.

—¡Avery! Eso es increíble.

—Lo es, me gusta mucho. —Mira hacia el mar—. Siempre me ha gustado bailar, pero por decisiones ajenas había dedicado más tiempo a otras cosas. Ahora, con veinte años, soy la jefa de las animadoras y también formo a otros equipos de *cheerleaders*.

—Me encantaría verte. Seguro que lo haces increíble.

—La cosa es que, para poder venir aquí —rodea el espacio con las manos—, me he tomado la licencia de trabajar menos, temporalmente. No quiero que me malinterpretes, tengo mucha ambición con el baile, pero necesito cuidar de mí.

—Y seguramente, cuando estés mejor, bailarás mejor todavía.

—El caso es que… el equipo que lidero necesita una nueva líder mientras me tomo unas minivacaciones. Aunque sigo yendo a entrenar, me suponen un esfuerzo los espectáculos de los partidos, por lo que estoy formando a varias chicas.

—Suena bien, ¿no?

—Lo cierto es que lo odio. No me gusta dejar a las chicas tiradas. Siento que… les estoy fallando, pero esto es lo que él querría para mí.

—¿Él? ¿A quién te refieres?

Avery pone cara de haber metido la pata, y le hago un gesto con las manos para que no siga. No quiero que se fuerce a contarme algo que no quiere.

—Verás…, este sábado hay partido de los Silver Bears, el equipo de baloncesto de la NCAA. Y creo que es una buena oportunidad para que te atrevas a salir de aquí.

A mi cabeza solo se vienen tres cosas: gente, ruido y poca facilidad para escapar.

Me empiezo a agobiar y ella lo percibe.

—No tienes que venir si no quieres. Podríamos hacer otro tipo de reto, pero será divertido y, sobre todo, habrá chicos muy guapos —dice, socarrona.

—Podría darme un ataque de pánico, no es la primera vez que me pasa. Yo…

—Mírame. —Se pone seria—. Hemos venido aquí por una buena razón, ¿no?

Asiento lentamente.

—Pues vamos a aprovecharla. —Una mariposa se posa sobre mi regazo—. ¿Lo que más miedo te daría sería desmayarte?

—Más bien que me vean hacerlo.

—Pues entonces creo que vas a estar en el lugar adecuado. Estaremos juntas en la zona VIP, debajo de todo. Y, al fin y al cabo, si pasa la situación que temes…, te llevas más aprendizaje.

Me mira con una luz que me cuesta negar.

Estoy segura de que voy a pasarlo mal.

No sé por qué voy a aceptar algo de lo que no soy capaz.

—Vale.

—¡Sí! —victorea, alzando los brazos como si hubiera ganado un campeonato—. Tengo un poder de convicción increíble.

—Aún no entiendo cómo me has convencido.

—Porque soy irresistible. —Me guiña un ojo—. Imagínate cómo domino a los hombres.

—O porque me das miedo.

—Lo importante es que vas a hacerlo, y hay alguna posibilidad de que salga mal, pero muchísimas más de que salga bien.

Su sonrisa tiene algo contagioso, al igual que su confianza.

A veces, una persona solo necesita un empujón para dar sus primeros pasos.

Y mientras la mariposa se aleja hacia el mar, me pregunto si yo también podré volar así de ligera algún día.

EL CHICO ESTRELLA

Cinco años, Silver Springs

—¿Papá va a venir a cenar?

Juego con los dedos de mis pies, estirando los calcetines de ositos hasta que casi se rompen. Me gusta hacer eso cuando me duele la barriga. Mamá está sentada en el sofá blanco de piel, ese que no me dejan pisar con zapatos. A su lado hay un señor alto con barba negra que huele a un perfume distinto al de papá. No sé quién es, pero no me gusta cómo mira mis juguetes tirados por el suelo.

—Nate, deja los calcetines —dice mamá, con esa voz rápida que usa cuando tiene prisa—. Escúchame. Papá no va a venir a cenar.

Levanto la vista. Mamá mueve la pierna derecha muy rápido, arriba y abajo.

—¿Está en el trabajo? —A veces papá se va a jugar partidos y tarda mucho en volver.

—No. No está trabajando.

Mamá suspira y mira al señor de la barba.

—Papá se ha ido a vivir a otro sitio.

—¿A casa de la abuela Dottie?

Me animo un poco. Si está con la abuela, puedo ir yo también. La abuela me hace sopa y me deja ver la tele en su cama.

—No, Nate, está en otra casa.

El señor de la barba le pone una mano en el hombro a mamá.

—Creo que no entiende lo que le estás diciendo, Charlotte. Tiene cinco años.

Mamá se suelta de su mano y me mira. No tiene los ojos dulces hoy. Los tiene rojos.

—Papá y yo ya no vamos a vivir en la misma casa, cariño. Él se ha portado mal. Ha hecho cosas que a los mayores no nos gustan, y ahora tiene que irse para curarse la cabeza.

Siento un pinchazo en el pecho. Es una sensación rara. Papá se ha portado mal.

—¿Es porque papá se durmió mientras yo jugaba con el polvito blanco? —pregunto con la voz pequeña—. Yo fui el que jugué. No te enfades con él.

—¡Dios santo! —Mamá se levanta y camina hacia la ventana—. No es por eso, Nate. Es complicado. Se llama divorcio, cariño. Papá está enfermo y nos hace daño a todos. Sobre todo a tu futuro.

No entiendo qué es el futuro, ni qué es el divorcio, pero suena a una palabra mala, como las que no me dejan decir.

—¿Y yo? —pregunto. Los ojos me pican—. ¿Yo me tengo que ir también?

—No, tú te quedas conmigo. Y con… —Señala al hombre de la barba—. Vamos a hacer algunos cambios. Vas a tener que ser un niño muy bueno y muy fuerte a partir de ahora, ¿vale? Nada de llorar. Los campeones no lloran por tonterías.

El hombre de la barba se agacha un poco, pero no llega al suelo donde estoy yo.

—Tu padre ha desaprovechado su talento, chico. Tú no vas a hacer eso. Tú vas a ser mejor. Vas a ser una estrella, ¿verdad?

No sé qué significa ser una estrella. Yo solo quiero que papá venga a jugar a los monstruos.

—Quiero ver a la abuela —susurro.

—La abuela vendrá luego —dice mamá, seca—. Ahora vete a tu cuarto. Tenemos que hablar de cosas de mayores.

Cojo mis peluches, el oso marrón y el coche rojo, y salgo corriendo. No voy a mi cuarto. Me meto en el hueco que hay debajo de la escalera, donde guardan las aspiradoras. Ahí está oscuro y huele a polvo, pero me siento seguro. Abrazo al oso muy fuerte. Papá se ha ido porque se ha portado mal. Mamá dice que tengo que ser un campeón y no llorar. Me limpio los mocos con la manga del pijama. Si soy muy bueno, a lo mejor papá vuelve. Si meto muchas canastas con la pelota pequeña, a lo mejor mamá deja de mover la pierna y sonríe un poco más.

Me prometo a mí mismo, ahí en la oscuridad, que nunca más volveré a estropear nada. Que seré el niño más bueno del mundo para que nadie más se tenga que ir.

9
Helado de pistacho



Nate Miller

EL CHICO ESTRELLA EN EL PUNTO DE MIRA: TODOS LOS OJOS ESTÁN EN NATE MILLER

Con el dorsal número nueve, Nate Miller, de veintiún años, vuelve a estar en el foco mediático. La pasada temporada, a pesar de un arranque irregular, cerró con una media de veintisiete puntos por partido, consolidándose como una de las promesas más firmes de la NCAA. Todo un logro, especialmente teniendo en cuenta que durante tres meses arrastró estadísticas discretas, intentando adaptarse a su nuevo rol como capitán.

Tras pasar las evaluaciones médicas de pretemporada sin contratiempos, los analistas coinciden en que su nombre podría figurar entre los elegidos en el próximo Draft. Pero no está solo en el radar: su compañero de equipo, Axel Hayes, también aspira a lo más alto. Con

veintidós años y un perfil igualmente dominante, Hayes comparte posición, camiseta y ambición con Miller. No es una batalla por el Draft, sino por el protagonismo. Por ser la cara visible de un equipo que no permite medias tintas.

Nate, estudiante del Wilderhall College, lleva años destacando en la selección juvenil de su país, donde ha sido MVP y recibió el premio a Mejor Jugador en el último campeonato europeo sub-20. Un escolta con físico privilegiado, visión de juego y nervios de acero.

El entrenador de los Bears se muestra entusiasta pero cauto:

—Esta temporada es de las más prometedoras que he vivido. Tengo un equipo con muchísimo talento, pero también con muchas personalidades fuertes. Cuando en una colmena hay varias abejas reinas, hay que saber cuándo usar la miel y cuándo sacar el humo. Confío en que llegaremos lejos. Llegaremos al March Madness, el campeonato de la primera división de baloncesto de la NCAA.

La presión está servida. Las expectativas también. Y, aunque Nate Miller no lo diga en voz alta, sabe que este año no puede permitirse fallar. Porque no solo se juega su futuro profesional, también el derecho a ser algo más que una imagen perfecta.

Tiro el periódico encima de la cama. Estoy hasta los cojones, joder. Son las nueve de la noche y acabo de llegar a casa. Mamá y Samuel han salido a cenar, así que estoy solo. Enciendo la televisión y solo me salen cosas de deporte.

Llevo despierto desde las seis de la mañana. Prácticamente todos mis días son iguales. Cuando suena la alarma, lo primero que hago es darme una ducha de agua fría para espabilar los músculos, hago unas respiraciones y voy directo a la cocina. Me gusta tener el

desayuno preparado y pesado la noche anterior para no perder el tiempo. Supongo que para eso sirve tener dinero, para vivir lo más cómodamente posible, para comprar eficiencia. No me interesan algunos lujos como las joyas, pero sí me gusta tener el control de mis hábitos y mi cuerpo.

Desayuno casi siempre lo mismo: gachas con avena y claras con mantequilla de cacahuetes y un batido de proteínas. O, si es día de carga, huevos con beicon desgrasado al horno, pan integral y una pieza de fruta.

Mientras desayuno, escucho un ruidito familiar. Olivia, mi eriza, asoma el hocico por su casita de madera. Se despierta a su ritmo, olfatea mis zapatillas y después se mete en la caja donde guardamos sus pelotas de goma. No da mucha guerra, pero mi niña es más lista de lo que parece. A veces pienso que es el único ser vivo en esta casa que me entiende de verdad y que no espera que meta treinta puntos por partido. Le dejo un trozo de manzana y le acaricio las púas con cuidado antes de salir.

Mi rutina es sagrada. Suelo salir a correr a primera hora, me gusta hacerlo, ya que es de las pocas cosas que puedo hacer con libertad a lo largo del día. Cuando necesito reconectar con el baloncesto suelo subir a una cancha más o menos oculta que hay en una montaña cercana, donde puedo hacer unos tiros en absoluto silencio: sin cámaras, sin ruido. Solo el eco del balón y yo. Solía ir con papá cuando era pequeño, y ahora se ha quedado solo para mí. Es el único sitio donde me siento tranquilo y que nunca he compartido con nadie. Mi refugio.

Al volver a casa, normalmente me doy la segunda ducha del día y me voy a entrenar. Tres horas y media a tope. Acabo reventado,

pero luego me dirijo al comedor para atletas de la universidad. En ese sentido vivimos bien: podemos pedir chuletones de primera calidad si queremos.

Suelo comer con Wyatt y Aiden, aunque a veces también se une Lach, si no está pegado al culo de Hayes. No sé cómo un amigo mío puede llevarse tan bien con ese cabronazo. Aunque supongo que los veranos en la Iron Academy unen mucho. Hayes tiene la personalidad de un gato callejero, va siempre a su bola y si te acercas demasiado te llevas algún arañazo, pero Lach parece ser el único que lo aguanta. El béisbol le ha llevado a tener una vida muy solitaria durante su adolescencia.

Por las tardes lo más habitual es tener entreno individual o entrevistas, así que cuando llego a mi casa lo único que quiero hacer es morirme. De normal, ceno mientras veo la televisión y, si me quedan fuerzas y me aburro, chateo con alguna tía. Como hable más de dos días seguidos con la misma, me muero del aburrimiento.

La vida que llevo no es normal para un chico de veintiún años. A veces, cuando estoy solo en mi habitación, desearía ser… mundano. Un chico con preocupaciones básicas: suspender un examen, comer pizza grasienta con los colegas jugando al Fortnite hasta las tantas o tener una novia normal. Una chica con la que pueda hablar sin preguntarme si está conmigo por quien soy o porque quiere salir en la foto del periódico. Una chica real, no una fan.

Llevo varios días sin coincidir con mamá. Supongo que está muy ocupada llevando las «finanzas de la casa», que es su forma elegante de decir que no hace nada. Samuel, su novio, es un buen tipo, aunque me pone de los nervios cuando intenta hacer de padre conmigo. Porque yo ya tuve uno, y sé lo que es que desaparezca.

A veces me pregunto si esta mierda tiene sentido. Ya sabes: estar solo, vivir todos los días con el piloto automático y entrenar hasta que me sangren los pies. Los fines de semana cuando no hay partidos quedo con los chicos para hacer barbacoa o ir al Grey's a cenar alguno de los platos de la señora Wanda, la dueña del bar, como si eso bastara para apagar el ruido. No llevo la cuenta de las horas que habremos pasado a lo largo de nuestra vida en ese lugar, pero quiero a sus dueños como si fuesen mis abuelos.

Por las noches el tema es otro: me cuesta dormir. No dejo de darle vueltas a lo mismo una y otra vez, lo que no es de extrañar, teniendo en cuenta que estoy rodeado de gente que no se toma esto en serio. Una panda de inútiles que no entienden que el baloncesto no es solo correr detrás de una pelota, sino que es guerra, estrategia, y, sobre todo, carácter. Jugamos para ganar, no para lucirnos.

Quiero verlos transformarse, ver cómo sacan las garras. Quiero que nos peleemos por ganar, que dejemos sangre en la pista si hace falta, que hagamos del equipo lo que podría ser: una jodida máquina.

Y pensar que mi futuro depende también de ellos me pone enfermo. No es exactamente así —yo decido con mi juego—, pero si las jugadas no salen, si no me pasan el balón cuando toca, mis números bajan. Aunque, bueno…, la mayoría me lo pasa sin pensar. Me respetan o me temen, no sé qué es peor.

Ser capitán es eso: que crean en tus decisiones, que sigan tu ritmo y que sepan que, si fallan, no hay sitio para ellos. Tenemos seis meses para demostrar que somos unas bestias, para que el

resto de los equipos tiemblen cuando escuche nuestro nombre. Para que nos recuerden porque haremos historia, joder.

A veces me pregunto cómo hace Wyatt para sobrellevar el estrés. Él manda en su equipo de hockey, y su liga está por encima de la mía. Lleva ya varios años en la NHL y, desde fuera, parece que le va de puta madre, aunque ha tenido épocas en la que se ha aislado bastante.

Su madre está enferma desde que él era pequeño, y aun así nunca ha dejado de tirar hacia delante. No habla mucho del tema —casi nada, en realidad—, pero sé que carga con esa guerra a cuestas. Por dentro, está lleno de cicatrices. Por fuera, es Wyatt Carter: una de las grandes promesas del hockey estadounidense. Carismático, imparable, invencible. Tiene la personalidad más dura que conozco.

A veces lo miro y pienso que yo nunca sabría hacerlo así en su situación. Fingir tan bien. O tal vez todos fingimos, solo que a él se le da mejor.

Hablando del rey de Roma… Suena el teléfono y cuando miro la pantalla veo que es él.

—¿Qué pasa, tío? —respondo, dejándome caer de espaldas en la cama.

—¿Estás vivo? —Su voz suena como siempre: tranquila, con ese deje seco que no sabes si es ironía o preocupación real.

—Más o menos —murmuro, cerrando los ojos—. ¿Tú?

—Estás tan insoportable como siempre, así que sí, supongo que todo en orden.

Me río y agradezco que me haya llamado.

—¿Cómo va la pretemporada? ¿Habéis ganado?

—Claro. ¿Qué te crees, novato?

—Tienes suerte de que no te partan la cara cada vez que hablas —asegura Wyatt, y, aunque no lo tengo delante, estoy convencido de que sonríe.

—La suerte no tiene nada que ver, Miller. Es actitud.

Este es un silencio de los cómodos, pero él lo rompe antes que yo.

—He visto el artículo. Otra vez en el punto de mira, ¿eh?

Chasqueo la lengua. El maldito artículo.

—Esto no ha hecho más que empezar y ya me están tocando las narices. No sé cuánto tiempo voy a aguantar que me estén vigilando con lupa, pero te juro que un día le estampo la cámara en la cara a uno de esos periodistas.

—Sí que lo sabes. Aguantas cada día porque sabes lo que vales. Mira, aunque te joda, hay que saber tragar. Piensa en la vida de esos tipos, mendigando exclusivas para poder llevarse algo a la boca cada mes. Sin eso, no comen.

—Así es. Yo juego y ellos miran.

—¡Ese es mi hermano! Sal ahí y machácalos. Quiero ver el artículo del domingo sobre cómo les pasaste por encima.

Suspiro, pasándome una mano por la nuca. Oigo movimiento en el piso de abajo. Tacones contra el suelo de madera.

—Tengo que dejarte, Wyatt. La «cena de la felicidad» me espera abajo —digo con ironía.

—Suerte, soldado. No dejes que Charlotte te muerda.

Cuelgo el teléfono y lo tiro sobre la cama. Se acabó la paz. Me miro al espejo una última vez, compongo mi máscara de frialdad y salgo de la habitación.

Bajo las escaleras sintiendo cómo el estómago se me hace un nudo adelantándose a los acontecimientos.

Toda la casa huele a limón y pollo asado. Todo está en su sitio: los cojines perfectamente alineados y la mesa del salón sin una sola mancha.

—Llegas tarde —me dice mi madre con una sonrisa tensa en cuanto pongo un pie en la sala.

—Mamá, por Dios, vivimos en la misma casa. No puedo llegar tarde si no he salido de aquí.

Ella no responde a mi comentario sarcástico. Solo da media vuelta, va a la cocina y vuelve con una bandeja entre las manos.

—Te he preparado tu comida favorita —anuncia Charlotte mientras deja un plato delante de mí—. Pollo al horno con puré de boniato. Como cuando jugabas en el instituto y necesitabas energía.

Sí. Necesitaba energía, pero una infancia normal también me habría venido bien.

A pesar de lo bien que huele, tengo el puto estómago hecho un nudo, como siempre que se acerca un partido importante. Mañana es el primer partido de la temporada y jugamos contra los Panthers Wildboys. Si no arrancamos bien, estamos jodidos.

—No hacía falta que cocinases nada, mamá. Podía hacerlo la…, ¿cómo se llama la de esta semana…? Ah, sí, Davinia. —No sé por qué, pero me irrita cuando intenta cuidar de mí—. Pero… gracias.

—Delilah, se llama Delilah, y hoy tenía día libre, así que me he encargado yo. —Bebe un trago de vino antes de preguntar—. ¿Y bien? —Se sienta con elegancia en la silla.

Lleva puesto un vestido burdeos, el maquillaje impecable y el pelo rubio recogido con una horquilla brillante. Esta mujer parece que va

de gala, en vez de a cenar en su casa.

Cada semana echa a una chica de la limpieza por alguna absurdez y cuando quiero darme cuenta, ya hay otra nueva trabajando.

—¿Qué? —respondo sin levantar la vista del puré, removiéndolo con el tenedor.

—No te hagas el tonto, querido. El partido, el entrenador, tu agente, las entrevistas… ¿Es que quieres que me entere de todo por la prensa? ¿No va a contarme nada mi propio hijo?

—Mamá, he estado entrenando. No me da la vida para sentarme a ponerte al día de cada cosa.

—Claro, claro —responde limpiándose las comisuras con una servilleta de paño—. Pero, si estuvieras lesionado, seguro que me enteraría enseguida, ¿verdad?

Samuel carraspea. Es su forma de intentar que algo no salte por los aires.

—Charls, deja respirar al chico —comenta Samuel con voz calmada, usando el apodo que utilizaba cuando quería transmitirle esa misma calma a mi madre—. Acaba de llegar, así que deja que coma tranquilo. Es una cena en familia, no de trabajo.

—Solo digo que me preocupo —dice, mirándolo con calma, pero luego se gira hacia mí con frialdad, antes de continuar hablando—. A veces parece que se te olvida todo lo que hemos hecho para que llegaras a donde estás. Lo único que haces al llegar a casa es encerrarte en tu cuarto y estar con ese erizo tuyo.

Mi mandíbula se tensa, automáticamente.

Todo lo que hemos hecho.

Intento seguir masticando, pero ya no me baja la comida.

—No se me olvida. Y por cierto, es una eriza.

—Pues no puedes permitirte lujos ahora. Todos están pendientes de ti. Cualquier fallo y se acabó.

—No está fallando —interviene Samuel, sonriendo—. Está más centrado que nunca, ¿verdad?

Asiento despacio. Centrado. Centrado en no irme a tomar por culo.

—¿Cómo estás con Axel Hayes últimamente? —Otra de las preguntas incómodas de mamá—. Ese chico sí que sabe aprovechar los momentos. Su madre me contó que ya lo están considerando para una firma con Nike.

Dejo el tenedor y apoyo los puños sobre la mesa.

—¿Me estás diciendo que no estoy haciendo suficiente? —pregunto mientras contengo la rabia a duras penas.

—No pongas esas palabras en mi boca, Nathaniel. Solo digo que no puedes relajarte. A veces… tienes esa tendencia.

—No le metas presión ahora, Charlotte. Para eso está el entrenador.

—No es presión, pero quiero que se enfoque. A veces hay que exprimir para sacar, y los jugadores tienen unos años de trabajo muy intensos para después descansar. Es lo mínimo que le pido.

Me levanto. Una palabra más y voy a romper los putos platos contra la pared uno por uno.

—Mejor voy al baño.

—Deja que te caliente el plato mientras tanto —dice mamá, como si todo fuera normal.

Salgo del salón con el puño apretado y me encierro en el baño. Abro el grifo de agua fría. Espero. Cuando sale totalmente helada, tapo el desagüe y dejo que se llene. Luego meto la cabeza entera y

cierro los ojos. Esto es lo único que me calma desde hace años, lo único que me ancla y que consigue que se corte la emoción antes de que explote.

Si supiera la mierda que he tragado por esto, se callaría. Pero no le importa. Nunca le ha importado.

No le importa que haya renunciado a mi infancia, a mis fines de semana, a las fiestas de cumpleaños, a los amigos. Todo lo que le importa es que juegue. Que gane. Que brille. Para ella, yo no soy su hijo. Soy un proyecto que tiene que salir bien.

Por eso suelo cenar solo cuando está en casa. Por eso me hago el dormido cuando vuelve por la noche, porque no sabe hablarme de otra cosa si no es de estadísticas. No sabe preguntarme si soy feliz. Ni siquiera le importa si he conocido a alguien. Para ella soy Nate Miller: un producto.

Cuando papá se fue, tuve que hacerme cargo de muchos asuntos. Con cinco años me preparaba el desayuno solo. Con seis me vestía mientras mi madre estaba de viaje, con sus amigas o llorando. Y con siete pasaba la mayor parte del tiempo con la abuela Dottie, de la que ella no quería saber nada, pero que era la única persona que de verdad me cuidaba.

Años después tuve una época de rebeldía porque incluso un niño se cansa de la soledad. Dottie era la madre de mi padre, pero en muchos sentidos, también era la mía. Charlotte no quería que siguiese viéndola, pero ella no se cansó de luchar por mí y me sacó de esa casa siempre que pudo. Samuel se encargó de echarme una mano hasta que mamá cedió y empezó a dejar que pasásemos más tiempo juntos.

Por fin, los fines de semana eran lo que siempre había querido: tranquilos, con olor de las galletas horneadas de la abuela y compartidos con ella y Asia.

Asia llegó a mi vida cuando ambos teníamos nueve años. Yo, un niño que toda la vida había sido hijo único en una casa demasiado grande siempre había soñado con tener una hermana. Ella no era mi hermana de sangre, sino de esas que te elige la vida.

La abuela, que llevaba años colaborando con la iglesia del pueblo y donando generosamente a cualquier causa en la que creyera, apareció un viernes por la tarde con una niña tímida y delgadita cogida de la mano. Tenía el pelo oscuro recogido en dos trenzas rebeldes y las cejas pobladas. Unos ojos enormes asomaban por su rostro, como si el mundo entero entrase por su mirada. Su madre biológica era india y su padre turco, así que tenía unos rasgos muy peculiares.

—Esta es Asia, cariño —dijo la abuela—. Va a pasar algunos fines de semana con nosotros.

Ese «algunos fines de semana» se convirtió en rutina, y luego en algo mucho más permanente. Con el tiempo, Asia empezó a quedarse con más frecuencia. Dottie, con esa determinación tan suya, empezó a mover cielo y tierra para conseguir su custodia. Lo logró un año después, tras muchas visitas, abogados y reuniones que yo no entendía del todo, pero que intuía importantes.

El día que la custodia fue oficial fue uno de los más felices de mi vida. Y para Asia, lo supe enseguida, fue el inicio de algo parecido a un hogar.

Dottie nos vestía como a dos muñecos sacados de una revista de moda vintage, con jerséis de lana tejidos a mano y zapatos a juego.

Veíamos películas de Disney hasta que nos quedábamos dormidos en el sofá, tapados con la misma manta.

Ellas venían a todos mis partidos y después nos íbamos juntos a comer helado al Bettie's, siempre de pistacho; luego terminábamos con dolor de barriga. Nadie cambiaba ese plan, era sagrado. Bettie nos conocía por nuestros nombres y a veces nos daba alguna galleta extra «porque sois los nietos de Dottie», decía.

Así fue como Asia se convirtió en mi hermana. No legalmente, pero sí en todo lo que importa. La única familia que sentía como verdaderamente mía eran ellas, las que estaban de verdad.

Ahora hablamos cada fin de semana, aunque nos cuesta coincidir. Entre mis partidos y su carrera es complicado. Está estudiando Medicina, ya que quiere ser médica deportiva, y no puedo evitar que se me hinche el pecho de orgullo cada vez que lo digo en voz alta.

Y aunque la vida nos lleve por caminos distintos, siempre hay una parte de mí que está con ellas, como cuando compartíamos cuchara para probar su salsa de manzana y miel. Como cuando, sin saberlo, los tres nos habíamos elegido.

10
Un paso a la vez



Keyla Blake

—Por el amor de Dios, Keyla, ¡estás guapísima!

Me miro en el espejo del baño mientras Avery rebusca entre un caos de cremas y esmaltes la bufanda del equipo.

—¿Estás segura de que esto no es demasiado? —pregunto, bajándome todo lo que puedo el *crop top* que me ha dejado prestado.

—¡Para nada! —responde Avery mientras se aplica un pintalabios marrón—. Vamos a animar a tope, tía, y tú vas a ser la aficionada más preciosa de toda la grada. Además, hoy vas a ver a un montón de chicos guapos. Los del equipo están buenísimos, Keyla.

—¿Habéis hablado alguna vez?

—¡Claro! Al final pasamos mucho tiempo compartiendo espacio de trabajo—me confiesa—. Además, soy bastante amiga de alguno de ellos. Tenemos un grupo de amigos desde hace bastantes años, pero

cuando estamos en ambiente deportivo no hablamos mucho. La imagen que hay por ahí de las animadoras es bastante cliché y no quiero perpetuar eso. No nos derretimos cada vez que un jugador nos mira ni hacemos malabares para llamar su atención. Somos muy profesionales —me dice guiñándome un ojo.

Presiono los labios en silencio. Todavía no tengo la confianza suficiente para contarle que mi única «relación» fue en Junior Year, con Troy Murphy, el imbécil que estuvo meses conmigo en secreto porque le daba vergüenza que alguien lo viera con la chica rara. Desde entonces, para mí los chicos son territorio prohibido.

—No tengo interés en conocer a nadie, si te soy sincera —murmuro, mientras me coloco una especie de lazo de color blanco roto en el pelo.

—Eso suena a que alguna vez te han roto el corazón, pero somos jóvenes y guapas, ¿no crees que nos merecemos todas las oportunidades del mundo para intentarlo?

Nunca lo había pensado porque la sola idea de conocer a alguien me produce escalofríos, aunque a decir verdad nadie me lo ha roto nunca porque nunca nadie lo ha tenido.

Además, pensar en estar en medio de un estadio lleno de gente hace que el corazón se me quiera salir por la boca. Lo último que necesito son más estímulos, cuando pienso en planes así, mi cuerpo ya se anticipa al desastre de forma automática. Es como si no hubiese nadie al mando. No necesito pensar, además, en los jugadores.

—Solo prométeme que, si me agobio, me sacas de allí cagando leches —murmuro, ajustándome la camiseta.

—Trato hecho —dice eufórica, guiándome un ojo mientras me pasa la bufanda del equipo—, pero primero vamos a disfrutar, ¿vale? Hoy es el inicio de algo nuevo para ti.

Solo quiero que este día pase lo más rápido posible y acostarme con la sensación de haberlo intentado, aunque sea un poco. Quiero llegar a la cama y que, antes de cerrar los ojos, pueda decirme a mí misma que hoy hice algo distinto, algo que me sacó de la inercia. No quiero volver a sentir lo de siempre, esa condena de pensar que no tengo elección. Ya he probado ese infierno antes. La diferencia es que, hasta ahora, solo me tenía a mí misma.

Esta vez, gracias a esta rubia de uno setenta, hay alguien más que me empuja hacia delante.

Avery está de pie frente al espejo, dándose los últimos retoques. Lleva un conjunto negro ajustado con delicados bordados rosas en las costuras, como si alguien hubiera dibujado flores a mano sobre la tela. Su lazo de seda contrasta con el tono dorado de su pelo y le da un aire elegante. Siempre parece saber cómo vestirse para que cada detalle hable por ella sin decir ni una palabra.

Yo, en cambio, sigo peleándome con la cinta de satén que encontré al fondo de la maleta.

Llevo un pantalón *baggy* que me hace sentir segura, combinado con el *crop top* burdeos que resalta mi piel pálida y deja ver lo justo para que Avery se dé por satisfecha.

—¿Lista? —pregunta Avery, girando sobre sí misma con una sonrisa gigante en la cara—. Madre mía, mírate bien: estás espectacular.

Me miro de arriba abajo y trago saliva. Intento con todas mis fuerzas aceptar que es posible que vaya a desmayarme en algún

momento. Lo reconozco: tengo cierta dificultad para interpretar las señales que me da mi cuerpo. El miedo me abduce y no pienso por mí misma, pero yo sola me he metido en esto.

No me siento del todo cómoda enseñando mi cuerpo y ahora mismo se me ve todo el abdomen. Noto cómo me miran y eso me hace sentir incómoda.

A pesar del entusiasmo de Avery, no soy capaz de tener esperanza en que esto saldrá bien.

Respirando con dificultad, agarro mi cazadora y me la cierro hasta el cuello. Avery me lanza una mirada y se limita a sonreír. Y yo se lo agradezco. Que esté aquí sin forzar, sin exigirme más de lo que puedo dar, es más que suficiente.

—¿Vamos? —pregunta, mientras se cuelga el bolso al hombro.

Asiento. Con cada paso que doy hacia la puerta, siento que mi cuerpo entero grita en contra, pero sigo andando. Un paso y luego otro.

El aire fresco de la tarde me golpea en la cara antes de montarnos en el coche. Avery va hablando de no sé qué cosa sobre el base suplente del equipo y sobre la rivalidad entre un tal Hayes y un tal Miller, pero solo capto algunas frases sueltas como «está buenísimo», «Hayes tiene muchas novias» o «pero es un cerdo que siempre me está mirando el culo».

Mientras ella divaga, yo estoy ocupada en otra batalla: el mundo exterior. Coches, gente, ruidos. Es como si todo estuviese amplificado. Un niño le grita a su padre a lo lejos y el pecho se me contrae. Me seco el sudor de las manos en el pantalón y me digo a mí misma: no pasa nada, es solo un crío.

—¿Estás bien?

—Sí —miento, forzando una sonrisa. Ella no me conoce bien todavía, pero sí parece conocerme lo suficiente para no creerme, aunque tampoco insiste.

—Va a ir bien. Además, te prometo que, si alguno se te queda mirando como un cerdo, le tiro mi pintalabios a la cara. Este color es fuerte, pigmenta de maravilla. Yo lo llamo arte defensivo.

Me río de verdad. Con ella me da la sensación de que puedo tener miedo, pero que al mismo tiempo lo convierte todo en llevadero.

De pequeña nunca tuve amigas y el simple hecho de recordarlo hace que los ojos se me llenen de lágrimas.

Me recuerdo a los ocho años, sentada en un banco del patio, viendo cómo el resto de las niñas jugaban a las palmas o al escondite sin ni siquiera reparar en mí. La última vez que una me dirigió la palabra, su madre tuvo que ir a recogerla al colegio porque alguien le escribió la palabra «zorra» en la mochila. A partir de ahí no volvimos a cruzar ni una mirada. Siempre era igual. Cuando por fin alguien era amable conmigo, enseguida venían las amenazas: «Si te juntas con ella, a ti también te vamos a pegar». Y entonces dejaban de hablarme, me abandonaban y se sumaban a las personas que me hacían daño. Lo recuerdo, pero amenazo a mis lágrimas para que no se les ocurra salir.

—Un paso cada vez, Kells —dice Avery, como si pudiera oír lo que hay en mi cabeza.

Y entonces, sin saber muy bien cómo, doy ese primer paso hacia la puerta del estadio.

Solo uno a la vez, con eso y sin pensar en nada más llegaré a mi meta. Entro fijándome solamente en mis pies y con el corazón martilleándome como un tambor. Presa del pánico y en alerta

máxima, siento cómo Avery me coge del brazo y me aprieta con dulzura, haciéndome sentir acompañada.

Lo primero que noto son los sonidos. Después el suelo que tiembla bajo mis zapatillas. Hay gente por todas partes con perritos calientes en la mano, palomitas y cerveza. Las luces y la megafonía ocupan el noventa por ciento de mi capacidad auditiva. El diez restante lo estoy reservando para salir pitando si lo necesito.

Nos dirigimos a la grada. No sé cómo, pero mis piernas se siguen moviendo, aunque todo en mí parece estar bloqueándome el paso. Hay una parte de mi cuerpo que no parece estar del todo conectada, como si flotara justo por encima de mi cabeza. La psicóloga explicó en la terapia grupal que eso se llama disociación y que suele ser por estar hiperventilando, así que respiro despacio e intento que mi oxígeno se regule poco a poco.

—Tranquila —me susurra Avery al oído, notando que estoy en otro planeta, llegando a Júpiter, exactamente—.Ya casi estamos.

Un grupo de chicos pasa junto a nosotras, riendo a carcajadas. Uno de ellos, con gorra roja, se gira a mirarme de arriba abajo. No dice nada, pero su expresión me congela.

Instintivamente me echo la chaqueta que me había quitado al entrar por encima y aprieto los puños. El recuerdo se cuela sin que lo invite: «Tú no puedes ir con esa ropa, Keyla. Das asco. Mira cómo se ríen de ti». La voz de Sarah Connor por el pasillo del instituto, junto con la risa que vino después. La foto en Instagram.

—Guarra.

Parpadeo y me agarro al asiento más cercano. Avery se da cuenta de que estoy pálida.

—Eh, respira, preciosa —me dice mientras pone una mano sobre mi pelo—. Solo respira y céntrate en mí.

Sus ojos verdes están a solo unos centímetros sosteniéndome y anclándome al presente.

—Ya estamos aquí —anuncia victoriosa—. Puedes verlo como una exposición: tú eres la visitante. Ellos son los cuadros. Tú decides cuánto tiempo mirar, pero nadie te puede tocar.

Sus palabras funcionan y de pronto me siento cómoda sobre el asiento. Estamos justo en el centro, en la parte de abajo del todo. Cuando por fin consigo respirar de manera pausada, tomo consciencia de todo lo que me rodea.

De pronto, se apagan las luces. Una ráfaga de gritos sacude el estadio y yo salto en el asiento, sobresaltada, pero reconociendo algo en mí: la curiosidad.

—¡Ah! Esos son nuestros chicos —dice Avery sin contener la emoción—. ¡Mira!

No sé si es porque las luces bajan un poco o porque el *speaker* grita su nombre por megafonía, pero mis ojos aterrizan en él.

—Con el número nueve…, el capitán…, ¡Nate Miller!

Hay como veinte tíos en pantalones cortos cruzando la pista, saludando y chocándose las palmas entre sí. Pero es ese, el que entra más tarde, el que llama mi atención. Camina diferente, más despacio, pero con más energía que los demás. No levanta los brazos ni busca al público de manera innecesaria. Por un momento me quedo paralizada porque reconozco esa mandíbula marcada en cuanto consigo verle bien la cara.

Ese chico es el del avión.

No puede ser.

Parpadeo varias veces, sin fiarme de mis propios ojos.

—Ese es Nate —susurra Avery a mi lado—. El que te dije que juega como si llevara fuego en los pies. Guapo, ¿verdad?

—No está mal, pero no es mi tipo —miento.

Si hubiese un premio a mejor mentirosa de la semana, llevaría mi nombre.

—Cariño, Nate es el tipo de todas.

Avery se ríe, y yo aparto la mirada rápido para que no vea el temblor de mis manos.

Voy a obviar nuestro encuentro en el avión porque no creo ni que él se acuerde de que nos conocimos. Fue una persona amable conmigo, por eso yo sí lo recuerdo.

Una coincidencia entre dos desconocidos, o eso me repito mientras lo veo correr por la pista con el sudor bajándole por la frente.

Ahora parece alguien totalmente diferente, como si fuese un depredador.

Sin decir nada, Avery empieza a reírse a carcajadas porque me he puesto como un tomate. Después vuelve a mirar a los chicos. Hoy juegan contra los Panthers Wildboys. Según ella, ambos son de los equipos más fuertes de la temporada.

—Avery, creo que este es un buen momento para confesarte que no tengo ni idea de baloncesto —murmuro, recostándome en la silla.

—Vale, pues te hago una miniguía exprés para principiantes.

Se inclina hacia mí, como si estuviera a punto de revelarme el mayor secreto de la vida.

—Juegan cinco contra cinco, con cambios entre ellos. El objetivo es meter el balón en esa canasta de ahí —señala con la barbilla—.

Cada canasta vale dos puntos, salvo si tiran desde detrás de esa línea curva, que entonces vale tres, o si hay tiro libre.

—O sea, que hay distintos puntos según la distancia.

—Exacto. Y cuando tienen la posesión, solo cuentan con veinticuatro segundos para lanzar. Si no lo hacen, pierden el balón. Y no pueden correr con él en las manos, tienen que botar. Si lo agarran y caminan, eso son pasos.

Intento asimilar todo mientras observo cómo uno de los jugadores choca contra otro. El árbitro pita falta enseguida.

—¿Eso también es falta?

—Sí. Empujar, agarrar o bloquear de manera ilegal. Acumular varias faltas puede sacarte del partido, como en cualquier deporte.

El balón llega a las manos del nueve, que encesta con una facilidad insultante. La grada enloquece. Y yo, sin entender muy bien por qué, sonrío.

Se coloca con calma, ajustándose la camiseta, como si lo hubiera estado esperando desde siempre. Las animadoras cuchichean entre ellas, señalándolo como si fuese un trozo de carne.

Se desliza por la pista con esa seguridad de quien parece tenerlo todo bajo control. El resto del equipo se mueve en torno a él, atento a cada gesto. Amaga un lanzamiento desde la línea de tres y, en el último segundo, gira sobre sí mismo para entrar hasta debajo del aro.

El número nueve no lo celebra, pero el estadio pone la canción de *Girls Want Girls* de Drake y es uno de los mejores días que he tenido en mucho tiempo.

Porque hoy he remado con el viento en contra.

Porque, por una vez, hoy he elegido atreverme a hacer algo que me asusta.

Y porque, aunque el miedo me está mordiendo la piel…, me estoy regalando un día feliz.

11
Palomitas voladoras



Nate Miller

Voy directo hacia una esquina del vestuario y ejecuto mi ritual: afirmaciones positivas, hablar conmigo mismo y aislarme para que el miedo que sienten mis compañeros no se me pegue al cuerpo.

Me siento en el banco, inclino la cabeza y respiro tres veces, llenando y vaciando los pulmones con lentitud.

No pienso en mamá, ni en el cabrón de mi padre. Me visualizo en una casa amplia, viviendo solo con Olivia y con un par de perros que todavía no tengo, pero que ya me imagino corriendo por el jardín.

Mi carrera en la cima, sin prensa ni focos.

Solo yo y la paz de mi soledad.

Estiro los dedos, uno por uno, y murmuro en voz baja:

—Venga, pequeño Nate. Haz que este partido salga bien. Nos lo merecemos. Este sueño lleva nuestro nombre.

Me levanto para hacer unos estiramientos justo cuando recibo un mensaje de mi representante.

Mierda.

¿Por qué coño no lo he guardado antes?

MARCUS

Nate, hoy es el primer partido de la temporada. Estarán varios ojeadores de la NBA en la grada. Da el doscientos por ciento. Cuidado con los fallos y pon tu mejor sonrisa para la prensa cuando salgas. Nos vemos.

Hay partidos donde lo sientes todo antes de que empiece: la electricidad, la tensión en los gemelos, el cosquilleo en las palmas. Pero hoy no es uno de esos días.

Estoy cansado, aunque no físicamente —eso nunca—, pero sí de todo lo demás. Sobre todo, del imbécil de Hayes haciéndose la estrellita del equipo o de los mensajes de mamá y Marcus antes de cada partido.

Como si no jugara siempre con el corazón en la garganta.

El entrenador entra, aplaude dos veces y nos reúne en círculo.

—Chicos, hoy demostramos que la pretemporada valió la pena. Que, mientras otros estaban en la playa, nosotros nos dejamos la piel. —Hace una pausa, respira y grita—: ¿Qué somos?

—¡UNOS PUTOS FIERAS! —rugimos.

—¿QUÉ QUEREMOS?

—¡SANGRE!

—¿QUÉ VAMOS A HACER HOY?

—¡GANAR!

—Tres, dos, uno: ¡SILVER BEARS!

El rugido nos arrastra al pasillo. El suelo tiembla con el clamor de la grada, los golpes de pecho y la adrenalina subiéndome a la cabeza. Y, por un segundo, siento fuego en las venas.

Pero, en cuanto empieza el primer cuarto, la chispa se apaga y se vuelve ceniza. Apenas sobrevivimos empatando. Hayes, cómo no, hace su numerito de estrella, y yo gasto energía en no dejarlo en evidencia.

Minuto ocho. Ataque rival. El base de los Panthers intenta colarse por la derecha, pero yo leo la jugada antes que él: soy el mejor escolta de la liga por algo.

Robo el balón con limpieza, pero se me escurre hacia la línea de banda, dejándome traicionar por la inercia. Me lanzo, pierdo el equilibrio y el parqué se me va bajo las zapatillas.

Y entonces choco contra unas piernas mientras un grito ahogado se mete por mis oídos. Odio a la gente que grita, pero el olor a mantequilla que se queda flotando en el aire me distrae.

Por el rabillo del ojo veo palomitas estallando en el aire y, cuando levanto la cabeza, el mundo entero se me reduce a una cara.

—¡¿Tú?! —escapa de mi boca.

La pelirroja del avión.

La chica que se deshacía en nervios mientras yo intentaba distraerla.

La de los ojos de color tierra mojada.

Joder.

Está congelada, con la camiseta manchada de mantequilla y las manos hechas un ovillo sobre el regazo. Y me mira igual que entonces, como si mi apellido no fuese Miller.

Al lado, Avery —la rubia que conozco demasiado bien— suelta una carcajada que me retumba en los tímpanos.

—¿Estás bien? —le pregunta.

Keyla no responde. Sus labios se entreabren apenas, pero su mirada sigue fija en la mía. Parece asustada, o puede que simplemente esté atrapada en la misma sorpresa que yo. Me paso la camiseta por la cara para quitarme el sudor y esbozo una sonrisa que, por una vez, no es forzada.

—Lo siento por… —miro su regazo cubierto de bolitas blancas— el desastre.

—¡Nate, maldita sea! Vuelve al campo —grita Wheeler desde la banda, fuera de sí.

Ella asiente rápido y me dedica una sonrisa tímida, que me desconecta de la presión del partido durante un segundo eterno.

—Encantado de verte otra vez, Keyla la valiente. —Lo digo con un tono de voz tan bajo que solo mis labios lo pronuncian.

Me incorporo de un salto. Los árbitros llaman a los operarios para limpiar la pista mientras la grada aplaude el esfuerzo. Intento retomar el control, pero algo ha cambiado. Al bajarme del avión me quedé con la sensación de que me habría gustado hablar más con ella, pero ahora mismo paso de líos. No busco complicaciones ni quiero hacerle perder el tiempo a nadie.

Lo último que me esperaba era encontrarme con ese pelo anaranjado en uno de mis partidos, ni verla con Avery.

Suelo rodearme de chicas que gritan mi nombre desde las gradas, extrovertidas, ruidosas: previsibles. Pero ella no parece ser así, porque no puedo darle más igual.

Quizá sea solo al principio y después sea como las demás.

Así que sin saber cómo, entre el sudor, el ruido y el puto caos de mi cabeza…, siento que algo en mí ha quedado enganchado en esa cara pecosa.

Y, contra todo pronóstico, ya no tengo prisa por que acabe el partido.

EL CHICO ESTRELLA

Cinco años, Silver Springs

No podía dormir.

Abrazaba mi peluche de trapo, el de la oreja rota, y miraba las estrellitas pegadas en el techo. Brillaban flojito, como si estuvieran cansadas, pero yo sabía —aunque era pequeño— que algo no iba bien.

La casa estaba ruidosa esa noche y escuchaba voces desde mi habitación.

Estaba acostumbrado a pasar tiempo solo con mis juguetes. Mamá llegaba tarde de «hacer cosas» y siempre olía a colonia de chicas. Papá miraba la tele o se iba a jugar al golf con sus amigos. Con quien de verdad estaba era con mi abuela Dottie. Ella era casa. Ella era manta. Ella era pan con miel y una risa que me hacía cosquillitas en el corazón, y siempre venía a hacerme la comida y la cena.

Solíamos hacer todos los días lo mismo: poníamos la vieja radio del abuelo Simon, me sentaba en la encimera y me dejaba probar la salsa con la cuchara de madera.

—Abuelita, ¿tú crees que algún día seré como papá? —le preguntaba, porque quería ser alguien que me gustara.

—Mi precioso angelito —me decía ella mientras me peinaba con los dedos y me sujetaba la cara—. Tú serás lo que tú quieras. Y no serás como papá: serás mejor. Un superhéroe de verdad.

Con ella me quedaba muy tranquilito, pero esa noche Dottie no estaba y, sin su risa, la casa parecía más grande y más fría. Las voces que venían del salón se escuchaban muy altas, aunque no había gritos, pero me hacían daño en los oídos.

La puerta de mi cuarto estaba un poco abierta y entraba olor a tabaco y a colonia de hombre. Me senté en la cama y estiré la mano para tocar una estrella del techo, pero no llegaba. Algunas ya no brillaban; se habían quedado oscuras. A veces yo también me sentía como ellas: sin luz.

—¡Podía habérsela metido en la boca, Samuel! —La voz de mamá temblaba. Se me encogió la barriga.

—Ya lo sé, nena —dijo otra voz, grave, que no conocía—. Tenemos que hacer algo con él, pero no es culpa del niño.

Después sonó un «crash», como cuando se rompe un plato y saltan trocitos por todas partes. Tragué saliva y empecé a sentir algo raro en la tripa, como cuando me sentía mal por romper alguno de los jarrones de casa.

Tenía miedo de que mamá estuviese enfadada conmigo.

Todo era por los polvitos blancos de papá. Eran muy bonitos, como el azúcar, y estaban muchas veces sobre la mesa del despacho. Parecían polvo de hadas de los cuentos que me leía Dottie. Yo solo quería ver si brillaban en mis dedos, pero, cuando mamá me vio tocándolos, se puso a gritar de una forma que nunca había oído.

Me bajé de la cama y caminé descalzo por el pasillo. La madera hacía ruiditos bajo mis pies. A veces, cuando tenía mucho miedo, se me escapaba el pis en la cama, y mamá ponía cara fea mientras me decía que no iba a crecer nunca. Por eso, esa noche, me obligué a estar muy quieto, muy seco, muy callado. No quería ser el problema.

Apoyé la frente en la puerta y escuché el silencio que se quedó a vivir en la casa después de los gritos. Me hice promesas pequeñitas, de esas que caben en una mano: prometí no tocar nunca más las cosas de papá. Prometí ser un niño bueno, de los que no molestan. Prometí hacer que mamá dejara de llorar.

Pero por la mañana mamá ya no estaba.

En la cocina había una nota que ponía que no era para mí, así que la abuela se puso las gafas en la punta de la nariz y la leyó despacito, sin prisa: «Cuida del niño. Tenéis dinero en el sobre debajo de mi almohada por si necesitáis algo. Volveré pronto. Charlotte».

—Volverá pronto, pequeño —dijo Dottie mientras me servía cereales—. Solo necesita un poco de aire.

Ese día hicimos tortitas. Ella me dejó romper el huevo, me puso un delantal grande y me limpió la nariz con el canto de la mano. La radio sonaba bajito y la cocina olía dulce. Pensé que, si era bueno, todo se arreglaría. Lo pensé muy fuerte para que llegara hasta donde estuviera mamá.

Por la noche, cuando Dottie me arropó, las estrellitas del techo volvieron a brillar. Me acerqué todo lo que pude y le dije al oído:

—Si me porto bien…, ¿mamá se quedará más tiempo en casa?

Dottie se quedó quieta un momento antes de darme un beso en la frente. Sus ojos brillaron a la luz de la lamparita.

—Mamá estará aquí antes de que te des cuenta. Y tú, mi precioso niño, no haces nada mal. Estás aprendiendo el mundo. Eso hacen los niños valientes como tú.

Cerré los ojos y, apretando fuerte mi peluche, decidí que al día siguiente iba a brillar mucho. Como las estrellas buenas, las que no se apagan. Iba a brillar para que mamá me viera desde lejos y se sintiera orgullosa.

Y así fue como me hice una promesa que nunca se me olvidó: ser una estrella.

El chico estrella.

Nate Miller.

12
Una dulce madriguera



Keyla Blake

¿Alguna vez has tenido la sensación de estar en un hoyo? Al contrario de lo que todos puedan pensar, a mí me resulta agradable.

No es un lugar oscuro y terrible, sino uno mullido, silencioso, donde nadie puede alcanzarte. Es como una madriguera: acogedora, segura a simple vista y, aunque es pequeña, caben todo tipo de miedos.

Sé que mi forma de pensar es un problema —vivir en esas condiciones no se puede mantener a largo plazo— pero, para mí, el agujero en el que me metí hace unos años se ha convertido en mi lugar seguro.

Me gusta imaginarlo como mi pequeño nido.

Al fin y al cabo, soy realista: he vivido siempre en él.

Es como un espacio en el que siento que nadie va a hacerme daño, pero con la doble trampa de que, si nunca me pasa nada,

tampoco estoy viviendo.

Así que ese es mi plan en este lugar: ampliar mi zona de confort, hacerla más grande y, tal vez, abrir alguna ventana para que corra el aire.

Y yendo a ese partido, desde luego que he dejado más de una abierta.

—Keyla, ¿no ha sido increíble? —La voz de Avery me saca de mis pensamientos—. ¡Ese tío de dos metros se cayó encima de su propio entrenador! Creo que ha sido lo más espectacular que he visto en mi vida.

Pestañeo y me encuentro con los ojos de Avery fijos en los míos, como si estuviera intentando descifrarme, conocerme más.

—La verdad es que sí, ha sido impresionante, pero no entiendo cómo hacer eso puede ser legal.

—En el baloncesto están hechos de hierro, tía —dice abriendo los ojos como platos—. ¿Has visto los músculos de Axel Hayes o de Nate Miller? Podría atropellarlos un camión y el camión sería el que terminaría con una rueda reventada.

Sonrío, aunque me cuesta mantener la fluidez de su tono. No estoy acostumbrada a hablar con mucha gente, y cuando es a solas me cuesta todavía más.

—A mí me daría miedo jugar a un deporte así…, aunque tampoco los veo tan fuertes.

Mentira. Son puro músculo, pero jamás lo admitiría en voz alta.

—¿Podemos hablar del momento palomitas? —murmura socarrona, mirándome de reojo—. Hay miles de chicas que pagarían porque Nate se les cayese encima.

Trago saliva al recordar los sesenta segundos más largos y bochornosos desde mi llegada aquí.

No sé qué ha sido peor: las palomitas volando por los aires o su cara al verme.

No han pasado ni dos semanas desde aquella escena absurda en la que su amigo —o enemigo, si no recuerdo mal— casi hace que me rompa los dientes antes de siquiera llegar aquí, así que, en cuanto lo he visto a unos centímetros de mí, lo he reconocido al instante.

El número nueve.

El tipo que se topa conmigo cada vez que el universo se empeña en dejarme en ridículo.

No esperaba volver a cruzármelo, mucho menos aquí, tan cerca de mi nueva vida, de todo lo que intento recomponer. Pero el destino tiene una puntería pésima.

Supongo que es un tío bastante guapo. O al menos llamativo.

No pude oír bien lo que intentaba decirme entre el ruido del partido, pero recuerdo su boca moviéndose, como si intentara disculparse o decir algo más.

No debería haberme afectado tanto, pero lo cierto es que me quedé paralizada. Y, aunque intento restarle importancia, me di cuenta de tres cosas:

1. Su cara tiene una estructura perfecta, marcada por la zona de las mejillas con dos hoyuelos.

2 Tiene las manos muy grandes y bonitas.

3. No sonríe demasiado, y es una pena.

Puede que no tenga nada de especial. Aunque por alguna razón, no he dejado de pensar en ese momento.

—Espero que mi mente borre rápido este día, he pasado muchísima vergüenza.

—Bah, no te preocupes por eso. Además, Nate es bastante majo. Solemos vernos a menudo con algunos amigos en el bar del pueblo, el Grey's. Creo que alguna vez deberíamos ir, te encantaría el bizcocho de zanahoria que hace Sienna.

—Avery, no quiero ofenderte, pero creo que con lo de hoy he socializado suficiente para… ¿al menos dos semanas?

Ella se echa a reír y me hace sentir bien no ser lo que no soy con alguien, aunque no conozca casi nada de mí, al menos esta parte no tengo que fingirla.

—Cielo, entre nosotras no hay presiones, ¿vale? Pero algún día tienes que ir saliendo de esa burbuja. Hoy lo has hecho genial y te lo has pasado bien, ¿a que sí?

Asiento con la cabeza mientras reflexiono, porque, a decir verdad, ha sido un buen día. Uno de esos para marcar en el calendario.

Hoy me he demostrado que la ansiedad es como una niña pequeña que grita muy alto y patalea. Sé que está en mí cogerla de la mano e ir por la dirección exacta que yo necesite. El problema es que a veces grita demasiado y hace que me duelan los oídos.

—La verdad es que sí, Avery. Muchísimas gracias por… por todo. Nunca he tenido una amiga con la que hablar, y contigo me siento muy a gusto —reconozco mientras mis mejillas suben la temperatura.

—Me encanta ayudarte, Keyla. —Baja la ventanilla del Uber—. Sé lo que es pasarlo mal, y al final yo estoy cerca de mi casa. Tú, en cambio, tienes a tu familia lejos, así que cuenta conmigo para todo.

Algo se me remueve por dentro al escuchar sus palabras. Nadie habla de lo raro que resulta sentirse vista por alguien.

—Me ha hecho sentir muy bien la fuerza que me has dado para atreverme hoy, y me voy doblemente feliz a dormir sabiendo que te has sentido a gusto conmigo —añade—. Al final supongo que hay que hacer cosas para que te pasen cosas, y ¡mírate!, no a todo el mundo que sale de casa se le cae un tío buenorro encima.

Avergonzada, miro por la ventana por la que ya se empieza a ver el mar. No me apetece contarle que no era la primera vez que lo veía, prefiero guardármelo para mí.

El verde de la montaña nos saluda, dando paso al camino en espiral que hay hasta el centro.

Me gusta la filosofía que tienen aquí, ya que nos dejan salir y entrar con total libertad, con la única condición de que sigamos los horarios de la terapia que hay entre semana.

Avery se mete medio bollo en la boca y a mí me sale una sonrisa.

—¿Qué crees que habrán hecho hoy los chicos del grupo? Creo que deberíamos hablar con ellos de vez en cuando.

—No tengo ni idea, pero parece que van bastante a su aire.

—Sabes que yo hablo hasta con las piedras, pero con Tessa me cuesta un mundo.

—Parece llevar la pena por dentro, así que no deberíamos juzgarla. Creo que solo hay que darle espacio y tiempo para que salga de ella el ir acercándose a los demás —comento mientras veo que nos adelanta un caballo a toda velocidad.

—Tía, mira ¡es Noah! —dice señalando hacia la derecha.

Nos adelanta por la hierba que acaricia la carretera, se saca el sombrero para saludarnos con una sonrisa, y azuza al caballo para

que vaya más deprisa, consiguiendo adelantarnos.

Conozco esa sonrisa de felicidad: esa libertad de sentir que tu cuerpo pertenece al viento cuando vas a lomos del caballo. Aunque de pequeña me encantaba montar, ya no es uno de mis hobbies, pero me gustaría volver a hacerlo una o dos veces al año.

El coche aparca justo debajo del letrero de Welcome to Velvet Hollow y nos estiramos cuando salimos de él.

—Se está haciendo de noche, pero el cielo está precioso. ¿Te apetece que vayamos a ver el atardecer?

Sus palabras me arrullan el corazón, haciéndome sentir en casa. Mis tíos y yo solíamos ir a ver el atardecer todos los domingos, cuando venían a recogerme del club de equitación.

Nos gustaba coger una pizza de pepperoni para llevar y comerla fría mientras adivinábamos la forma que tenía cada animal del cielo.

—Me encantaría, Avery —respondo—. Ve yendo mientras le envío un mensaje a mi familia, ¿vale? Voy a hacer un poco de trampa.

—¡Claro! Iré cogiendo un par de toallas y robando fresas con nata de la cocina —contesta, eufórica.

—¡Pero si acabas de comer!

—La comida es mi serotonina, querida —responde con un guiño antes de salir corriendo.

Me quedo sola frente al mar y saco el móvil. Sé que no deberíamos hablar mucho con el exterior, pero necesito que Maggie sepa que estoy bien. Escribo un mensaje largo, casi como una carta digital, volcando todo lo que siento:

Hola, tía Maggs.

Sé que no puedo escribirte, pero hoy me apetecía especialmente.

Hace unos cuantos días ya que no estoy contigo en casa y el tiempo parece haberse detenido.

El personal del centro nos trata genial y nos preparan cosas muy ricas para comer. ¡Incluso preparan tortitas sin gluten!

Puede que te sorprenda, pero he ido a un partido de baloncesto. Avery, mi compañera, es la coordinadora de las animadoras y hemos ido juntas. ¿Te lo puedes creer? No sabes cuántas veces tuve en mente el darme a la fuga, pero lo conseguí, tía Maggie, y ahora siento que el mundo pesa un poco menos.

Avery es una chica muy buena y me está ayudando mucho con su paciencia, a pesar de ser todo lo contrario a mí.

Quiere que los del centro pinten todo su cuarto de rosa. ¿Te lo puedes creer? Dice que el color que tiene ahora le da malas vibraciones, y quizá esté en lo cierto, porque a la hora de la siesta y por la noche escucho sonidos muy raros en su habitación.

Quería decirte que estés tranquila por mí y te centres en estar bien.

Este lugar… transmite vida. Ahora mismo es otoño, y eso hace que todas las casas se tiñan de mis colores favoritos. El mar aquí huele distinto, humedeciendo las casas empedradas y llenándolo todo de hojas.

Tengo poco más que contarte: la terapia grupal se me sigue haciendo cuesta arriba, pero lo estoy intentando.

Prométeme que algún día vendrás a ver esto, sé que te encantará.

Me leas desde donde me leas, nunca te olvides de cómo brilla el sol todos los domingos del mes.

Te quiero,

Kiki

Tan pronto como envío el mensaje, levanto la vista y veo a Avery esperándome unos metros más adelante, con una cesta en la mano y una fresa en la boca. Me hace un gesto con la mano para avisarme de que está lista.

Sus pasos me guían, pero no tengo prisa. Por primera vez en toda mi vida, no quiero llegar rápido a ningún lugar.

El aire empieza a oler a sal y a flores.

Hoy me he atrevido a hacer algo nuevo. He dejado entrar aire por una de esas ventanas.

Y, aunque me cueste creerlo, me ha sentado bien.

Quizá, después de todo, no era un hoyo. Puede que solo fuese una habitación con la luz apagada.

Y, con mis propios pasos, soy yo la que va encendiendo el interruptor.

13
Matcha y poesía



Nate Miller

—Tienes que estar de coña, tío —dice Wyatt, dejando la cerveza con un golpe seco sobre la mesa—. ¿Otra vez con Hayes? Estáis en todos los titulares. Hasta el programa de cotilleos de mi madre ha hablado de eso.

Apoyo los codos sobre la mesa de madera del Grey's, dejo caer la cabeza entre las manos y suelto un suspiro.

—Me aseguré de que nadie me viera cuando empezó la bronca en el túnel. Quería evitar el sermón de Marcus, sabía que me iba a acribillar a mensajes si se enteraba.

—Nate —Wyatt me lanza una mirada entre divertida y preocupada —, creo que hay más cámaras en ese pabellón que estrellas en el cielo. Deberías saberlo ya.

—Mirad —digo, alzando la voz un poco mientras juego con la etiqueta de la botella—, ese imbécil no para de provocarme. Esta vez

me montó una encerrona en el pasillo solo para que pareciera que yo perdía los papeles delante de los ojeadores. ¿Soy el único que lo ve?

Wyatt y Aiden intercambian una mirada resignada. Hemos venido al bar de siempre, nuestro refugio después de cada partido. A menos que la abuela Dottie o Asia aparezcan por aquí para llevarme a casa, este es mi sitio.

Aiden se frota el entrecejo, pero su atención está a varios metros de nosotros. Concretamente en la barra, donde Sienna limpia vasos con una precisión casi hipnótica. Sienna Blackwood. La camarera del Grey's, la antigua niñera de Aiden y la única mujer por la que mi amigo ha estado colgado desde que tiene uso de razón. Ella es mayor, siempre tiene una excusa lista para mantenerlo a raya, pero la forma en que sus ojos lo buscan cuando él no mira dice todo lo contrario.

La puerta se abre y entra Lachlan. Se detiene un segundo para hacerse una foto con una fan, pero noto cómo tensa los hombros y oculta la pantalla de su móvil en cuanto termina. Lachlan Dupont. El mejor lanzador que ha parido este estado y un tipo que guarda su intimidad con el celo de un agente secreto. Odia los flashes y las preguntas personales; para él, el mundo fuera del estadio es una distracción que preferiría evitar.

Se contonea hacia nosotros con una mezcla entre elegancia francesa y macarra de barrio. Su pelo, de un tono anaranjado permanente por el cloro, brilla bajo las luces del local.

—¡Buenas noches al rey del escándalo! —Lach deja caer su chaqueta en la silla y se sienta a mi lado—. ¿Qué tal, Miller? ¿Qué ha sido esta vez? ¿Guerra fría o combate de boxeo?

—No estoy de humor, imbécil —murmuro.

—Eso es perfecto, porque yo sí —responde vacilón.

Sienna aparece con su libreta y la charla se detiene.

—¿Cómo están mis niñatos favoritos? —pregunta con esa media sonrisa que deja a Aiden mudo—. ¿Os pongo lo de siempre?

—Lo de siempre para mí —dice Aiden, hipnotizado.

—¿Y tú qué quieres hoy, novato? —le pregunta a Lach.

—Lo que tú me recomiendes, preciosa —le guiña un ojo.

—Algún día superarás lo de intentar ligar con mujeres que no puedes manejar, Dupont.

Sienna se retira con un giro elegante y Aiden le lanza una mirada asesina a Lach.

—¿Quieres dejar de flirtear con la mujer de mi vida?

—¿Tu mujer? ¿No era tu niñera? —Lach mete el dedo en la llaga y Wyatt suelta una carcajada mientras se frota las manos, disfrutando del espectáculo.

—Cuidadito, que ese es terreno sagrado —añade Wyatt mientras se frota las manos, esperando su momento de gloria para que empiece la acción.

—Ya basta —me quejo, bebiendo un sorbo de cerveza.

—Oye. —Aiden me da un codazo, cambiando de tema—. No has dicho nada del momento «palomitas voladoras». ¿Quién era la chica de primera fila?

Siento que la mandíbula se me tensa de golpe.

—No tengo ni idea, tío. Un accidente.

—¿Cómo que no? —insiste Lach—. Te quedaste congelado mirándola. Casi te tienen que sacar con grúa de encima de ella.

—Me tropecé con el pie de Mackensi —gruño—. Fue sin querer. La pobre terminó llena de mantequilla y sudor por mi culpa.

—A eso lo llamo yo una entrada triunfal —se burla Wyatt—. ¿Por qué no nos habías contado nada?

—Porque no es relevante. No la conozco de nada.



Miento. Miento como un bellaco. No he dejado de pensar en sus ojos. En cómo me miró: sin rastro de esa admiración empalagosa que veo en todas las demás. Lo hizo como si fuera una persona normal, incluso con un poco de susto, pero nada de interés. Y eso me tiene descolocado.

—¿Y si la buscamos? —Lach saca su móvil—. Iba con Avery O'Shea, tu mejor amiga, Aiden.

—¿Mi rubia favorita? —Wyatt se inclina hacia delante, pero finge cara de desinterés.

—La misma —dice Aiden con malicia—. Podrías buscarla en su perfil, ya sabes, por si quieres «disculparte» formalmente, Nate.

Los tres se amontonan alrededor del teléfono. Yo finjo indiferencia, pero mi pie golpea el suelo con un ritmo nervioso.

—Aquí está —anuncia Aiden—. @averyoshea. Tiene fotos del partido y…, a ver…, aquí.

Lach desliza el dedo por la pantalla y se detiene.

—¿Es esta? —Me muestra una imagen.

Es Avery, con una sonrisa de oreja a oreja, y a su lado, una chica de pelo cobrizo y mirada esquiva aparece medio escondida. Parece que quiere que se la trague la tierra.

—Aquí pone que se llama Keyla. Keyla Blake —dice Wyatt, mirando por encima de mi hombro hacia la pantalla—. Ojo, que tiene una foto con el mar de fondo que es… guau.

—Esa es —susurro antes de poder frenarme.

—¿La seguimos? —pregunta Wyatt con una sonrisa de tiburón—. Si no te gusta a ti, me la quedo yo.

—No. —Mi voz suena más firme de lo que esperaba—. Dejadlo. Es una desconocida y no quiero agobiarla.

No quiero que estos salvajes la asusten con sus tonterías. Hay algo en ella que me hace querer protegerla de la mirada del resto, incluso de mis amigos. Pero Wyatt es más rápido que yo.

—Déjame ver más… —Wyatt me quita el móvil de la mano antes de que pueda reaccionar.

—¡Eh! —protesto, pero él ya está navegando.

—Cuenta privada, solo tres fotos... Tío, es totalmente tu tipo. Voy a mandarle una solicitud y no se hable más. —Wyatt me pone una mano en el hombro—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con el Nate Miller que no perdía el tiempo?

—Dame el móvil, Wyatt, no me jodas —intento recuperarlo, pero él esquiva mi mano como si estuviéramos en un entrenamiento.

—Demasiado tarde, capitán —anuncia con un gesto triunfal—. «Seguir».

Pulsa el botón con teatralidad y me devuelve el aparato.

—Estás muerto —le advierto, aunque siento un vuelco extraño en el estómago.

—Técnicamente, tú acabas de resucitar. Ya estás comprometido a ser un caballero. Estoy orgulloso de ti, chaval —dice Wyatt poniéndose una mano en el corazón.

Aiden y Lach estallan en carcajadas.

—Dios mío, hemos perdido a Nate —bromea Aiden—. El próximo paso es que empiece a beber matchas de avena y a leer poesía.

—A la mierda todos —murmuro, aunque no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

Miro la pantalla. Solicitud enviada. Ella es la única persona que no ha gastado ni un segundo en preguntarse quién soy yo, y ahora soy yo el que se pregunta quién es ella. Keyla Blake. Espero que no piense que soy un acosador. Si no la acepta, me va a dar un síncope de la pura vergüenza.

14
No más fotos



Keyla Blake

Son las cuatro de la madrugada y mi cerebro ha decidido que ya no se duerme más. La pantalla del móvil me quema la retina y esa conocida sensación de angustia empieza a apretarme el pecho.

No suelo hacerlo, pero hoy el primer impulso ha sido entrar en el chat del tío Will. Leo su último mensaje:

> Es solo un trabajo temporal, Kiki. Unos meses de investigación fuera y volveré antes de que te des cuenta. Te quiero.

Borro el borrador que acabo de escribir por décima vez. Quería decirle que lo odio por haberse ido ahora. Que me da igual su «investigación» y que lo necesitaba aquí, no a cientos de kilómetros. Siento una rabia contenida porque, justo cuando el pasado ha

empezado a asomar las garras —aunque Maggie intente ocultármelo —, él ha elegido su carrera antes que a mí.

O eso es lo que me duele creer.

Justo cuando la garganta empieza a cerrárseme, suenan unos golpes suaves en la madera. Toc, toc. Toc, toc.

—Keyla. ¿Estás despierta? —susurra Avery desde el otro lado de la puerta, con la voz temblorosa.

—¿Te respondería si lo estuviese?

—¿Puedo pasar?

Vaya, parece que no soy la única.

—Claro, pasa.

La puerta se abre con cuidado y Avery entra con un pijama de pingüinos, un moño alto y un par de chocolatinas en la mano.

—No puedo dormir.

—Yo tampoco.

Se acerca a mi cama. Le levanto la manta y se mete dentro sin preguntar más. Al ver la luz de mi móvil, frunce el ceño.

—¿Estabas escribiendo algo?

—A mi tío Will —murmuro, bloqueando la pantalla. Guardo mi secreto donde guardo todos los demás: bajo mi propia piel—. Pero no he enviado nada. Se fue hace unos meses a trabajar lejos y…, bueno, supongo que sigo enfadada.

—Los hombres y sus prioridades —suspira ella, abriendo una chocolatina—. Toma, chocolate blanco. Tu favorito.

Me saca una sonrisa enorme que se haya acordado de un detalle así, por lo que le doy un apretón cariñoso en el brazo a modo de agradecimiento. Avery empieza a comer con una especie de urgencia.

—Ay, me acabas de recordar que tengo los brazos como dos chorizos —dice de pronto, bajándose las mangas del pijama para taparse.

—¿Pero qué dices, Avery? Tienes un cuerpo increíble. Verte caminar es como ver a un cisne en una pasarela.

—Ya…, bueno, yo no lo veo así. —Se encoge de hombros y me mira fijamente—. Oye…, ¿a veces tienes miedo?

—Todo el tiempo. No recuerdo un solo día de mi vida donde el miedo no me haya hecho compañía.

Avery asiente y veo su dolor reflejado en sus ojos. Le aprieto la mano con suavidad.

—Si estás asustada, puedes venir y cogerme de la mano —le ofrezco.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Veo un brillo especial en sus ojos que me hace pensar que debajo de su alegría hay una capa de dolor que no está preparada para salir al mundo. Espero poder ayudarla algún día a deshacerse de ella.

—Oye…, ahora que lo pienso —dice con expresión traviesa—, ¡podríamos hacernos fotos bonitas juntas! Tienes tu cuenta cogiendo polvo, Keyla.

—Es que… hace siglos que apenas la uso. Me da bastante rechazo y no me gusta hacerme fotos. Cuando todo empezó…, bueno, digamos que no tuve la mejor experiencia respecto a mi privacidad.

—Pues eso tiene que cambiar. Ya sabes, año nuevo, vida nueva, gente nueva…

—No se me da muy bien hacer cosas nuevas.

—Ah, ¿no? Yo creo que eso es algo que tú te has creído, pero que no es verdad.

—Es cierto, Avery. Las cosas que intento no suelen salirme bien.

—El tiempo que estés aquí es para aprovecharlo, Key. —Se incorpora entusiasmada—. Tenemos que atrevernos ambas a salir de la rutina que tenemos en este lugar.

—Supongo que, cuando pasen unos meses y me encuentre mejor, podré empezar a hacerlo.

—¿Y si no? ¿Y si no hay un momento perfecto para hacer las cosas?

—Entonces será un problema del futuro.

—Eso no le convence a la Avery del presente, así que te propongo que mañana me acompañes un rato al entrenamiento.

—Pero ¿mañana ya? —pregunto, asustada—. Tenemos terapia grupal a las diez.

—Pues te tocará madrugar —me responde Avery, con expresión victoriosa—. Creo que los miedos en dosis pequeñas se llevan mejor. Así que, ya que te da miedo salir al mundo —señala con las manos hacia la puerta—, vamos a hacértelo más fácil.

Me quedo pensativa unos segundos, pero no estoy convencida. No quiero decepcionarla, ni que se piense que soy una cobarde.

—¿Cuánto dura eso?

—Entre ir y volver estaremos unas dos horas fuera; ¿qué te parece? ¿Trato hecho?

—Trato hecho, pero me vengaré.

—Sí, me parece genial, pero ahora si te quedas quieta…

—¿Qué hac…?

¡CLIC!

Sin saber muy bien por qué, empiezo a sentirme mareada. El sonido del obturador se repite en mi cabeza. El flash —aunque solo sea la luz del día reflejada en la lente— se siente como algo familiar.

—Avery, no vuelvas a hacer eso, por favor. —Mi voz sale más brusca de lo que esperaba.

Siento una presión fría en la nuca, como si alguien estuviera justo detrás de mí, observando. Es una sensación de peligro que no tiene sentido aquí, en mi cama, con una amiga que no es una amenaza. Pero mi cuerpo no lo sabe porque parece estar pidiéndome que me esconda.

Se produce un silencio incómodo y ella baja el móvil mientras se le borra la sonrisa por mi culpa. Soy demasiado sensible y no sé, siento que no estoy hecha para tener amigas. Lo estropeo todo.

Se muerde el labio, y por un segundo parece que se va a levantar para irse.

—Oye, lo siento. Te has puesto pálida, Key. No quería asustarte, de verdad. Es que…

Se queda mirando la pantalla del móvil unos segundos, dudando. Sé que está intentando entenderme, pero ¿cómo va a hacerlo si ni yo misma sé qué me pasa?

—Es que sales preciosa —insiste, esta vez con una voz más suave, casi tímida—. Sales real. Y me da una rabia inmensa que tú no puedas verlo.

Se hace un ovillo a mi lado en la cama y me enseña la pantalla con cuidado, como si quisiera que yo viese lo mismo que ella es capaz de ver.

—¿Puedo subirla? —pregunta con prudencia—. ¿Desde tu cuenta? Te mereces ver lo que yo veo.

Respiro antes de responder, intentando mentalizarme de que mi amiga no es una amenaza. No sé por qué me he sentido así de repente.

—¿Cómo vas a subir eso? Podrían confundirme con un mapache.

Avery se ríe y empieza a buscar en su galería.

—Vale, vale; ¿y esta? El otro día te saqué esta foto con el atardecer de fondo. Tienes que subirla, y no acepto un no por respuesta.

La miro. Es preciosa. Las pecas brillan con la luz dorada, y mis ojos… parecen sinceramente felices. Tengo nata en la comisura del labio y flores silvestres en el fondo del paisaje.

Soy yo, al setenta y cinco por ciento, y eso, para mí, ya es un gran avance.

De repente, Avery me coge el móvil y entra en mi perfil.

Sacudo la cabeza, pero descubro que no estoy molesta, sino muerta de vergüenza. Me siento demasiado rota para esto, porque empiezo a creer que recomponerme ya no es posible.

Porque, cuando la vida te golpea demasiadas veces, mirar de frente al presente se vuelve insoportable.

Y, cuando algo se rompe en trozos tan diminutos, ya no sabes si se podrá volver a construir.

—Voy a subirla y no se hable m… ¡KEYLAAAAAAAAA! ¿Has visto tus peticiones? —Se levanta de un salto y casi me da un síncope.

—¡Por Dios, Avery! Me vas a jubilar antes de los treinta —digo, llevándome las manos al pecho.

—¡TE HA SEGUIDO NATE MILLER!

El oxígeno sale de mi cuerpo y, si tuviera que hacer una apuesta, me la juego a que estoy más blanca que una hoja de papel, con un

pie en el otro barrio.

—Déjame ver.

«NATE MILLER, 170K de seguidores, 75 seguidos».

—¿Cómo de fuerte es esto? —Avery tiene los ojos como platos—. Nate no sigue a nadie si no tiene interés, te lo digo yo que lo conozco. Es como un hermano para mi mejor amigo, Aiden.

—No pienso aceptarlo. Podría ser un psicópata.

—Un psicópata que mete triples y sale en la tele, sí, claro. —Me da un codazo—. Será que quiere volver a caerse encima de ti…

—Calla, tonta.

Trago saliva porque esto es justo lo que me da miedo. Estoy demasiado agrietada para conocer a alguien, aunque sea como amigos. Mis ojos lo buscaron más de una vez durante el partido, sí, pero solo por curiosidad.

—¿Qué crees que debería hacer? ¿Aceptarlo y seguirlo yo también? ¿Hacer como que no lo he visto? ¿Mudanza exprés debajo de la cama?

—Primero, nena, respira. No tienes que hacer nada si no te apetece. —Me pasa el móvil—. Pero míralo bien. Es él. Y está…, madre mía, está buenísimo.

Lo miro otra vez y, maldita sea, es injusto. Tiene esa clase de belleza de chico de película que te avisa de que, si te acercas, vas a acabar estampada contra un muro.

—¿Sabes qué? —dice Avery, apoyando la cabeza en mi hombro—. No sé qué va a pasar, pero me gusta la Keyla que estoy conociendo. Aunque todavía no sabemos mucho la una de la otra…, me gusta ver que te permites sentir un poco de vértigo.

—No te confundas. Si no he salido corriendo es porque estás encima de mi manta.

—Y porque quieres probar cosas nuevas, aunque te dé miedo.

—Hablando de miedo, no pienso ir mañana contigo si él va a estar.

—¡Anda ya! ¿Qué excusa es esa?

—No es una excusa, es que literalmente no pienso ir.

—Te arrastraré hasta allí conmigo por la mañana. Además, ¡vas a estar tan guapa! Tienes una ropa preciosa. Y me has hecho una promesa, y las promesas entre amigas son sagradas.

Me callo porque, como dice la tía Maggie, es mejor callarse cuando una no tiene nada útil que decir.

—Está bien —suspiro—. ¡Pero yo no te he prometido eso!

—Me acojo a la quinta enmienda.

Nos echamos a reír mientras miro la solicitud que tengo pendiente.

Mañana voy a entrar en su territorio.

—Mañana —me repito, sintiendo que acabo de firmar mi propia sentencia.

15
Una mirada de verdad



Nate Miller

El sol entra por los ventanales antes de que yo pueda abrir los ojos. Ayer llegué a las tantas y me olvidé de cerrar las cortinas.

Empezamos bien.

Charlotte, mi madre, dice que la luz natural ayuda a empezar el día con mejor ánimo. A veces me pregunto si alguna vez ha sentido lo que es despertarse sin ganas de seguir respirando.

Me estiro sobre las sábanas de algodón egipcio y palpo a ciegas la mesilla hasta encontrar el móvil. Son las 7.46 a.m. Y hay una notificación nueva.

Keyla Blake te ha seguido.

Me incorporo de golpe, escuchando el golpeteo absurdo de mi corazón que tanto detesto reconocer.

Abro su perfil y veo una foto en la que el sol le da en la cara y sus pecas parecen pintadas a mano, como si fueran parte de la luz. No

sé cómo explicarlo, pero es la chica más preciosa que he visto, y, si soy sincero, he visto muchas.

Su manera de sonreír hace que me fije en la forma de su cara. Sus ojos marrones brillan en la pantalla, devolviéndole la mirada al atardecer, coloreando su iris de tonos violetas y naranjas.

Parece una mirada de verdad, justo de las que no conozco.

Joder, estoy jodido. Contemplo su foto durante demasiado tiempo y la dejo en la galería como si no fuese a volver a abrirla jamás.

No quiero conocer a nadie, y ni siquiera sé si está disponible. Ya he pasado suficiente con todas las relaciones vacías que he tenido hasta ahora y que, sin llegar a ser trascendentes, han dejado quemaduras en mi identidad.

Siempre he tenido una buena intuición. Es probable que sea algo que he aprendido a base de sobreanalizar todo demasiado. Así que, según mis cálculos, esta chica parece diferente.

Estoy acostumbrado a que las tías usen sus redes sociales como si fuesen un catálogo de citas: con las mejores poses, filtros hasta reventar, poca ropa y mucha superficialidad.

Pero ella… no da la impresión de necesitar nada de eso. Y eso es justo lo que me inquieta.

Abro la caseta de Olivia para darle los buenos días. Está enrollada en un ovillo y respira relajada. Ojalá fuera como ella.

—Hola, bonita —le digo mientras le toco la nariz con la yema del dedo—. No hace falta que te despiertes todavía, campeona. No te pierdes nada fuera.

Aunque bebe poco, le cambio el agua todas las mañanas. Cojo la mineral que tengo en su cajón y relleno su bebedero.

Veo que está desperezándose, así que aprovecho para ver si está limpia. A veces se le quedan restos de sus… secreciones pegadas a las púas, y su papá, es decir, yo, tengo que limpiárselas.

Olivia es realmente muy parecida a mí: odia a todo el mundo. Conmigo tiene una relación especial y reconoce mi voz a la perfección. Le toco con los dedos su cabecita y le dejo un poco de comida para que empiece su día.

Bajo a desayunar y la casa huele a café recién molido. El servicio se encarga de molerlo todas las mañanas, al igual que me preparan zumo de naranja recién exprimido.

—Buenos días, hijo —dice sin levantar la vista del iPad, vestida como si fuera a presentar el informativo. Uñas perfectas, pelo recogido y labios color carmín.

—Hola, mamá.

Me sirvo el desayuno y me dejo caer en el banco frente a ella. En la pantalla veo la noticia: «Los Miller, embajadores de elegancia en la gala benéfica del primer sábado del mes».

Mierda. Mierda. Mierda.

Eso es… en dos semanas. Me había olvidado por completo.

—Hoy es lunes, así que espero que tengas preparado a una acompañante decente y vayas a que te diseñen el traje. Tienes unos cuantos huecos para hacerlo con tiempo.

—Mamá, sabes que odio que me metas en esos compromisos.

—Es tu imagen, Nate. Y la mía. —Levanta la vista del periódico—. Y, hablando de imagen…, ¿arreglarás lo del otro día con Hayes?

—¿Qué hay que arreglar?

—Que no vuelva a repetirse, por ejemplo. No podemos permitirnos más escenas en público. Me niego, Nate. De ninguna

manera. Y menos con fotógrafos delante, que pareces nuevo.

La observo fijamente. Ni una sola pregunta sobre por qué me peleé con ese imbécil. Solo le preocupa el reflejo, la marca: su producto.

—Claro, mamá. Lo que tú digas.

Sonríe con los dientes, sin emoción.

—Eso siempre ha funcionado.



Una hora más tarde estoy en la limusina, de camino a la pista. Mi coche estará en el taller hasta el jueves, así que Dominic, el chófer de la familia, ha tenido que traerme.

Las gradas laterales están ocupadas por mis compañeros de equipo, todos con una actitud bastante jocosa para la hora que es, apoyados en las mochilas.

—¿Por qué no podemos empezar ya? —gruñe Emmet, tirando la botella al suelo.

—Porque están terminando su ensayo, ¿no tienes ojos en la cara? —responde Hayes, señalando con la cabeza a las chicas.

Dejo la mochila en el suelo porque no necesito escuchar a este idiota quejarse tan temprano mientras me paso una mano por el pelo, intentando despertar.

Es entonces cuando levanto la cabeza y la veo.

La chica de la cara pecosa está sentada en primera fila.

Lleva una falda clara y un jersey de punto color burdeos que le queda un poco grande, como si quisiera esconderse dentro de la

ropa. Tiene las piernas cruzadas y un libro abierto sobre las rodillas, pero no está leyendo, sino prestando atención a su amiga.

Le brillan los ojos, dos esferas luminosas y desconocidas para mí. Parece tener ilusión por estar aquí, que es justo lo que a mí me falta.

Debo de pasarme más tiempo de lo debido mirándola, sobre todo por curiosidad, claro está, porque cuando me quiero dar cuenta su mirada está sobre mí.

Nuestros ojos se cruzan y siento que su postura se recoloca, pero parece hacerlo más por incomodidad que porque le agrade volver a verme.

Estupendo.

Baja la vista al libro de golpe, escondiéndose bajo una cortina de su pelo pelirrojo. Tengo que reconocer que eso me ha hecho gracia y tengo que morderme el labio para no sonreír como un idiota.

Se ve tan… fuera de lugar aquí, teniendo en cuenta que está rodeada de hombres con la testosterona hasta las nubes y de las animadoras del equipo, una mezcla bastante explosiva. Parece un cervatillo que se ha colado en una jaula de leones y, joder, está guapísima.

—Mira la amiga de la rubia —dice Cole, dándome un codazo—. Está tremenda.

La repulsión hace que apriete la mandíbula. Intento controlarme porque, aunque no me suele gustar que hablen despectivamente de las mujeres, siento que tampoco está diciendo algo que no sea cierto, así que respiro antes de responder.

—Deja a la chica, Cole.

—Solo digo que tiene pinta de no haber roto un plato, justo como a mí me gustan.

—Ni se te ocurra acercarte a ella porque… parece una buena chica —le suelto, con un tono más serio del que pretendía.

Cole levanta las manos, riendo.

—Tranquilo, tigre. No sabía que era territorio prohibido.

—Si lo dices por mí, te equivocas. Simplemente siento pena de que te acerques a cualquiera de esas chicas.

Vuelvo a echarle un vistazo y su vista se levanta otra vez justo hacia mí, tímida. Ahora es ella la que se muerde el labio inferior y recoloca su libro. Apoyo la espalda en la pared, pero por dentro estoy calculando cuántos pasos me costaría subir ahí y decirle hola.

Mantén tu postura relajada, Nate.

No deberías estar pensando en esto, y mucho menos antes de un entrenamiento.

Cuando por fin terminan la que parece ser su última coreografía, Avery corre hacia nosotros para poder ir hacia su vestuario.

La miro fijamente porque es la única persona que podría, de alguna manera, despejar las incógnitas de mi cabeza.

Por lo que he visto, ella y Keyla parecen inseparables, así que igual podría sacarle algo de información, aunque, conociendo mi fama, puede que ese algo fuese igual a nada.

Cuando el ensayo termina, Avery cruza la pista sin perder el aliento.

—Ey, Nate —dice sonriendo—. Bonita pelea el otro día.

—Gracias, fue con tu fan número uno.

—Ya. Hayes siempre anda soltando veneno por ahí.

—Hay algunos que no se cansan de ser gilipollas. Es su modo de vida.

—¿Y estás bien? Es injusto que siempre te culpen por todo.

—He estado peor, no te preocupes, Avery.

De repente me dedica una sonrisa socarrona y empiezo a sospechar que sabe algo que yo no sé.

—Bueno, entonces voy a ir al grano, Casanova —añade, bajando la voz—. He visto que has seguido a mi amiga y, antes de que lo preguntes, te doy mi visto bueno…, siempre que te comportes como un caballero con ella.

—Solo la he seguido para disculparme, ya sabes, por lo de las palomitas.

Se echa a reír mientras va guardando su ropa en la mochila, mirándome con cara de detective.

—Ya, claro. Las palomitas. Qué detallista, Nate.

—Es la verdad. Además, ya sabes que paso de líos.

—Nate, no has seguido a una chica en tu vida. Tus redes parecen las de un abuelo.

Me quedo mudo. Tiene razón y odio que la tenga.

—¿Qué te parece si dejamos de dar vueltas? —dice ella con un brillo de victoria en los ojos—. Quedamos el miércoles por la tarde a las siete en el Grey's. Mi amiga es nueva en la ciudad, así que necesita hacer amigos. Sin presiones, solo gente conociendo a gente. ¿O es que te dan miedo las chicas que no llevan filtro?

Me muerdo el labio.

La idea de volver a verla me genera sensaciones contradictorias, pero una chispa de ilusión dentro de mí hace que me entre el pánico suficiente para decir la mayor estupidez posible.

—No sé si es buena idea. Estoy liado.

—¿Te tiemblan las piernas, Miller?

—Ja, ja. Estoy muy centrado en la temporada.

—¿No tienes tiempo para hacer nuevas amistades?

—Sabes que no quieres que quedemos para que seamos amigos.

—Listillo, mi amiga no conoce a nadie aquí más que a mí. Así que déjame decirte que creo que te equivocas. —Guiña un ojo, victoriosa —. Necesita conocer a gente nueva.

Lanzo una mirada de reojo a la grada. Keyla me está mirando otra vez. Cuando se da cuenta de que la he pillado, se pone roja hasta las orejas y finge buscar algo en su bolso. Es adorable.

—Si es así… —respondo antes de pensarlo—. Entonces puedo avisar a los chicos. ¿Qué te parece a las siete en el Grey's? Podemos jugar a algo y cenar.

No sé por qué he dicho eso. No sé por qué tenía que aceptar esta encerrona.

—A las siete en el Grey's. Hecho —anuncia con una sonrisa de oreja a oreja—. No lleguéis tarde, pardillos.

Cuando se va hacia las duchas, yo me quedo un segundo más. Saco el móvil. No puedo irme a entrenar sin hacer algo. Si espero al miércoles, voy a explotar. Escribo rápido, antes de que el sentido común me frene. Respiro hondo y mis dedos se mueven solos:

> Ey, Keyla. Te sigo por aquí porque me sentía un imbécil por lo del otro día. El baloncesto saca lo peor de mí, y estar en primera fila tiene sus riesgos. Te busqué cuando terminó el partido, pero te habías esfumado y ahora tengo que irme a

entrenar o el entrenador me cortará el cuello. Espero que la mancha se haya ido de la camiseta. Te quedaba demasiado bien como para arruinarla. Nos vemos el miércoles.

Le doy a enviar y guardo el móvil, sintiendo que acabo de tirar una moneda al aire. Alzo la vista una última vez y veo que está fijándose en su pantalla. Sus ojos se abren por la sorpresa. Levanta la vista y, antes de que pueda ponerse todavía más colorada, la saludo con la mano. Ella duda un segundo, pero me devuelve el gesto tímidamente, provocándome una sonrisa de medio lado que no puedo contener.

16
Llorar bajo la lluvia



Keyla Blake

Si hay algo peor que tener que ir a terapia de grupo y abrirte en canal delante de desconocidos, es llegar tarde.

—¡Corre, que Ellie nos mata! —exclama Avery, tirando de mi brazo mientras corremos por el pasillo.

Siento cómo me arden los pulmones debido a la poca actividad física que hago.

—Avery, espera, me falta el aire —jadeo, intentando frenar.

—Ni hablar. Entramos juntas. A la de tres.

—No, espera, yo no…

—Una, dos…

Avery abre la puerta de golpe antes de que pueda protestar. El silencio de la sala se rompe con nuestra entrada triunfal, que tiene poco de gloriosa y mucho de desear que me trague la tierra. Ocho

pares de ojos se clavan en nosotras en el mismo instante que la sangre me sube a las mejillas a una velocidad vertiginosa.

—¡Lo siento, lo siento! —dice Avery sin perder la sonrisa ni el aliento, arrastrándome hacia dentro—. El entrenamiento se ha alargado y el tráfico ha decidido conspirar en nuestra contra. ¿Nos perdonáis?

Ellie, que está sentada en su silla habitual con las piernas cruzadas y una libreta en el regazo, nos mira por encima de sus gafas. Por un segundo temo que nos eche la bronca, pero su expresión se suaviza.

—Claro, chicas. Mejor llegar tarde que no llegar —responde con una sonrisa tranquila—. Buscad un sitio.

Avery me guía hacia dos sillas vacías y nos dejamos caer en ellas. En cuanto me siento a su lado y su hombro roza el mío, noto algo curioso: mis pulsaciones empiezan a bajar. Es fascinante cómo la presencia de una persona en la que confías —o en la que estás empezando a confiar— funciona como un ancla. Mi cuerpo, que hace tres segundos estaba en alerta roja, interpreta su cercanía como una señal de seguridad. Avery me guiña un ojo disimuladamente, como diciendo: «¿Ves? No ha pasado nada». Y por primera vez en toda la mañana, respiro de verdad.

—Bien, ahora que estamos todos —dice Ellie, recuperando la atención del grupo con su voz cálida—, vamos a empezar. Hoy vamos a hablar sobre la humanidad compartida. Algo que todos tenemos en común, aunque a veces nos cueste darnos cuenta de ello. Quiero que cada uno, si se siente cómodo, comparta qué le ha traído aquí, qué le hizo buscar ayuda.

La sala queda en silencio y nos miramos unos a otros, sin iniciativa.

—Sé que esto no es fácil, pero esta actividad servirá para que cada vez sea más sencillo hablar entre nosotros. Es irremediable sentirse alerta cuando estás con personas que crees que no te comprenden y sientes que te juzgan. Pero, quien más y quien menos, ha sufrido. Eso es inherente al ser humano. Todos estamos aquí por haber sido víctimas de cosas demasiado duras. Compartirlas nos podrá acercar. ¿Preparados?

Después de una pausa, Avery levanta la mano con lentitud.

—Empiezo yo —dice con valentía—. He venido aquí porque hace unos años presencié la muerte de un ser querido. Y es algo que todavía no puedo superar, fue una muerte trágica, traumática y… prefiero no profundizar en ello.

Me quedo completamente en silencio.

No esperaba eso. Sabía que si algo la había traído aquí era por un buen motivo, pero supongo que nunca te esperas cómo son las cosas en realidad.

En ese instante, todo lo que creía saber sobre ella se tambalea. Desde que la conozco ha sido esa chica enérgica, segura, con una sonrisa en la cara y una respuesta de bondad para todo. La líder. La fuerte. Nunca imaginé que cargara con algo tan doloroso.

La observo, y por un momento me cuesta reconocerla.

No porque haya cambiado, sino porque ahora la veo de verdad.

Y lo que veo me duele.

Ahora siento muchísimas ganas de abrazarla, así que la miro y le aprieto la mano. Desde que he llegado me he centrado en mí

misma, olvidando que estaba compartiendo tiempo y espacio con alguien que también libraba su propia batalla.

A veces, cuando estamos mal, creemos que solo nos pasa a nosotros, que solo unos pocos nos sentimos así.

—Gracias por compartirlo, Avery —dice Ellie—. Seguro que no es fácil.

Ashton asiente.

—El duelo es como aprender a vivir con una silla vacía en la mesa —le dice Ellie, con cariño—. Al principio no puedes ni mirar hacia ese lado sin que se te cierre la garganta. Luego, con el tiempo, dejas de ponerle cubiertos, pero nunca dejas de ver a la persona en ella. Hay días en los que incluso hablas en voz alta, como si aún estuviera sentada allí. Y, aunque la ausencia no se va, aprendes a no dejar la silla vacía.

—Lo es —confiesa Avery, mirando al suelo—. Supongo que, cuando alguien se va, el amor no desaparece. Solo aprende a vivir en el hueco que ha dejado en este mundo. En mi mundo.

West respira hondo y se anima a hablar.

—Yo tengo problemas para lidiar con mi sexualidad —confiesa—. Mi familia… Bueno, no me acepta, así que he decidido distanciarme de ellos.

—Debe de doler mucho —digo, en un acto de valentía—. Sentirte rechazado por tu familia es como crecer con un idioma que nadie a tu alrededor quiere entender. Hablas, pero tus palabras no llegan a ningún lado. Al final, no es que no te escuchen…, es que eligen no hacerlo, y eso es doloroso.

—Es justo así… —me responde West mientras bebe un sorbo de agua—. Llega un punto en el que ya ni siquiera intentas explicarte,

porque sabes que no van a hacer el esfuerzo de entenderlo.

Si pudiese contarle cuánto lo entiendo. Duele, claro que duele, porque una parte de ti sigue esperando que un día, aunque sea por accidente, digan tu nombre en voz alta para preguntarte por qué no comes o por qué siempre te encierras en tu habitación. A veces desearía que me hubiesen preguntado más…, que hubiesen estado más encima de mí. Quizá, en uno de esos intentos, hubiese pedido algo más de ayuda.

—A mí me cuesta tener ilusión por vivir, así que siempre necesito vivir mi vida al máximo, por lo que por desgracia siempre termino viviendo experiencias muy extremas que me hacen estar con un pie en el otro barrio —cuenta Ashton.

—Mis padres acaban de morir en un accidente —dice Tessa, con voz temblorosa, aferrándose a los puños del jersey—. Así que… supongo que soy todo lo contrario a ti, Ashton. Yo lo que quiero es morirme.

El silencio se vuelve más espeso. Siento el nudo en la garganta subir, como si también fuera mío.

Percibo el dolor de cada una de estas personas y las abrazo desde el interior por lo duro que tiene que ser para ellas.

—El mayor reto al que nos enfrenta la vida es la muerte de nuestros seres queridos, así que te entiendo, Tessa, y estoy contigo —dice Avery.

Cuando llega mi turno, tomo aire. El corazón me late tan fuerte que parece golpearme por dentro. Repaso mentalmente todo lo que quería decir, pero las palabras se amontonan, torpes, desordenadas, rotas.

—Para mí… ha sido difícil elegir una sola razón por la que estar aquí —empiezo, con la voz baja—. Sufrí acoso escolar durante doce años de mi vida y no conocí a mis padres. Bueno, al menos no los recuerdo demasiado. —Avery me mira con los ojos llenos de lágrimas—. Así que mi trauma tiene que ver con los cuidados, con sentirme insuficiente y, sobre todo, con sentir que nadie será capaz de quererme algún día de verdad.

Trago saliva. Avery me aprieta la mano con fuerza.

¿Qué van a pensar de mí? Se van a creer que soy una pringada a la que han abandonado sus padres por ser una mierda. Seguro que piensan que ha sido por mí. Porque lo es.

—Debe de ser muy duro —dice West—. Sé lo que es sentir que no encajas.

—Ya no es eso, sino que… siento a los demás como si fueran un peligro —confieso notando cómo me tiemblan las manos—. Me paso el día repasando conversaciones, intentando encontrar algún fallo y tratando de prevenir por dónde me van a dar el golpe. Es bastante agotador vivir así.

Ellie se levanta de su sillón. No se queda a distancia profesional; se agacha frente a mí y apoya sus manos en mis rodillas. Sus palmas están firmes, reales.

—Escúchame bien —interviene Tessa, mirándose las manos—. Yo también me he sentido así toda la vida. Vas a aprender a vivir con ello.

—Keyla, cielo. Los demás son un peligro para tu mente desde el momento en el que tu niña interior, cuando era pequeña, tuvo que convivir en una jaula llena de leones. Has aprendido que el ser

humano te va a herir por naturaleza, cariño. El problema nunca has sido tú —susurra Ellie suavemente.

Nos miramos unos a otros y, sin darme cuenta, nos siento más cerca. Con menos defensas.

—Con el tiempo entenderéis que todos llevamos heridas que los demás no ven —dice nuestra terapeuta, dirigiéndose a todos—. Que a veces, por estar rotos, podemos romper a otros. Y eso es lo que os ha pasado a algunos de vosotros. Os rompieron tantas veces… que aún estáis buscando los pedazos de vosotros que se quedaron fragmentados por ahí. Y eso es la terapia: recoger los pedazos, buscar vuestro propio pegamento y caminar con lo roto a cuestas.

Ashton asiente con sinceridad.

—Yo también me he sentido roto. Y eso me ha llevado a hacer daño a otros sin querer.

Una sensación de alivio empieza a cubrirme el cuerpo.

Sentir apoyo es igual a estar lo más cerca posible del sol. Tu cuerpo reacciona al contacto, a la aceptación, y empieza a sentirse calentito.

Nunca me había sentido así con personas que no fuesen de mi familia y me da muchísimo miedo.

Por un momento, pienso en las cinco personas que estamos en esta sala compartiendo nuestra vulnerabilidad y en los niños que fuimos. Cinco niños que seguramente hayan tenido que madurar demasiado deprisa, a un ritmo antinatural ante los ojos del mundo. Rompiendo el ciclo de la vida donde nuestros padres nos deberían haber dado una buena educación, una enseñanza para sentirnos queridos y aceptados, válidos y autónomos.

Donde encontramos el camino que nos ha guiado hacia lo que somos. Y, por desgracia, parece que cada uno de nosotros ha tenido que luchar para encontrar por sí mismo aquello que nos hace sentir en calma.

—Quiero empezar dándoos las gracias por el tremendo paso de valentía que acabo de presenciar. Gracias por compartir, por mostraros —dice Ellie con suavidad—. Hoy quiero que recordemos algo que solemos pensar cuando el dolor nos aísla. Pensamos que nadie más puede entender lo que sentimos o que hay algo defectuoso en nosotros por estar aquí, buscando ayuda. Pero eso no es cierto. Lo que sentís son emociones humanas, no fallos personales. Son consecuencia de las decisiones de otros, parte de lo que significa estar vivo. Por haber amado, perdido y resistido. Parte, a veces, del daño que otros nos han hecho.

—¿Y si mi dolor es diferente? Siento que nadie ha pasado por lo que yo viví —confiesa Ashton con la voz baja.

—Somos millones de personas en el mundo, Ashton, cielo. Aunque con matices, hay muchas otras personas castigadas con el rechazo a la vida. Y tú, cariño, has sufrido muchísimo. Lo que quiero que consigas es una motivación tan grande que llenes tus espacios, que no busques fuera lo que no eres capaz de cubrirte a ti mismo por dentro.

—¿Se supone que me tiene que consolar pensar en que otros también sufren? Porque no me ayuda una mierda —suelta Tessa, molesta.

Me empiezo a poner nerviosa, como cuando huelo un conflicto a lo lejos. No entiendo por qué, pero cuando alguien sube el tono más

de la cuenta, mi cuerpo reacciona como si tuviera que esconderse y empiezo a hiperventilar.

Pero Ellie, para mi sorpresa, sonríe para sí misma y, con dulzura, se levanta y señala al cielo.

—¿Veis cómo están hoy las nubes? El sufrimiento humano es como una tormenta. A veces creemos que estamos en medio de ella completamente solos, con el coche sin batería y el agua cayendo a cántaros sobre nuestro parabrisas. Si en un momento de lucidez pudiéramos respirar y mirar alrededor, veríamos que hay un montón de coches parados, ¿verdad?

Todos asentimos después de girar nuestras cabezas hacia el ventanal.

—La humanidad compartida es darnos cuenta de que hay miles de paraguas rotos junto al nuestro. Que no estamos solos bajo la lluvia. Y, aunque eso no detenga el temporal…, claro que consuela. Porque el dolor, cuando se comparte, pesa menos. Porque a veces basta con saber que alguien más ha sentido lo que tú sientes, y que va a poner todo de sí mismo para poder cubrirte en esa tormenta.

Ellie da por finalizada la sesión con una última frase que se queda flotando en el aire mientras todos la sentimos.

—Gracias por estar aquí y por invitarme a pasar el día en vuestra tormenta. Nos vemos la semana que viene.

Nos quedamos en silencio, mirándonos los unos a los otros, y Tessa es la primera que se levanta y se va sin despedirse.

Avery suelta el aire por la nariz y me empuja suavemente con el hombro.

—¿Vamos? —me susurra.

—Sí, por favor, me muero de hambre y tengo que contarte algo —digo mientras me ajusto el lazo del pelo—. ¿Damos un paseo hasta los establos?

—Eso está hecho.

17
Secretos y citas



Keyla Blake

Cuando nos levantamos noto que me tiemblan un poco las rodillas. Quiero salir de aquí. No sé si por la intensidad de la sesión o porque llevo desde esta mañana con una especie de electricidad recorriéndome el estómago que nada tiene que ver con la terapia, sino con las cosas nuevas.

Avery me coge del brazo mientras nos dirigimos hacia la salida, cruzando los pasillos del centro hasta que el aire libre nos golpea la cara. El mar hoy está precioso, los caballos pastan en la hierba y las flores de lavanda se mueven violentamente con el viento. Caminamos hacia el faro sin hablar demasiado. Hay algo en este lugar que parece detener el ruido del mundo, pero mi cabeza va a mil por hora.

Mi amiga, que todavía lleva su minifalda de tablas de las animadoras y la sudadera gris del equipo, me da un empujoncito con

el hombro.

—¿Te pasa algo? —pregunta Avery, ladeando la cabeza—. Estás muy callada.

La miro de reojo y dudo. No quiero parecer una idiota, pero, teniendo en cuenta que estamos en un centro de ayuda donde la gente llora abrazada a caballos, creo que lo de parecerlo es muy relativo. Suspiro, sabiendo que esta vez no tengo por qué gestionar sola las cosas.

—Nate me ha escrito —suelto de golpe, como si escupiera una confesión de alto secreto.

Avery se para en seco, tan rápido que casi me tropiezo con mis propios pies.

—¿Perdona?

—Me escribió justo cuando salíamos del pabellón.

Avery abre la boca, indignada.

—¿Cómo? ¿Y me lo dices ahora? —Me señala acusadoramente—. Keyla, hemos estado veinte minutos encerradas en mi coche viniendo hacia aquí. ¡Veinte minutos! ¿Y no me has dicho nada?

—¡Es que estaba procesándolo! —me defiendo, alzando las manos —. Mi cerebro entró en modo avión. Me quedé en shock cuando vi la notificación y luego tuvimos que correr para no llegar tarde a la sesión y…, no sé, no me salían las palabras.

—Déjame verlo —me dice entusiasmada—. Por favor, Key.

Se lo tiendo sin rechistar, porque creo que discutir con ella es deporte de riesgo. Desbloquea la pantalla (sí, ya se sabe mi código) y lee el mensaje en voz alta, poniendo una voz grave intentando imitar a Nate:

«… me sentía un imbécil por lo del otro día… Nos vemos el miércoles».

Avery pega un grito antes de devolverme el móvil.

—¡Lo sabía! —exclama, dando un saltito con la falda de animadora —. «Nos vemos el miércoles». Ya no hay escapatoria, amiga. El miércoles cenamos en el Grey's y Nate Miller va a estar allí por ti.

Siento que el estómago se me encoge.

—No es una cita, Avery. Es una quedada de grupo.

—Llámalo como quieras, pero él te ha escrito para confirmarlo. —Me mira fijamente, entrecerrando los ojos—. Espera…, no veo tu respuesta. ¿Qué le has contestado?

Me muerdo el labio y miro hacia el suelo, encontrando muy interesante una hormiga que pasa por allí.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No le he vuelto a responder, así que tampoco tiene importancia ¿vale? —intento quitarle hierro al asunto, echando a andar de nuevo. Pero Avery me adelanta y se planta delante de mí, cortándome el paso.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque… no sé. —Me abrazo a mí misma, sintiendo el borrego de sudadera acariciando mi piel—. No estoy preparada para hablar con nadie, Avery. Me asusta la gente, ¿recuerdas? Y, además, no tengo…, bueno, mucha experiencia en esto.

Avery suaviza la expresión. Me clava los ojos con una mezcla de cariño y exasperación.

—Keyla, cariño. Esto te lo digo con amor, ¿vale? Pero date cuenta. —Pone los ojos en blanco, suspirando—. Ese chico no le escribe a

cualquiera. Nate pasa de todo el mundo. Si te ha escrito a ti, justo después de verte, no es por educación. Es porque quiere que le contestes.

—No creo que me fuese a hablar con ninguna intención, solo quiere ser educado y ya está.

—Sí, claro, y yo salí del huevo de un dinosaurio.

Sin tardar más de un segundo, Avery me quita el móvil de las manos.

—No sé si quiero gustarle, ni hablar con alguien. Estoy… demasiado jodida para eso.

Avery se encoge de hombros.

—Pues estupendo, ya somos dos. Y mira qué bien me va —dice, haciendo una pose ridícula con los brazos en jarras—. Además, ¿y si no se trata de gustarle a él? ¿Y si se trata simplemente de conocer a personas nuevas y que te puedan ver? Eres preciosa, Keyli.

—Está bien —susurro—. Pero tienes que ver una película de terror conmigo si la cago.

—Hablamos con Ellie y hacemos maratón con una botella de vino si hace falta.

Nos damos la vuelta y empezamos a caminar de nuevo, con la promesa de que esta vez no voy a poder huir.

Me coge por el brazo como si fuésemos dos abuelas y descubrimos una casa del árbol con vistas al mar. Tiene unas escaleras de color beis y unas cortinas blancas recogidas en la entrada, con dos columpios colgados de una de las ramas.

—Parece que en las dos semanas que llevamos aquí nunca se terminan de encontrar todas las sorpresas que nos guarda este lugar —digo con una sonrisa que me duele de tanto estirarse.

Siempre había querido una casa del árbol y había peleado mucho con el tío Will para que me hiciera una. Fue uno de los pocos caprichos que no conseguí sacarle.

—Ahora mismo nos sentamos ahí y le contestas a ese mensaje —me susurra Avery al oído antes de echar a correr hacia uno de los columpios.

—¡Avery, por favor! ¡Te lo suplico! ¡No me obligues a interactuar con hombres! —grito para que me escuche desde allí.

—Es por tu bien, nena —responde, victoriosa, mientras llego jadeando—. Te dejo tu intimidad.

Me dejo caer en el columpio, sintiendo el peso de mi cuerpo estirarse contra las cuerdas. Acaricio la textura áspera con las palmas y cedo al viento el control de mi pelo.

Por un momento, me siento parte del mundo. Una parte pequeñita, pero llena de vida. Y sé que tengo que aprovecharlo.

Respiro hondo antes de sacar el móvil.

¿Qué se supone que tengo que responder a esto?

KEYLA

Según Avery, lo del miércoles es obligatorio. He recuperado mi camiseta :) pero gracias por disculparte.

Enviar.

No tarda ni diez segundos. Veo los tres puntos suspensivos aparecer y desaparecer, como si estuviera borrando lo que escribe.

NATE

Teniendo en cuenta la cara de susto que tenías hoy en la grada, no te recomiendo sentarte al lado de Wyatt.

KEYLA

Wyatt suena a tipo peligroso..., ¿es el chico malo del grupo?

NATE

El peor. Pero, tranquila, sé cómo mantenerlo a raya. No dejaré que haga daño a nadie.

Me quedo mirando la pantalla. El corazón me late con tanta fuerza que siento que el móvil vibra al ritmo de mis pulsaciones. No es que se me olvide responder, es que me da pánico decir algo fuera de lugar y que me deje de contestar. Permanezco ahí, con el dedo suspendido sobre el teclado, hasta que Nate vuelve a escribir.

NATE

¿Y qué te ha traído aquí? El día que nos vimos en el avión pensé que estarías de viaje.

KEYLA

Es una larga historia.

NATE
Me gustan las historias.

No la mía, pienso.
No esta historia.

KEYLA
Me he venido una temporada para solucionar algunas cosas.

NATE
O sea que ¿estarás aquí temporalmente?

KEYLA
Sí. Solo he venido unos meses.

NATE
¿Y la historia?

KEYLA
Está sin escribir.

NATE
Se me da bien esperar.

18
Lejos pero cerca, ojos azules



Nate Miller

—¿Me queda mejor esta o esa gris? —digo, señalando la sudadera que está en el banco del probador.

—Caramelito, cualquier cosa te queda bien —responde Wyatt, burlón—. ¿A qué se debe esta repentina renovación de armario?

—Quiero cambiar de imagen, colega.

—Sí, y yo quiero que me den el Nobel de la Paz —suelta a pleno pulmón, delante de toda la tienda—. Miller, tú no cambias de estilo si no es porque hay un motivo de peso de por medio.

—Sssh, baja la voz, imbécil. Se van a pensar que somos los dos idiotas, y si solo estamos tú y yo no me salen las cuentas.

Wyatt se me acerca y, en voz más baja, me rodea el cuello con un brazo.

—Oye, tío…, esto no tendrá que ver con nuestra quedada del miércoles, ¿no? —dice con una sonrisa ladeada.

—Teniendo en cuenta que no sé de qué quedada me hablas…, no —digo sabiendo exactamente a qué se refiere.

—No te hagas el loco, Miller. El miércoles en Grey's. Tú, yo, los chavales… y las chicas, con nuevas incorporaciones, señoras y señores, damas y caballeros.

Pongo los ojos en blanco mientras me miro al espejo. Me ajusto la capucha de la sudadera gris y hago una mueca. No estoy nada mal.

—Ah, eso.

Wyatt levanta ambas cejas y se echa a reír, como si ya hubiera ganado la discusión.

—Claro, porque no te acabas de pasar los dos últimos días stalkeando una pista del FBI.

—Erais vosotros los que queríais saber su nombre, tío —respondo con indignación.

—Keyla por aquí, Keyla por allá… —dice como si estuviese a punto de anunciar la carta ganadora de una partida de póquer.

Me quedo en silencio al escuchar su nombre. Ayer me dijo que su paso por aquí era temporal y tampoco debería preocuparme que lo sea. Al fin y al cabo, no tengo tiempo para tener relaciones.

Renuncié al amor hace mucho por mi profesión. Nunca conocí a ninguna chica que valiese realmente la pena o a la que les gustase por cómo soy de verdad, aunque, si soy del todo sincero, tampoco les di nunca la oportunidad de hacerlo.

La única con la que pasé más tiempo de lo normal fue con Estelle, pero no me acuerdo ni del color de sus ojos.

De niño fantaseaba con la idea de un futuro con mujer e hijos, pero, teniendo en cuenta cómo está el mercado…, seguramente acabaré adoptando dos cachorros: un *golden retriever* y un *corgi*.

Por eso desde que me conocen nunca he estado en serio con ninguna tía. Cada vez que me ven suelen soltarme las típicas frases que detesto y me generan una desconfianza increíble, así que voy a lo mío, sin más. Sin preocupaciones amorosas.

—Deja de hacerte películas, listillo —suelto mientras me saco la sudadera y cojo otra negra, más suelta—. Solo me causa curiosidad porque parece que le da exactamente igual mi apellido, y, después de todo, un caballero debe disculparse.

—¿Desde cuándo sientes tú la necesidad de pedir perdón a nadie por un accidente?

Lo fulmino con la mirada. Él se ríe y se sienta en el banco del probador, como si tuviera todo el tiempo del mundo para analizar mi vida.

Se quita la gorra y se peina el pelo alborotado con las manos. Ahora se lo ha dejado un poco más largo y lo cierto es que le queda mejor que bien. Cualquiera de mis amigos y yo podríamos ser modelos de calzoncillos.

Me quedo callado, con la sudadera en las manos. Sé que no es tan fácil como «me gusta una chica». Ni siquiera sé si eso es lo que me pasa. Solo sé que, desde que aceptó mi solicitud y subió esa maldita foto, no he dejado de mirarla.

Y lo peor es que no es la foto. Es la expresión que tiene en los ojos.

—Venga, píllate esa, Romeo. A ver si con ella al menos no pareces el mismo capullo de siempre.

Salimos de la tienda, una de esas marcas que venden sudaderas por el precio de una matrícula universitaria. No tengo ni idea de

cómo se llama, pero Wyatt me arrastró dentro diciendo que necesitaba «cierto nivel estético». Y sí, se refiere a su nivel.

Lach nos espera apoyado en uno de los bancos de la zona de tiendas, con un helado de cookies goteando por los dedos de una mano y el casco de la moto en la otra.

—Ya era hora, tíos. Pensé que os habíais fugado para casaros juntos en Las Vegas —dice, relamiéndose el pulgar.

—Chúpamela, Lach —le digo, sin mucho esfuerzo por sonar ofendido.

—¿Cazadora vintage? Qué atrevido, bro —responde Wyatt—. ¿Quieres que te acompañemos a renovar tus calcetines blancos por otros… blancos, Lachlan Dupont?

Lach se ríe mientras se termina el helado de un lametón y lanza el papel a la papelera sin mirar. Acierta. Maldita sea.

—Venga, vamos, que Aiden nos va a matar si llegamos tarde a su partido —dice Wyatt, empezando a caminar hacia el aparcamiento—. ¿Has traído hoy el Land Rover Range Rover o el Hennessey Velociraptor?

—El Hennessey, tío —respondo mientras saco las llaves del bolsillo y las luces destellan en el aparcamiento—. Por si acaso luego queremos pillarnos unas pizzas e ir al mirador.

Subimos al coche con la música de Drake a todo volumen, las ventanillas bajadas y esa sensación estúpida pero adictiva de que nada malo te puede pasar cuando vas con tus amigos.

—Miller, baja la maldita música —grita Lach, sacando su lado más gruñón y poniéndose las gafas de sol en la parte de atrás del coche —. Sabes que no me gusta llamar la atención.

—Disfruta un poco de la vida, Dupont —le responde Wyatt mientras saca el brazo por la ventanilla. Poniéndose la gorra hacia atrás, empieza a cantar: «*Listen. Seeing you got ritualistic*».

—«*Cleansin' my soul of addiction for now*» —lo ayudo a cantar y lo hacemos a pleno pulmón.

—«*Cause I'm fallin' apart | Yeah, tension | Between us just like picket fences*».

Llegando al campo de fútbol americano, empezamos a ver el espectáculo que empieza ya en el aparcamiento. Cientos de personas de los diferentes equipos se insultan entre ellos, corean sus himnos y beben jarras de cerveza.

Siempre que podemos, vamos a los partidos de los unos y de los otros. Somos deportistas de élite, pero ante todo somos como hermanos.

Desde que nos conocimos en la Iron Elite, hemos sido uña y carne. Son las únicas personas en las que confío y con las que soy yo (casi) al máximo.

Hoy se enfrentan dos de los grandes equipos de fútbol americano de la liga: los Maple Bears y los Northlake Panthers.

Y mi colega Aiden Celebrini no conoce el miedo; el miedo lo conoce a él. Es uno de los mejores jugadores de los últimos años y estoy seguro de que será una leyenda.

—¿Creéis que hoy vendrá Sienna? —pregunto, pensando en lo enamorado que está mi amigo desde que tengo uso de razón.

—Ni idea, tío. Si no trabaja en el bar seguro que vendrá para desconcentrar a nuestro amigo —dice Lach.

—Más que desconcentrar, tengo que reconocer que cuando está ella en el campo juega mejor —respondo mientras nos bajamos del

coche.

Las gradas están a reventar. Luces, cánticos, espuma de colores, pancartas. El ambiente es eléctrico, impresionante.

Nos abrimos paso entre la multitud hacia la zona VIP, la zona de las suites, con las sudaderas de los Maple Bears y el número cuatro de dorsal a la espalda. Wyatt se para a sacarse fotos cada vez que se las piden, mientras que Lach y yo avanzamos todo lo rápido que podemos.

El beisbolista se ha puesto los cascos y la capucha para que nadie lo pare, pero aun así varias chicas intentan sacarse fotos con nosotros cuando estamos llegando a la zona.

Son todas iguales. Hay tres frases que nunca fallan:

1. «Te he hablado por Instagram, Nate».
2. «¿Te gustaría que quedemos alguna vez?».
3. «Puedes venir a mi casa, estaré sola con una amiga».

Repulsión.

Esa es la palabra.

La megafonía anuncia la entrada del equipo local y la gente se levanta de los asientos para empezar a invocar su ritual.

Y entonces aparece él: la superestrella de los Maple.

Aiden avanza por el túnel con el casco del número cuatro brillando bajo los focos, con el pecho en alto y la mandíbula apretada. Su apellido es coreado como si fuera un dios de la guerra.

Y en parte lo es, joder.

El cielo revienta en fuegos artificiales dorados y azules justo cuando los Maple pisan el campo. A lo lejos, en la grada de enfrente, entre el gentío, alcanzo a distinguir unos ojos azules grabando con el móvil en alto. Pantalones cargo, camiseta con el número cuatro y un

par de críos con las camisetas del equipo a juego que la esperan sentados sujetando las palomitas.

Aiden todavía no la ha visto, pero lo hará.

Sienna ha venido a verlo, así que mi colega hoy tiene que petarlo, sí, señor.

No puedo evitar mirar una vez más hacia ella: la chica por la que mi mejor amigo sería capaz de perder incluso su partido más importante.

LA CHICA INVISIBLE

Trece años

Faltaban cuarenta y nueve minutos para que sonase el timbre; cuarenta y nueve, que en mi cabeza siempre son demasiados, para conseguir diseñar un plan que me permitiera escurrirme entre la gente sin que nadie reparase en mí.

Ese era, últimamente, mi deporte favorito: calcular rutas de escape, ensayar miradas al suelo, y respirar lo más bajito posible.

Hoy no estaba en mi sitio de siempre, junto a la ventana —nos habían cambiado de aula—, y esa sola alteración bastaba para desmontar las pequeñas defensas que iba levantando cada mañana.

A mi espalda, Sarah Connor. A mi izquierda, Vera Knox. A la derecha, Yvy Dickson. Un triángulo perfecto. La jaula de las serpientes. Y yo, en el centro, fingiendo que cogía apuntes mientras contaba los segundos en el margen de la hoja.

A veces, para no volverme loca, me repetía que quizá eran imaginaciones mías, que el mundo no giraba alrededor de mis miedos. «No todo lo que sucede es por ti, Key», me decía, como si esa frase pudiera ser una puerta de salida.

Las mangas de la camisa del uniforme estaban ya descosidas en los puños —hábito de trinchar telas cuando la ansiedad aprieta—, y el jersey me picaba en el cuello; la luz que entraba por los ventanales acentuaba las marcas de mi piel, ese mapa pequeño de roces y de nervios que intento esconder. Ojalá ser más pequeña, pensaba. Encogerme hasta desaparecer entre las líneas del cuaderno. Empezar en otra ciudad donde nadie supiera pronunciar mi nombre con odio.

Un pellizco suave en el cuero cabelludo me atravesó de arriba abajo. No fue un tirón fuerte, sino una advertencia, el gesto mínimo que solo nota quien vive en alerta. Tragué saliva. «No seas exagerada, niña tonta», me ordené, intentando no girarme.

Otro pellizco, más largo esta vez, seguido del golpe seco de una rodilla contra mi silla. Me di la vuelta con ese piloto automático que se me activa cuando el cuerpo decide antes que la cabeza. Sarah sonreía como si nada, el sol peinándole la melena dorada.

—Tenías un nudo —dijo, y volvió al frente con la inocencia ensayada de quien nunca tiene la culpa.

Respiré hondo, clavando los ojos en la hoja y tratando de reducir el ruido de fondo. Entonces empecé a sentir ese cuchicheo creciendo como una ola, el sonido de unas tijeras abriéndose y cerrándose, «clac, clac», sobre la mesa de detrás.

El aire empezó a espesarse y yo a sudar por las palmas mientras mi cuerpo, de repente, alcanzó su máxima temperatura.

Para no salir corriendo, pensaba en otra cosa: la película de anoche con mis tíos, la tarta de zanahoria después de cenar, el olor a casa que me sujeta para que no me derrumbe cuando todo se tambalea.

Una mano tocó mi hombro, por lo que me giré con curiosidad, deseando que esta vez, solo esta vez, por favor, no fuese para nada malo.

—Eh, tú, Keyla, toma. Un regalo. Creemos que te va a gustar.

«Plof». La cajita marrón cayó sobre mi libreta, decorada con un cuadrado rosa en el centro. Me di cuenta de que tenía una frase escrita y me preparé para leerla despacio, fingiendo que no me temblaban los dedos: «Lávate, puta zorra».

El corazón empezó a latirme en las orejas. La abrí, porque a veces la curiosidad es una forma rara de valentía y de masoquismo. Dentro había un mechón pelirrojo perfectamente cortado, sujeto con un lacito y al lado una pastillita de jabón de hotel.

El mundo se inclinó y todo empezó a darme vueltas.

Detrás, las tijeras sonaron otra vez, rítmicas, crueles. Me levanté tan deprisa que la silla cayó hacia atrás, haciendo todo el ruido posible.

—¡Keyla! ¿Adónde vas? —gritó el profesor.

Corrí con las manos apretadas contra el estómago, midiendo los pasos entre respiraciones cortas hasta llegar al baño. Empujé la puerta y entré en el primer cubículo que vi, echando el pestillo con un golpe torpe y e inclinándome sobre el inodoro.

Dios. No podía estar pasándome esto. No cada día.

Vomité todo el desayuno, como si pudiese expulsar también el miedo, los insultos, las risas hasta que me ardió la garganta.

Cuando no quedó nada más, tiré de la cadena y me quedé un segundo apoyada en la puerta, escuchando el silencio entrecortado de mi respiración, sin atreverme a llorar.

Me enjuagué la boca en el lavabo y abrí el grifo hasta que el agua estuvo fría, dejándola correr por mis muñecas —truco que me enseñó mi tío para bajar el pulso—, y solo entonces levanté la cara hacia el espejo.

Tardé un segundo en reconocerme en él. Me giré para ver el corte que me habían hecho y sentí cómo la sangre me helaba la piel. Pasé los dedos con cuidado por las puntas que estaban irregulares, con la intención de colocarlo otra vez en su sitio.

Comencé a sentir asco de mí misma y una profunda vergüenza por permitir que me hicieran esas cosas, pero la realidad es que no era una persona valiente y nunca podría hacerle frente.

La sensación de suciedad que sentía no se quitaba con jabón.

Me recogí el pelo como pude, respirando por la nariz en cuentas de tres y salí sin mirar a nadie. El pasillo era un túnel; bajé las escaleras y crucé el vestíbulo pegada a la pared, invocando mi don de ser invisible.

El autobús rojo llegaba justo a la parada cuando doblé la esquina, así que me subí sin pensar.

Me puse los auriculares azul pastel que me regaló el tío Will por mi cumpleaños y activé la cancelación de ruido, solo para estar a salvo dentro de un pequeño silencio mío.

El autobús chirrió al tomar la última curva; la vibración del motor bajó y pegué la frente a la ventanilla, y entonces vi a mi tío en el porche, regando las plantas.

Cuando el bus se detuvo, dejó caer la manguera como si se le hubiese escapado el gesto.

—¿Keyla?

No dije nada. Crucé la verja casi corriendo y me lancé a su cuello. Las lágrimas salieron de golpe, tardías. Él me sostuvo sin preguntarme nada, colocando sus manos grandes en mi espalda y el mentón apoyado un segundo sobre mi coronilla.

Me apartó un mechón de la cara —uno de los que estaban en su sitio— y, al mirarme, cambió la expresión: la preocupación le hundió un poco los ojos.

—Por Dios, Keyla…, ¿qué ha pasado?

—Me han cortado el pelo.

Me llevó a la cocina, puso agua a hervir y sacó la bolsita de tila con melisa, dibujando una espiral perfecta con un hilo de miel.

Fue a por su kit de peluquería y con una tijera me igualó los mechones.

—Sigues siendo tú —dijo al terminar, inclinándose para verme a la altura de los ojos—. Con el pelo un poco más corto, sí, pero totalmente tú. Te da estilo, Key.

Asintiendo, le di un abrazo y subí a mi habitación, pero no derramé ni una lágrima. Me tumbé en la cama con el libro que tenía a medias y lo abrí por donde me indicaba la marca que había dejado hecha.

—Mira, sabes que esta situación no puede seguir así. Jamás te presionaría porque tú me has pedido que no lo haga, pero no soporto verte mal. —Se acercó más a mí—. Te prometí que lo haríamos a tu manera, pero, Keyla, no tienes por qué continuar en ese instituto. Podemos hacer que pare.

No podíamos.

Nunca se arreglaría.

Nunca me dejarían en paz.

Mi única posibilidad era llegar viva a la universidad para poder empezar de cero.

Al cabo de dos horas me había leído el libro de una sentada, sin enterarme del tiempo, hasta que la palabra «fin» me encontró con los ojos secos y el corazón un poco menos desordenado. El mechón que faltaba seguía faltando. La caja, el jabón, las risas, seguían estando ahí, pero en mi cuarto, con la persiana bajada y la música sonando de fondo, volví a ser, por un rato, la chica invisible que nadie nombra y que, aun así, respira.

19
Una flor empieza a nacer



Keyla Blake

He vomitado todo el desayuno y parte de la comida.

Hoy es miércoles.

Sí. Miércoles. Uno de mis días favoritos de la semana, pero también es el día en el que Avery y yo hemos quedado en no sé qué bar con Nate y sus amigos, así que, como es propio de mí, no he podido pegar bocado en toda la comida.

Estoy en el baño de la casa que me está cambiando, en la que ya llevo unas semanas, sentada en un suelo frío, con la espalda apoyada en los azulejos azules y el cuerpo temblando como un flan.

Miro mis manos: están húmedas de tanto sudar, frías y crispadas. Tengo marcas en las manos de clavarme las uñas sin querer.

Quiero llorar, pero no me salen más lágrimas. El peso en el pecho se me enrosca como una serpiente y asciende hacia mi garganta, cerrando la posibilidad de que el agua pueda salir de mi cuerpo.

El plan de esta tarde retumba en mi cabeza igual que si fuese a tener una cita en la jaula de un león que lleva tres días sin comer.

Un bar con gente que no conozco, ruidos y…, Dios, Nate Miller.

Tengo muchísima ansiedad social, y, aunque es algo que estoy trabajando en la terapia grupal, siento que todavía estoy al principio del camino, como si solo hubiese avanzado un pequeño pasito.

Creo que no se habla lo suficiente de que tener ansiedad cada día de tu vida es como tener un grano exactamente en el centro del trasero.

Exponerme a pasar tiempo con personas desconocidas es una decisión que tomé al venirme aquí, pero nadie me avisó de lo difícil que iba a resultar, aunque es mejor que estar encerrada en las cuatro paredes de mi habitación en Portland.

La manilla del baño hace un intento de abrirse, pero siempre echo el pestillo.

—Keyla, soy yo —susurra Avery—. Abre, porfis, porfis, porfis.

Me levanto y me miro al espejo. Es evidente que estoy hecha un desastre. Tengo la cara hinchada del cortisol, el rímel corrido de las dos únicas lágrimas que han resbalado por mis mejillas y el pelo igual que si hubiese metido la cabeza en el nido de un pájaro.

Voy hacia la puerta y antes observo mi alrededor. El color, lo cuidado que está todo. Este lugar respira azul, lila y blanco. El cielo inunda todo el centro: el exterior de la casa, parte de la cocina, los baños…

Ellie nos explicó que el azul es el color perfecto para las personas con estrés postraumático porque aporta tranquilidad al cuerpo, serenidad para la mente.

—Oye, ¿estás ahí? —pregunta Avery, impaciente.

Siempre me pilla disociando, tengo que hacer más *mindfulness*.

Abro la puerta y me mira de arriba abajo, haciendo una O con la boca.

—Pero… ¿qué te ha pasado? ¿Te has caído de alguno de los caballos?

—Bueno, teniendo en cuenta que todavía no me he atrevido a montar en alguno, supongo que no.

—Cielo, ¿quieres hablar? ¿Qué piensas? —dice cerrando la puerta tras ella, adentrándose en el baño.

—No puedo… no puedo ir esta tarde, Avery —confieso, rasgando la voz—. Me… asusta.

Mi amiga me mira y me coge de la mano. Pone una de las toallas en el suelo y se sienta, dando golpecitos en las baldosas para que me siente a su lado.

—Mira, sé que tienes miedo. Pero recuerda lo que explicó Ellie esta mañana. La exposición es temporal, cariño. Se gana la batalla con la experiencia —me dice mientras me coge de las manos—. Además, siempre podemos irnos. Tú dime que estás mal y nos largamos sin mirar atrás.

—No, no. Eso sería mucho peor, me sentiría muy avergonzada —confieso.

—¿Es por Nate? —pregunta, comprensiva—. Escúchame: Nate es un buen tío. No lo conozco en profundidad, porque es una persona bastante reservada, pero siempre he sabido que es una buena persona.

Aunque ella me repita que va a estar todo bien, que podemos irnos, que Lucien, el adorable chófer del centro, nos llevará y

podremos ir tranquilas, que Nate esto y lo otro… Aunque lo repita, aunque lo razone, algo en mí no se lo cree.

—Es por todo. No conozco a ese chico como para que sea solo por él…, pero es con el único que he hablado. Siempre lo he pasado mal al conocer gente nueva. Estoy acostumbrada a sentirme rechazada. Nunca me he sentido cómoda en los grupos porque siempre siento que sobro, como si yo siempre fuese la pieza que no encaja en ningún puzle.

Se levanta un momento para sacar de su mochila una botella y la llena de agua en el grifo. Me la ofrece con unos ojos llenos de paciencia, de firmeza.

—Te entiendo, pero también creo que hay una gran parte de ti que sí quiere ir. Solo que tiene miedo.

—Estoy muy asustada porque siento que me voy a encontrar mal y que me voy a desmayar delante de todo el mundo. Me sudan las manos solo de imaginarme allí. ¿Y si digo algo estúpido mientras estoy nerviosa? ¿Y si me pasa algo y no me puedo ir?

Ella me mira, comprensiva, sin minimizar mis emociones ni llamarme exagerada. Solo está aquí, acompañándome.

Y me doy cuenta de que eso es todo lo que necesito de una amiga.

—Mira, vamos a ir juntas. Nos vamos a preparar, te vas a poner guapísima, más de lo que eres, quiero decir. Y, si en algún momento quieres irte, me lo dices y nos vamos. Sin explicaciones, ¿vale?

La miro y solo puedo pensar en la suerte que tengo. Tiene esa capacidad de calmarme, de hacerme llegar su cariño justo a donde está mi corazón. Esa parte de mí gris que nadie me ayudó jamás a colorear, pero que espera que la pinten algún día.

—Y, además, para eso estamos aquí, ¿no crees? —me pregunta—. Piensa que es imposible que salga mal, porque, incluso si no sale como esperas, quizá eso deba ser lo que tenga que pasar.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que estar mal mientras eres tú misma con otras personas quizá sea justo lo que necesitas. No tener que fingir ser otra persona, mandarle un mensaje a tu cuerpo de que está bien ser quien eres. —Me agarra de los hombros y se queda frente a mí, mirándome fijamente—. Y darte cuenta, cariño, de que las personas que merecen la pena no se van de tu vida cuando no te encuentras bien, porque es normal no estar siempre al cien por cien.

Asiento, aún con la náusea agazapada en la boca de mi estómago.

—Las personas buenas permanecen, Keyla. Las personas con corazón aguantan la tormenta.

Trago saliva y hago algo que jamás habría pensado: la abrazo. Y, sin darme cuenta, pasa lo que solo sucede cuando dos personas se cuidan de verdad: que el nudo se deshace.

El agua sale y yo, por fin, lloro, como si mis lágrimas fueran lluvia trayendo vida a una tierra seca.

Porque a veces llorar es volver a florecer por dentro.

20
Lo importante es intentarlo



Keyla Blake

El Grey’s es aún más mágico de lo que imaginaba.

Un sitio así solo podía existir en Silver Springs: ecléctico y lleno de alma.

Con vistas al mar, la estructura de madera parece contarme la historia de su vida. La fachada, cubierta de enredaderas y nostalgia, se abre a un interior cálido donde la luz se enreda en cada rincón.

Cientos de bombillas cuelgan por el aire como si se tratasen de luciérnagas domesticadas, flotando sobre mesas de madera desnuda y centros con flores silvestres.

Conforme entras, hay mesas en el exterior y algunos bancos están dispuestos alrededor de una hoguera.

Un candelabro antiguo brilla en el centro del interior como si fuera el corazón del lugar, con las mesas esparcidas a su alrededor, que parecen estar esperando conversaciones importantes.

Huele a leña, a lavanda, a canela y a vino dulce. Y todo parece haber sido colocado con esa ternura que me hace tanta falta.

Avery me agarra de la mano, emocionada.

—Ven, te voy a presentar a Wanda y Henry, los dueños del lugar y también…, bueno, mis abuelos.

—¿Qué me dices? Avery, es increíble —digo mientras giro la cabeza para mirar todo lo que me rodea—. ¿Te das cuenta de que algún día tú heredarás este lugar?

—Llevo viniendo aquí desde que tengo memoria, y no sabes la de recuerdos que tengo aquí. Solíamos pasarnos más antes, ya sabes, toda la familia, pero desde hace un tiempo nos cuesta coincidir, así que vengo con los chicos.

Antes de seguir contándome, una pareja de unos sesenta años, con el tipo de amor que sobrevive al tiempo, nos recibe con sonrisas cálidas. Wanda lleva el pelo recogido en una trenza blanca y unos pendientes de flores que parecen haber sido hechos a mano. Henry, con su barba blanca y gafas redondas, se parece a una versión moderna de Papá Noel. Nos dan la bienvenida como si yo fuese una más de la familia.

—Oh, así que tú eres Keyla —dice Wanda, con una voz dulce—. Avery nos ha hablado mucho de ti.

Trago saliva, un poco abrumada por sentir que a alguien le importo lo suficiente como para hablar de mí.

—Bien, espero —respondo con una sonrisa tímida, intentando bromear.

—Depende del día —me contesta Avery con una sonrisa burlona, y Wanda suelta una risa que suena a hogar.

—Cuida de nuestra pequeña, Keyla. Aunque no lo parezca, lo necesita más de lo que piensas.

—¡Bueno, nos tenemos que ir con los chicos, abuela! —dice Avery, con prisa.

Me quedo pensando en sus palabras, ya que, en verdad, no sé mucho acerca del pasado de mi amiga.

Sus abuelos nos acompañan a una mesa larga en el centro del exterior. Pasamos antes por dentro y puedo ver cómo está decorado este lugar: muebles de madera rústica, luces tenues y fotos en blanco y negro en las paredes del interior. Hay una chimenea encendida al fondo y desde todas las mesas se ve el mar. La vista es espectacular. La marea choca suavemente contra las rocas, y la luna está llena esta noche.

La música empieza a bajar para cambiar de canción y Frank Ocean inunda mis oídos justo en el momento en el que los veo.

Dios. Siento que estoy dentro de una película.

Al acercarnos, observo que hay varias personas sentadas a la mesa: reconozco a Aiden por una foto que vi en el perfil de Nate, y a Wyatt, que entrecierra los ojos para enfocar mejor cuando nos ve.

También veo al número nueve. Mi corazón se detiene cuando nuestras miradas se cruzan. Está sentado junto a una chica de cabello oscuro y largo, de piel dorada y sonrisa de anuncio. Su mano está apoyada en el respaldo de la silla de él, muy cerca. Demasiado cerca.

Parece cómoda sentada a su lado. Su vestido negro de encaje contrasta con el blanco del mío. No tenemos nada que ver.

Avery me saca de mis pensamientos con la intención de hacerme sentir más tranquila.

—Vamos a estar con Nate, Aiden y Wyatt. Bueno, y esa de allí es Sienna —dice señalando con el dedo—. Es amiga de Aiden desde que son pequeños, pero hoy estará trabajando. Ya la verás, es un torbellino. Guapísima, ¿verdad?

La chica parece muy segura de sí misma, contoneándose con su larga coleta negra entre las mesas. Tiene una sonrisa deslumbrante y me parece que puedo adivinar unos ojos azules en su precioso rostro.

—Vaya, sí que lo es.

Cada paso que doy me llena de preguntas que me confunden de mis objetivos.

1. ¿A qué he venido exactamente?

2. ¿A conocer a gente nueva o a encontrarme con él?

3. ¿A enfrentarme a mis miedos o a que se rían de mí?

Cuando por fin estamos llegando a la mesa, un chico rubio con una gorra hacia atrás y el pelo despeinado levanta la vista y avisa a los demás.

Nate se pone de pie al verme mientras me mira fijamente a los ojos. Traga saliva y se ajusta las mangas.

—Hola, Keyla —dice, como si saboreara mi nombre.

Tierra, trágame aquí y escúpeme en mi cama.

Por Dios. Qué voz tiene.

Mi nombre en su boca parece sonar como se pronuncian las cosas importantes.

—Hola chicos —respondo más bajo de lo que me gustaría.

—¡Ey, Avery! —exclama el chico de pelo castaño, haciéndonos un hueco con entusiasmo—. Tú debes de ser Keyla, la chica de las

palomitas. Yo soy Wyatt, encantado —dice mientras me hace una reverencia.

—Prefiero que me llamen solamente Keyla, pero sí, mmm, soy Keyla, hola a todos, encantada.

¿Por qué siempre que me presento ante un grupo de gente parece que lo hago como si estuviera en una presentación de alcohólicos anónimos?

Cabeza, Keyla, cabeza.

—¿No se te ocurre otra cosa para recibir a alguien? —le corta Avery con un tono gélido que no le había escuchado nunca—. Podrías comportarte como una persona normal por una vez en tu vida.

—Claro que sí, Barbie, pero entonces dejaría de ser tu dolor de cabeza favorito —responde él con una sonrisa torcida que no le llega a los ojos.

—No eres mi favorito en nada, Wyatt. Ni siquiera en ser molesto.

Avery ni lo mira mientras arrastra una silla, asegurándose de dejar espacio entre los dos.

Aiden, el chico de piel bronceada y ojos azules, nos lanza una mirada divertida.

—Estáis dando mala impresión, par de idiotas. Soy Aiden, siéntate aquí si quieres —me dice, con una sonrisa tranquilizadora mientras se levanta para rodear la mesa y se dirige a Avery—. Dale un abrazo a tu amigo, rubia.

—¡Ey, yo soy Asia! —me saluda de manera alegre la chica morena que está sentada al lado de Nate, con los dientes más blancos que he visto nunca—. He oído que eres nueva por aquí.

Encima es maja. ¿Le gustará a alguno de ellos? Porque me parecería lo más normal.

—Encantada. Sí, llevo aquí unas cuantas semanas.

Siento el corazón latiendo con fuerza, como si quisiera salirse del pecho. Trato de no pensar demasiado en la mano que tiene detrás de su asiento, pero es inevitable. Ella me observa con curiosidad, como si intentara descifrar quién soy o por qué he alterado el ambiente con mi presencia.

Me acomodo con torpeza justo al lado de Nate, que me ha hecho sitio. Está cerca, pero no demasiado. Solo lo justo para que su presencia me empiece a afectar.

A mi lado se sienta Avery, que parece estar haciendo un esfuerzo físico por no rozar el brazo de Wyatt, aunque él, casualmente, estira las piernas invadiendo su espacio. Aiden se levanta para arrastrar una silla extra y se coloca entre Wyatt y Asia, quedando todos en un círculo perfecto.

Avery me está haciendo gestos para que me mueva, cómplice, mientras suena mi teléfono. Leo el mensaje de mi amiga que hace que casi me atragante con mi propia saliva.

Avery

Sé que está como un quesito con mermelada, pero intenta que no te bailen las bragas dentro del vestido.

Keyla

¡Ni se te ocurra volver a escribirme para algo así, Avs!

Disimulo como puedo y observo la escena, guardando el móvil en el bolso de terciopelo. La mesa en la que estamos es redonda y tiene un falso fuego por dentro, justo por debajo del cristal. Este lugar está cuidado al milímetro, hecho para ser especial.

—¿Qué tal en el pueblo, Keyla? —me pregunta Nate con la voz más tranquila del mundo—. ¿Te gusta?

—Sí, todavía estoy tratando de adaptarme —respondo soltando un suspiro—. Es un lugar lleno de vida.

—Lo es, y en todas las estaciones —añade mientras da un trago a su botella—. Creo que te vas a enamorar de verdad cuando llegue la primavera. No es casualidad que se llame Silver Springs.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tiene de especial?

—El nombre tiene todo el sentido —me dice con una sonrisa. Se inclina un poco hacia mí, me pone una mano en la espalda y señala con el dedo—. Fíjate ahí. Silver Springs es ese punto donde el mar y la montaña se encuentran, ¿lo ves? En primavera, todo esto se llena de vida. Las flores empiezan a salir por todas partes, como si el suelo explotara en colores. Y, cuando el sol da de lleno, parece que la tierra brilla, como si estuviera llena de manantiales plateados. Por eso se llama así: por esa luz, ese brillo…, como si el pueblo entero se cubriera de primavera.

—Vaya, suena precioso y refleja lo bonito que es este lugar.

—Además somos el pueblo de EE.UU. con más especies de plantas distintas por metro cuadrado.

—No quiero interrumpir la clase de biología, chicos —interrumpe Wyatt con una mano en el corazón—, pero Asia estaba a punto de

predecir el futuro de Aiden para ver si esta noche, por fin, le pedirá salir a Sienna.

—Cállate, Frosty. Nadie le va a pedir salir a nadie —responde Aiden, gruñón, barajando las cartas en la mesa—. Sois insufribles.

—Siis insifriblis —imita Wyatt—. Ahora en serio, eres mi hermano y quiero verte casándote con esa mujer, que, por cierto, viene hacia aquí.

Nos giramos todos para mirar a la morena que viene hacia nosotros. El mandil de cuadros rojos y blancos se le ciñe perfecto a la cintura, que se acentúa fina alrededor de sus caderas. Su expresión inunda la luz de su rostro, rasgando su mirada. Vaya, es aún más guapa de cerca. Tiene los labios carnosos y los pómulos elevados.

Si no fuera porque tengo clarísima mi orientación sexual, esta chica me haría dudar de ella.

—No sabéis la envidia que me dais estando aquí mientras yo trabajo —confiesa tirando su libreta encima de nuestra mesa—. Encima hoy Wanda y Henry están insoportables. Ella está enfadada con él porque hoy no la ha llamado caramelito, ¿os lo podéis creer?

—¡¿Cómo que no la ha llamado caramelito?! —exclama Avery, llevándose una mano al pecho fingiendo drama—. Eso es motivo de divorcio inmediato. Hablaré con mi abuelo esta misma noche.

—Por favor —responde Sienna, rodando los ojos mientras se aparta un mechón de pelo que se le ha soltado de la coleta antes de mirarme—. Oh, tú debes de ser Keyla. Avery me ha hablado mucho de ti. Soy Sienna, encantada.

—Encantada, gracias, igualmente, sí —respondo, sonrojándome.

—Me encanta tu pelo, que lo sepas —me dice Sienna, con entusiasmo.

—Gracias, tú tienes unos ojos muy bonitos.

—Secundo lo que dice Keyla, jefa —exclama Aiden.

—Cállate, Didi-Boo —le responde la morena haciéndole una mueca.

—Oye, Sienna, ¿desde cuándo eres una persona agradable? No te recordaba así —vacila Wyatt.

—Ken de pacotilla, solo las mujeres, los gais y algún heterosexual decente tienen el privilegio de mi cercanía, y siento decirte que no estás entre ellos.

—Pum, directo al corazón, muñeca —actúa Wyatt con teatralidad, pero sus ojos se vuelven a Avery—. Al menos tú sí me aprecias, ¿verdad, Barbie?

—Sigue soñando, Wyatt. Es lo único que se te da bien.

Mi cara ha debido de ser un poema porque todos se empiezan a reír y hacerle bromas a Aiden.

Veo a Nate sonreír por el rabillo del ojo y se acerca un poco más a mí, desprendiendo un poco de su calor. Parece haberse dado cuenta de mi incomodidad.

Nate se inclina hacia mí y al abrir la boca me hace darme cuenta de lo equivocada que estoy.

—Te estás desenvolviendo bastante bien para ser «la chica nueva».

—¿Eso crees? —le susurro sin devolverle la mirada, intentando que no nos escuchen—. Porque por dentro estoy convencida de que estoy a punto de caerme de la silla.

Él se ríe por lo bajo.

—No se nota nada. Pareces muy tranquila.

No sé si lo dice por hacerme sentir más cómoda, pero lo cierto es que lo consigue.

—¿Y tú qué haces espiando discusiones maritales, espía rusa? —interrumpe Wyatt, señalándola con una patata frita.

—Estoy trabajando. ¿O crees que solo estoy aquí porque me pagan? —refunfuña Sienna—. Vengo a darle un toque de estilo a esto y a enterarme de todos los cotilleos del pueblo.

Aiden forcejea con Asia por debajo de la mesa con movimientos torpes. Cuando nos damos cuenta, las cartas que tienen en las manos se caen al suelo. Sienna lo mira un segundo más de la cuenta. Él le sostiene la mirada, y, aunque todos lo hemos notado, decidimos no decir nada.

—Prefiero no saber lo que es eso, gracias —dice girándose hacia nosotras—. ¿Qué vais a querer, bombones? Estoy en mi último turno antes del descanso y me he prometido un daiquiri de fresa al salir.

Esta chica tiene carácter. Parece un poco más mayor que nosotros por su forma de ser, que tenemos entre veinte y veintidós, pero físicamente parece que tiene nuestra misma edad.

—Keyla y yo queremos unos nachos de la casa con extra de queso cheddar, dos hamburguesas smash con pan sin gluten y de postre lo que tú quieras —dice Avery, eufórica.

Caramba, veo que no me conoce todavía, porque con lo nerviosa que estoy no me cabe ni el culo de una zanahoria.

—Mmm… vale, entonces te traeré el postre estrella. Os va a gustar. Lo he hecho yo. —Guiña un ojo y se va contoneando la cadera.

—¿Eres celíaca? —pregunta Nate.

—Sí. Me lo diagnosticaron a los ocho años.

—Hay varios en el equipo que lo son, así que si alguna vez quieres alguna receta…

—Aiden, corazón, ¿quieres un babero? Seguro que tienen uno a tu medida —interrumpe Avery sin mirarlo del todo, aguantándose la risa.

—Dejad ya al chaval, pelmazos —sentencia Nate—. Ya se decidirá él cuando le salga de los cojones. El amor no se fuerza, tíos.

—Gracias, hermano —responde Aiden, metiendo la cabeza entre las manos—. Si algún día me muero, recuérdame que te deje mis mejores coches solo para ti.

—Está bien, está bien —dice Avery, amenazando con el dedo—. Os juro que si no os liais este año, voy a perder la fe en el amor y me haré monja de clausura. Es una tortura veros, en serio.

—Déjalos, Barbie —añade Wyatt, guiándole un ojo a Avery mientras se acerca a ella peligrosamente—. Tú y yo, en cambio, estamos destinados a entendernos.

—Ni en tus mejores sueños.

Avery se aparta bruscamente mientras abre los ojos con sorpresa. Siempre me ha parecido una persona cercana, pero con él parece alguien diferente.

—Lo único que quiero cortar es tu capacidad de hablar, Wyatt. En serio, para ya.

—Tu amiga se hace la difícil, pero acabará cayendo a mis pies —dice Wyatt girándose hacia mí con un guiño, aunque noto una sombra tensa en su mandíbula—. Cuéntanos, Keyla, ¿qué tal viviendo con la locura de Avery? ¿Sigue dejando la ropa tirada por el pasillo o ha madurado?

Avery se pone rígida. La tensión del ambiente provoca que intercambiemos miradas entre nosotros.

—¿Cómo sabes tú eso? —pregunto, confundida.

—Digamos que… viejas historias —responde Wyatt, sin dejar de mirar a Avery a los ojos.

—Cállate la boca —sisea Avery. Su tono ya no es de broma. Es una advertencia.

—Si Keyla se cansa, yo podría ofrecerme voluntario para vivir contigo, Barbie —insiste él, cruzando los límites de mi amiga—. Se me da bien fregar los platos y…, bueno, ya sabes el resto.

—N-no me voy a cansar, no te preocupes.

¿Por qué he dicho eso? He querido defenderla en un acto de valentía, pero me estoy sintiendo fatal.

—Eres un cerdo, tío —escupe Avery con asco.

—¿Seguro? La última vez…

—¿Por qué no os vais a un baño a solucionar vuestra pelea de hoy, chavales? —pregunta Aiden, notando la tensión.

—No me quedo sola con él en la misma habitación ni aunque me paguen —sentencia Avery, girando la cara con los ojos brillantes de rabia.

Aquí hay algo que se me escapa, pero me guío por las reacciones del resto y nos reímos juntos, o eso intento, porque, de pronto, siento el sonido demasiado lejos. Como si en lugar de estar aquí, mi cuerpo se estuviera despegando poco a poco del suelo. La música, las risas, los movimientos…, todo empieza a mezclarse en una masa densa que me rodea, como si no pudiera respirar del todo.

Supongo que vivir con ataques de pánico es como si el miedo fuera ese invitado que se cuela en mitad de una canción bonita.

Estás riéndote, sintiéndote ligera y, de pronto…, suena algún ruido…, aparece sin avisar para sentarse en tu pecho y apretarlo. Y tú, sin saber por qué, dejas de respirar igual que antes, como si de repente el mundo se hubiese vuelto demasiado grande para ti.

No quiero que nadie lo note. No aquí, delante de todos. Delante de él.

Trago saliva, intentando que nadie se dé cuenta de que me tiemblan las manos. Miro mi vaso casi vacío, con el hielo derretido al fondo. Siento mis dedos, que están fríos y parecen no ser míos.

—¿Estás bien? —pregunta Nate, tocándome el brazo levemente.

Levanto la vista para encontrarme con sus ojos verdes, que me están observando. No con la típica expresión despreocupada que suele tener, sino con las cejas un poco fruncidas y los ojos muy centrados en los míos. Con esa mirada que es una ventana al bosque y me llama para meterme dentro.

Me dan ganas de llorar.

—Sí, claro —miento. Sonrío de manera tonta, temblorosa.

No me lo creo ni yo.

Él no dice nada de inmediato, pero baja la cabeza un poco, como si quisiera verme mejor, como si supiera que no estoy del todo aquí. Percibo cierta tensión en su mandíbula.

—¿Seguro? —repite más bajo. Ya no es solo una pregunta, es una invitación a ser honesta.

Siento el pecho tan apretado que tengo que moverme.

—Voy un segundo al baño —murmuro, y me levanto como si tuviera un resorte en la espalda. La silla raspa contra el suelo y siento las miradas a mi alrededor, aunque probablemente sea mi mente jugándome una mala pasada.

—¿Quieres que te acompañe? —me ofrece, bajito.

—No, estoy bien… Solo necesito un minuto.

Camino como si el aire me pesara y todo me diese vueltas. Como si el agua que acabo de beber fuese vino circulando por mi cuerpo.

Siempre he pensado en el miedo como un monstruo que viene a visitarme. Le gusta aparecer y llenarlo todo de niebla, una tan espesa que primero se mete en los pulmones para después aparecer en la mente. No lo ves llegar, pero cuando lo notas ya es tarde, ya no puedes respirar igual.

Uno, dos, tres: respirar.

Uno, dos: aguantar.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis: soltar.

Mierda, no funciona.

Uno, dos, tres: respirar.

Uno y…

Esta vez no puedo llamar a tía Maggie.

Esta vez lo estoy haciendo sola.

Esta vez, el aire no entra.

El mundo se me escapa antes de que pueda sujetarlo.

Uno, dos, tres: oscuridad.

21
Final de turno



Sienna Blackwood

Estoy harta de tener los dedos de las manos tan fríos a causa de lavar los platos. Para estar en Silver Springs en pleno otoño, se podría decir que el clima sigue siendo bastante cálido, pero aun así a estas horas ha refrescado lo suficiente para que se me congelen los dedos.

Mi trabajo aquí no consiste en eso, pero hoy Wanda, la abuela entrañable que me dio la oportunidad de trabajar para ella, no se encuentra bien, así que no me queda otra opción. Creo que es el mejor trabajo a media jornada que podría tener y lo hago para unas personas estupendas que siempre se muestran más que comprensivas con mi situación, así que intento no quejarme y sacar fuerzas de donde sea para venir cada noche. Lo hago por mí y lo hago por ellos.

A pesar de que no lo hablo con nadie, estoy cansada. Por los dioses, realmente cansada. Por las mañanas voy a la universidad

para terminar mi carrera de moda y por las noches me vengo a trabajar al Grey's, eso siempre y cuando haya llevado a mis hermanos pequeños al colegio, les haya dado de comer y los haya acostado. Así que cuando me meto en mi cama solo me quedan exactamente cuatro horas y media para dormir antes de levantarme para adelantar cosas de clase.

Hoy estoy especialmente contenta porque Aiden ha venido con los chicos, y siempre que está él el día es mucho más fácil, solo que nunca se lo digo, claro.

Nuestra relación es… complicada. Sí, sería una buena palabra para definirla. Pero, aunque lo sea, él es mi constante. Siempre lo es.

Hoy salgo un poco antes de la hora porque, como Wanda está enferma, su hija vendrá a echarle una mano. Siempre se pone muy nerviosa cuando viene su hija, así que ha preferido que yo no presencie las dinámicas que hay entre ellas y me sienta incómoda. Lo prefiero, la verdad.

Aprovecho los cinco minutos que me quedan para observar a los chicos desde la barra.

Asia es preciosa, aunque ella no lo sabe. Tiene un pelo negro como la noche que le llega hasta la cintura y la sonrisa más blanca que he visto jamás. Unos ojos enormes, algo saltones y almendrados que hacen que su exótica cara tenga el complemento ideal. Revisa el móvil distraída, como siempre que no está Nate; creo que le cuesta un poco relacionarse.

El tonto de Wyatt juguetea con su pelo negro alborotado mientras bromea con Lach. El inmaculado Lach: con su ropa de marca, su pelo pelirrojo perfectamente peinado hacia atrás y una cara pecosa jodidamente perfecta acompañada por sus ojos azules como el

agua. Son buenas personas y estoy agradecida por cómo han cuidado a Aiden desde que tuve que poner algo de distancia entre nosotros, aunque nunca es suficiente si se trata de él.

—Sienna, cariño, ¿te parece si sales ya? —me pregunta Wanda limpiándose el mandil—. Ya has hecho suficiente por hoy, cielo.

Me seco las manos en el trapo antes de responder, mientras mis piernas cansadas agradecen su pregunta.

—¿Seguro que no te hace falta que me quede, Wanda? —respondo de corazón—. De verdad que no me importa echarte una mano o incluso cerrar el bar contigo.

—Señorita, ¿qué te he dicho de trabajar por encima de tus posibilidades? —me regaña—. Ve tranquila, ¿vale? Ahora vendrá mi hija a ayudarme a cerrar y, además, tenemos cosas que hablar. No te preocupes por nada y ve a descansar con los niños.

—Vale, pero si me necesitas quiero que me llames, a la hora que sea, ¿vale? —Esta señora no sabe todo lo que significa para mí—. Aunque esté en clase, llámame, ¿vale?

—De acuerdo, jovencita. Ahora ve a cambiarte de ropa, coge algo de comer y lárgate.

—¿Qué tal la cadera? No he podido preguntarte antes.

—Oh, ya me duele menos; sí, eso creo —me responde poniéndose una mano en el fondo de la espalda—. Hoy Henry ha estado muy trabajador así que me ha quitado mucha carga de trabajo.

—Es verdad, Henry hoy ha estado espectacular, por eso está tan gruñón —añado con una sonrisa en la cara.

Wanda me sonríe antes de darme un abrazo.

—Anda, tira millas, pelinegra.

Henry y Wanda, los abuelos de Avery, son uno de los matrimonios más conocidos del pueblo, y no por su dinero, que también, sino por todas las labores hospitalarias que hacen por cualquier persona que se les presente.

Los domingos van al mercado a regalar frutas y verduras que sobran de su huerta, y siempre hacen donaciones a causas benéficas. Después trabajan en la iglesia haciendo la comida para que los pastores, las mujeres y los niños puedan comer al terminar sus oraciones. Son unas personas increíbles que hacen con su dinero cosas buenas por el mundo.

Dejo el mandil en la taquilla del bar que tiene mi nombre y cojo mi neceser. Necesito retocarme un poco antes de irme. No porque estén Aiden y los chicos fuera, sino porque es una rutina que siempre hago. Me gusta salir del trabajo sintiéndome guapa, me hace sentir que en algún momento del día me he dedicado tiempo para mí.

Cuando estoy llegando al baño escucho un golpe y al entrar unas piernas salen de uno de los cubículos de la habitación. Siento cómo la sangre se me hiela y voy corriendo hacia la chica que parece haberse desmayado en el baño del bar donde trabajo.

Cuando llego hasta ella veo que es la chica pelirroja de la que todo el mundo habla, bueno, todo el mundo: mi mundo.

Está pálida como una hoja y el sudor le cae por la frente. Me agacho deprisa y gateo unos pasos hasta ella. Le cojo la cabeza con las manos y su pelo se me pega a las mismas. La zarandeo después de tomarle el pulso y veo que está bastante acelerado, lo cual me indica que los motivos del desmayo son unos que conozco demasiado bien.

—Keyla, bonita, abre los ojos —le digo, pero siento que no me escucha.

Me levanto y me quito la camiseta para ponerla debajo del grifo. Me agacho otra vez, con las manos aún temblando, y paso la camiseta húmeda por su frente. Keyla sigue inconsciente, aunque murmura algo entre dientes que no alcanzo a entender.

—Eh, bonita…, tranquila. Estoy aquí —susurro, bajando el tono de voz como si mis palabras pudieran encontrar la grieta exacta por donde colarse hasta ella.

Sus párpados se agitan un par de veces antes de abrirse despacio. Los ojos marrones, apagados y vidriosos, me buscan como si no supiera en qué mundo está.

Hace un amago de levantarse, pero no la dejo.

—Sssh, no intentes levantarte todavía —le advierto en cuanto siento su intento de ponerse erguida—. Solo respira. Respira conmigo, ¿vale?

Coloco una de las manos sobre mi pecho para que note el ritmo pausado de mi respiración. No el que me pide el cuerpo en un momento como este, sino el que yo ordeno a mi pecho seguir. Al principio la suya sigue siendo errática, demasiado rápida, como si su cuerpo estuviese escapando de algo que solo su mente puede ver.

—Así no…, más despacio, preciosa. Inhala conmigo. Mira…, uno…, dos…, tres… —cuento en voz baja, y dejo salir el aire con lentitud—. Eso es.

Vuelve a cerrar los ojos, la frente perlada de sudor, y yo aprovecho para apartarle un mechón de pelo que se le pega a la piel húmeda.

—No pasa nada, cariño. No te estás muriendo, aunque lo sientas así. Es ansiedad. Solo ansiedad, ¿me oyes? Y no puede hacerte

daño. Yo sé lo que es y estoy aquí para acompañarte. No me voy a separar de ti —susurro más firme, diciéndole a ella las palabras que a mí me habría gustado escuchar—. Sé que te hace creer que el corazón va a salirse del pecho, que no vas a poder volver, pero siempre vuelves a ti. Siempre.

Ella traga saliva y consigo arrancarle un gesto mínimo, apenas un asentimiento.

—¿Tú también? —Su voz es frágil, como si cada sílaba le costara un esfuerzo sobrenatural, casi titánico.

—Sí, pequeña flor. Yo también —le contesto sin dudar—. Más veces de las que puedo contar. Y también me he desmayado, al igual que tú. Créeme que sé lo que es, y por eso no te dejaré sola. No mereces estar sola.

Dejo que mis palabras lleguen a su mente y reposen un segundo, mientras vuelvo a guiarla con la respiración. Poco a poco sus hombros se aflojan, la tensión se desliza de su cuerpo y el aire ya no parece entrar a trompicones, sino de una manera más uniforme.

—Eso es… Estás aquí conmigo, ¿ves? No hay nada más ahora. Solo tú y yo en este baño tan bonito, con las paredes de madera y con el suelo más frío del mundo. Nadie va a hacerte daño, nadie va a juzgarte. Y mucho menos yo.

Una lágrima rueda por su mejilla y yo la limpio con el dorso de los dedos, suave, como haría con mis hermanos cuando se asustan con alguna pesadilla.

—Me da miedo —confiesa de golpe, casi inaudible.

—Lo sé. Sé lo asustada que debes de estar —respondo rápidamente—. Yo también tengo miedo cada día, aunque me ponga una máscara y me crea que puedo con todo. No estás sola en esto,

Keyla. Y sé que aquí conoces a poca gente, que estás lejos de tu familia, pero a partir de ahora me tienes a mí también en ese equipo.

Sus labios se entreabren, como si quisiera decir algo más, pero solo suspira. La observo y noto cómo el pulso en su cuello, antes frenético, empieza a estabilizarse. Su piel sigue fría, pero sus ojos ya no me miran igual.

—¿Podrías quedarte conmigo un ratito? Antes de que avise a Avery —pide, y esa súplica me atraviesa como un hilo invisible que me ata a ella.

Aprieto su mano con cuidado.

—Aquí me quedo. No pienso irme a ningún lado.

Y cumplo con mi palabra: me quedo a su lado, arrodillada en el suelo, con la espalda contra la puerta del baño que estamos ocupando. Doy las gracias porque todavía en este tiempo no ha entrado nadie y me lo tomo como un mensaje de la vida concediéndonos cierta intimidad.

Su respiración poco a poco se acompasa con la mía, hasta que el ruido del bar parece un mundo lejano y todo lo que importa es que Keyla siga aquí.

—Me da vergüenza… salir ahora —me confiesa.

—A la mierda la vergüenza, Keyla —le digo con firmeza—. Todo el mundo va a entender que te encuentres mal, y, si no, ¿qué más da? No les debes nada.

—No sé… Quizá sea mejor que vuelva a la mesa y actúe normal —se cuestiona mientras se incorpora levemente, sin éxito.

—¿Te das cuenta de lo injusto que sería eso para ti, tener que fingir que todo va bien cuando tu cuerpo necesita llegar a un lugar

seguro, cielo? —intento aconsejarle con todo el cariño que puedo, pero no es mi especialidad.

—Pero… es que… van a pensar que yo…, que soy un problema —murmura antes de echarse a llorar y veo cómo el rímel emborrona su mirada.

—Mira, ninguno de los chicos con los que estabas pensaría nada malo de ti. Los conozco lo suficiente como para saber que son buenas personas, y, si pensasen algo malo de ti por estar en una situación vulnerable, creo que eso hablaría más de ellos mismos que de ti —respondo mientras me acerco más a ella, dejando mis pies también por fuera de la puerta y agarrándola con las dos manos.

Keyla ya no tiembla tanto. Sus dedos, entrelazados con los míos, han dejado de aferrarse con desesperación y ahora reposan, todavía fríos, pero más tranquilos. La observo en silencio, acariciándole el dorso de la mano con el pulgar, y me sorprende lo frágil que parece. Esa chica de la que todos hablan, la que lleva semanas flotando en el aire de Silver Springs como un rumor, está aquí conmigo, hecha un ovillo de miedo, tan humana como cualquiera de nosotras.

—¿Ves? No pasa nada —le digo bajito, inclinándome sobre ella para que no tenga que hacer el esfuerzo de escucharme—. Sigues aquí. Conmigo.

Ella asiente despacio, con los ojos cerrados, como si esa certeza le bastara.

El chirrido de la puerta del baño nos sobresalta a las dos. Levanto la cabeza y ahí está él, llenando el marco con su altura y esos ojos que se clavan directamente en Keyla. Nate.

Por un segundo se queda quieto, como si la escena lo hubiera paralizado: Keyla en el suelo, pálida, apoyada contra mí; yo,

sujetándole la mano y con el corazón desbocado.

—Keyla. —Su voz suena grave, rota, y es todo lo que dice antes de dar un paso hacia nosotras.

22
Por la puerta de atrás



Nate Miller

Quince minutos antes.

La música del bar sigue sonando, y aunque mi cuerpo está aquí, con el vaso húmedo entre los dedos y la espalda apoyada contra el respaldo de madera, mi cabeza va detrás de cada paso de la chica de los ojos color tierra mojada.

Su vestido blanco se ciñe a la cintura marcándole el culo mientras el pelo le cae en forma de cascada por la espalda. Tiene un cuerpo precioso, pero me da la sensación de que ella no lo ve de la misma manera.

Las risas de los míos vibran en el aire, el cristal choca con cristal, alguien aplaude a destiempo al fondo y Wanda tararea una canción de country mientras coloca una bandeja con pizzas que humean como si el calor mismo fuera parte de la decoración.

—¿Miras algo, estrellita de la NBA? —pregunta Wyatt, socarrón.

—La cara de tonto que tienes cuando hablas con Avery, eso miro.

—La cara de tonto la tiene siempre, no es por hablar conmigo, concretamente —responde la rubia de lengua afilada.

—Oh, sí, sigue siendo así. Cada día me gustas más —dice Wyatt acercándose a ella.

—Tíos, algún día vais a tener que resolver vuestra tensión no resuelta —añade Aiden entre risas.

—Esa tensión solo existe en tu cabeza, Aidy.

—Claro…, por eso todos lo vemos.

—Puaj, cállate. Si algún día me enrollo con un jugador de hockey que alguien me pegue —exagera Avery.

Intento meterme en las conversaciones paralelas que se forman en torno a la mesa. Avery discute acaloradamente con Wyatt; los dos tienen ese talento para pelear como si fueran un matrimonio, como si no supieran dónde acaba la broma y dónde empiezan los problemas. Lach, Aiden y Asia hablan de un partido de la semana pasada; el primero se defiende, el segundo ataca, y Asia, con esa calma que la caracteriza, arbitra sin que parezca que lo hace.

—Tío, cuando compites eres insufrible. Literalmente, son los únicos momentos del año donde no te soporto —confiesa Aiden, metiéndose la sudadera por la cabeza mientras su pelo queda hecho un desastre.

—No me entiendes —responde Lach, con ese tono de quien está cansado de explicarse—, y no te culpo. Pero en esos momentos necesito estar al cien por cien conmigo. Si no, mi cabeza me come vivo.

—Lach, todos aquí somos deportistas, y me dejo la piel igual que tú —replica Aiden, cogiendo un trozo de la pizza que Wanda acaba de dejar—, pero no por eso desaparezco un mes entero. Hay teléfonos, ¿sabes? Hay bares como este. Hay… —señala la mesa con la pizza a modo de argumento final— vida.

—Hay drama —añade Wyatt, inclinándose hacia Avery con su media sonrisa—. Que, por cierto, te sienta fenomenal.

—Cállate, Wyatt —responde ella sin mirarlo, pero le tiembla la comisura de la boca como si no quisiera sonreír y casi se le escapara —. Además, tú no eres precisamente el ejemplo de la estabilidad.

El grupo ríe. Asia, que ha estado medio fuera de la conversación, asiente hacia mí.

—¿Y tú, Miller? ¿Tú qué haces cuando compites? ¿Te conviertes en un ermitaño o te da por rezar a santos inventados? —pregunta Lach.

—Me concentro —respondo, y suena más seco de lo que pretendía porque me molesta que no lo sepan ya—. E intento visualizar la meta.

—Claro que sí —se burla Wyatt—. El niño de oro y sus metas.

—Wyatt, deberías relajarte. Hoy estás especialmente intenso — dice Asia, y luego me mira—. ¿Estás bien?

Asiento. Estoy bien, debería estarlo. El humo de la pizza me llega a la cara y el queso se estira entre las manos de Aiden y Avery como un hilo transparente que se resiste a romper. Alguien —creo que Wanda— cambia la canción y entra Taylor por los altavoces, una balada que convierte la sala en algo más blando y azul. Todo parece encajar; todas las piezas en su sitio. Todo menos el hueco a mi derecha.

Keyla lleva demasiado tiempo en el baño. Me lo repito con la voz más razonable que tengo, la que uso con el entrenador, con la prensa, con mi madre: no seas paranoico, Miller. Puede haber cola. Puede necesitar aire. Puede… lo que sea. Pero en cuanto aparto la vista del pasillo, la vuelvo a fijar. Es un movimiento involuntario, como cuando te haces daño y aun así presionas para comprobar que sigue doliendo.

Avery deja la discusión con Wyatt por la mitad y busca mi mirada. La encuentra. No hace falta que diga nada: los dos sabemos que estamos pensando lo mismo. Ella es la que suele adelantarse con los cuidados, con las palabras justas, con las manos rápidas para sostener a quien se tambalea; hoy, sin embargo, no se mueve. Me da esa especie de permiso silencioso que duele y a la vez alivia.

—Miller —dice Wyatt, que no es ciego, solo lento a veces—, estás mirando ese pasillo como si te debiera dinero.

—Estoy pensando que a lo mejor necesito mear, tío, pero me podía la pereza —respondo, y me oigo como si fuera otro—. Voy y vengo.

—Yo también me meo —dice Avery al instante; sus dedos ya están dejando el vaso, la rodilla empuja la silla hacia atrás con esa urgencia que nace del cariño.

Niego antes de que se ponga en pie.

—Quédate. Si no vuelvo en cinco, vete al baño, pero por ahora no dejes solos a estos unineuronales, no vaya a ser que se caguen encima.

Avery me mide con la vista, encuentra algo que la convence y asiente levemente. Asia me sigue con los ojos hasta que me alejo.

Aiden hace un gesto de «¿todo bien?» que respondo con un pulgar sin ganas.

Me interno en el pasillo. El ruido del bar retrocede con cada paso, como si alguien fuese ajustando el sonido y lo bajara poco a poco. Aquí el aire está más frío, el olor a madera se mezcla con el de lejía y lavanda. Me doy cuenta de que tengo las manos sudadas.

Pienso en Keyla, en su forma de sostener el vaso con los dedos tensos sobre el cristal, en la línea fina de su garganta cuando tragaba, en cómo el mundo entero parecía demasiado ruidoso para ella incluso antes de llegar a la mesa. Lo pienso y me arde una culpa que no sé a quién pertenece. Debería haberla acompañado. Debería haber preguntado si estaba bien. Debería, debería…, palabras que no sirven de nada cuando ya estás caminando hacia una puerta cerrada.

Esta preocupación no es propia de alguien como yo. Alguien que vive para el juego, para tomar decisiones.

Pero percibo dentro de mí que algo va mal, como cuando era pequeño.

No golpeo fuerte, pero el sonido resuena como si hubiera dado una patada.

—¿Keyla?

El silencio envuelve la escena, pero no del todo: un murmullo bajo, unas voces femeninas que no distingo y que el eco del baño devuelve. Empujo la puerta despacio, esperando que alguien me eche de allí, esperando que me griten por invadir un espacio que no me corresponde. La bisagra se queja y se abre lo suficiente para dejarme ver.

Sienna está arrodillada en el suelo, con su melena oscura recogida de cualquier manera, sosteniendo a Keyla como se sostiene algo delicado: sin apretar, pero sin soltar. Keyla no está desmayada, no del todo; sus párpados tiemblan cuando me ve y su respiración parece estar a punto de entrar en una pelea que se da a cada segundo. El espejo me devuelve la escena.

—Mierda —me sale sin filtro, y Sienna levanta la vista.

—Sssh. —Me hace un gesto con la mano para que baje la voz—. Vamos, Miller, no te quedes ahí llamando la atención y entra.

Me acerco despacio, como si el suelo pudiera crujir y romper algo. Me agacho junto a ellas. Hay un olor a jabón de manos y perfume que no reconozco, un perfume dulce que, de haberlo olido de cerca, habría identificado sin pensarlo dos veces; pero que ahora solo sirve para marcar que esto es real.

—Keyla —digo, y aunque lo intento suena a ruego.

Sus ojos se abren lo justo para encontrarme. No sé qué ve en mí, pero dejo que lo vea. Dejo que lea la preocupación, el miedo torpe, la rabia contra mí por haber tardado tanto en reaccionar. Dejo de fingir que todo me da igual, que puedo con todo.

—No pasa nada —murmura Sienna, sin mirarme, con la voz entrenada de quien ha tenido que repetirse eso a sí misma muchas veces—. Estás respirando. Tu cuerpo cree que no, pero estás respirando. Y no estás sola.

Keyla aprieta los labios. Los dedos de su mano derecha se clavan en la manga de Sienna como si allí hubiese un borde del que agarrarse para no caer. Cuando habla, su voz es una hebra:

—Lo siento.

—No hay nada que sentir —le digo—. Nada.

—Perdón —repite, y me mira como si yo fuese el profesor que va a ponerle una falta, como si hubiera hecho algo incorrecto por fallar delante de gente—. No…, no quería…

—Ey. —Sienna le toca la sien con el dorso de la mano, un gesto pequeño y tierno—. A mí me da igual también. Lo que quieres es desaparecer, lo sé, pero no puedes. Y está bien. Todo va a estar bien y esto pasará, pero ahora mismo tienes que seguir respirando conmigo.

Levanto la vista hacia Sienna. Hay algo entre la pena y la complicidad en sus ojos. Es la primera vez que veo bajo la piel de la tía dura de la que lleva años enamorado mi amigo. Siempre la había visto como a una chica fría, distante y cortante, pero verla con Keyla me ha hecho ver la otra cara de la moneda, la que debe de ver Aiden cuando está con ella.

—Te llevo a casa —digo al fin, y no lo planteo como pregunta—. A ti y a Avery. No tienes que quedarte un minuto más aquí.

Keyla intenta negar, pero el movimiento se le escapa como a cámara lenta. Sienna me mira y asiente, como si me nombrara en silencio encargado de una tarea sencilla y enorme a la vez.

—Voy a avisar a Avery —dice—. Y a Asia, para que nos cubra.

—Gracias —respondo, y la palabra se queda corta.

Sienna se incorpora con una elasticidad que envidiaría cualquier atleta. Me palmea el hombro al pasar junto a mí, un toque breve que dice «haz lo tuyo». La puerta se cierra tras ella con un clic.

Nos quedamos los dos. Keyla y yo y el sonido del bar de fondo. El mundo, por unos segundos, es este rectángulo de madera y olor a jabón, y no necesito nada más para entender que algo se ha movido dentro de mí.

—No tienes que hablar —le digo, porque la noto buscando algo que decir y tropezando—. Solo respira conmigo, ¿vale? Cuatro dentro, seis fuera. Como… —Me detengo; me sorprendo a mí mismo —. Como cuando estoy a punto de lanzar y necesito que el mundo se calle un momento.

—¿Cuando juegas también te pones nervioso?

—Antes constantemente, pero ahora es algo que tengo muy entrenado. Si quiero jugar bien, debo tener la mente lo más fría posible.

Nos quedamos contando en silencio y el ruido de la conversación se va quedando atrás y solo quedan dos ojos brillantes que me miran. No sé si lo hacemos al mismo tiempo, no sé si está siguiendo mis pasos, pero al tercer intento el aire entra un poco más fácil, y al cuarto noto que deja de arañarle el pecho. Ella cierra los ojos y una lágrima se queda atrapada en sus pestañas. No la limpia. Yo tampoco.

—No quiero que me miren —susurra—. No quiero salir y… y que piensen que soy…, que pienses que soy… —No termina la frase, pero no hace falta.

—Que piensen lo que quieran —respondo, y me sorprendo de creerlo—. A mí desde luego no me importa para nada. No sientas vergüenza porque te haya pasado esto, ¿vale? No hay nada malo en ti y no tienes que fingir conmigo.

Keyla abre los ojos. No hay alivio, no todavía. Hay algo más humilde: una tregua consigo misma.

—¿Puedes levantarte si te ayudo?

Me mira el brazo como si estuviese asustada pensando en tocarme. Duda, luego asiente. Me acerco más, la rodeo por la

espalda sin tocar donde no debo, y la siento apoyarse en mí con un peso que no tiene confianza alguna. Nos movemos despacio; me preocupo de que no resbale. El espejo nos devuelve una imagen rara: yo demasiado grande para estar dentro de este baño, ella demasiado frágil para estar segura en cualquier sitio.

Cuando salimos, el pasillo sigue siendo estrecho, pero Sienna ya viene de vuelta con Avery. Ella llega con paso rápido, la cara en alerta, y me atraviesa con una mirada que es pregunta y reproche y gratitud al mismo tiempo. Abraza a Keyla sin preguntarle, sin permiso. No lo necesita.

—Estoy aquí —dice Avery, y la palabra «aquí» suena como un lugar de verdad, uno con paredes y un espacio tranquilo.

—Ya lo sé —responde Keyla, y hay un temblor que no es miedo, quizá cansancio.

—Os llevo a casa —repito, esta vez para las dos—. Wanda nos saca por la puerta de atrás, Sienna se ha encargado.

—Os está esperando —confirma Sienna, que aparece detrás con una chaqueta colgada del brazo—. Y he metido una botella de agua en tu bolso, Avy. Y, en cuanto a ti, nada de heroísmos, ¿vale?

Avery asiente y levanta la vista hacia mí, que asiento a su vez.

Wanda y Asia nos esperan al final del pasillo. La abuela tiene las llaves de la puerta trasera en la mano y una mezcla de dulzura y firmeza en la mirada que me recuerda a la gente que ha visto demasiadas noches como esta.

—Todo bien, cariño —le dice a su nieta, Avery—. No tengáis prisa, ¿vale?

—Te escribo luego, abuela —responde Avery mientras nos alejamos de la puerta trasera.

—Gracias, de verdad —nos dice Keyla a todos, con la mirada hacia el suelo.

En la calle, el aire de la noche es un alivio que huele a la lluvia entre las hojas del otoño. Las luces del bar se quedan atrás y mi nuevo coche nos espera en el aparcamiento. Saco las llaves y por un instante dudo: no es la primera vez que llevo a alguien a casa, pero es la primera vez que lo hago preocupado. No es caballerosidad, sino otra cosa. Una cuerda que se me ha enganchado en el pecho y que no sé si sabré desatar.

—Ve delante, ¿te parece bien? —le digo a Keyla, abriendo la puerta—. Si te mareas, me lo dices y paramos.

—Estoy bien, gracias —me responde mientras se abraza a sí misma por el frío de la noche.

—¿Tienes frío? Puedo dejarte mi sudadera —digo ya de camino a la puerta de atrás. Cojo mi sudadera gris y se la pongo encima—. Toma, ponte esto.

Keyla me mira con la nariz sonrojada. Desde aquí las vistas que me ofrece son todavía más espectaculares, incluso después de haber llorado y tener la cara como un mapache. Sus labios son carnosos y sus pestañas tienen un gran protagonismo en su mirada.

—Gracias. Muchas gracias…, Nate —me responde mientras emite una media sonrisa que hace que algo se mueva dentro de mí.

Le abro la puerta del copiloto para ayudarla a subir.

—Sube por aquí.

Keyla pone los pies en el asidero y se incorpora. Sin dejar que ella misma lo haga, le pongo el cinturón y le subo la capucha de la sudadera del equipo.

Abro la guantera y veo las toallitas al fondo. Saco una y se la doy.

—Esto…, creo que también tengo toallitas para que puedas limpiarte un poco la cara si quieres. Te dejo el paquete por si las necesitas.

Avery se sienta detrás, inclinándose entre los asientos para no dejar de tocarle la mano. Sienna, desde su coche, nos mira como quien ha visto empezar y terminar demasiadas veces un momento así.

—¿A dónde os llevo, chicas?

—¿Sabes cuál es la ruta hacia las montañas que hay después del puerto marítimo? —pregunta Avery, quitándose la chaqueta.

—Creo que sí. ¿Una cuesta después del mercado?

—Sí, esa. Vivimos allí, en una… especie de residencia. Sería subir toda la cuesta hasta llegar al camino y ver después el faro —dice enseñándome una foto desde su teléfono.

—Marchando, señoritas. ¿Alguna música en concreto?

—A Keyla le gusta mucho el grupo de Novo Amor.

Cojo mi móvil y se lo doy a Keyla, después de conectar el cable al aparato de música.

—Ten, mapache —le digo al ver que se ha limpiado casi todo el rímel, bromeando para romper el hielo—. Ponte la música que quieras, hoy eres nuestra DJ.

Me sonríe con sinceridad por primera vez desde que entré en ese baño y empieza a sonar una canción llamada *Carry You* que inunda mis oídos y se mete dentro de mi piel.

El motor nos acompaña, con un ronroneo, y empiezo a conducir sin prisa y sin hablar más de lo necesario, atento a la respiración que se regula a mi lado. En un semáforo largo, Keyla apoya la frente en el cristal y cierra los ojos. Avery le pasa los dedos por el cabello

desde atrás, ordenando sus mechones con paciencia. Yo miro el color rojo que se hace eterno y me digo que esta vez he llegado a tiempo para alguien, que no he dejado que otra persona se caiga sola.

No sé por qué me siento así, aunque no lo digo en voz alta, aunque no me atreva a explicarlo, pero es una sensación que se queda conmigo mientras el semáforo cambia a verde y la ciudad se abre paso, lenta y segura, como si supiera a dónde vamos.

23
Una casa diferente



Keyla Blake

El olor a chicle de menta inunda mi nariz, entrando suave y dejando una sensación helada a su paso. Nate conduce con las manos firmes en el volante y Avery se ha quedado dormida.

Mi cabeza es un murmullo de voces que tienen conversaciones entre ellas.

¿Qué pensarán ahora de mí?, reflexiono mientras el cinturón me aprieta el pecho.

¿Por qué he retrocedido los pocos pasos que había avanzado?

Me imagino las conversaciones entre ellos cuando Nate les explique que la pringada que ha llegado nueva a la ciudad se ha desmayado sin motivos.

«Seguro que lo hizo para llamar tu atención».

«Nate, colega, sal de ahí. Esa chica no te conviene».

«Está loca, tío. Las tías de hoy en día…».

Trago saliva al darme cuenta de lo raro que es todo esto. Estoy a miles de kilómetros de mi casa, lejos de mi zona de confort, en un coche con un jugador de baloncesto y mi única amiga aquí dormida en el asiento de atrás, de camino a un centro donde trato precisamente este tipo de problemas.

En estas semanas he podido aprender que nadie tiene que dar explicaciones cuando lo que le duele es algo físico, como la tripa, pero sí tiene que darlas cuando lo que duele está dentro del corazón o se siente en la boca del estómago.

El miedo a pensar que los demás me vean como lo que soy, un bicho raro, solo aumenta la sensación que me aprieta el pecho.

Apoyo mi mejilla en el cristal y exhalo largamente. No todo el mundo quiere ayuda, vale. A veces yo tampoco la quiero, ni sé cómo recibirla, pero hoy es diferente. Hoy quiero, *necesito* sentirme en casa.

—¿Tienes frío? —pregunta Nate, girándose para mirarme con sus ojos verdes.

—No, estoy bien —respondo y me froto las manos—. Quería darte las gracias por lo que has hecho por mí hoy.

—No ha sido nada, Keyla. De verdad. —Baja un poco el volumen de la música, como si quisiera preguntarme algo más—. ¿Suele… pasarte muy a menudo?

Aprieto la mandíbula y empiezo a notar que el calor me sube del estómago a la garganta. Nunca me he abierto con nadie más que con mis tíos, y ni aun así saben todo de mí. Tío Will era el único que entendía todo lo que pasaba cuando salía de casa cada mañana, pero nunca he sido demasiado detallista.

Desde que me adoptaron me esforcé por ser la chica perfecta, la que no da problemas. Siempre intentando sacar las mejores notas, guardar silencio y no hablar demasiado alto. Nunca he tenido la palabra «no» en la boca, no para ellos. Es por esto por lo que aprendí a fingir que todo iba bien, aunque por dentro estuviese demasiado rota.

No sé cómo decirle a Nate que sí, que me pasa más veces de las que me gustaría, que no sé cómo arreglarlo o que quizá no tenga solución.

—Bueno, me pasa alguna vez, sí —confieso con voz suave, porque no quiero mentirle—. Pero llevaba bastante tiempo sin pasarme, al menos con esta intensidad.

Nate asiente, sin apartar la vista de la carretera.

—No tienes por qué contármelo si no quieres.

Me muerdo el labio. Esa frase me hace sentir tranquila, aunque por otra parte puede ser desinterés.

—Gracias —digo, casi susurrando—. La verdad es que me he mudado aquí porq…

Suena un bostezo que llena todo el coche desde la parte de atrás, interrumpiendo el momento en el que iba a abrirme por primera vez con un desconocido. Uf. Menos mal. Creo que estaba a punto de cagarla.

—¿Me he perdido algo? —Avery se tapa la boca, pestañeando por el sueño—. ¿Cuánto falta para que lleguemos?

—Creo que estamos ya justo donde me dijiste.

La carretera empedrada del puerto marítimo se abre ante nosotros. El mar parece tranquilo y las estrellas se reflejan en el agua. Llegamos justo a la carretera por la que tenemos que subir a

Corazón Azul, pero creo que Nate nunca ha estado en un sitio como ese. Está bastante escondido de todo, aunque tenga un faro que se percibe desde lejos. Por suerte, es una zona privada, por lo que es casi imposible acceder.

—Mira, es justo por ahí —señala Avery—. Déjame poner el código de la puerta en cuanto subas un poco. Verás una especie de arco por el que hay que entrar, yo te indico cuándo.

—Mmm, vale —dice Nate, como si estuviese pensando algo—. Qué raro. Conozco este lugar de toda la vida y nunca había estado por esta zona.

—Ya…, eh, creo que pasa bastante desapercibida.

Supongo que no ha dado ninguna explicación de cómo nos conocimos ni de lo que hacemos aquí, pero si Nate va a entrar con nosotras dentro es probable que necesite saberlo. ¿Qué es lo peor que podría pasar si lo hiciera? ¿Que quiera alejarse de mí? Al fin y al cabo, soy casi una desconocida. Será mejor que sepa de mis problemas ahora y no cuando sea demasiado tarde.

Bajo la mirada y veo cómo mis pecas parecen más intensas con la luz de la luna que entra por la ventanilla. El silencio se instala unos segundos antes de ver el haz de luz de la entrada al centro.

Avery se incorpora y saca el cuerpo por la ventanilla. Pone el código y se escucha: «Bienvenido a Velvet Hollow. Si quiere ir a Corazón de Hueso, pulse 1. Si quiere ir a Corazón Azul, pulse 2. Si quiere…».

Avery se apresura y marca el 2, por lo que se abre el portón de nuestra derecha. Nate mira alrededor, sorprendido, y carraspea.

—Parece un buen sitio.

—Sí, lo es.

La puerta se abre lentamente, como si quisiera asegurarse de que de verdad pertenecemos a este lugar. El crujido metálico se mezcla con el rugido del mar, suave, que nos sigue de cerca incluso cuando el coche avanza entre los árboles.

A medida que subimos, la carretera se estrecha y la luz del faro viene y va, bañando la carrocería del coche de Nate.

—Ya casi estamos —murmura Avery, con un hilo de voz todavía pastoso por el sueño.

Nate reduce la marcha. Frente a nosotros aparece nuestra casa de paredes de madera blanca y azul, decorada con unos ventanales altos iluminados desde dentro. Parece llevar toda la vida esperando a alguien como nosotras. Detrás, la silueta del faro se recorta contra el cielo salpicado de estrellas. Es tan irreal que parece sacado de un libro, de esos que se leen con el corazón en la mano.

Trago saliva y mis manos se enredan en el borde del asiento. No sé qué me asusta más: si pensar en que esta noche no voy a poder dormir recordando el ridículo que he hecho hace un rato o que este lugar me dé una paz que no crea merecer.

Nate aparca despacio, cerca del banco que hay con vistas al mar. El motor se apaga y el silencio, otra vez, lo llena todo. Me descubro sujetándome a través de la respiración.

—Bienvenido a nuestra casa, Nate —anuncia Avery, bajándose del coche con una sonrisa.

—Vaya, tiene unas vistas espectaculares.

—¿A que sí? Es una pasada.

Cuando me estoy quitando el cinturón, veo que Nate ha dado la vuelta y me abre la puerta.

—Déjame ayudarte a bajar. Este coche es muy alto.

Lo cierto es que sí que lo es. En la zona en la que vivía no era tan común ver coches así. Este es un enorme 4×4 gris que tiene un maletero abierto como el que siempre había soñado tener.

—Mmm… Parece que se ha quedado una noche estupenda para recenar —dice Avery estirando la espalda mientras arquea una sonrisa—. Voy entrando, ¿vale?

No me da tiempo a responder. La veo alejarse hacia el porche, ligera como una pluma. Sus zapatos crujen sobre la gravilla y, en un suspiro, nos deja a los dos en mitad de este lugar, rodeados de viento y estrellas.

Me cuelgo el bolso al hombro, y al hacerlo, su mano roza la mía. Pongo un pie en el estribo de su 4×4 y siento cómo mi cuerpo bombea sangre desde la cabeza a los pies, parándose especialmente en la boca de mi estómago, cuando nos quedamos a apenas unos centímetros de distancia.

—Gracias —susurro despacio, casi con el corazón en la garganta.

Por unos segundos siento que se para el tiempo y solo veo lo que tengo delante: una ventana a unos ojos brillantes que me están mirando a mí. A mí. A la chica invisible.

24
Una estrella bajando del cielo



Nate Miller

Todavía siento su mano agarrada a la mía.

La temperatura de sus dedos se mantiene pegada a mi piel.

Extraño, ¿no? Que una cosa tan insignificante consiga dejarme descolocado.

Keyla observa el mar y deja que el viento le desordene el pelo. Lleva mi sudadera, la del número nueve, y le queda tan grande que me dan ganas de rodearla con los brazos y no soltarla. Me atrae, y mucho. Siento ese tirón en la entrepierna que me recuerda que soy un tío, pero me siento un imbécil por pensar en eso ahora. Ella acaba de salir de un pozo y yo aquí, pensando en lo guapa que está con mi ropa puesta.

Me pregunto qué historia hay detrás de esos ojos que no saben sostenerme la mirada durante demasiado tiempo. Qué cicatrices no estoy viendo, qué palabras tuvo que escuchar para llegar hasta aquí.

La forma en la que se ha derrumbado esta noche me recuerda a mí mismo hace unos años y me hace preguntarme si quizá me siento tan atraído por ella porque está tan rota como yo. Y eso me da miedo, joder. Me da miedo por ella, no por mí.

Quiero preguntarle qué la persigue, qué sueños le faltan por cumplir. Quiero preguntarle qué se le viene a la mente cada vez que le sudan las manos, pero no lo hago porque sé que detrás del dolor hay heridas que queman solo con que nos acerquemos a ellas.

El faro vuelve a girar y la luz la envuelve por un segundo. En ese instante, pienso que hay algo en ella que no encaja en este mundo. Pureza.

—Siempre me ha gustado mirar al mar y disfrutar del silencio que hay a estas horas de la noche —me confiesa—. Me siento más en paz porque todo el mundo está durmiendo.

—A mí también suele gustarme más la noche que el día, pero por los horarios a los que tengo que ir a entrenar debo obligarme a dormirme temprano.

—¿Se te hace duro? —me pregunta, girándose al fin y enseñándome ese pedazo de cara.

Me quedo un momento sin saber qué responder. Me suele costar identificar cómo me siento con ciertos aspectos de mi vida. Supongo que desde muy pequeño he tenido que mirar solo en una dirección: hacia delante, y eso me ha impedido saborear lo que se siente al estar conectado conmigo mismo.

—No es un camino fácil, pero estoy acostumbrado a trabajar bajo ese estrés.

—Bueno, si te gusta lo que haces, es un precio a pagar. Porque te gusta lo que haces, ¿verdad?

Joder. Me está preguntando las cosas que más me cuesta responder. Al menos a ella, ya que con las cámaras tengo todas las respuestas aprendidas.

«Soy el mejor y juego como tal».

«Ninguno de ese equipo es un rival para mí».

«No se conoce a muchos con mi talento».

—A veces no lo tengo del todo claro, pero supongo que sí.

—Bueno, no tenemos por qué saberlo todo todo el tiempo.

—No, es verdad. —Trago saliva antes de mirar a mi alrededor—. ¿Qué es este centro?

—Es un centro de terapia —me responde mientras se encoge ligeramente de hombros—. Hay… hay diferentes zonas según tus necesidades como paciente, y esta es la mía.

Asiento con la cabeza y me apoyo en el coche.

—Parece guay, ¿no? Es innovador —digo para romper el hielo.

—Sí, la verdad.

—¿Te está ayudando?

No quiero ser intrusivo e incomodarla. Creo que ya le da bastante vergüenza que haya conocido esta parte de su vida, así que esperaré a que me lo cuente cuando quiera.

—Por ahora llevo muy poco tiempo, así que no he podido ver muchos avances. Y después de lo de hoy… yo… no sé.

—Ey, mírame —digo mientras inclina la cabeza hacia mí—. Estás aquí, ¿no? Eso es un avance de la hostia.

Keyla se queda pensativa y veo una sonrisa diminuta asomar por su boca. Que es preciosa, por cierto. Sus labios son carnosos y tienen una forma perfecta.

—Es solo que a veces no sé si he tomado la decisión correcta ni sé lo que hago aquí.

—Seguro que, a medida que vayan pasando los días, lo descubres.

—Espero que sí porque a veces me siento un poco intranquila lejos de casa.

—Aquí no estás sola, quizá es buen momento para que lo veas. Si algún día quieres contarle algo a alguien supongo que sabes que tienes a Avery, pero que sepas que también puedes contar conmigo.

Asiente con la cabeza con una pequeña sonrisa y veo que se baja las mangas de la sudadera y sigue teniendo algo de frío. Parece que vamos a charlar un rato y se me ocurre una idea.

—¿Te relaja mirar las estrellas?

—Sí, desde pequeñita —responde mientras se gira y vuelve a mirar al mar.

Voy al coche y saco una manta del maletero, otra para taparnos, una almohada y un batido de chocolate que tenía en la mochila de entrenar. Improviso algo parecido a un refugio en el maletero abierto.

Me giro hacia Keyla, que me observa con atención.

—¿Quieres subir? Podemos hablar mientras —digo, dudando de su respuesta.

Me mira a mí, luego al coche, luego otra vez a mí. Tres veces. Y al final se acerca.

—Claro…, aunque no sé si podré quedarme mucho tiempo. Mañana tenemos…, bueno, tengo…, en fin, es difícil de explicar.

—Tranquila, no tienes que hacerlo hoy si no quieres —respondo con toda la paciencia que alguien como ella se merece—. ¿Te gusta el chocolate? Tengo un batido y no tiene gluten.

Sonríe. Y, joder, esa sonrisa le queda demasiado bien.

—Em…, sí, me gusta mucho el chocolate.

Se apoya en el coche para impulsarse. Lo intenta torpemente y casi resbala, pero al final consigue girarse sobre sí misma y sentarse arriba. Me muerdo la lengua para no reírme. No porque sea ridícula, sino porque es la cosa más jodidamente tierna que he visto nunca. Eso sin contar a Olivia, claro.

—Vaya…, veo que en verdad no necesitas mi ayuda para nada —digo mientras me alzo con los brazos y me siento a su lado con las piernas estiradas, que miden de largo tanto como ella.

—No sabía cómo negarme —responde, y no parece bromear.

Keyla se acomoda en la manta, con las piernas recogidas contra el pecho. La sudadera le queda grande, con las mangas cubriéndole las manos, y por alguna razón me la imagino caminando por mi habitación con mi camiseta puesta. La del número nueve. Mi número.

Subo después de ella y dejo el batido en medio, como si fuera una ofrenda de paz. Nos quedamos en silencio un rato, mirando cómo el cielo se abre sobre nosotros. El faro lanza destellos intermitentes que iluminan la playa a lo lejos.

—Nunca pensé que vería tantas estrellas aquí —murmura, como si hablara para sí misma.

—A veces estamos demasiado distraídos para darnos cuenta de que solo tenemos que levantar la vista —le respondo, sorprendiéndome de lo fácil que me sale.

Ella gira un poco la cabeza hacia mí. Me está estudiando, lo noto. Y yo también la miro, aunque disimulo volviendo la vista al cielo.

—¿Sabes? —dice al cabo de un rato—. A veces pienso que soy como una de esas… —Señala un punto apenas visible—. Muchas de ellas están brillando juntas, formando una figura perfecta, y de repente hay una que parece no encajar.

No sé qué coño decir. No estoy acostumbrado a que alguien me hable de esta manera, mostrándose vulnerable, y me da miedo decir algo que no debo. Siento un nudo en el estómago, parecido al que me da cuando estoy a punto de perder un partido, y me giro hacia ella, subiendo un poco más la manta hacia nosotros.

—Pues yo te estoy viendo ahora mismo… aquí, ¿ves? —Hago un giro envolvente con las manos—. Siento que, entre todas esas estrellas iguales, hay una que no me deja apartar la vista.

Ella se queda quieta, mirándome. Un segundo, dos, tres. Luego baja la vista y se abraza más fuerte a sí misma.

Cojo el final de la manta y se lo paso por encima de los hombros sin decir nada más. No hace falta, solo quiero acompañarla.

Nos quedamos así, sentados en el maletero de mi coche, compartiendo un batido de proteínas y un cielo que parece demasiado grande para los dos. Y, aunque mañana todo pueda volver a joderse, esta noche siento que no estoy solo en mi propia oscuridad.

—Lo que me ha pasado hoy forma parte de mi vida, Nate. De mi día a día —confiesa con la voz suave—. Llevo con ese monstruo a cuestas demasiados años de mi vida.

—¿Por eso has venido aquí?

—Sí… Estos últimos meses, yo…, bueno, se podría decir que he estado enferma, y ahora solo quiero arreglarlo.

—Las cosas rotas se arreglan, pero las personas no somos cosas, Keyla —digo, mirándola de frente—. Mira, sé que es una mierda, pero a veces somos víctimas de lo que nos pasa. No sé qué te ocurrió, y tampoco necesito saberlo para estar seguro de algo: no fue tu culpa.

Veo cómo se muerde el labio, intranquila, como si estuviésemos tocando un hueso.

—Yo no lo siento así. Siento que hay algo malo en mí y que por eso ahora me pasa todo esto. Estoy en un bucle en el que avanzo un paso y retrocedo dos —susurra, con los ojos vidriosos.

Me quedo callado un momento. Pienso que no quiero soltarle palabras vacías, y las escojo muy bien.

—Mira —digo al fin, señalando hacia atrás—. ¿Ves la tierra del camino? Todavía se marcan las huellas de las ruedas. Si alguien apareciera de la nada y me preguntara cómo volver, yo solo tendría que enseñarle esas marcas.

Me giro hacia ella.

—Así funciona también contigo. Aunque retrocedas, aunque sientas que no avanzas, siempre queda la marca de lo que ya caminaste. Y eso nadie te lo quita.

Ella guarda silencio un momento, como si digiriera lo que acabo de decir. Se limpia con disimulo una lágrima del rabillo del ojo y vuelve a mirar el horizonte.

—¿Y si yo no encuentro el camino? —pregunta con un hilo de voz suave.

La observo fijamente, intentando que entienda que no pienso soltarle ninguna mentira, sino lo que yo creo de verdad.

—Entonces solo te voy a decir una cosa: camina. Camina, aunque duela, aunque pienses que no sabes a dónde vas. Y un día, cuando mires hacia atrás, te darás cuenta de todo lo que has recorrido.

Ella parpadea, como si quisiera atrapar esas palabras antes de que se pierdan con el viento. Sus labios tiemblan, a medio camino entre una sonrisa y un sollozo.

—¿Quieres saber algo que a mí también me hace sentir perdido? —pregunto antes de confesarlo, para que también vea algo de mí—. A veces dudo de si el baloncesto realmente es lo mío o si es lo que otros quieren de mí.

—Suena duro, Nate. —Me mira mientras el pelo le vuela con el viento—. Pero creo que es muy valiente admitirlo. No mucha gente lo diría en voz alta.

Me río para mí mismo porque es la primera vez que lo digo.

—La gente se espera que lo tenga todo claro. Que yo sea ese tío seguro de sí mismo que sonríe para las cámaras y mete canastas en el último segundo, pero la verdad es que a veces no sé quién soy cuando se apagan las luces del estadio.

—La gente tiene que darte igual —responde con firmeza—. Al final del día con quien siempre pero siempre vas a estar es contigo. No tienes que rendirle cuentas a nadie.

Me quedo mirando sus ojos un buen rato y veo cómo la luna se refleja en ellos. Ella me observa con atención.

—Ese es mi problema, Moon —admito, bajando un poco la voz—. Que la gente siempre espera que le rinda cuentas y la culpa me sobrepasa si no cumplo sus expectativas.

—¿Moon? —me pregunta, sorprendida.

—Veo la luna dibujada en tus ojos, que son como granos de café, y pienso que es un nombre que te queda demasiado bien.

Noto que se sonroja mientras se toquetea las puntas del pelo.

—Yo…, esto…, bueno, nunca me habían llamado así.

Empiezo a reírme porque parece una persona especial. Parece estar… llena de verdad. A pesar de todo el peso que parece cargar, conserva su ternura, y eso hoy en día es un puto milagro.

Algo de lo que carecen la mayoría de tías que he conocido hasta la fecha.

—Te diré una cosa —dice cambiando de tema mientras se mira las manos—. Si algo he aprendido durante este tiempo de… reflexión conmigo misma —empieza despacio— es que, si algún día llegas a la cima, que lo harás, te darás cuenta de que el obstáculo para llegar nunca fue la montaña, sino tú. Y muchas veces esa montaña es el poder que les das a los demás. Si eso desaparece, *voilà*.

Me quedo en silencio unos segundos, sorprendido de la manera en la que habla con tanta claridad, aunque esté triste.

—¿Sabes qué es lo jodido, Moon? —murmuro al final—. Que a veces de camino a la montaña cargamos con mucho peso en la mochila.

Ella pone una sonrisa triste y clava su vista en mí durante unos segundos.

—Dímelo a mí.

La luz del faro vuelve a girar, bañándola en un destello blanco. En ese segundo siento que todo se detiene: el mar, el viento, hasta mi respiración. Me descubro deseando que el tiempo se quede atrapado justo aquí, con ella mirándome así.

Y, aunque no lo digo en voz alta, sé que esta noche, entre todas las estrellas, yo solo voy a recordar una: la que tengo delante.

25
La caja de Pandora



Keyla Blake

Me encanta el olor a canela con calabaza. Es mi refugio. En los peores momentos —llorando en mi habitación a oscuras— me bastaba con encender una vela y esperar. El aroma llegaba primero a la nariz y luego al pecho, como si todo se aflojara un poco.

Aquí no hay nada parecido.

Hoy tengo sesión individual con Ellie, y daría cualquier cosa por estar en mi cama con ese olor, encerrada y a salvo.

Han pasado tan solo unas horas desde que tuve mi primer ataque de pánico en este lugar y desde entonces estoy llena de dudas. Dudo sobre si personas como Avery o Nate van a querer saber algo de mí después de eso. Y no los culpo; soy una carga. Una persona que nadie querría tener a su lado.

Nate tiene mi número, pero no me ha escrito. Quizá se dio cuenta de que tengo demasiadas piezas defectuosas.

Aun así, llevo puesta su sudadera. Su apellido, Miller, me recorre la espalda y, aunque no me quiera encariñar, reconozco que me queda bien.

Si hablamos de cariño…, de Avery sí que me he encariñado, cosa que me da miedo por todas mis malas experiencias en la infancia, por lo que tuve que aprender a quedarme sola una y otra vez.

—Buenos días, Keyla. —Me hace un gesto para que me siente, medio sonriendo mientras rebusca unos papeles en el cajón.

Ayer, en cuanto entré en mi habitación, le escribí a la directora del centro pidiendo esta cita. Tenía una programada dentro de unos días, pero sé que sin esta sesión no voy a tener fuerzas para aguantar la semana ni las actividades que tenemos programadas para hoy. Después de lo de anoche, siento mi cuerpo frágil, como si cada músculo guardara todavía el temblor del susto.

Me conozco: en cualquier otra circunstancia me habría pasado un mes sin salir de la habitación, pero ahora estoy aquí, lejos de mi casa, porque quiero aprender a vivir en paz con el mundo. Así que tiene que valer la pena.

—Antes de empezar, quiero felicitarte. Has sido muy valiente al pedirme ayuda. Sé lo difícil que es —dice Ellie mientras enciende un incienso y pone a hervir el agua—. Eso dice mucho de tu compromiso contigo misma.

El despacho es un lugar de postal. Tiene una cristalera enorme que va del suelo al techo y por detrás las vistas al mar colorean el paisaje. Estoy hundida en una butaca mullida; hay otra igual enfrente, reservada para Ellie. Las paredes son blancas con flores azules. En la entrada hay unos cajones con el nombre de cada paciente y su kit de bienvenida. En el mío: una manta blanca de

pelo, una taza con mi nombre y una caja de madera que dice: «No abrir hasta que lo necesites. Sabrás cuándo».

El hervidor silba. Ella prepara dos infusiones de fruta como si tuviera todo el tiempo del mundo, lo que acaba poniéndome más nerviosa, algo que noto por el sudor de mis manos.

—¿Cómo estás hoy? —pregunta mientras se sienta frente a mí.

Esa pregunta siempre me parece una trampa.

¿Qué se supone que responde alguien en mi situación?

Me encojo de hombros.

—Creo que… creo que no se me da bien responder a esa pregunta —susurro con sinceridad.

Ella asiente despacio, como si le bastara con eso, y me sonríe. El incienso llena la sala. Dulce. Casi empalagoso.

—Entiendo que suele ser complicado hablar de nosotros mismos, pero yo quiero que sepas desde ya que me interesa todo de ti: cómo te sientes, cómo piensas, tus hobbies…

—Ya…, no sé. Suele costarme hablar de mí misma —confieso con vergüenza—. No es la primera vez que pido ayuda, y la última vez no salió muy bien.

—Suele costar volver a empezar con un terapeuta nuevo, sobre todo si la última experiencia no salió como esperábamos. Pero, mira, cielo, si después de unas sesiones conmigo no te sientes cómoda, hay más especialistas en el centro. Es probar suerte.

No. No. No. Y mil veces no.

Eso solo confirmaría lo que llevo tiempo sospechando: que el problema de que nada me salga bien soy yo.

Además, me gusta Ellie. Es una persona amable, que siempre está sonriendo de manera genuina y que parece tener mucha

experiencia.

Ellie carraspea antes de abrir la caja de Pandora.

—Me preocupa cómo te sientes después de lo que pasó anoche, pero creo que es mucho más importante conocer de dónde vienen esas sensaciones, su raíz —dice al fin—. Aquí vamos a trabajar para aprender a vivir llevando mejor esos síntomas, pero para ello tenemos que saber cómo empezaron a pasar.

Trago saliva porque nunca he hablado con nadie de lo que pasó realmente. De cuando empezó a dolerme respirar, cuando empezó a faltarme el aire por primera vez.

—No sé…, tengo algunas lagunas sobre muchas cosas de mi vida y es algo que me da miedo.

—Vale, no pasa nada. Es totalmente normal no recordar sucesos traumáticos y precisamente el que estén enterrados es lo que hace que estemos peor. Así que tranquila, yo te guiaré hasta ellos. —Me hace sentir más tranquila y aprovecha para levantarse y coger unos papeles de una mesa de madera redonda que tiene cerca de la ventana—. Mira, para empezar, estos son los resultados del test inicial que os hicimos a todos el primer día.

Mientras ella señala el papel con mi foto y mi nombre, algo se instala en mi garganta. Tengo miedo de que me diga que tengo algo que no se puede curar.

—No quiero que te asustes, no es nada que no se pueda trabajar —intenta tranquilizarme y pone una mano sobre mi rodilla—. Sé que puede dar respeto escuchar un diagnóstico, pero es solo una ayuda para saber qué camino seguir.

—¿Pero… tiene cura lo que tengo? —pregunto mordiéndome las uñas.

—En términos de psicología, a veces no es posible hablar de una cura como tal —me explica quitándose la chaqueta—. A mí me gusta más optar por la aceptación, la convivencia y el compromiso con esos síntomas. Muchas veces desaparece del todo, otras se aprende a vivir con algunas sensaciones, pero te garantizo desde ya que si lo trabajas vas a mejorar mucho.

Me quedo mirando al suelo con mil dudas en la cabeza. Empiezo a tener frío, algo que se me desregula con frecuencia cuando me pongo nerviosa.

—Keyla, cariño, lo que sale aquí solamente nos habla de que tienes un estrés postraumático de grado complejo. Y esto no es algo que deba asustarnos.

—Pero lo de complejo suena tan mal…

—Complejo en este caso solo significa que has tenido varios traumas grandes sucediendo a la vez. No significa nada más que varias raíces a las que ir.

Me da miedo lo que me pueda pasar si empiezo a entrar dentro de mí misma. Me da miedo encontrarme con la Keyla de cinco años encerrada en su habitación, con la Keyla de doce escondida en un baño, o con la de dieciocho con miedo a salir a la calle.

—Mira, el TEPT es lo que origina tu ansiedad, lo que la acciona. En tu pasado seguramente has tenido vivencias muy duras que se han ido quedando fragmentadas en tu memoria, en lugares en los que no deben estar. Es por eso por lo que a través de las sesiones las iremos recolocando, pero es importante que sepas que no va a ser fácil.

Me quedo callada unos segundos. Nunca he sido especialista en ser valiente, pero tengo muy claro que no quiero vivir así el resto de

mi vida o acabaré en una caja.

Ellie se levanta y coge mi kit de iniciación. Saca la mantita y me la pone por encima, haciendo que me sienta reconfortada a pesar de lo asustada que estoy.

—Cuando hay este tipo de estrés en el cerebro, no hay mucha diferencia entre tú y un soldado de guerra. El cerebro no diferencia si has tenido que presenciar un asesinato, un abuso, una negligencia…, no entiende de los niveles de gravedad, solo lo interpreta como un peligro, sin distinciones.

—He vivido tantas cosas que…, no sé, siento que las he dejado enterradas en un lugar seguro, ¿sabes? Como si les hubiese echado tierra por encima para no removerlas ni revivirlas.

Mi terapeuta esboza una sonrisa y coge otra manta para ella.

—Es justo eso. En terapia tenemos que llegar a esas memorias y desenterrarlas, para así poder procesarlas y que dejen de dar tanto miedo. Es duro, cariño, pero te estaré acompañando todo el proceso. —Ellie suspira y mira a su alrededor—. Mira este lugar. Obsérvalo bien.

Me paro un momento en mí y empiezo a oler el incienso. Después empiezo a ser consciente de la brisa que entra por la ventana, suave, que me acaricia la cara. Si alzo un poco la cabeza puedo ver a algunos de mi grupo dando de comer, a lo lejos, a los caballos. Y de repente algo se abre dentro de mí, sintiendo una chispa de ilusión por empezar, por gastar este cartucho conmigo misma.

—Este lugar es increíble. Está pensado con todo detalle para vosotros. Es un buen lugar para sanar, Keyla. Aquí tenemos naturaleza, animales, tranquilidad. Puedes ir y venir a tu antojo

mientras te mantengas lo más alejada posible de tu contexto anterior, para poder profundizar mejor en la terapia.

—Estoy preocupada por mi tía, solía estar con ella todos los días.

—Hablamos con ella todos los domingos por teléfono antes de pasártela, y si tiene alguna duda de emergencia siempre nos puede llamar. Todo está bien.

—Si empiezo a contarte todo…, no sé cómo me voy a encontrar. Hay cosas que no saben ni mis tíos y otras de las que yo ni me acuerdo. No sé si estoy preparada, ¿sabes?

—No existe el momento perfecto para empezar, pero con las sesiones individuales y la exposición a esos recuerdos vamos a ir trabajándolo todo.

Suspiro con el corazón golpeteando dentro de mi caja torácica. Miro a Ellie, miro al suelo, miro al mar. Mis manos se enredan entre la manta y mis pies inquietos quieren salir corriendo. Pero yo quiero vivir, aunque sea difícil, si esa es la meta, quiero intentarlo.

—Vale. Quiero hacerlo.

Ellie enseña toda la hilera de dientes y se pone cómoda.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte —me confiesa—. ¿Por dónde crees que deberíamos empezar?

—Por el principio, ¿no?

Ellie niega suavemente con la cabeza y cierra la carpeta sobre sus rodillas.

—No. Hoy no vamos a abrir el pasado todavía. Antes de correr, necesitamos aprender a caminar sin ayuda.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a la autonomía, Keyla. He notado que te apoyas mucho en Avery. Eso es maravilloso, tener una amiga es vital, pero

para sanar necesitas saber que tú, por ti misma, eres capaz de estar en el mundo sin que se te caiga el cielo.

Me tenso bajo la manta.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero proponerte un reto para esta semana. Una actividad de exposición.

—¿Qué tipo de actividad? —pregunto.

—Quiero que hagas algo tú sola. Fuera del centro. Sin Avery. Sin nadie conocido.

El pánico asoma la cabeza.

—No puedo. Me perderé, o me dará otro ataque y…

—Y si te da, lo gestionarás. Tienes herramientas. —Me mira con firmeza—. Keyla, ¿qué te gusta hacer? ¿Qué te hacía feliz antes de que el miedo ocupara tanto espacio?

Pienso en mi habitación y en todos los momentos que me pasé rodeada de mis libros.

—Leer —respondo sin dudar—. Los libros son… mi lugar seguro.

A Ellie se le iluminan los ojos.

—Perfecto. Entonces tengo el plan ideal. ¿Conoces la biblioteca de la universidad?

Niego con la cabeza.

—Es la biblioteca pública más impresionante del estado. Es un edificio antiguo, enorme, lleno de silencio y rincones donde nadie te molesta. Es el mejor lugar del mundo para perderse un rato.

—¿Tengo que ir a la universidad? —pregunto, asustada. Eso implica gente joven. Estudiantes. Vida social.

—Solo a la biblioteca. Entras, buscas un libro, te sientas una hora y lees. Ese es el trato. Tú, un libro y el silencio. Si te agobias, te doy

permiso para irte en cuanto baje un poco la emoción, pero nunca antes.

Me muerdo el labio. La idea de estar rodeada de libros me atrae tanto como me aterra la idea de ir sola a un sitio desconocido. Pero pienso en la Keyla valiente que quiero ser, en la persona de la que quiero estar orgullosa. Pienso en la meta, aunque me asuste el camino.

—Vale —susurro, sintiendo que el corazón me late un poco más rápido—. Iré a la biblioteca.

—Esa es mi chica —dice Ellie, cerrando el trato con una sonrisa—. Te aseguro que te va a encantar. Puede que incluso encuentres algo allí que no esperabas.

LA CHICA INVISIBLE

Seis años

La tía Maggie se sentó frente a mí en el sofá y me miró como cuando alguien va a decir algo importante, de esas cosas que hacen que el corazón se pare por unos segundos.

—¿Sabes, pequeña? Hoy queremos contarte algo muy especial. Algo que forma parte de tu historia y que tiene que ver con lo mucho que te queremos y vamos a quererte toda la vida —dijo con voz suave.

Yo abrí mucho los ojos.

—¿Es una sorpresa? Me encantan las sorpresas.

El tío Will sonrió tan fuerte que se le arrugaron las mejillas. Me acarició el pelo despacito, como si fuera algo valioso.

—Sí, una de las más bonitas —dijo—. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a por helado y había un niño con dos papás? Pues las familias no siempre son iguales. Algunas tienen mamá y papá, otras solo mamá, otras abuelos… o tíos.

—Sí, como el hijo de Polly. Él solo tiene mamá —contesté, orgullosa porque me acordaba.

—Exacto, como él —dijo la tía Maggie, sonriendo—. Pues tú, mi amor, también tienes una historia especial. Por eso fuimos a buscarte el otro día a casa de Rose.

Sentí un cosquilleo en la tripa. ¿Qué estará haciendo mamá Rose? Maggie me tomó las manos, suaves y calentitas.

—Digamos que tú fuiste un regalo para ella. Pero ahora mismo… ella no puede cuidarte como necesitas. Y no es culpa tuya, ni de nadie. ¿Vale, mi niña?

No dije nada. No estaba segura de si eso era bueno o malo. El tío Will se agachó hasta ponerse a mi altura.

—Nosotros te amamos tanto… que queremos ser tus papás de corazón —dijo, poniéndose una mano en el pecho—. Rose es tu mamá de barriguita, pero nosotros seremos tus papis, y estaremos aquí.

Le fruncí el ceño.

—¿Papis de corazón? Suena raro.

Maggie se echó a reír, aunque tenía los ojos brillantes.

—Sí, cielo. Hay niños que nacen del cuerpo de una mamá, y otros que nacen del corazón de quien los elige. Tú naciste en nuestro corazón desde el primer día que te vimos. Y, aunque no creciste en mi tripita, a partir de ahora crecerás con nosotros. Con nuestro amor.

El pecho me hizo «bum» y abracé muy fuerte a Estrellita, mi peluche. Pensé en mamá Rose. No era mala, solo estaba triste. Y papá…, papá hacía daño. A ella y a mí. Yo me escondía en el armario e intentaba no respirar fuerte, pero mamá lloraba mucho y ella sí que hacía mucho ruido.

—Cariño —dijo el tío Will con voz suave—, ¿sabes qué es la adopción?

Negué con la cabeza.

—¿Es un juego?

—No, pequeña—respondió, acariciando mi mejilla—. No es un juego porque dura toda la vida. La adopción es cuando dos personas eligen a un niño para que sea parte de su familia. Para toda la eternidad. Eso hemos hecho contigo: elegirte.

Me quedé muy quieta.

—¿Y… no me vais a devolver?

La tía Maggie dejó escapar un sollozo y me abrazó fuerte.

—Nunca, mi amor. Serás nuestra hija para siempre. Nada cambiará eso.

—Nosotros seremos tu hogar. Y tú serás el nuestro —dijo el tío Will, dándome un beso en la frente. Miré sus caras. No se parecían a las de los adultos que conocía. No estaban cansadas. No estaban enfadadas. No dolían.

—¿Y… qué le pasará a mamá Rose? —pregunté en voz bajita.

Maggie me acarició los dedos.

—Tu mamá te quiere muchísimo, bonita, pero ahora tiene que irse a un viaje muy largo para poder cuidarse a sí misma. Y para que tú tengas un lugar donde crecer sana, feliz y protegida.

Algo dentro de mí se movió porque no entendía lo que me estaba diciendo, y tampoco sabía si sentía tristeza o alivio.

Las lágrimas me salieron solas, como si hubieran estado esperando permiso. Mis tíos me abrazaron los dos al mismo tiempo. El calor de sus brazos entró en mí despacio, como un vaso de leche

con chocolate muy calentito, y se quedó en el sitio donde antes había un hueco frío.

No sabía lo que era recibir cariño de verdad, de ese que no duele, del que no se acaba cuando haces algo mal.

Me di cuenta de que la casa de los tíos me gustaba mucho. Era grande y tenían un perrito bebé que siempre dormía encima de mis pies. Se llamaba Arlo. El tío Will decía que eso era porque Arlo sentía que yo era su sitio seguro. Así que se me ocurrió que, cuando pasara un tiempo, yo también me dormiría siempre hecha un ovillo en la alfombra de su cuarto para que supieran que ellos eran mi sitio favorito en el mundo.

Me sentía un poco rara porque estar con ellos me hacía sentir… bien. Mejor que bien. Creo que nunca me había sentido así.

Mi nueva habitación parecía sacada de una película: muebles beis, pared mitad blanca mitad rosa bebé, una camita con luces por encima y sábanas suaves llenas de cojines. Había una alfombra blanca que parecía una nube. ¡Y hasta un columpio dentro de la habitación! En la pared, unas letras enormes con mi nombre: Keyla.

Me quedé mirándolas mucho rato. Mi nombre… colgado como algo bonito. Como si formase parte de este lugar.

Así que, decidida, tomé una decisión: me portaría muy muy bien y nunca les daría un motivo para que se arrepintieran de quererme. Si algún día tenía un problema…, me lo guardaría para mí.

No quería molestar. No quería que nadie se cansase de mí.

Sí.

Ese sería mi plan.

26
Un rayo, pero de sol



Nate Miller

—Tío, esto parece el puto apocalipsis —dice Wyatt, masticando una patata frita con la boca abierta—. Si cae un rayo y me parte por la mitad, decidle a mi madre que la quiero y que borre el historial de mi ordenador.

—Si cae un rayo, espero que te dé en la lengua, a ver si te callas un rato —responde Aiden, dándole un golpe en la nuca.

El cielo de Silver Springs parece estar a punto de desplomarse sobre nosotros. A través de los ventanales de la cafetería de la universidad, veo cómo las nubes negras se arremolinan entre ellas, cargadas de electricidad.

Estoy sentado con ellos mientras remuevo mi café con desgana porque mi cabeza sigue anclada en lo que pasó anoche. Me sorprendió lo fácil que fue hablar con Keyla. Normalmente las conversaciones con gente de fuera de mi círculo me resultan un

trámite agotador: preguntas acerca de cómo va la temporada, respuestas para impresionarme… En fin, algo bastante aburrido. Con ella todo fue fluido, cómodo. Y eso me jode porque la comodidad es una trampa que no puedo permitirme. Me prometí a mí mismo que este año me centraría en darlo todo para entrar en el Draft y sobrevivir a la presión de mi madre.

No tengo tiempo para conocer a nadie.

No quiero conocer a nadie.

Keyla. Su nombre viaja en mi cabeza de un extremo a otro, dando vueltas por todas las cavidades en busca de algún lugar donde le permita quedarse. Pensar en ella solo son complicaciones, pero al mismo tiempo parece ser la única persona con la que podría hablar de todo sin miedo a ser juzgado.

—¡Tierra llamando a Miller! —Wyatt me chasquea los dedos delante de la cara—. Te estamos hablando de algo serio, capitán.

Parpadeo, volviendo a la realidad.

—¿Qué?

—Te decía que el decano te ha mandado otro aviso de «asistencia deficiente» —dice Wyatt, señalando la notificación que ilumina la pantalla de mi teléfono—. Dice que si sigues faltando a clase podrías tener problemas.

—Nate, tienes que tener cuidado con eso. —Aiden coge mi móvil y lee el mensaje a fondo—. Ya sabes que las reglas son estrictas. Tienes que acabar el curso con un mínimo de asistencia. Imagina lo que podrías perder…

En la liga en la que estoy, a pesar de que pagan mucho dinero a los jugadores, jugamos porque somos estudiantes. Así es la ley, aunque la realidad es que trabajamos como profesionales. Los

profesores suelen ser bastante flexibles y optan por ofrecer clases online que, si eres muy bueno, dejarán grabadas para facilitarte las cosas.

Este es mi último año en esta competición antes de dar el gran salto, pero, si me hubiesen dicho que tendría que matricularme en Veterinaria para aprobarla con nota, me lo habría pensado más. La carrera me gusta, tengo que reconocerlo, pero no es algo de lo que quiera vivir. Como soy la apuesta del equipo, los profesores me dejan sobrevivir a base de trabajos, pero a cambio me exigen que los haga perfectos, aunque esa parte no suele costarme mucho en cuanto tengo un poco de tiempo.

—¿Tú crees que la NCAA se va a cargar a su mejor escolta por no saber diferenciar una mitocondria de una bacteria? —Wyatt mueve las manos, ofendido.

—Es obligatorio que estudiemos, imbécil —le recuerdo, bebiendo un sorbo de café—. Si bajas el promedio de asistencias te juegas el curso. Son las normas.

—Normas estúpidas —refunfuña—. Tú has venido a meter canastas, no entiendo por qué os obligan a estudiar.

—Tenemos suerte de estar en las ligas profesionales ya, Wyatt, pero él todavía no, así que más te vale ponerte las pilas, cachorro —interviene Aiden, que siempre es la voz de la razón cuando no está pensando en Sienna.

Miro el reloj. Me queda una hora libre antes del entrenamiento de pesas.

—Hablando de estudiar…, me voy a la biblioteca.

Wyatt suelta otra de sus risitas acompañadas de una mueca de sorpresa. A este paso le van a salir arrugas.

—¿Tú? ¿A la biblioteca? ¿Voluntariamente? ¿Estás enfermo?

—Tengo que hacer un trabajo de Parasitología, colega. El profesor me ha emparejado con una tal Candace, pero paso de quedar con ella. Prefiero hacerlo solo y quitármelo de encima hoy.

—Ah, Candace… —Wyatt pone cara de circunstancias—. Buena suerte, hermano. Yo creo que me acercaré a buscar a mi padre.

—¿Otra rueda pinchada?

—Ese autobús va a acabar con él —dice Wyatt bajando la voz.

—Pensé que estaba de baja.

—Lo estaba, pero es… complicado.

—Anda, llámame si necesitas algo. —Me levanto y me cuelgo la mochila al hombro—. A cualquier hora.

Wyatt asiente con la cabeza. Detrás de esa pose de chico duro, gracioso e inquebrantable, hay algo más que no me está queriendo contar. Lo conozco demasiado bien, pero también sé que no me lo hará saber hasta que de verdad lo necesite o ya no pueda más.

—Voy contigo. —Aiden se incorpora y recoge los restos de comida de la mesa—. Tengo que organizarme el invierno y quiero dedicarle un rato. Este mes me han salido muchas campañas.

Aiden es uno de los jugadores de futbol americano que más locas vuelven a las tías. Aparte de ser una estrella, hace anuncios y posa para diferentes marcas. Se podría decir que no le va nada mal.



La biblioteca central de Silver Springs es la misma que la de mi facultad. No es de extrañar, porque estudio y juego en una de las universidades más prestigiosas de EE. UU. Cada año aquí vale la

friolera de 80.000 dólares, por lo que una gran parte de esos beneficios son destinados al cuidado de las infraestructuras.

No me sorprende que haya ganado varios premios y que sea de las primeras cosas que sale cuando buscas la ciudad en el buscador de internet. Está rodeada de ventanales desde los que puedes ver el bosque repleto de ardillas, aunque ahora solo se ven nubes. Las mesas son todas marrones, al igual que el suelo que cruje ahora bajo la suela de nuestras zapatillas. Del techo cuelgan unas lámparas con cientos de cristales colgantes que temo que algún día se le caigan a alguien en la cabeza.

Según nos vamos acercando, el silencio es cada vez más cómodo, pero se rompe a medida que avanzamos entre las mesas a causa de los teclados.

Aiden y yo encontramos una mesa libre en la primera planta cerca de la sección de literatura, pero sentarnos ha sido milagro. Está todo bastante abarrotado, tanto en este piso como en los dos restantes, así que saco mis apuntes y los coloco a lo largo de la mesa antes de ocupar algún sitio cerca de nosotros.

Fuera, el cielo da bastante miedo y un trueno lejano hace vibrar los cristales.

—No se lo digas a Wyatt, pero odio la tormenta.

—¿Te da miedo?

—La odio con todas mis fuerzas. Esta ciudad me gusta precisamente porque casi nunca hay tormenta, pero justo hoy...

—¿Qué pasa hoy? —Frunzo el ceño.

—No hay nadie en mi casa, tío. Dentro del campo soy una bestia, pero como vea caer algo del cielo ya te digo yo que salgo corriendo.

Me aguanto la risa porque Aiden siempre me ha resultado entrañable. Bajo esa fachada de guaperas, es la persona más buena del planeta. No tiene maldad, es lo más leal que conozco y no tiene miedo de que su gente lo vea tal cual es. Cualidades envidiables y que admiro de él.

—Tranquilo, Aidy —le digo mientras saco mi portátil—. No tienes que coger el coche hasta que pase la tormenta, no tienes prisa, ¿no?

—No —responde decepcionado—. Hoy iba a estar tranquilo en casa.

—¿Acaso tenías un plan B? —pregunto, socarrón.

—Es que ayer en el Grey's… hubo un momento. Te juro que hubo un momento en el que Sienna me miró de una forma diferente.

—Aiden, sé que la quieres, pero Sienna te lo pone demasiado difícil, tío —le digo cruel pero sincero—. Si te gusta, deberías hablar con ella y dejar de analizar sus gestos.

—No es tan fácil. El amor es… complicado.

—Son solo reacciones químicas y conveniencia, no te compliques la vida. Si no es ella, será otra.

—¡Sssh! —nos chista una chica desde la mesa contigua, fulminándonos con la mirada.

Aiden levanta las manos en señal de disculpa y se calla, pero no sin hacerme un gesto de que no tengo corazón.

Quizá tengas razón, amigo. Y prefiero no tenerlo.

Me recuesto en la silla, girando el bolígrafo entre los dedos, y echo un vistazo distraído a la entrada de la sala.

Es en ese momento que noto unos mechones cobrizos volar de una estantería a otra. Desliza la mano entre los lomos de los libros, como si estuviese disculpándose con cada uno de ellos por no ser

elegidos, y coge con ilusión uno que apenas veo de qué color puede ser desde mi mesa.

Pero, joder, a ella sí que la veo.

Lleva el pelo suelto con un lazo blanco por atrás, desde donde se le marca la cintura dentro de su chaleco de color beis acompañado de una camisa interior. La falda de vuelo deja ver unas piernas que están muy en forma, aunque no mencionó que practicara ningún deporte.

De repente, alguien pasa a su lado y la empuja hacia delante, espero que sin querer, y hace que me hierva la sangre y se me mueva el culo de la silla unos centímetros. Ella se tropieza con la alfombrilla, trastabilla un poco y se pone roja al instante, mirando a los lados para ver si alguien la ha visto.

Me saca una sonrisa que no puedo evitar y la observo mientras se pierde en el laberinto de estanterías. Parece gustarle este lugar por cómo sus ojos se redondean al dedicarle tiempo a cada libro que decide ojear.

La observo mientras se adentra en la sala. No me ha visto. Estamos en una esquina en penumbra y ella está demasiado ocupada intentando no llamar la atención. La veo detenerse frente a otra estantería. Pasa los dedos por los lomos de los libros con una delicadeza peculiar. No los toca como si fueran objetos; los toca como si fueran tesoros. Saca uno, lo abre y aspira el olor de las páginas cerrando los ojos un segundo.

Joder. Ese gesto.

Siento un golpe seco en el pecho avisándome de que algo va mal.

Es preciosa. No de esa forma obvia que se puede ver solo con mirarla, sino de una forma menos superficial, como si fuese igual de

bonita por dentro.

No lo hagas, Nate.

No te acerques.

Déjala estar.

Mi cerebro me da los últimos avisos antes de que pueda volver a cagarla, pero no puedo dejar de mirarla. Se sienta a una mesa solitaria, saca sus cosas y se hace un ovillo en la silla, empezando a leer. Parece tan… en paz.

Intento enfocar mi mirada hacia abajo y centrarme en lo mío, pero en un descuido capto cómo un chico se acerca a su mesa. Es un tipo alto, con una sudadera de la facultad de Derecho. Lo veo inclinarse hacia ella y automáticamente me tenso en la silla.

El lenguaje corporal de Keyla cambia al instante: cruza los brazos y se pega más al libro, negando con la cabeza. El tío no se va. Se apoya en la mesa, invadiendo su espacio, sonriendo con esa arrogancia de quien no acepta un no. Mis manos se cierran en puños sobre la mesa.

—¿Esa no es la amiga de Avery? —susurra Aiden, siguiendo mi mirada.

—Sí.

—Parece que el abogado pesado la está molestando.

—Ya lo veo —gruño entre dientes.

—Pues a qué esperas, Superman. —Aiden me da una patada por debajo de la mesa—. Ve ahí.

—No es asunto mío.

—Nate, la chica está acorralada. Mírala. Pobrecita.

La miro. Keyla está mirando alrededor, buscando una salida, con esa expresión de pánico que vi ayer en el Grey’s empezando a

asomar en sus ojos.

A la mierda los patógenos.

A la mierda mi promesa de «no complicaciones, Nate».

Me levanto de la silla con un ruido seco que hace que Aiden sonría.

—Voy a… saludar.

—Claro, a saludar —se burla él—. Vete, anda.

Camino hacia su mesa con paso firme. El chico sigue ahí, inclinado sobre ella, diciéndole algo que la hace mirar su libro sin levantar la vista. Llego hasta ellos y pongo una mano sobre la mesa, justo al lado del libro de Keyla, haciendo que el tipo dé un salto.

—¿Algún problema por aquí? —pregunto, con mi voz más fría y territorial.

Keyla levanta la vista, y es entonces cuando sus ojos se encuentran —por fin— con los míos. Siento un alivio instantáneo, y sé, en ese momento exacto, que estoy perdido.

27
Cuestión de enfoque



Keyla Blake

El tiempo parece detenerse en el momento en que una mano grande y firme aterriza sobre la madera de la mesa. Levanto la vista, con el corazón todavía galopando por la incomodidad de tener un desconocido invadiendo mi espacio, y me encuentro con unos ojos verdes que empiezan a resultarme cada vez más familiares.

Nate está de pie junto a mí, con la mandíbula tensa y una expresión que oscila entre la frialdad absoluta hacia el intruso y algo mucho más cálido cuando me mira a mí.

—¿Algún problema por aquí?

El chico da un paso atrás, evaluando la situación. Nate es más alto, más ancho de hombros y, sinceramente, ahora mismo parece dispuesto a arrancarle la cabeza.

—No, nada —masculla el chico, recogiendo su dignidad del suelo —. Solo estábamos charlando.

—Pues la charla se ha acabado —sentencia Nate, sin dejar de mirarlo fijamente hasta que el chico se da la vuelta y se aleja murmurando algo que no llego a entender.

Suelto todo el aire que no sabía que estaba conteniendo hasta ahora antes de darme cuenta de que mis manos tiemblan un poco sobre el libro, así que las escondo bajo la mesa. Nate suspira, relajando la postura, y arrastra la silla que ha dejado libre el chico para sentarse a mi lado.

No enfrente.

A *mi* lado.

Su cercanía es inmediata, al igual que ese olor afrutado que siempre arrastra consigo, hoy con notas de café.

—¿Estás bien? —pregunta, bajando la voz para no romper el silencio sagrado de la biblioteca.

Me quedo mirándolo, parpadeando, intentando procesar que está aquí. Aquí. Justo cuando pensaba que estaba sola contra el mundo.

—Yo… sí. —Me aclaro la garganta—. Estoy bien. Solo era un pesado.

—Era un imbécil —corrige él, apoyando el codo en la mesa y girándose hacia mí—. ¿Qué haces aquí, Keyla? ¿Te has perdido por Silver Springs?

—Solo buscaba un lugar tranquilo para leer. Al menos hasta que has aparecido tú —intento sonar indignada, pero me sale una sonrisa nerviosa—. ¿Tú qué haces aquí? No te pega nada este sitio.

Él se ríe por lo bajo, un sonido ronco que me provoca un escalofrío.

—Tengo un trabajo de Veterinaria y no quería hacerlo con la compañera que me ha tocado, así que vine para hacerlo solo.

Necesitaba huir un rato.

—¿Estudias Veterinaria?

—Eso es. No es una de mis pasiones, pero adoro a los animales.

—Yo también —respondo mientras se instala un silencio incómodo entre los dos. Carraspeo antes de preguntar de nuevo—. ¿Y has huido a la biblioteca?

—Digamos que Aiden me ha presionado. —Señala vagamente hacia una mesa lejana donde su amigo nos saluda con la mano disimuladamente—. Pero te he visto por aquí y…, bueno, parecía que necesitabas un rescate.

Iba a responderle, iba a decirle que podía habérmelas arreglado sola (mentira), cuando el cielo decide intervenir.

¡BOOOM!

Un trueno ensordecedor sacude los cimientos del edificio. Las ventanas vibran con tal fuerza que parece que van a estallar. Alguien grita en el fondo de la sala, un chillido agudo de puro susto. Doy un respingo en la silla y, por instinto, me agarro a lo primero que tengo cerca: el brazo de Nate. Sus músculos se tensan bajo la tela de su camiseta, pero no se aparta. Al contrario, pone su otra mano sobre la mía.

—Joder —susurra él, mirando hacia la cúpula de cristal—. Eso ha caído cerca.

De repente, un pitido agudo resuena por los altavoces, seguido de la voz metálica y calmada de la bibliotecaria jefa: «Atención a todos los estudiantes. El servicio meteorológico ha emitido una alerta roja por tormenta eléctrica severa en el condado de Silver Springs. Por protocolos de seguridad, las puertas del edificio permanecerán

cerradas hasta nuevo aviso. Se ruega que nadie intente salir al exterior. Repito: que nadie entre ni salga…».

El mensaje se entrecorta antes de que pueda terminar la frase. Se hace un silencio sepulcral en la sala, seguido de un murmullo colectivo de pánico y confusión. Miro a Nate. Él me mira a mí.

—Así que tú tampoco has mirado el tiempo antes de venir.

—Pensé que tú, como chica responsable, lo habrías hecho —me devuelve, arqueando una ceja.

—Pues parece que ninguno de los dos va a ganar el premio al meteorólogo del año.

—Estamos atrapados —dice, y hay un brillo en sus ojos que no sé si es preocupación o diversión—. ¿Te dan miedo las tormentas, Moon?

Ese apodo. Otra vez.

—No me dan miedo —miento, aunque mi pulso diga lo contrario —. Solo… no me gustan los ruidos fuertes. ¿Y a ti?

—Digamos que prefiero tener los pies en la tierra y el techo bien asegurado.

Antes de que podamos seguir con esta conversación, las luces de la biblioteca parpadean unas cuantas veces antes de apagarse. La oscuridad nos engulle hasta que solo queda la luz grisácea y fantasmagórica que entra por los ventanales, teñida del color plomizo de la tormenta. Se oyen exclamaciones y el encendido de algunas linternas de móviles.

—Genial —murmura Nate en la penumbra.

Siento su calor a mi lado, más intenso ahora que no puedo verle la cara con claridad. A lo lejos, veo a las bibliotecarias encendiendo velas grandes sobre el mostrador central, creando un ambiente

extraño, como si estuviese dentro de uno de mis libros de *dark academia*.

Nate se inclina hacia mí. Su aliento me roza la oreja y me eriza la piel.

—Coge tus cosas —susurra.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Conozco un sitio mejor que este.

—Nate, han dicho que no nos movamos.

—Han dicho que no salgamos del edificio. No han dicho nada de moverse *por* el edificio—. Noto que está sonriendo—. Antes de que se vaya la luz natural del todo. Confía en mí.

Debería quedarme aquí, quieta, segura, pero me hace dudar por culpa de su mano buscando la mía en la oscuridad. Y yo, como buena libra, soy un desastre tomando decisiones, así que agarro mi mochila y lo sigo.

Nos movemos entre las estanterías como dos sombras, esquivando a la gente que se agrupa cerca de las velas. Nate parece conocer bien el camino. Me guía hacia unas escaleras de caracol de madera que hay al fondo, cerradas con una cuerda de terciopelo que él salta sin miramientos. Subimos hasta la tercera planta. Aquí el silencio es absoluto. El edificio tiene esa arquitectura renacentista académica que te hace sentir como si estuvieras en Oxford o en una película de misterio: bustos de mármol en lo alto de las columnas y un olor a madera que solo existe cuando estás rodeada de libros.

—¿A dónde vamos? —susurro, sintiéndome como una delincuente.

—A mi lugar favorito de la universidad —responde él, abriendo una puerta pesada de un material parecido al roble al final del pasillo.

Entramos en una especie de planetario, o un aula de astronomía que parece haberse congelado en el tiempo. El techo es una cúpula pintada con constelaciones doradas que apenas se ven en la penumbra. Hay mapas celestes en las paredes y globos terráqueos antiguos, pero lo impresionante son los ventanales. Una pared entera es de cristal y da directamente al oeste. Estamos justo a tiempo para ver cómo el atardecer lucha contra la tormenta. La lluvia golpea el cristal con violencia, transmitiéndome mucha tranquilidad. Aquí dentro todo es paz.

Nate se sienta en el alféizar de la ventana, que es lo suficientemente ancho para dos, y me hace un gesto para que me una a él. Me siento a su lado, abrazando mis rodillas, contemplando el espectáculo apocalíptico de fuera.

—Vaya…, es increíble —susurro.

—Lo es. Vengo aquí cuando necesito pensar después de entrenar. O cuando necesito dejar de hacerlo.

—¿Es legal estar aquí? —pregunto.

Estoy a punto de reformular mi frase cuando Nate se echa a reír. Me vuelvo hacia el frente, con las mejillas quemándome la piel, cuando gira su cabeza hacia mí. Ay, mi madre. Este chico me pone realmente nerviosa, y lo peor es que se me nota.

—Me resulta muy tierno que siempre parezcas querer hacer lo correcto.

—¿Qué quieres decir? —me hago la loca, porque sé perfectamente que me ha calado.

—Me da la sensación de que quieres ir de puntillas por el mundo, que nadie se dé cuenta de que estás ahí, ¿sabes? Como si no quisieras molestar.

—No creo que sea malo querer hacer las cosas bien y no acabar en la cárcel.

—¿Crees que nos pondrían en una misma celda a los dos? De lo contrario, sería muy aburrido.

—Mmm.

—¿Mmm…?

—¡Ay! Soy demasiado joven para pasar lo que me queda de vida encerrada.

Al decir esa frase me doy cuenta de que realmente me paso la vida encerrada pero de distinto modo, y una sensación parecida al vacío me sube por el tronco. Es raro, porque me resulta similar a la tristeza, pero hacia mí misma. Me apena darme cuenta de todas las experiencias que me he perdido por miedo o por no querer hacerlo sola, como lo que he hecho hoy al venir a la biblioteca.

—Eso que has dicho me ha hecho pensar —dice Nate, frotándose las manos por el frío.

—A mí también.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Tú primero.

Noto su mirada por el rabillo del ojo, pendiente de mí, antes de alzar su vista hacia las nubes.

—A veces siento que estoy atrapado en mi propia vida, ¿sabes?

—Tu vida parece bastante guay, Nate, ¿por qué te sientes así?

—Sé que es una vida que muchos desearían —vuelve a sonreír, pero esta vez con pena—, pero a veces me gustaría ser una persona normal. Levantarme por la mañana, venir a la universidad y no tener más preocupaciones que aprobar el curso para pasarme el verano tranquilo y disfrutando del clima.

—Te entiendo, pero a ti te gusta el baloncesto, ¿no?

—Sí, sí me gusta, pero la presión que tengo sobre mí en muchas ocasiones me ha hecho desconectar de esa sensación.

—Entonces, si realmente te gusta, quizá solo habría que cambiar el foco.

Me giro hacia él, y el color jade de sus ojos hace que pueda percibir bondad bajo esa mirada de tipo duro que parece tener con los demás.

—Conque el foco, ¿eh?

—Sí. Como en una cámara de fotos —explico, haciendo un gesto imaginario con las manos, como si ajustase el objetivo—. Cuando haces un buen retrato, tienes que difuminar el fondo. Si intentas que todo salga nítido, es decir, controlar lo que está fuera del centro, como lo que opine la prensa de ti, la foto sale mal. Pero si abres el diafragma y te centras solo en lo que amas, en ese balón y en el aro…, el resto simplemente será una mancha borrosa que es parte de la foto, pero que no representa nada más. Ya no es lo importante.

Nate no responde, pero recorre todas las partes de mi cara con su mirada. No me doy prisa en apartar la vista, esta vez no, porque ahora mismo solo estoy preocupada de que comprenda lo que le estoy diciendo.

Suspira y por fin entreabre los labios para responderme. Son bastante carnosos para ser un chico. Los cierra y se rasca la cabeza con los dedos, y veo cómo aparece una sonrisa ladeada en su rostro, marcada por dos hoyuelos a cada lado.

Intento no fijarme en esa parte de su cara demasiado rato, pero creo que es tarde para eso.

—¿Te gusta lo que ves en el encuadre? —pregunta para cambiarme de tema, sacándome de mi trance.

Doy un respingo, sintiendo cómo el calor sube desde mi cuello hasta la raíz del pelo. Suelta una carcajada suave y se inclina un poco hacia mí, reduciendo la distancia que nos separa en el alféizar.

—El foco, Keyla. —Su voz es cada vez más ronca—. Me ha parecido que se te había desviado un poco hacia aquí abajo —dice, rozándose la comisura del labio con el pulgar.

—Estaba analizando tu expresión. —Miento fatal, lo sé.

—Ya, claro. —Niega con la cabeza, pero la diversión en sus ojos se transforma en algo más intenso—. Apenas he hablado con nadie de esto. De poder elegir qué es lo importante. —Se gira del todo hacia mí—. Todo el mundo me dice que tengo que aprovechar el momento, que tengo que rendir, que tengo que ser el mejor, meter mínimo veinte puntos por partido…, pero tú eres la primera persona que me dice que está bien si solo quiero jugar.

Un remanso de silencio se instala entre los dos, pero no es incómodo, sino uno de esos espacios donde la verdad puede reposar, sin miedo a ser juzgada. Uno que todavía no conozco bien, pero que empieza a parecerme cada vez más adictivo.

—Supongo que a veces es más fácil solucionar los problemas de los demás que los míos. Y me encanta ayudarte, Nate —admito en voz baja.

—Pues entonces tendremos que hacer un trato. Tú me ayudas a disfrutar del baloncesto y yo te ayudo a ti a salir al mundo.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo piensas hacer eso?

—Empezando por hoy. —Me guiña un ojo, recuperando esa faceta de chico seguro de sí mismo. —Ya has sobrevivido a una tormenta

en una biblioteca prohibida con un chico peligroso. Oficialmente estamos empatados.

Mi risa inunda el planetario, y por un momento, siento que es un sonido desconocido para mí. Tengo que reconocer que es preciosa. Tiene brillo, uno que dejé de ver durante demasiado tiempo.

—No creo que seas peligroso en absoluto.

—Contigo no lo soy, pero en cambio tú… —Se acerca un poco más a mí, humedeciéndose los labios—. Eres un peligro para mí, Blake.

—No estoy tan segura de eso —respondo mientras me acerco inconscientemente hasta dejar juntos nuestros pies.

—Eres peligrosa porque me haces pensar sobre aspectos de mi vida que nadie más conoce, que nadie me pregunta. Y, cuando estoy contigo, se me olvida poner la barrera que tengo con el resto de las personas.

Mi corazón se salta un latido, o quizá dos.

—Eso… es bueno, ¿no?

—No lo sé —responde él, y su mirada cae sobre mis labios un segundo antes de volver a subir a mis ojos, cada vez más cerca—. Depende de lo que pueda resistirme a ceder el control.

Debería apartarme y empezar a enumerar todas las razones por las que esto es una mala idea. Pero en lugar de eso mi voz decide actuar por su cuenta.

—¿Tienes mucha fuerza de voluntad, Nate?

Ojalá fuera siempre tan espontánea, pero este no era el momento de serlo, niña tonta.

—Con el resto del mundo, sí. Pero contigo… —Se detiene y niega con la cabeza, apartándose bruscamente unos centímetros, como si

le costara físicamente hacerlo—. Contigo creo que la estoy perdiendo toda.

Puedo sentir el calor de su piel irradiando contra la mía. Pero entonces…

¡CLACK! Un zumbido eléctrico recorre el techo, y, de golpe, las luces del planetario se encienden con una intensidad casi cegadora. Ambos damos un salto hacia atrás, asustados.

—¡La luz! —exclamo, parpadeando y llevándome una mano al pecho, que sube y baja desenfrenado recordando lo que estaba a punto de suceder hace unos segundos.

Nate se pasa la mano por la cara, soltando un suspiro frustrado.

—Parece que el universo quiere que mantengamos las distancias, Moon. —Ladea la cabeza y se saca las llaves del coche del bolsillo—. Vamos, que te llevo a casa.

28

Un *golden retriever* y un *corgi*



Nate Miller

«Cambia el foco. Difumina el fondo».

Intento repetir mentalmente la frase que me soltó Keyla en la biblioteca, pero es imposible. No puedo concentrarme en el entrenamiento porque, cada vez que intento enfocar el maldito aro, lo único que veo son sus ojos de color tierra mojada mirándome en la oscuridad del planetario y sus labios entreabiertos cuando estuve a punto de besarla.

Joder. Casi la beso. Y lo peor es que no me arrepiento de casi hacerlo, me arrepiento de que se encendiera la puta luz.

Esto era precisamente lo que quería evitar cuando mis amigos hablan sobre conocer a alguien: perder el control. Tengo muchas cosas en la cabeza: el March Madness, a los ojeadores de la NBA, a mi madre, la gala de la semana que viene…

Joder.

La gala.

Había olvidado la maldita gala y que tenía que ir con acompañante.

—¡Vamos, Miller! Saca tu par de huevos a pasear y espabila —me grita el entrenador desde la otra punta del pabellón.

—¿Y a este qué mosca le ha picado hoy? —me pregunta Mackensi, alcanzándome mientras corremos.

—No lo sé, pero lleva de un humor de perros desde que hemos llegado y justo hoy no estoy para gilipolleces —le suelto mientras noto como el calor me sube por el cuerpo.

—Pfffiiuuu —silba a modo contestación mientras se gira hacia atrás y se dirige a dos de mis otros compañeros—. Chavales, id preparando esos culitos porque hoy vamos a tener guerra.

Y tanto que la vamos a tener.

El sudor me cae por la frente después de dar unas diez vueltas al campo para calentar. Mi cuerpo se mueve, pero mi cabeza sigue en otro sitio. Y eso no me lo puedo permitir.

—Chavales, venid aquí en dos grupos —dice Wheeler mientras nos llama con el silbato—. Unos a la derecha y otros a la izquierda. Hoy jugaréis un partido entre vosotros y los mejores del equipo, que, permitidme que lo diga…, hay pocos, jugarán enfrentados entre sí, liderando cada uno su partido.

Perfecto. Creo que esto es lo que necesitaba para descargar mi mal humor.

—Hayes, en un equipo. —Se gira hacia mí—. Nate, tú en el otro. Escoged cada uno a los vuestros y a hacer el partido de vuestra vida porque, si no, ya os veo bailando el año que viene con las animadoras.

Aprieto los dientes y hago lo que me dice.

El balón rebota contra el suelo con un sonido seco, constante, casi hipnótico. Me ayuda a mantenerme dentro del momento. A no pensar. Elijo rápido. No me importa quién esté en mi equipo. Lo único que quiero es moverme, correr, chocar, descargar.

El pitido del árbitro suena y el partido arranca.

Hayes se planta frente a mí con esa sonrisa chula que me hierve la sangre. El cabrón vive para provocarme.

—A ver si hoy puedes seguirme el ritmo, estrella —me suelta, guiñándome un ojo.

—Tranquilo, que te haré brillar como nunca —respondo, antes de robarle el balón y salir disparado.

Corremos. Saltamos. Golpeamos.

Cada músculo de mi cuerpo arde, pero no me detengo. El sonido de las zapatillas contra el parqué, los gritos de mis compañeros, el olor a sudor…, todo me envuelve, pero lo único que escucho de verdad es mi propia respiración.

Cuando era pequeño disfrutaba de esto. No sé cómo conseguir volver a meterme en esa dinámica, pero todavía me acuerdo de lo feliz que me hacía meter desde la línea de tres.

Dejé de ver a mi padre desde los seis a los once años, y fue el día que me lo encontré cuando mi visión sobre este deporte se fue a pique. Bueno, no solo por él, porque está claro que mi madre tampoco ayuda. A ella solo le importa el dinero, el éxito y su imagen de madre perfecta.

No sabe quién soy, lo que llevo dentro.

Y eso me duele, joder. Me duele y me aleja de ella.

Para mí fue difícil crecer sin padres, porque, aunque Charlotte estaba en casa y mi padre no, estar con ella era como estar solo.

Menos mal que tuve a la abuela Dottie y a Asia conmigo. No sé qué habría hecho sin ellas o hasta dónde habría llegado, pero sé que sin su compañía habría acabado como mi padre.

Un pase de Hayes me golpea en el hombro sacándome de mis pensamientos y no me da tiempo a reaccionar.

—¿Qué pasa, Miller? ¿Demasiado ocupado pensando en buscar trabajo para la temporada que viene? —me provoca, con media sonrisa.

No pienso.

Simplemente lo empujo.

—¿Qué coño dices? —escupo, acercándome.

—Relájate, tío, era una broma —responde, levantando las manos. Pero no lo dice en serio.

—¿Broma? —Doy un paso más—. Estoy hasta los huevos de ti. La próxima vez piénsatelo antes de abrir la boca, no vaya a ser que te la parta.

—¡Eh, eh! ¡Ya basta! —grita el entrenador desde la línea de banda —. ¡Los dos fuera! Os quiero en mi despacho en cinco minutos.

Tiro el balón con fuerza contra el suelo y le doy con el hombro a Hayes al pasar por delante de él. El eco rebota por todo el pabellón, pero lo único que escucho es el latido de mi corazón, pidiéndome un descanso con demasiada fuerza.

El despacho siempre huele a café y está extremadamente limpio.

Wheeler se apoya en la mesa, con los brazos cruzados y la mandíbula tensa.

—¿Queréis explicarme qué coño os pasa? —dice al fin—. Estáis todo el día en boca de la prensa. El otro día me dejasteis en evidencia, hoy esto. ¿Qué será lo próximo?

Hayes guarda silencio. Yo también.

—¿Nada? —insiste—. Porque a mí me parece que lleváis semanas con una guerra personal. Y no me importa quién la empezó, pero, si sigue así, vais a comer más banquillo que los suplentes. Me importa una mierda perder partidos, pero no pienso perder la reputación de un equipo como el que tenemos.

Clavo la mirada en el suelo.

—Lo siento, *coach*.

—No quiero oír un «lo siento», Miller. Quiero verte jugar como el jodido capitán que eres. No puedes liderar un equipo si no controlas tu cabeza.

Enfoca, Nate. Enfoca.

Tranquilo.

—Y Hayes, deja las provocaciones. No estamos en el patio del instituto. Si te genera algún problema de autoestima no ser mejor que Nate, trabaja más duro, pero deja de provocarle, porque te debes de creer que no tengo ojos en todas partes.

—Sí, señor —dice Hayes, aunque todos sabemos que le importan un carajo las normas.

Se pasa una mano por la cara y nos señala con el dedo.

—Os voy a decir algo que aprendí hace mucho: el talento no vale una mierda si no hay disciplina. Los dos tenéis de sobra lo primero, pero vais justos de lo segundo. Así que más os vale espabilar.

Nos despide con un gesto de cabeza y salimos en silencio. En cuanto cruzo la puerta, Hayes se aleja sin mirar atrás.

Yo me quedo un momento apoyado contra la pared. Respiro hondo. Cierro los ojos.

El gimnasio ahora está vacío. Solo se oye el eco lejano del balón rebotando en otra pista.

Me dejo caer al suelo junto a la bolsa de deporte y voy apoyando la espalda contra la pared. Me paso las manos por el pelo, todavía empapado. Intento vaciar la cabeza, pero hoy no puedo.

Cojo el móvil y decido tomar otra mala decisión. Quiero saber cómo está después de lo de ayer, si se encuentra bien, y si no me odia por casi cruzar la línea.

> Ey, Moon. ¿Sigues viva? Perdona que no escribiera antes, el entrenador nos ha tenido corriendo hasta que casi echo el pulmón.

Enviar.

¿Puedo sonar más patético? No sé cómo se hacen estas cosas con alguien que es *wife material*.

Pasan cinco minutos hasta que el pitido de mi móvil me devuelve el *feedback*.

> **KEYLA**
> ¡Hola, Nate! Sigo viva, sí. Y, sorprendentemente..., estoy bien. Esa charla en el planetario me ayudó más de lo que crees. Espero que tú hayas conseguido «enfocar» hoy 😀

Sonrío como un idiota al leerla. Lo de «enfocar» ya es parte de nuestro código.

NATE

Digamos que lo he intentado, pero tenía demasiadas distracciones en la cabeza (culpa tuya). Me alegra que estés bien. ¿Qué has hecho hoy para mantener la racha?

KEYLA

Avery y yo hemos ido a los establos. He estado peinando a una yegua que se llama Andrómeda. No te lo dije, pero los animales son mi serotonina.

NATE

Me dijiste que te gustaban, pero no sabía que tanto. Algún día te presentaré a alguien que creo que te gustaría conocer. Estoy deseando dejar el baloncesto el día de mañana para aumentar la familia y perderme en una casa con dos perros. Un golden y un corgi.

KEYLA

Ah, ¿sí? ¿Y hasta cuándo piensas jugar?

NATE

Hasta que deje de hacerme feliz. O hasta que el cuerpo aguante. Lo que pase antes.

Dudo un momento con el móvil en la mano. «Depende de lo que pueda resistirme», le dije.

«Al igual que me pasa contigo», pensé.

A la mierda la resistencia.

NATE

Oye..., ¿haces algo mañana?

KEYLA

Nada especial. Pensaba pasear un poco por la mañana para despejarme, pero luego nada. ¿Por qué?

NATE

Ponte ropa cómoda. Te recojo a las 18:00. Es una sorpresa, pero cero presiones. Si a las 17:55 te arrepientes, me lo dices y me quedo en casa viendo Netflix. No quiero que sea otra «exposición» obligada. Solo tú y yo. ¿Trato?

KEYLA

Vale. Me fío de ti (creo). Trato. Hasta mañana, Nate.

NATE

Hasta mañana, Moon.

29
Tardes de canela y pistachos



Keyla Blake

—¿Estás segura de que esto es una buena idea? —le pregunto a Avery mientras dejo caer una nube de azúcar glas sobre la encimera fría. El azúcar cruje bajo la palma y se queda pegado a mis dedos, como si quisiera recordarme que sigo aquí.

—Nena, cocinar me da años de vida, ¿vale? —me responde con la cara llena de harina—. No me importa el resultado final, importa cómo nos sentimos durante el proceso. Disfruta del camino, reina.

—Y… ¿en teoría el proceso tiene que ser relajante?

—A mí me relaja, y a ti debería. —Se pone las manos en la cintura y llena su jersey marrón de levadura—. Mañana tienes una cita. Una cita, ¡Keyla! Y con nada más y nada menos que con Nate.

—Avery, en vez de relajarme siento decirte que me estás poniendo más nerviosa.

—Es que estoy pensando ya en qué te vas a poner, en qué vais a hacer y en las dos tazas de café que me voy a tomar mientras espero a que llegues para contarme todo con pelos y señales.

Me entra la risa, pero se me corta en la garganta en cuanto el recuerdo de anoche se me viene a la mente.

Estoy asustada. Muy asustada.

—¿Y si no sale bien? —pregunto con vergüenza.

—¿Qué puede salir mal? ¿Qué beses a Nate y que bese fatal? ¿Has visto esos labios?

—Avery, en serio, estoy… preocupada.

Da la vuelta a la isla de la cocina y apoya sus manos sobre mis hombros; me mira a los ojos con la cara de una persona que está a punto de pronunciar un discurso.

—Mira, Keyla. Sé que tenemos diferentes tipos de ansiedad. A ti te asusta la gente; a mí me asusta lo contrario: quedarme sola. Pero eso no significa que no te entienda. Solo intento que nuestra estancia aquí merezca la pena. Sé que quieres mejorar tanto como yo y, para eso, hay que atreverse.

Parpadeo. El azúcar me ha dejado la yema del pulgar pegajosa.

Nate es el primer chico con el que voy a tener una cita de manera oficial en mi vida. Bueno, oficial porque lo dice Avery, porque él no ha dicho nada similar en ningún momento. Tengo veinte años, pero siempre me ha dado miedo relacionarme más de la cuenta en la ciudad en la que vivía antes.

La única persona a la que había intentado conocer fue a Troy, pero al final… terminó fallándome, como todo el mundo.

La historia de siempre.

La historia de mi vida.

—Verás, Avery, es que yo…

Su móvil suena antes de que confiese que tengo la misma experiencia quedando con chicos que pescando en alta mar.

—Es Sienna —me susurra tapando el altavoz del móvil con la mano para que ella no lo escuche.

Sienna…, la camarera del Grey's. Creo que debería darle las gracias por…, bueno, por haberme hecho sentir resguardada anoche.

—Sí, estoy con ella. Sí, sí, está mucho mejor. ¿Qué? ¿En serio? Claro, me parece genial. Estaremos listas en media hora, ¿te parece? ¡Genial! Hasta después, bombón.

Ay, madre mía.

—Dime que no hemos quedado con Sienna… O, bueno, quiero decir, si habéis quedado me parece más que estupendo, pero, esto…, ¿me has incluido o he escuchado mal? —pregunto mientras me muerdo el interior de la mejilla.

Después de un día en el que me expongo y hago cosas que me resultan difíciles suelo meterme en la cueva de mi habitación y pasarme al menos un día con la persiana bajada y la manta hasta la nariz. Hoy estoy haciendo un esfuerzo titánico por preparar magdalenas.

—Nena, mañana tienes una cita. —Avery me lanza una mirada de madre—. Así que sí, hemos quedado con Sienna para tomar café y comer pasteles para ponernos al día. Y no, no acepto un no por respuesta. Y antes de que me preguntes… te diré que, si te encuentras mal en algún momento, tanto Sienna como yo te vamos a ayudar y te vamos a entender. ¿Alguna duda más?

Tengo ganas de asesinarla y de darle un abrazo. Esta chica parece que no se va a rendir conmigo, lo cual, aunque me asuste, no puede

hacerme sentir mejor.

—Lo cierto es que hoy tenía plan.

—Ah, ¿sí? —pregunta Avery, frunciendo el ceño.

—Sí, conmigo misma y mis libros. Un plan genial y difícil de igualar, por cierto.

—Key, ya escuchaste lo que te dijo Ellie esta mañana, cielo. Hay que exponerse a lo que nos da miedo, y qué mejor que hacerlo con amigas.

Avery me observa con cariño y con esa chispa que ilumina toda la cocina no puedo decirle que no.

—Venga…, ¿qué me dices? Además, vamos a comer una cosa riquísima. Es una cafetería donde te tomas el café en un vaso que es una cookie y es todo sin gluten para mi niña. Venga, porfi, porfi, porfi.

—Vaaaaaale, ¿por qué no?

—Aaaaaaaaah, yuju.

Media hora después estamos vestidas, peinadas y con el coche negro de Sienna esperándonos en la entrada del centro.

—¿Cómo están las dos chicas más espectaculares de Silver Springs? —pregunta mientras nos acercamos, mirándonos con sus ojos azules, que se llevan todo el protagonismo.

—¿Tú te has visto? —dice Avery mientras la abraza—. Si no fuera porque me gustan demasiado los hombres me haría lesbiana y serías la primera en saberlo.

—Aggg, tía, hombres —responde Sienna—. Mi placer culpable —dice mientras me mira—. Guau. Estás muy guapa, Keyla.

Llevo puesto un pantalón de lino blanco, un top verde pastel y un lazo de color blanco roto en el pelo.

Me incomodan los cumplidos: nunca sé qué responder.

Si le parece que yo estoy guapa…, ella tendría que verse a través de mis ojos. Hoy lleva la melena suelta, casi hasta la cintura, y un vestido negro ajustado a su cuerpo con un escote abierto en forma de U que resalta todas sus curvas.

A decir verdad, su cuerpo es bastante parecido al mío, con la diferencia de que ella tiene bastante más pecho que yo.

—Gra-gracias. Tú también estás muy guapa. ¡Sí! Estás guapísima.

¿Se puede saber por qué demonios hablo así?

Dios.

Cuando no tengo confianza con alguien me comporto raro.

—¡Pues vamos allá! Vamos a por ese café con cookies —grita Avery, eufórica, antes de sentarse en el asiento del copiloto—. Qué feliz me hacen los días de chicas.

Este pueblo es un lugar precioso. Siempre había escuchado que el estado de Maine tenía pueblos que eran una maravilla, pero este en concreto me resulta impresionante.

Conforme vamos bajando por la montaña que bordea la costa, cada vez aparecen más casas de diferentes colores. Las flores adornan las farolas, casi siempre de colores malvas, y las tiendas parecen sacadas de un cuento. Letreros siempre de colores, letras de diferentes tipografías, y un pueblo que respira vida.

Casi todo el mundo va con una sonrisa en la zona donde decidimos aparcar, justo al lado del puerto. Los pescadores parecen felices después de una buena pesca y sus hijos los esperan jugando en la orilla del agua.

Avanzando por las calles empedradas, veo a lo lejos una especie de casita de color verde menta justo por encima del agua a la que

se llega a través de una pasarela. Alrededor de ella descansan las mesas y las sillas de la terraza, blancas y doradas rodeadas de flores de color hueso.

Es una estampa idílica. Me imagino que sus dueños habrán empleado mucho tiempo en mimar cada detalle. Me gusta la gente así: la gente que ama lo que hace.

Abraza la Taza, que así se llama la cafetería, es un sitio precioso, cuidado hasta el último detalle. Sus colores pastel lo inundan todo.

—¡¡¡Ay!!!! Qué emoción. Mi sueño es tener algún día algo así —comenta Avery muy emocionada.

—Y lo tendrás —le responde Sienna mientras abre la puerta para que pasemos—. Siempre hay recompensa para quien sabe esperar.

Por dentro el sitio es todavía más bonito y huele de maravilla. El olor a café de especialidad entra por mi nariz y me hace cerrar los ojos. Estamos en otoño, así que todo está decorado para esta época del año.

—Pistacho *latte*, *pumpkin spice latte*, *pecan caramel latte*… —murmura Avery para sí misma, leyendo lo que sale en el cartel.

—Hola, chicas. ¿En qué puedo ayudaros? —nos pregunta la chica que está detrás de unos pasteles que tienen muy buena pinta—. Mi nombre es Pippa y voy a ser la que esté hoy con vosotras.

—¿Os fiais de mí? —pregunta Avery, girándose hacia nosotras.

—¿De nuestra futura Barbie pastelera? Pues claro —le dice Sienna de vuelta, dándole un azote en el culo—. Ven, Key. Te puedo llamar así, ¿verdad? Vamos a sentarnos.

—Sí, mmm, claro. Vamos.

Estoy un poco nerviosa, pero me sorprende encontrarme así después de haber tenido una experiencia tan mala.

—Mira, esa de ahí es nuestra mesa, la que está justo pegada a la ventana.

—Vaya, qué sitio tan privilegiado.

—Sí, es que Avery siempre es muy previsora. Necesita tenerlo todo planeado para que siempre sea perfecto.

Miro hacia la barra mientras veo a mi amiga que va vestida de rosa y blanco eligiendo lo que vamos a merendar.

—Es una chica muy especial, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí, sí que lo es. No sé qué habría sido de mí aquí sin ella.

—Sois muy valientes por el paso que estáis dando, ¿sabes? —dice mientras pone su mano encima de la mía—. Y quiero que sepas que lo que te pasó el otro día me ha pasado muchas veces, así que no quiero ni por un momento que te sientas diferente o rara.

—Gracias por decírmelo, de verdad. Significa mucho para mí. Nunca he… conocido a alguien a quien le pasase lo mismo, así que gracias por contármelo.

—Ay, chicas, el que no corre vuela. He cogido el último pastel que quedaba de la colección del mes. Es de calabaza cubierto con caramelo salado y beicon crujiente. Sí, sé que suena raro, ¿vale? Pero seguro que está delicioso —anuncia Avery mientras se sienta a mi lado y pone una mano sobre mi pierna por debajo de la mesa.

—Mmm, suena bien —respondo.

—¿Pero solo eso? Me voy a quedar con hambre.

—¿Cómo va a ser solo eso, loca? —añade Avery mientras se ríe—. He pedido para las tres el café de *pumpkin* en la cookie de chocolate blanco, junto con tres macarons, el pastel que os dije antes y una galleta salada gigante. Sí, eso es todo.

Presiento que después de todo esto me va a doler la barriga.

—Aquí tenéis —dice la camarera mientras va poniendo las cosas encima de la mesa.

—¡Qué buena pinta! —murmura Avery—. Se me hace la boca agua.

—Oye, Avy, ¿al final quedaste con el jugador de hockey que conocimos hace unas semanas? —le pregunta Sienna.

—¿Con Dean? No, he decidido que paso de los hombres.

—Dices eso cada dos semanas, cabrona —le responde.

—Es que… me aburren. Hablo dos días con ellos, me pienso que estoy increíblemente enamorada y un día me despierto y, ¡chas!, me olvido de que existen.

—Eso es porque no ha aparecido el que te guste de verdad —le digo a mi amiga con la boca llena—. Mmm, vaya, sí que está rico este pastel.

—¿Y tú, Sisi? ¿Cómo te va con el yogurín de Aiden? —le pregunta Avery, socarrona.

—No es ningún yogurín y no me va de ninguna manera porque ya te he dicho mil veces que no hay nada entre nosotros.

—Vamos, tía, soy tu amiga. Sé que él es mi amigo de la infancia y prometí no meterme en medio si algo salía mal entre vosotros, pero ¿vas a seguir fingiendo que no hay nada?

—Es complicado, Avery, y lo sabes. Lo nuestro es imposible, así que problema resuelto.

—¿Pero por qué? Estáis locos el uno por el otro.

—Le saco cuatro años, Avy. He sido su niñera cuando él apenas levantaba dos palmos del suelo y yo ya había tenido mi primera menstruación. Además, nuestras vidas son polos opuestos. Él es el heredero de un imperio y yo… yo solo intento llegar a fin de mes.

Avery me lanza una mirada mientras da un sorbo a su café. Se lleva la mano a la boca para limpiarse antes de saborear otro bocado.

—¿Sabes quién sí tiene una cita? —pregunta mientras me lanza una expresión pícara.

—Avery —pronuncio mientras me tapo los ojos con las dos manos —, lo confieso, necesito ayuda profesional. Nunca he tenido una cita, chicas, y me da muchísima vergüenza.

—¿Cómo? ¿Vas a tener una cita? —dice Sienna—. Cuéntamelo todo.

—Mañana Nate vendrá a buscarme, aunque no sé, no ha mencionado que sea una cita, solamente que será una sorpresa y que esté preparada.

—Nena, eso es una cita aquí, en Lima y en Japón —grita Avery.

—¿Conque Nate, eh? —me dice Sienna con la sonrisa ladeada—. Es muy guapo.

—No lo sé…, no me he fijado mucho —respondo sin saber muy bien lo que estoy diciendo.

Sienna y Avery empiezan a reírse y, sin darme cuenta, empiezo a reírme yo también. Es la primera vez que siento esto con unas amigas y, aunque es algo que siempre había soñado tener, también es algo que daba por imposible.

—Gracias por acogerme en vuestro grupo, chicas —agradezco con las mejillas acaloradas—. Es muy especial para mí.

—Nena, a partir de ahora eres una más de nosotras —me dice la rubia—. Todos hemos sido nuevos alguna vez.

—¿Y si lo de mañana no sale bien?

—¿Por qué iba a salir mal? —me pregunta Sienna—. No conozco a Nate en profundidad, pero con lo implicado que estuvo la otra noche se ve que le importas.

—La verdad es que siempre que estoy con él me siento muy bien, aunque no lo conozca demasiado.

—A veces pasa eso, ¿sabes? Hay personas que llegan a tu vida y de repente, ¡boom!, tocan partes de ti a las que nunca habían llegado otros antes —confiesa Sienna.

—A ver, aunque no fuese a ser una historia de amor, podría gustarte perfectamente solo por su físico, pero creo que aquí hay algo más —dice Avery dirigiéndose a mí—. Es como si…, no sé, hubiera algo que hace que os atraigáis el uno al otro. Nunca he visto a Nate tener una cita sorpresa con ninguna tía.

—Pero ¿tuvo una novia hace un tiempo, no? —pregunta Sienna—. Estelle, si no recuerdo mal.

—Ah, esa. Sí, estuvieron saliendo un tiempo, pero Nate acabó dejándola.

Un nudo se instala en mi garganta. Estelle… No quiero saber quién es porque no quiero compararme con ella. Y si él la dejó… quizá sea porque tiene facilidad para dejar a las personas.

—No fue nada especial, Key —dice Avery al verme la cara—. Además, tú, aparte de ser literalmente perfecta por fuera, eres una persona increíble. Y ¡sorpresa! Alguien más lo ha visto, así que disfrútalo, nena.

—¿Qué te vas a poner? —me pregunta Sienna—. Creo que deberíamos pasarnos por mi casa y te dejo algo.

—Síííí, por favor —añade Avery—. Sienna es diseñadora y se hace su propia ropa, con el cuerpo que tenéis seguro que te sirve.

—Él ha dicho que fuese cómoda.

—¿Cómoda pero zorrona, quieres decir? Tengo el conjunto ideal para eso.

—Ay, yo no, yo nunca, yo… —me trabo porque no sé ni cómo voy a poder decir en alto lo que voy a decir—. Veréis... yo nunca me he dado un beso con nadie.

Mis amigas se miran entre ellas con complicidad.

El silencio que sigue no es incómodo, es… protector. Las dos me miran con una ternura que me hace querer encogerme y, a la vez, abrazarlas.

—A Nate le va a dar algo cuando se entere —susurra Sienna con una sonrisa maliciosa—. Pero no porque sea un problema, Key, sino porque va a querer que ese primer beso sea el mejor de tu vida.

—¿Sabes lo que hacía yo cuando era niña? —dice Avery—. Me besaba con el espejo para practicar.

—¡Puaj, tía, qué puto asco! ¡Eso está lleno de bacterias! —exclama Sienna—. Yo practicaba con el codo. Mira, así —dice antes de doblar el brazo y sacar la lengua.

—Chicas, por favor, ¡qué vergüenza!

Nos echamos las tres a reír, pero a Sienna se le borra la sonrisa al ver la pantalla iluminada de su móvil.

—Voy a tener que ir yéndome, así que os acerco ya a casa y mañana intento subirte el conjunto al centro.

—¿Todo bien? —pregunta Avery.

—La misma mierda de siempre.

Avery la mira y se dirige hacia la barra.

—A esto invito yo, amigas.

—No, no. De ninguna manera —respondo—. Va a salir supercaro.

—Keyla, no me hace falta el dinero. Quiero invitaros, ¿vale?

—Son setenta y tres dólares con cincuenta —dice Pippa.

—Cóbrame setenta y cinco, con tarjeta.

Mientras Avery termina, Sienna y yo salimos afuera con el sol empezando a caer.

—¿Será esta la primera de muchas tardes juntas? —pregunta Sienna.

—Sí. La primera de muchas.

30
Corazón, chico



Nate Miller

Entre semana mi rutina es clara y no me la salto: me levanto temprano para estar a solas con mi cabeza, salgo a correr, desayuno, entreno, siesta y gimnasio hasta que cae la noche. Rara vez quedo con nadie si no es un día especial, pero hoy es 13 de noviembre: el cumpleaños de la abuela Dottie.

Cuando era pequeño y Asia todavía no estaba en nuestras vidas, solíamos celebrarlo yendo a los recreativos y después al cine. Más que su cumpleaños, parecía el mío, pero a la abuela le encantaba verme feliz.

Cuando llegó Asia y con mi nueva vida laboral no cambiamos mucho: añadimos la cena en un restaurante que eligiese la abuela en su gran día.

Dottie es la persona que más disfruta de la vida que he conocido. Le fascina celebrar su cumpleaños. Siempre dice que las arrugas son

sinónimo de felicidad y que yo soy culpable de la mayoría.

El abuelo Simon se fue cuando yo era demasiado pequeño para recordar su cara, pero ella fue valiente y supo atravesar el duelo sin derrumbar a la familia. Solo la vi llorar una vez: el día que nos dijeron que la adopción de Asia se complicaba porque sus padres biológicos querían recuperarla. Al final solo querían dinero; Asia les importaba una mierda. En eso somos privilegiados: pocos días después, ya estábamos los tres en casa, cenando su lasaña con sopa de cebolla.

Mi abuela ama la soledad y colecciona hobbies, pero siempre he pensado que necesita una amiga de su quinta: alguien con quien divertirse, ir a la compra o hablar de la vida. Me da pena que no la tenga, y más desde que Asia ha entrado en Medicina.

Veo a Asia y a Dottie a lo lejos, esperándome en la entrada del nuevo restaurante del chef Bousquet.

Si en algo no escatima la abuela es en comer fuera: cada vez que abre un restaurante en el pueblo, somos de los primeros en darle el visto bueno. A veces pienso que debería abrirse un blog; se haría famosa.

En Silver Springs ya empieza a hacer frío, así que no me sorprende verlas con un look a juego: tienen puesto un gorro blanco cada una con la bufanda enrollada al cuello y un abrigo rosa que compramos en uno de nuestros viajes. Yo, en cambio, llevo un pantalón negro de pata de elefante y una cazadora de temporada de Keins.

—¡Tú siempre tan fresco! Algún día cogerás un constipado y yo no estaré para verlo —gruñe la abuela, quitándose el gorro y dejando ver su pelo blanco.

—Abuela, ya sabes que soy un radiador. Los deportistas tenemos otra temperatura —respondo girándome hacia Asia, que me sonríe con sus ojos negros—. ¿A que sí, doctora Vildanne?

—Una mujer en el día de su cumpleaños siempre tiene la razón, Nathie. ¿Es que no has aprendido nada de mí? —se ríe Asia mientras me abraza—. Pero estás muy guapo.

—Feliz cumpleaños, vieja gruñona —digo mientras cojo a la abuela en brazos y subo con ella las escaleras del restaurante.

—¡Bájame ahora mismo, jovencito! Tengo una edad, ¿sabes? Quien nos vea pensará que estamos locos. —Hace una pausa, ya en el suelo, y estalla en carcajadas—. ¡Y al cuerno con lo que piensen! Porque hoy voy a comer con mis nietos un buen *filet mignon*.

El restaurante tiene una entrada con ramas a los lados y una alfombra roja a los pies. El letrero de Le Vrai de Bousquet está rodeado de luces y flores y funciona como anuncio del lujo que nos vamos a encontrar dentro.

Una mujer muy elegante en la entrada nos da la bienvenida.

—Buenas noches, a las damas y al caballero —dice con una leve inclinación—. ¿Tienen reserva?

—Sí —responde la abuela—. A nombre de Dorothy Miller.

—Perfecto, pueden pasar —añade mientras se acerca uno de los camareros de chaqueta blanca y beis—. Este es Bernard; será quien les acompañe esta noche.

—Hola, jovencito, ponnos en una buena mesa —saluda la abuela.

—Por supuesto, señora Miller. Le hemos reservado la mesa que nos indicó por mail.

Asia y yo nos aguantamos, sin éxito, la risa. Es típico de la abuela exigir cosas peculiares. Cuando quiere comer en un sitio concreto,

mira las reseñas y las fotografías del lugar y llama con antelación para que le reserven una mesa específica.

—Vengan conmigo, por favor.

El salón es como viajar a otro siglo.

Las lámparas de araña cuelgan como coronas de cristal y derraman una luz dorada que vuelve íntimo cada rincón. Sobre cada mesa, una isla de calidez en medio del lujo. Nos sientan en el piso de arriba, con vistas a todo Silver Springs. La noche brilla con las luces de la ciudad y la zona es tranquila, casi nuestra.

—Gracias por regalarme un año más pasar este día con vosotros, chicos —dice Dottie.

—Las gracias te las debemos nosotros por traernos siempre a sitios donde se come tan bien —respondo guiñándole un ojo.

—Dottie, nuestro mayor regalo eres tú —dice Asia, cogiéndola de la mano.

Asia y Dottie tienen una relación muy especial. No solo porque la haya adoptado, sino porque se complementan a la perfección. Parecen haber sido creadas para conocerse y tenerse la una a la otra.

—¿Saben ya qué van a querer? —pregunta el camarero cuando llega a la mesa.

—Lo dejamos en manos de la cumpleañera —respondo mirando a la abuela, con la carta en la mano.

Dottie me sonríe y deja su carta encima de la mesa. Hoy está radiante, y, por supuesto, con su pintalabios favorito.

—De primero, unas vieiras gratinadas, *arancini* con pesto y pistacho, y una pata de pulpo a la brasa. —Vuelve a coger la carta—.

Y de segundo…, ¿alguna sugerencia? Mi nieto necesita mucha comida, como ve.

—Claro, madame. Fuera de carta tenemos un gratín de patata con carne de wagyu, nuestra especialidad.

—¡Ay, la carne de wagyu! Era la preferida del abuelo. —Sonríe—. Queremos uno de esos, un *steak ribeye* y los raviolis con salsa de trufa y langosta.

—Magnífica elección. Los raviolis son mis favoritos. Tiene buen ojo, señora Miller.

El camarero se aleja y nos quedamos unos minutos en silencio, simplemente disfrutando de este momento de paz, de hogar.

—¿Cómo te va todo, cariño? —pregunta Dottie—. Cuéntale todo a la abuela. A Asia la veo mucho más que a ti. Te echamos de menos, cielo.

—Lo sé, abuela… Es que esta temporada me está arrasando la cabeza. Estoy un poco hasta arriba, pero, oye, ¿qué hay de eso de venirme a ver a los partidos? No vinisteis al último.

La abuela y Asia se miran, pero no dicen nada, y me da la sensación de que saben algo que yo no sé.

—Ese día me surgió un imprevisto y Asia vino a ayudarme, pero no te preocupes, que estaré seguro en el siguiente, como siempre.

—Eso espero, porque no juego igual si no están mis chicas en el pabellón, así que, si pierdo, seréis las responsables directas.

—¡Eh! Eso es manipulación —dice Asia zarandeándome el brazo.

—¿Y tu madre?

Me quedo callado unos segundos pensando en cómo me siento con esa pregunta. Charlotte apenas viene a verme a los partidos, solo a los importantes, para cuidar su imagen y salir en la rueda de

prensa. Los demás los ve desde la comodidad del sofá que yo mismo he pagado, para después agobiarme y dejarme con el agua hasta el cuello por haber cometido algún error.

Desde que echamos a mi padre de casa su actitud cambió por completo. Ella nunca fue una madre ejemplar, es cierto, ni siquiera cuando papá estaba en casa, pero, desde entonces, cambió radicalmente. Se volvió más fría y empezó a comportarse más como una mánager que como una madre. Supongo que le entró prisa por asegurarse de que el dinero seguiría llegando a casa gracias a mi profesión en vez de preocuparse en aprender a invertir lo que mi padre nos había dejado por obligación.

—Charlotte sigue siendo Charlotte —digo sin más y me giro hacia Asia con verdadera curiosidad—. ¿Y tú? ¿Cómo va esa carrera?

—Contenta —susurra Asia mirando su plato—. Me estoy… adaptando a mis compañeros, pero la carrera me apasiona. Me encantaría poder hacer las prácticas en algo que tenga que ver con el baloncesto.

—Pero, Asia, ¡eso sería increíble! Incluso yo podría mover algunos hilos para…

—De eso nada —me corta—. Quiero llegar a mi objetivo por mí misma, pero te lo agradezco.

—Vale, vale, es solo que… me encantaría tenerte trabajando conmigo por si pasase cualquier cosa.

Cuando Asia llegó a nuestra vida, empezó a ir al mismo colegio que yo. Era un instituto para gente con dinero y la mayor parte de su alumnado era blanco. Asia tiene la piel morena, los rasgos exóticos y claramente tenía una procedencia distinta al resto de sus

compañeros, por lo que le costó mucho adaptarse y tuve que meterme en problemas para defenderla.

Lo haría una y mil veces por proteger a los míos, pero desearía poder elegir que no tuvieran que verse en esa situación.

—Bueno —dice la abuela, cambiando de tema—. Hablando de la familia…, Asia me contó que el otro día fuiste todo un ejemplo y que te comportaste muy bien en una situación en el Grey's. Estoy orgullosa, hijo.

—Eso, ¿qué tal está Keyla? ¿Se encuentra mejor? —pregunta Asia.

—¿Se llama Keyla? ¡Qué nombre tan bonito! —exclama la abuela —. ¿Es nueva en el pueblo? ¿Está soltera? Háblame de ella, quiero saberlo todo.

—Eso, Nathie, queremos saberlo todo —se burla Asia con una sonrisa vacilona.

—Esto, mmm, no hay mucho que contar —miento, notando calor en las mejillas—. Es una chica que conocí en un partido, o, bueno, realmente creo que la conocí justo el día que llegó aquí.

—No hay quien entienda eso, cariño —se extraña la abuela.

—El día que llegó al pueblo me la encontré en el avión porque se tropezó con el imbécil de Hayes.

—Eh, vigila esa boca, macho alfa. Eres el nieto de una Miller y en esta familia tenemos educación.

—Parece que estás destinado a encontrártela en situaciones incómodas —dice Asia, justo cuando llega el primer plato.

—¿Qué quieres decir, hija?

—¡Pues que la conoció en el partido porque fue él el que se le cayó encima!

—Nate, por Dios, ¡pobre chica! Si te cayeses encima de mí estaría celebrando mi cumpleaños desde el otro barrio.

—A ver, fue un accidente, ¿vale?

—¿Y te sigue hablando después de eso? —pregunta la abuela acercándose a mí con cara de pícara—. Y dime…, ¿es guapa? ¿Tienes alguna foto?

A la abuela siempre le hizo especial ilusión que me echase una novia, pero sabe el rechazo que tengo hacia este tema. Ella también quiso asegurarse de que algún día pueda formar mi propia familia, para quedarse tranquila el día que ella no pueda estar físicamente a mi lado.

—Vaya que si es guapa —salta Asia rápidamente—. Si no fuese porque creo que le gusta a Nate, le pediría una cita.

Casi me atraganto con un trozo de *arancini*.

—Es muy guapa, abuela, pero solo somos amigos —añado con la boca llena, para restarle peso—. Además, solo va a estar aquí temporalmente.

—Pues si es así deberás aprovechar el tiempo, muchacho. Solo se vive una vez.

—Ya sabéis que tengo poco tiempo para eso.

—Nathie, te quiero, ¿vale? Pero en algún momento tendrás que dejar de ser tan duro contigo mismo y permitirte vivir un poquito —dice Asia mientras se limpia las comisuras—. Además, esta parece muy buena chica.

—Sí…, la verdad es que sí.

—Mira, cariño. Solo te voy a decir esto una vez. —La abuela se acomoda en la silla y se inclina hacia delante—. Una vez y quiero que sea mi regalo de cumpleaños: empieza a darte la protección y el

amor que nos das a los demás. Sé tu propia persona. No escuches a los que hablan desde fuera, especialmente a tu madre. Sé que es difícil quitarse las capas de cebolla con las que te has protegido, pero, Nathie, mi gran chico especial: lo que quiere cualquier ser humano es sentirse amado y aceptado. No te prives de eso. Es lo más grande que hay.

—Echas de menos al abuelo, ¿verdad? —pregunto.

—Cada día de mi vida. Hay personas en el mundo que solo queremos despertarnos sintiendo que seguimos teniendo a esa persona especial a nuestro lado, deseando que el problema desaparezca…, pero no sucede. Aun así, precisamente esa es la razón por la que me levanto, para seguir peleando con mi batalla y asegurar que mis dos niños sepan pelear las suyas. Y, veréis…, eso llega solo. El amor nunca debería ser una batalla ni el foco del problema. No os privéis de él. Estáis en el mundo para ser alguien y para amar quienes sois, y que os amen por lo que sois, no por vuestros logros. Aunque nos hayan hecho daño, en esta familia siempre nos levantamos, ¿estamos? Para eso libramos cada guerra.

—De verdad, no hay nada entre nosotros —murmuro, aunque ya noto cómo se me calienta la cara otra vez.

—Ajá… —dice Asia, cruzada de brazos.

—Ajá… —repite la abuela, igualita.

Resoplo.

—Vale. Tal vez… estoy preparando algo.

Asia se incorpora como si hubiese escuchado una canasta en la final.

—¿Una sorpresa? ¡Ay, Dios!

La abuela se lleva las manos al pecho.

—¿Mi niño va a tener un detalle romántico? ¡Al fin!

—No es romántico —digo rápido. Demasiado rápido—. Solo… quiero hacerle algo bonito. Porque se lo merece y lo ha pasado mal. Y ya está, no es para tanto.

El silencio que hacen después es peor que cualquier comentario. Las dos se miran con complicidad.

—Estoy orgullosísima de ti —susurra la abuela.

—Yo también —añade Asia, sonriendo como una idiota.

Y por primera vez en mucho tiempo siento que quiero abrir un poco mi círculo. Siento que… quizá no esté tan mal dejar que alguien entre un poco.

Mientras Asia y la abuela hablan de cualquier otra cosa solo pienso en la idea que tengo en la cabeza.

Una que lleva todo el día creciendo.

Algo que me pone de los nervios, porque yo no sé hacer sorpresas, pero lo que sí sé es que algo dentro de mí quiere hacerla sonreír.

Algo dentro de mí quiere cuidarla, pero no se lo cuento a ellas.

Ni a nadie.

Solo lo sé yo y con eso me basta.

Al menos por ahora.

31
Libros con tarta de limón



Keyla Blake

—¿Puedo abrir los ojos ya? —pregunto, sintiendo las manos de Nate cubriéndome los párpados. Están frías, pero su contacto me calma más de lo que me incomoda.

—Casi estamos llegando, no seas impaciente —me susurra al oído, tan cerca que el aire de su voz me roza el cuello.

Como no puedo usar la vista, intento activar el resto del cuerpo. Hemos aparcado hace unos pasos y el aire frío de Silver Springs se me enreda en el pelo, pero los brazos de Nate alrededor de mi cabeza hacen de barrera contra el viento. No sé si lo hace a propósito o si simplemente le sale de forma natural, pero gracias a él todo parece menos hostil.

Damos unos pasos más. Usa una mano para mantenerme los ojos cubiertos y con la otra abre una puerta pesada. El portón chirría y

me estremezco al instante, asustada, porque los sonidos raros nunca me hacen sentir cómoda.

Entramos en una estancia cálida y por el eco de nuestros pasos intuyo que el suelo es de madera. Huele a limpio…, a algo acogedor.

—Vamos a jugar a un juego —me susurra otra vez al oído.

—¡Ay! —exclamo, muerta de la vergüenza—. No me gusta la incertidumbre y menos si me dejas invidente.

Nate se echa a reír, y su risa rebota en las paredes como una melodía contagiosa.

—A ver, Keyla. —Mi nombre en su boca me provoca que un enjambre de nervios se agite en mi vientre—. Dime tres cosas que puedas oler.

Me quedo pensativa unos segundos, sintiendo cómo me palpita el corazón.

—Mmm… —murmuro, temblorosa, porque casi nunca he estado tan cerca de un chico—. ¿Huele como a roble? No estoy segura.

—Se podría decir que sí. ¿A qué más?

—Creo que huele a café. Y a uno muy rico, además.

—Sigue —me anima al oído. ¿Por qué tiene que hablarme tan cerca?

—No estoy segura, pe-pero creo que hay una ventana abierta y por ahí entra el olor del mar.

Estoy tan nerviosa por estar aquí que me tiembla la voz. Nunca nadie me había preparado una cita, y menos una que fuera sorpresa.

—Cuando cuente tres, abres los ojos, ¿vale? Aunque me voy a separar ya para ver tu cara.

Ay, madre. Estoy entrando en pánico. Siempre he odiado ser el centro de atención, y con él me da más vergüenza todavía.

—Una…, dos… y...

—¡Espera! —digo apretando los ojos con más fuerza. Soy patética.

—Keyla —responde divertido mientras se acerca aún más—. Es abrir los ojos, no cerrarlos más. Venga, me pongo a tu lado y así no te miro.

Siento su calor a mi lado. Está tan cerca que noto su respiración rozándome la mejilla. Me cubro la cara con las manos, como cuando ves una película de terror y dejas un hueco entre los dedos para mirar.

Respiro hondo.

Y abro los ojos.

Lo que veo me corta la respiración.

Nate me ha traído a una librería. Pero no a una normal, sino una sacada de un cuento: techos altos con vigas de madera blanca, estanterías que trepan hasta lo imposible y una escalera con ruedas para alcanzar los libros más altos.

Al fondo hay una máquina de café blanca con dos tazas echando humo, justo al lado de unos ventanales enormes que dan al paseo marítimo. El atardecer se cuela dentro como un cuadro anaranjado. En el centro de la librería, dos butacas de terciopelo azul pastel y una cajita sobre una mesita.

—¿Eso es… tarta de limón?

Es mi favorita. Y creo que es algo que solo saben mis tíos.

Siento que me encojo, que mi cuerpo entero quiere hacerse pequeño. De forma instintiva, me cruzo los brazos sobre el pecho. No sé si es vergüenza, protección o ambas cosas.

—¿Tienes frío? —pregunta preocupado, acercándose con el ceño fruncido.

—N-no. Estoy bien, Nate, pero… ¿qué es todo esto?

Él da un paso atrás, como si quisiera darme espacio. Sonríe. Sus manos se hunden en los bolsillos y tiene una expresión nerviosa que no le había visto nunca. Siempre parece tan seguro, tan serio…, y ahora está mirando los cordones de sus zapatillas como si fueran lo más interesante del planeta.

—Es… —se rasca la nuca— una librería. —Me lanza una mirada de reojo—. Te creía más observadora, Blake.

Se me escapa una risa en voz baja.

—Sí, pero… ¿está vacía? No veo ni siquiera al librero.

—La he alquilado para nosotros durante tres horas —añade, como quien dice que ha comprado una barra de pan. Luego, al ver mi cara —: No me mires así. Me salía mejor de precio que pagar una multa por colarnos de madrugada. El dueño se puso pesado con lo de la legalidad.

—Pero, Nate… —susurro, incapaz de articular nada más.

—Quería… —coge aire— que tuvieras un lugar en el pueblo que te hiciera sentirte cerca de casa. Como me dijiste que te gustaba leer, pensé que a lo mejor aquí…

Trago saliva. Mi mundo, ese que me ha acompañado desde pequeña, está aquí, delante de mí.

Me empiezan a picar los ojos y a doler el estómago por ser tan ridícula, porque no entiendo por qué ha hecho esto. No me merezco algo así. No nos conocemos tanto, y yo… yo no tengo nada para darle a él.

¿Quién alquila una librería por ti? ¿Y si cuando me conozca de verdad se arrepiente de haberse gastado este dinero?

—No tenías que… —empiezo, sin encontrar el final de la frase—. No sé cómo has podido hacer algo así por mí. No puedo aceptarlo.

—Ah, pues vas a tener que hacerlo, porque no hay tique de devolución.

Empieza a caminar con las manos en los bolsillos, dejando tras de sí el rastro de su perfume, cálido y amaderado.

—Mira, no tienes que hacer nada —dice girándose hacia mí—. Solo estar. Si te apetece, claro, y te encuentras bien. Si no, nos vamos y me como yo la tarta. —Se encoge de hombros—. Sería un drama, pero puedo sobrevivir a que me rechaces.

Me atraganto con mi propia risa. Me da vueltas la cabeza.

¿A qué se refiere con rechazarlo?

Me conozco, y él… él es distinto. Es atento, bueno, y no parece querer nada más que mi compañía. Lo miro fijamente y siento que el estómago me da un vuelco, pero no por las mariposas, sino por el vértigo. Él es Nate Miller, tiene la vida solucionada y estoy segura de que no quiere problemas en su vida. Y yo, la chica que se esconde dentro de los libros, solo huelo a problemas.

Una voz insidiosa me susurra que esto no puede ser real. Que quizá le hago gracia porque soy la novedad o, peor aún, porque le doy pena. Siento que soy un paréntesis en su vida, algo temporal. Tengo la certeza absurda de que, en cuanto aparezca alguien más interesante, más guapa o simplemente menos complicada, yo volveré a ser invisible.

Soy fácil de olvidar.

Soy reemplazable.

Y me aterra pensar que él solo está siendo amable mientras espera a que empiece la película de verdad con alguien que esté a su altura.

Ellie me dijo ayer que tenía que exponerme a vivir, y sé que esto forma parte de ello, pero me siento más segura si solo somos amigos. Al menos hasta que yo esté menos estropeada, hasta que sepa cómo recibir el amor que alguien quiera darme.

Aun así, he venido aquí para esto.

—Sería un crimen desperdiciar esa tarta de limón, pero… lo siento —digo, avergonzada—. No puedo comer gluten.

—Ya tengo suficientes antecedentes con que tengas problemas en mi presencia —responde, divertido—, así que me he esforzado en elegir una que tú también puedas comer. —Señala la pegatina de la caja—. Apta para celíacos. No me gustaría terminar la cita en el hospital.

—¿Pero tú cómo sabes eso? ¿Te lo ha dicho Avery? —pregunto, asustada y avergonzada.

—Me lo dijiste el otro día, en el Grey's. Y, si de algo puedo presumir, es de tener buena memoria.

Debo de haberlo olvidado con los nervios. Me pasa a menudo cuando estoy ansiosa: mi mente se apaga y los recuerdos se disuelven.

—Muchas gracias por acordarte de algo así, Nate.

—No tienes que darme las gracias. De hecho, no me las des nunca más por nada.

—¿Cómo no te las voy a dar? Es un detalle enorme.

—Creo que preocuparme de que mi invitada pueda disfrutar de la comida es lo mínimo, ¿no crees?

Madre mía. Este chico es muy atento.

¿De verdad ha hecho todo esto para mí? No le digo que la tarta de limón es mi favorita porque me muero de la vergüenza.

—Venga, vayamos a explorar antes de merendar.

Nate se adelanta y empieza a mirar los libros de la sección de fantasía. Yo, en cambio, me decanto por la de romance.

Tardo una cantidad de tiempo ridícula en observar cada detalle. Es la librería más bonita en la que he estado nunca. Ni siquiera mi favorita en Portland se le acerca.

El techo tiene ramas entrelazadas, como si un árbol hubiese crecido dentro. Hay ediciones especiales de mis libros preferidos, en distintos idiomas.

Paso los dedos por los lomos, oliendo el papel, disfrutando del roce de las cubiertas. Estar aquí, en este lugar vacío y silencioso, es un sueño.

—¿Sabes? —dice Nate desde la otra punta de la sala—. De pequeño también me gustaba leer, pero lo fui dejando cuando el baloncesto empezó a ocuparlo todo.

—Ah, ¿sí? —pregunto, girándome hacia él con un clásico entre las manos—. Creo que es de los hobbies más bonitos que hay. Cuando leo, siento que puedo ser otra persona, tomar mejores decisiones. Curiosamente, cuando estoy entre libros sé qué cosas mejorarían la vida de los personajes, pero, cuando se trata de mí…, es otra historia.

Nate se acerca despacio, con las manos en los bolsillos, observándome entre los estantes.

—Bueno, sin conocerte mucho, diría que sabes tomar buenas decisiones. Mira dónde estás, Keyla: saliendo de tu zona de confort.

—En verdad vine medio obligada por mi tía, así que el mérito no es mío.

—¿Tienes mucha relación con tu tía?

—Sí, mucha. Vivo con ella y con mi tío.

Se hace un silencio. No entraba en mis planes hablar de esto.

—¿Sí? ¿Desde hace mucho? —pregunta al fin.

—S-sí. Desde que tengo seis años.

—Pues debe de ser increíble, si te ha ayudado tanto. Pero, al fin y al cabo, la que ha venido hasta aquí has sido tú, no ella. No te quites mérito.

Agradezco que no insista. Hay partes de mi vida que todavía no sé cómo nombrar.

Nate se acerca un poco más, y siento el calor de su cuerpo rozándome.

—¡Ostras! —chillo, llevándome la mano al pecho.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, sí, perdón —respondo con las manos temblando—. Es que este libro no salía hasta dentro de dos semanas. Es de mi autora favorita, y no sabía ni que fuese a salir esta edición. Es perfecta.

—¡Qué susto me has dado! —exclama entre risas—. Llévatelo. He supuesto que habría alguno que te gustaría, así que, junto con el alquiler, he comprado una tarjeta regalo.

—¿Cómo? No, no, de ninguna manera —respondo, sintiendo el estómago encogerse—. Ya has hecho suficiente cerrando esto para nosotros. Es demasiado, y además este libro es carísimo, ya te has gastado mucho en…

—Keyla —me corta—. Está feo que yo lo diga, pero tengo mucho dinero. Podría comprar la librería entera y me seguiría sobrando. Así

que, por favor, llévatelo.

—Pero es tu dinero, y no tienes que gastártelo en mí.

—Tú lo has dicho: no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo. Esa es la diferencia.

Me quedo callada. Me muerdo el labio y trago saliva.

—Pero yo no tengo nada para ti.

—Esto no es un intercambio de regalos —dice con una sonrisa—. Lo hago porque quiero.

Levanto la mirada. Sus ojos verdes se clavan en los míos desde las alturas ya que debe de sacarme como una cabeza y media. Antes de que pueda responder, se adelanta.

—¿Merendamos?

—Por favor.

Nos sentamos en las butacas y el silencio que queda entre nosotros es tan cálido como el vapor del café. La tarta está en medio, brillante y delicada, como si no perteneciera al mundo real.

—Mmm, qué rica está —digo con la boca llena, incapaz de disimular—. La tarta de limón siempre superará a la de zanahoria, digan lo que digan.

—¿Y también a la de queso? —pregunta él, divertido, apoyando un codo en el respaldo.

—Si la de queso es con base de limón, entonces me quedo con la de queso.

—Buena elección. Me gusta.

Me como el último trozo y lo saboreo con los ojos cerrados. Cuando los abro, Nate me está mirando. No de esa forma que incomoda, sino con una curiosidad suave, como si intentara descifrarme sin romperme.

—¿Cómo te sientes después de llevar un tiempo por aquí? —me pregunta, sin soltarme.

—Creo que estoy lejos de estar cerca de mi objetivo —respondo tras pensarlo—, pero me hace sentir bien intentarlo.

—De eso se trata —dice él, mirándome como si no hubiese nadie más en el mundo—. Pero ¿qué crees que te haría estar más cerca?

—No lo sé…, supongo que conseguir algún objetivo importante.

—¿Tienes alguno en mente?

—Lo que más me cuesta es socializar. Así que… supongo que sentirme cómoda estando con gente sería un gran paso.

Nate asiente despacio, como si estuviera pensando qué hay detrás de mis palabras. Qué me habrá llevado a sentirme así, qué hay detrás de mi dolor.

—Estaba pensando que quizá podría ayudarte con eso.

—¿S-sí? —pregunto, mordiéndome el labio inferior.

—La vida que tengo me exige socializar bastante —explica con calma—, y quizá podría llevarte conmigo a algún evento para practicar. —Me lanza una mirada interrogante—. ¿Te gustaría?

Mi estómago se encoge. Siento el pulso en la garganta.

—No tienes que decir que sí, tranquila —añade enseguida, al ver mi expresión—. Lo que te parezca bien, me parece bien.

Su tono es tan comprensivo que casi me dan ganas de llorar.

—¿Sí? —pregunto bajito, buscando confirmación.

—Sí —responde con una sonrisa ligera.

Recuerdo las palabras de Ellie: exposiciones pequeñas, una o dos horas, y siempre con una vía de escape. «Si lo necesitas, te inventas una excusa. Tu cuerpo es la salida», me repitió.

Qué difícil.

—Me parece bien —susurro al fin.

—¿Sí? —repite, con un brillo ilusionado en los ojos.

Asiento, y su mirada se me clava tan profundo que siento calor en el pecho.

—Vale —dice, inclinándose un poco hacia mí—, ¿qué te parecería el sábado de la semana que viene?

Ay, mi madre. No, no, no. Demasiado pronto.

—¿Tan pronto? —pregunto, tragando saliva.

—Hay una gala benéfica, en honor a la lucha contra el cáncer. Y casi siempre me piden que lleve acompañante.

Siento cómo se me humedecen los ojos sin entender del todo por qué. Tal vez por la causa. Tal vez porque nunca nadie me ha pedido algo así.

Y, además…, si siempre tiene que ir con alguien, ¿con qué más chicas habrá ido?

—Suena bien, pero… no sé si me siento lista. Igual podría ir alguna persona que haya ido contigo alguna otra vez.

—Si tú no vienes conmigo, iré solo.

—¿Cómo vas a ir solo? De ser así, iré contigo.

¿Cómo podía negarme después de lo que ha hecho hoy por mí?

—Mira, es algo protocolario que siempre me piden, pero nunca he ido con nadie excepto una vez que fui con Asia.

Asia. La chica de los ojos enormes y el pelo negro. La chica que parece sacada de la película de Aladín.

Normal que le haya gustado, es muy guapa.

Nate frunce el ceño y se empieza a reír.

—Keyla, no sé si lo sabes, pero Asia se podría decir que es mi hermana.

—¿Tu hermana? —El sofoco me sube por el cuerpo.

—Sí. No es mi hermana de sangre, pero mi abuela la adoptó cuando era pequeña.

De repente siento como el cuerpo se me hiela porque la palabra «adopción» es demasiado dura para mí.

—¿Qué quieres decir? —pregunto de manera estúpida.

—Asia tiene una historia bastante difícil, que será mejor que te cuente ella. La verdad, creo que os llevaríais muy bien. Ella y mi abuela son las que me enseñaron todo lo que sé en la vida.

—Tiene pinta de ser muy buena chica, aunque el otro día apenas hablamos.

—Es una persona reservada y un poco introvertida cuando no la conoces, pero después está verdaderamente loca. Solo que le cuesta mucho confiar en los demás.

¿Cómo he podido ser tan tonta de creer que Asia era su exnovia o algo así?

Me pensaba que sus silencios eran porque estaba incómoda y, al final, simplemente es una persona con miedos, al igual que yo.

—Pues me encantaría conocerla.

—Ella también quiere conocerte a ti. Le has caído bien.

—Cuando la veas dile de mi parte que el otro día no hablé mucho con ella porque me daba… un poco de vergüenza.

—Tranquila, creo que lo sabe. Es una chica observadora —responde mientras se rasca la cabeza—. ¿Entonces vienes conmigo?

—Sí. Te acompañaré, pero no prometo quedarme hasta tarde.

—Eso no será necesario, Keyla. En cuanto me des la señal, te llevaré a casa. Dime una cosa, ¿hay algo que te haría sentir más tranquila? —pregunta con delicadeza.

—Creo que saber si habrá mucha gente… o sentarme cerca de alguna salida. Y también cuánto va a durar. Eso también.

Dios. Ahora sí que pensará que estoy loca.

Evito mirarlo, pero veo por el rabillo del ojo que sonríe.

—Keyla, todo eso tiene fácil solución —dice con voz calmada—. Durará el tiempo que queramos; si te encuentras mal, nos vamos. Puedo pedir que nos sienten donde yo diga y, con respecto a la gente…, suelen ir unas cien personas, pero no tenemos por qué hablar con ellas. Solo vamos a importar tú y yo, ¿vale?

Asiento despacio, encogiéndome un poco hacia dentro.

—Solo tú y yo.

—Solamente nosotros dos, Moon.

Sus palabras se me quedan dentro, como si se adhirieran al pecho.

Hay cientos de frases escritas en mi cuerpo. Algunos podrían leer mi dolor; otros, mi falta de aceptación.

Hay un millón de palabras en mi cabeza, superpuestas, tropezando entre sí.

Hoy tenía miedo. Miedo de no ser suficiente. Miedo de no ser valiente.

Pero me he levantado esta mañana sin saber si estaba haciendo lo correcto, y ahora, al final del día, me doy cuenta de que cada segundo ha valido la pena intentarlo.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo en voz baja.

—Claro. —Se recoloca en la butaca.

Se sienta más cerca, poniendo un brazo sobre el respaldo, sin llegar a tocarme.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto antes de que él lo haga.

—Porque quería pasar un rato contigo.

—¿De verdad? —Lo miro con escepticismo, aunque por dentro algo se me mueve.

—De verdad —responde sin dudar, con una honestidad tan limpia que me obliga a apartar la vista.

—¿Solo por eso?

—¿Hay algún otro motivo que te gustaría?

Su mano encuentra la mía sobre el sofá. Acaricia mis nudillos con la yema de los dedos, apenas un roce, pero suficiente para que el corazón me dé un salto.

—Lo cierto es, Keyla, que quería darte las gracias por la conversación que tuvimos el otro día.

—No hice nada especial.

—Hiciste más de lo que crees. Me gusta estar contigo porque a tu lado simplemente soy Nate.

—Todo el mundo debería conocer a ese Nate, ¿sabes? Porque, cuando es él, es su mejor versión.

—¿Cómo estás tan segura?

—Por cómo te brillan los ojos cuando eres simplemente tú.

Debería ser ilegal la forma en la que me está mirando ahora mismo. Me siento confundida entre lo que no quiero hacer y lo que me gustaría cuando lo veo sentado con su enorme cuerpo mirándome así, haciéndome dudar de la palabra que tengo conmigo misma.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Nate parpadea lentamente, con esa sonrisa que tanto me gusta dibujada en su cara, casi dolorosa para mí.

—¿Por qué sigues poniéndomelo tan difícil?

—¿El qué?

—El no cruzar la línea.

Aprieta mi mano una última vez antes de soltarla suavemente, rompiendo el contacto físico, pero no el visual.

—No estoy haciendo nada, solo te hago saber que a mí me gusta ese Nate.

—Me gusta quién soy cuando estoy contigo, pero también me asusta lo mucho que quiero… —Se calla y niega con la cabeza, mirando hacia la ventana—. Será mejor que nos vayamos antes de que decida pedir otra tarta o hacer algo de lo que me arrepienta.

Quiero decirle que lo haga porque yo también quiero arrepentirme. Cuando estamos juntos siento que el vacío que tengo por dentro va siendo sustituido por cosas bonitas, como fuegos artificiales o flores en forma de enredadera que van trepando por donde antes no crecía nada.

Se levanta, ofreciéndome una vía de escape, pero mientras recojo mi abrigo me doy cuenta de que ya no se trata de no querer cruzar esa línea, sino de cuánto tiempo podremos fingir que no nos estamos acercando demasiado a ella.

EL CHICO ESTRELLA

Cuatro años

El pabellón olía a palomitas y a perrito caliente. Me encantaba ir para ver a papá jugar a la pelota. Las luces eran tan grandes que me hacían guiñar los ojitos. Con las manos metidas en el abrigo de la abuela, los pies me colgaban del asiento mientras papá calentaba para salir.

A mi lado, mamá Charlotte gritaba el nombre de papá, que corría por la pista con una camiseta blanca y azul, igual que la que llevábamos nosotros tres puesta.

—¡Vamos, Bobby! —decía ella con una voz que temblaba de la emoción.

Yo no entendía del todo qué pasaba, pero todos aplaudían cada vez que la pelota entraba en el aro. Cuando papá metió tres puntos, todo el mundo se levantó de sus asientos. El sonido fue tan tan grande, que me tapé los oídos partiéndome de la risa. Papá levantó el brazo y miró hacia las gradas para hacernos su gesto especial: un dibujo del tres que llevaba con los dedos desde la boca hasta donde estábamos nosotros. Mamá agitó la mano y la abuela sonrió.

—Ese es tu papá, cariño —susurró ella, bajando la voz.

—Da-dá.

Juntando las dos palmas, empecé a dar golpes entre ellas, aunque no sabía muy bien qué significaba eso. Solo sabía que mi papi brillaba ahí abajo más que todos los demás.

Cuando el partido terminó, casi me quedé dormido en los brazos de la abuela mientras lo esperábamos para volver a casa, rodeados de gente que nos pedía fotos. Cuando papá nos vio, me despertó de golpe cogiéndome en brazos, pero olía a algo raro, parecido a la botella que tiene la abuela debajo del fregadero para hacer su guiso de ternera.

—¡Eh, campeón! —dijo mi padre cuando me vio, levantándome por los aires—. ¿Has visto el triple que metí? Era para ti.

Me reí y, aunque no sabía qué era un triple, me gustaba que me levantase así, para volar como un superhéroe.

—Bobby, el niño estaba casi dormido. Ten más cuidado —le replicó mamá.

En el coche, mamá no estaba tan contenta como hasta hacía un rato. Miraba por la ventanilla y no dejaba de pulsar todas las teclas de su teléfono.

Yo, en cambio, iba detrás viendo dibujos con la abuela y papá cantaba la canción que estaba sonando en la radio, pero parecía que no se sabía bien la letra.

En algunos momentos el coche pasaba de lento a rápido, y sentía que mi corazón iba también a esa velocidad.

—Bobby, por favor, más despacio —dijo mamá, sin levantar la vista del móvil.

—Vamos despacio, nena —contestó él.

—Bobby, más te vale reducir la velocidad, o mañana saldrás en las noticias —le dijo la abuela.

Me agarré al cinturón como si fuera un juego mientras la abuela me apretaba la mano.

Esa noche cenamos todos juntos. Yo tenía macarrones, pero no me los terminé. Papá se reía muy alto y mamá no sonreía. La abuela comía despacio, mirando el plato. De pronto, mamá se levantó.

—No puedes seguir así, Bobby. No delante de Nate.

Papá la miró de una forma rara.

—No empieces, Charlotte —dijo—. Tienes todo lo que quieres: dinero, joyas, ropa cara…, y sin mover un dedo. Y aun así te empeñas en seguir quejándote.

—¡No es por mí, imbécil! Es por su bien, para que seas un buen ejemplo a seguir.

—¿Me hablas tú de ejemplo? Oh, cielo, pasas de tu puñetero hijo como si fuese un mueble más de esta casa —le respondió papá, dando otro trago al vaso de vino—. Fue un capricho tuyo, como todo lo demás, así que no es momento de que hagas de madre del año.

—¿Cómo dices, desgraciado de mierda? ¡Los dos decidimos tenerlo! Porque éramos felices antes de que la fama se te subiese a la cabeza.

—No he debido de ser el único que ha cambiado desde que los millones empezaron a entrar en casa, Charlotte. No te hagas la digna. Si no querías tenerlo, haber abortado. Te lo habría pagado, al igual que todo lo demás.

—Sois unos impresentables —sentenció la abuela.

No entendí por qué la voz de la abuela sonó tan triste, pero me cogió en brazos y me tapó los oídos para no seguir escuchando a

mamá y a papá. Me cuesta dormir con ruido.

—Ven, cielo. Hora de dormir.

—Mo-mir.

—Sí, cariño. Vamos a momir.

Desde la escalera oía sus voces más fuertes, mezcladas con ruidos y palabras que no conocía.

La abuela me ayudó a ponerme el pijama y me arropó con la manta de estrellas.

—Mu alto, awela —le dije.

Ella me acarició el pelo con los ojos brillantes.

—A veces los mayores se olvidan de hablar bajito, cielo.

—Loz mayo-rez.

—Sí, cariño. Pero no es por ti, papá está cansado. Ganó un partido muy grande, ¿verdad?

—Zi. Gran-ne —dije, sonriendo.

Ella me besó la frente.

—Así, así, cantaba la rana, así, así, hacía la vaca, y un buen día, y un buen día, juntas fueron a jugar… —cantaba Dottie mientras enredaba los dedos en mi pelo.

Yo miraba a los ojos a mi abuelita sin entender lo que estaba pasando. Los gritos inundaban toda la casa, pero ella siempre cantaba mis canciones preferidas para que me quedase dormido.

—Tú eres mi superhéroe.

—¿Cómo Spiniman?

—Sí, mi niño. Como el hombre araña, pero en versión mejorada.

Cerré los ojos cuando abajo se oyó un portazo, pero la abuela se quedó conmigo hasta que todo se quedó en silencio. Soñé con una

pelota que subía tan alto que tocaba el cielo, y papá sonreía desde allí arriba, con las luces del pabellón hechas de estrellas.

32
Algunas cosas nunca cambian



Nate Miller

—Nate, ¿me estás escuchando?

—Sí, mamá. Lo estoy haciendo, pero estoy ocupado con los chicos.

El aire está lleno de humo procedente de la carne dorándose a la parrilla y de la salsa de tomate quemándose en el horno. Wyatt, Aiden y Lach han venido a arramplar con mi cocina, como ya es tradición. Los tengo alrededor de la isla, preparando pizzas y filetes a la plancha. Es algo que solíamos hacer cuando éramos más pequeños una vez a la semana, pero que ahora, con los entrenamientos, hacemos una vez al mes: nos reunimos los cuatro sin excusa, en mi casa o en alguna de la de los chicos, para no perder las buenas costumbres.

Este mes tocaba en casa de Wyatt, pero está teniendo… problemas, así que me he ofrecido, aun a sabiendas de que mi

madre iba a ponerme de los nervios.

—Vale. Recuerda la agenda de mañana antes de quedarte hasta tarde con ellos: entrenamiento temprano, pesaje con los nutricionistas en ayunas; después vas al cardio y, por la tarde, tienes las fotos.

—Sí, mamá.

—¡Ah! Y no olvides la gala —dice cuando está llegando a la puerta para salir al salón—. ¿Ya tienes traje?

—No, mamá. No tengo traje, pero descuida, mañana iré a por él.

—¿Cómo que aún no tienes el traje? ¿Y si tienen que ajustarte alguna parte?

—Pues, si eso pasa, tengo treinta trajes más en el vestidor. Solo es una gala, relájate.

—No me digas que me relaje, Nathaniel —replica, acercándose otra vez a mí—. Los organizadores están pensando en asociarse con Samuel en su nuevo proyecto. Tu imagen mañana no es solo tuya, es el aval de esa firma.

—Conque es eso, ¿eh? —Noto que empiezo a enfadarme—. La gala no es ni siquiera por los pacientes con cáncer, sino por dinero.

—Todo en la vida son negocios, Nate. Así que, por favor, tómatelo en serio.

—¿Crees que llevan la cuenta de los trajes que tengo en el armario?

A Wyatt se le escapa un ruido por la boca, porque no puede aguantarse más la risa, y disimula mirando por la ventana.

Charlotte lo fulmina con la mirada y alza la barbilla.

—Mañana te acompaño a comprarlo —dice al fin—. Y, por cierto, ¿tienes ya acompañante?

—Sí, mamá, tengo acompañante —respondo, sirviéndome un vaso de agua.

Wyatt se gira desde la ventana, mientras el sonido del cuchillo golpeando la tabla se detiene.

—Ay, Nate. ¡Qué alegría me das! —exclama, abrazando las manos contra el pecho—. ¿De qué familia es y en qué trabaja?

—Se llama Keyla y creo que no es importante saber de qué trabaja para acompañarme a ningún sitio. Mejor ve a descansar.

Charlotte se queda unos segundos en silencio y asiente con la cabeza antes de salir por la puerta.

Cuando se cierra, siento un alivio inmediato. Estoy harto de que me exija tanto y de que ella aporte tan poco, pero me frustra porque tampoco sé cómo cambiar la situación. Al fin y al cabo, es mi madre, la única que tengo. A diferencia de mi padre, del que llevo años sin saber nada.

—Uuuuuuuu —dice Wyatt, dándome un codazo—. Conque acompañante, ¿eh?

—Eso, eso —vacila Aiden—. Cuéntanos cómo has acabado llevando a Keyla a la gala.

—Somos todo oídos —añade Lach, mordiendo una manzana.

Meto la pizza en el horno y me doy por vencido.

—Puede ser que el otro día tuviésemos una cita —anuncio, alargando las palabras sin levantar la mirada de la encimera—. Y puede que la hubiese preparado yo.

—¿Estás consumiendo algún tipo de droga? —Wyatt parece preocupado y se acerca a mí para abrirme los ojos—. Podemos ayudarte, tío. Tiene las pupilas dilatadas. Ayuda, chicos.

—No seas idiota, Wyatt —le amenaza Aiden con el cuchillo en la mano—. Por fin Nate ha encontrado a alguien que merece su atención. Déjalo disfrutar.

—Ya está el otro enamorado —responde Wyatt, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, ¿y cómo fue el polvo? —pregunta Lach.

—No me preguntes algo así, imbécil —le digo, cansado—. No busco eso con ella.

—Vale, pero ¿sí o no?

Le doy una colleja con la gorra.

—¡Auch! —se queja—. Solo era una pregunta; no me parecía incompatible una cosa con otra.

—Pues lo es, ¿vale? Keyla no es para eso.

—¿Y para qué es? —Wyatt entorna los ojos y me pregunta con voz socarrona.

—No sé, tíos. Por ahora no es nada. —Y me siento raro al decir eso—. Simplemente me siento a gusto con ella. Ni siquiera nos hemos enrollado.

—Hermano, a mí me parece genial —responde Aiden—. Creo que necesitabas encontrar a alguien con quien sentirte así.

—¿Ahora hablas como un libro de autoayuda? —bromea Wyatt.

Aiden le enseña el dedo corazón y todos empezamos a reír.

—¿Entonces nuestra futura estrella de la NBA está pillado por los huevos? —pregunta Wyatt.

—Somos amigos. Ella es nueva; yo conozco el pueblo. Ella necesita salir de casa… y yo necesito relajarme. Eso es todo.

—Oye, ¿y qué le pasó el otro día? —Lach se muestra curioso.

—La verdad es que no me ha contado mucho —digo, probando un trozo de la carne que acabamos de sacar de la sartén, para ver el punto—. Solo sé que está pasando un momento un poco complicado y quiero que cuente con mi ayuda.

—Pues si está pasándolo mal será mejor que te lo pienses antes de ilusionarla.

—Aiden, tío, no estoy ilusionando a nadie; somos personas que nos hacemos bien estando juntas, y ya está.

—¿Nos vas a decir que no te gusta? —pregunta Wyatt—. Tío, la chica está muy buena. Tiene el mejor culo que he visto nunca. Después del de Sienna, claro.

—No la nombres, puto cerdo asqueroso —gruñe Aiden.

—Colega, no puedo defenderte siempre. Aiden tiene razón: eres asqueroso —le confieso a mi amigo.

—Venga, machos alfa. Solo digo lo que piensan todos.

—Todos los que piensan con la polla —le contesta Lach—. Pero te doy la razón: tiene buen culo y es muy guapa.

—¿Podemos dejar de hablar de su físico? Gracias —finalizo, sintiendo cómo me voy cabreando a cada frase que sueltan por la bocaza.

—¿Y cómo es? —pregunta Aiden—. El otro día no habló mucho con nosotros.

—Le cuesta un poco… socializar. Ya os he dicho que no lo está pasando bien.

—¿Por eso se vino al pueblo? —pregunta Aiden con verdadera curiosidad.

—Algo así.

—Quizá es bueno que se haga amiga de Asia; ya sabes, ella tampoco es muy sociable.

—Asia es reservada y simplemente prefiere pasar tiempo sola a pasarlo con cualquiera.

—Sí, sí. Y con nosotros cada vez está más cómoda —responde Lach—. Lo digo por la época que tuvo con…

—Cállate, tío —le corto—. No quiero recordar esa época.

—Tú mandas. —Hace un gesto con dos dedos desde la sien hacia mí, haciéndome ver que lo ha entendido.

—¿Y por qué no ha venido hoy? —Aiden corta la siguiente pizza en trozos—. Deberías invitarla más, tío.

—Mañana tenía algo importante que hacer —les cuento, mientras voy a por mi siguiente plato de comida y veo a Lach sacarse un táper de la mochila—. ¿Qué haces con eso, tío? Se supone que hoy es nuestra comida libre.

—Lo sé, lo sé, pero ya sabéis que me tomo muy en serio la temporada. Estamos haciendo ahora un entrenamiento intensivo con cargas muy altas y necesito comer limpio.

—Colega. —Wyatt se acerca a él y le pone una mano sobre el hombro—. Te admiro, pero lo que más me gusta de ti son los trozos de pizza extra que me has dejado.

—Eh, eh, a ti y a todos —replica Aiden.

—Sois como un matrimonio —les digo, riéndome.

—Más bien somos como un padre con su hijo —murmura Aiden—. Y está claro que yo soy el padre.

—Normalmente me sentiría ofendido, pero si algo no puedo hacer es mentir. —Wyatt se ríe mientras nos mira.

Detrás de ese humor de mierda, Wyatt se guarda muchas cosas dentro. Cada uno de mis amigos las ha pasado canutas a su manera, pero todos y cada uno hemos sabido pelear nuestras batallas. Aunque parezcan no acabar nunca, siempre vamos en el mismo barco. Aun así, no puedo evitar pensar, al mirarlos, que todos callan algún secreto que no comparten, algo que nos queremos llevar a la tumba.

—Hablando de partidos —deja caer Aiden con la boca llena—. La semana que viene tienes uno importante, ¿no, Nathie?

—Sí, tío. Contra los Celtics Stars.

—Es tu oportunidad de destacar, hermano. En los partidos importantes suele haber bastantes ojeadores de la NBA.

—Cada vez están viniendo más, incluso a los entrenamientos.

—Allí estaremos todos, ¿verdad, chavales? —pregunta Wyatt—. Iremos en manada a animarte.

—Os quiero, tíos. Intentaré conseguiros unos buenos asientos.

—Algo bueno tenía que tener que todos seamos del equipo de Silver Springs y que casi nunca coincidan los partidos —dice Aiden—. Aunque el pobre Lach no tiene muchas veces la misma suerte.

—Los de béisbol son gente rara, ¿no lo sabíais? —pregunta Wyatt —. Son unos *snobs*, me dan miedo.

—Somos gente elegante —replica Lach—. No como vosotros, que os arrastráis por el hielo.

—Ja, ja —gruñe Wyatt—. ¿Crees que podrás venir? Llamaremos también a las chicas.

—Si es el sábado, sí, porque el domingo tenemos una demostración del equipo en la que nos van a presentar, y espero que vengáis.

—Eso está hecho —le digo a mi amigo.

Lach es el que tiene una vida con menos tiempo libre de los cuatro. Su obsesión con el deporte le hace entrenar más que a ninguno, y se lo toma muy en serio. Aunque es al que menos veo, es un amigo de diez y siempre estaré ahí para él.

—Oye, tío —dice, limpiándose las comisuras de los labios—. Sé menos duro con Hayes, ¿quieres?

—¿Perdona?

—Aidy, corre, ve metiendo las palomitas en el microondas —susurra Wyatt por lo bajo.

—Sí, colega. Es que estáis siempre peleándoos y, joder, no es un mal tío.

—Mira, Lach, no sé qué te habrá dicho el muy imbécil, pero te aseguro que el causante de los problemas no soy yo.

—No me ha tenido que decir nada para ver la realidad. Con poner vuestro nombre en Google ya sé lo suficiente.

—¿Y entonces por qué no te molestas en preguntarle a tu amigo qué problema tiene conmigo y no al revés?

—Porque sé que no lo tiene, tío.

La situación empieza a ponerse tensa y me conozco: tiene que terminar cuanto antes.

—Mira, sé que no es santo de tu devoción y sabéis que pongo a este grupo por encima de todo —dice, inclinándose hacia delante en la mesa—. Pero él también es mi amigo, y sé que no es la persona más abierta del mundo, pero es una buena persona.

—Ah, ¿sí? Pues, si eres su amigo, quizá deberías darle algún consejo de comportamiento, porque demuestra fatal sus intenciones sacándome de mis casillas cada vez que puede.

—Venga, chavales, que se nos enfría la pizza —Aiden intenta romper el hielo, rodeándonos con los brazos.

—Sí, vamos a terminar la cena, tíos, que mañana madrugo.

La conversación cambia a otra cosa, como las apuestas sobre quién ganará, pero yo ya no tengo la cabeza ahí. Y, a pesar de lo que hemos hablado, durante unos segundos la cocina se llena de ese ruido como el que solo se da cuando estás con las personas correctas.

Y entonces me doy cuenta de que, pese a todo lo que tengo —la casa, el dinero, mis trofeos—, esto es lo más parecido a una familia de verdad. Solo faltan aquí la abuela y Asia.

Por un momento, me planteo si podría ser posible que este ruido fuese el que me acompañase siempre, y no con el que duermo todas las noches. Tener mi propia familia, elegir mi propia vida y tomar mis propias decisiones.

Salgo un momento a tirar la basura y veo que la luna está casi llena.

Moon.

Saco el teléfono del bolsillo y decido escribirle, a pesar de que hemos hablado hace un rato.

NATE

¿Has visto la luna?

KEYLA

No sabes lo bonita que se ve desde el faro.

NATE

¿Me mandas una foto?

KEYLA

Imagen

NATE

Impresionante.

KEYLA

Lo es.

NATE

Sabes que en un par de días estará llena, ¿no?

KEYLA

Eso creo; ahora mismo le falta solo un trocito para estar completa del todo.

NATE

Lo que quiere decir... que, cuando vaya a recogerte para la gala, estará anocheciendo y podremos verla en su mejor momento.

KEYLA

Calla, ¡qué nervios! Espero ser capaz de acompañarte sin salir corriendo.

NATE

Va a salir mucho mejor de lo que tienes en tu cabeza y, si no, yo estaré ahí para llevarte de vuelta.

KEYLA

¿De verdad? No quiero ser una molestia...

NATE

Tú nunca molestas, y si me ofrezco es porque de verdad quiero ayudarte. Confía en mí, ¿vale? Buenas noches, Moon.

Y, después de todo, tengo la sensación de estar mirando la misma luna que alguien que empieza a importarme más de lo que quiero reconocer.

33
Sobrevivir no es vivir



Keyla Blake

Prefería pasar tiempo sola, aunque la soledad no me ha hecho precisamente la persona más valiente del mundo.

Es algo que pienso mientras espero a que Ellie abra la puerta de su consulta, enredando los dedos en las mangas del jersey. Parece una tontería, pero son el tipo de detalles que me hacen sentir segura: ropa de abrigo, una botella de agua siempre en el bolso y un frasco pequeño de aceite esencial de canela con mandarina.

Mi terapeuta abre la puerta y me mira desde dentro con una sonrisa enorme en la cara. Me invita a pasar con un leve movimiento de cabeza, como si no fuera lo más difícil del mundo.

Hoy lleva su pelo castaño recogido en una trenza y una chaqueta de lana azul que combina con las vistas al mar.

El despacho huele a té y a madera encerada. En la estantería, los libros están ordenados por colores, como si mi mente también

pudiese ordenarse de la misma forma.

Tiene todo preparado para mí como la última vez, así que cojo la manta que tiene mi inicial y dejo que su peso me ayude a sentirme más tranquila.

Ellie me mira desde su butaca y por un segundo siento que hay alguien que respira conmigo y a la que le preocupan las mismas cosas que a mí.

—¿Cómo has estado estas semanas? —pregunta, apoyando su libreta sobre su pierna.

—He sobrevivido —respondo, con una media sonrisa—. No sé si eso cuenta como progreso.

La única vez que le conté a tía Maggie lo que me pasaba, las cosas no salieron tan bien.

Había vuelto de clase con la mochila pintada y ya no pude mentirle más, aunque tampoco le di demasiados detalles. El tío Will, mi mayor cómplice, me observaba desde la silla de la cocina fingiendo sorpresa, pero Maggie sabía que entre él y yo había una complicidad que la dejaba fuera.

Ese día entendí por qué.

Mi tía cogió sus cosas y salió hecha una furia. Se presentó en casa de Jessica Connor, la madre de Sarah —la principal incitadora de mis abusos— y discutió con ella acaloradamente antes de tirarle el cubo de la basura en la puerta de su casa. Sarah lo negó todo, por supuesto.

Al día siguiente tenía la palabra «muérete» escrita por todo mi pupitre y mi silla de clase. Y, con ella, una paliza en el recreo que todavía recuerdo en los huesos.

Fue la última vez que hablé con mi tía del acoso.

Aprendí que el silencio también podía ser una forma de protección y seguí haciendo lo que mejor se me daba: mentir.

—Conque sobrevivir… —repite Ellie, bajando un poco el tono—. ¿Por qué crees que lo estás haciendo? ¿Ha pasado algo malo estos días?

—No, de hecho, todo lo contrario. —Trago saliva antes de tener intención de hablarle de mis progresos saliendo a la calle, pero me corta.

—Tenía en mente que hoy empezásemos con una terapia nueva para ti. Se llama EMDR —anuncia mientras se inclina un poco hacia mí—. Creo que ha llegado el momento de ir a la raíz del problema, como ya habíamos hablado, ¿recuerdas? Esa será la clave para ayudar a tu cerebro a digerir los traumas que se quedaron fragmentados.

—¿Y eso es peligroso? —pregunto asustada.

—No, cielo, no es peligroso —responde con serenidad—. Aunque sí puede remover emociones, y eso es parte del proceso. Pero tú serás quien marque el ritmo.

Hace una pausa para darme espacio para pensar.

—Primero voy a explicarte un poco acerca de tu trastorno y después te hablaré de cómo esta técnica puede ayudarte.

—No sé, Ellie… —suspiro—. Creo que yo soy así y ya está. Que no hay solución. Quizá sea mejor que me enseñes a vivir con los síntomas, sin más.

Ellie ladea la cabeza y me mira con ternura, esa que parece sostenerte sin tocarte.

—Quiero que pienses en tu amiga Avery. Es tu amiga, ¿no?

—Sí —asiento—. Es mi amiga.

—Bien. Pues piensa en ella. En cómo la ves tú. Su risa, su alegría, su forma de estar en el mundo. ¿La tienes en mente?

—Sí. —Sonrío sin pensarlo—. Es fácil.

—Ahora imagina que, de repente, Avery empieza a tener pocas ganas de vivir. Que se siente incómoda en su cuerpo, que cada día le cuesta más salir de casa porque teme un ataque de pánico. Que deja de hacer las cosas que le hacen feliz. Que deja de ser ella misma por el miedo. Va perdiendo su alegría día tras día mientras ve cómo las demás personas viven, sueñan y experimentan.

Siento cómo los ojos se me llenan de lágrimas antes de darme cuenta. Yo nunca permitiría algo así. No dejaría que ella se apagara.

—¿Qué harías? ¿Qué consejo le darías? —pregunta Ellie.

—Estaría con ella —respondo enseguida—. Le recordaría lo importante que es para el mundo… y para mí.

Ellie asiente despacio. No dice nada durante unos segundos. El silencio pesa, pero no duele.

—¿Y si, aun así, ella decidiera rendirse? —pregunta al fin—. ¿Si dijera que prefiere acostumbrarse al dolor?

—No. No podría permitirlo. Sería injusto que viviese… una vida a medias.

—También lo es para ti, cariño —responde con voz suave—. No tienes que luchar eternamente contra ti misma. La vida debería ser más fácil que eso. Y, cuando el contexto acompaña, podemos tomar las riendas.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que hay personas que, por su situación, por mucho que quieran mejorar, lo tienen casi imposible —dice mientras se acomoda —. Imagina una madre con dos hijos pequeños, sin trabajo, con un

marido que no la trata bien. No tiene opciones. Su contexto la encierra.

Asiento, comprendiendo.

—Pero tú, Keyla… —continúa Ellie—. A ti te han pasado muchas cosas malas, sí. Más de las que cualquiera podría imaginar. Pero tu contexto ahora es bueno. Tienes unos tíos que te quieren, una situación que te permite sanar, una amiga increíble, y estás empezando a conocer a gente nueva. Tus sueños te esperan, cariño. Vamos a ir a por ellos. Con piedras en el camino, pero con compañía.

Mis tíos.

—Dime —me dice Ellie—, ¿qué camino quieres elegir? Sea el que sea, te acompañaré.

Echo la vista atrás. Recuerdo el primer día que llegué al centro.

Creía que no había esperanza para mí, pero ahora entiendo que, de alguna manera, nunca la perdí del todo. Siempre hubo una chispa, escondida entre la rabia y el miedo, que se negaba a apagarse. Y creo que fue gracias a los libros.

A todas esas vidas que leí cuando no soportaba la mía. A las páginas que me hicieron pensar que algo bueno podría existir también para mí.

Y porque la gente a la que quiero y que… me quiere también se merece verme bien.

—Me gustaría intentarlo —digo al fin.

—Bien —responde Ellie, sonriendo de verdad—. Qué alegría me da oírtelo decir.

—Pero es posible que… tarde.

—Tenemos todo el tiempo del mundo —me asegura—. No sé si te lo dijeron el primer día del centro, pero el precio inicial incluye y prevé que puedas estar aquí todo lo que necesites. Este lugar está hecho para sanar, no para correr.

La miro y, como por arte de magia, confío en mi capacidad para materializar lo que sugieren sus palabras.

—Gracias por escucharme —susurro con sinceridad.

—Estoy feliz de hacerlo —responde ella—. No sabes las ganas que tengo de trabajar contigo, Keyla.

Bajo la mirada hacia mis manos. Pienso en Avery, en Nate, en el pequeño círculo que he construido desde que llegué aquí. En cómo me gustaría vivir momentos con ellos sin que me cuesten un mundo.

Quizá estoy más rota de lo que pensaba, sí, pero quizá solo necesito tiempo para encontrar los trozos de mí que he perdido y a la gente adecuada para acompañarme.

34
La memoria de la piel



Keyla Blake

—No tienes que recordarlo todo, Keyla. Solo deja que venga lo que venga, que la información salga sola.

—Vale…, pero ¿y si no viene nada? —pregunto—. No… no recuerdo casi nada de mi vida desde que me adoptaron mis tíos.

—Entonces trabajaremos con eso.

Bebo un trago de agua antes de empezar con la primera sesión de EMDR. Según me ha explicado Ellie, es una terapia que ayuda a desbloquear recuerdos traumáticos. Dice que algunas cosas no desaparecen, solo se quedan atrapadas, y que eso es lo que me impide vivir con normalidad.

La verdad es que me da miedo.

Nunca me ha gustado hablar del *bullying*, y siento, por cómo responde mi cuerpo, que lo que viene de atrás es mucho más feo. Solo que no lo recuerdo. Solo se me viene a la mente el nombre de

mi madre biológica: Rose. Pero no su cara, ni su voz, ni la casa donde nací.

Lo único que guardo de ella son las marcas de nacimiento que tengo en los brazos. Y, por algún motivo, cada vez que las miro se me revuelven las tripas.

—Vamos a empezar nivelando un poco tu estado corporal —empieza mientras se sienta justo enfrente de mí—. ¿Cuál es tu nivel de ansiedad del uno al diez?

—Mmm… un siete.

—Muy bien. Voy a darte unos auriculares que tendrán un sonido de estimulación a cada lado —dice mientras se levanta y los coge de un cajón—. Pruébatelos y dime si el sonido va acorde con la imagen de esta máquina de aquí.

Obedezco. Enfrente, en la mesa, hay un aparato alargado con una pequeña luz roja que se mueve de izquierda a derecha.

—La idea —me explica— es que vayas mirando la luz y te fijes primero si coincide con el sonido de tu oído derecho, cuando la luz esté en la derecha, y viceversa.

—Es un poco raro.

—Sí, al principio lo es. —Me sonríe antes de sentarse—. Pero iremos cambiando el método con las sesiones, ya que se puede hacer de muchas formas. A mí me gusta empezar con doble estimulación, pero se irá suavizando.

Asiento con la cabeza antes de acomodarme en el asiento. Empiezo a sentirme incómoda y agobiada. Hablar con alguien de cosas tan profundas, en un lugar del que no puedo escapar y teniendo que indagar en mí es algo que me supera, pero cada vez

que tengo ganas de huir intento recordar y enumerar todos y cada uno de los motivos por los que estoy aquí.

—Vamos a empezar por el principio. Te voy a pedir que elijas una imagen neutra a la que volver si en algún momento lo necesitas. Puede ser un lugar, una textura, un olor…

Pienso en un jardín sin gente, como las primaveras en casa de mis tíos. Hay un árbol que me gusta mucho en el que tío Will colgó un columpio para mí cuando era niña, y cuando crecí me hizo una especie de rincón lector, con una tumbona.

Cerca tenemos nuestra piscina, que no es una piscina normal ya que Will intentó que se pareciese a una piscina natural y puso el fondo del color del fondo de un río. Así se asimila más a la naturaleza y me da mucha más paz.

—Lo tengo.

—Genial, Keyla —me responde—. ¿Te sientes tranquila ahí?

—Sí, porque hay silencio, luz, y solo estoy… yo.

—Ese lugar es al que vas a ir en caso de que lo necesites, y poco a poco lo iremos decorando.

Empiezo a mirar la luz con más atención. Mis ojos la persiguen mientras inspiro por la nariz, cuento hasta cuatro, y voy soltando el aire con cuidado.

Al principio no pasa nada que pueda describir: mi cabeza es como una habitación en penumbra; mis manos, un animal inquieto que no sabe cuál es su lugar. Pero después siento una sensación: calor, como si a alguien se le hubiera caído una chispa y hubiera quedado vibrando sobre mi piel.

—Cuéntame de lo que te acuerdas de cuando eras pequeña. —Espera unos segundos para dejarme pensar—. ¿Cuál es el primer

recuerdo que tienes?

—Yo… —Me revuelvo en el sitio mientras miro la luz, intentando concentrarme—. No se me viene nada.

—Vale, eso está bien también. Tú sigue mirando la luz y vete diciéndome si cambian tus sensaciones corporales. Si la ansiedad baja o aumenta, y cómo te vas sintiendo.

El vómito amenaza con escalar por mi garganta, pero intento tenerlo bajo control. Mi cuerpo se agita, al igual que mi cabeza, y la imagen de una niña con un peluche sucio y roto se me viene a la cabeza.

—No tengo muchos recuerdos, pero se me viene a la mente la imagen de una niña pequeña.

—¿Qué hace esa niña?

—Está… jugando al escondite, cre-creo —respondo mientras sigo mirando la luz—. Sí, está escondida.

—¿Y se lo pasa bien?

—No parece que se esté divirtiendo.

Ellie se queda unos segundos más en silencio y deja que me concentre en las luces rojas. Sigo viendo la mirada de esa niña pequeña, mirando hacia todos los ángulos de la habitación.

—¿Sientes algo en concreto?

—Calor —respondo—. Aquí. —Deslizo la palma por el antebrazo izquierdo, como buscando comprobar que realmente está frío.

—Observa esa sensación sin intentar cambiarla. Solo observa.

La luz va y viene de un lado a otro. Me pregunto cuántas idas y vueltas hacen falta para abrir esas puertas de mi cabeza que no recuerdo haber cerrado.

El calor se vuelve insistente al intentar centrarme en esa niña. Me llevo las uñas a los brazos, algo de lo que no me habría dado cuenta si Ellie no hubiese girado la cabeza hasta ahí y la hubiese visto por el rabillo del ojo.

Ella nota el cambio en mi respiración antes que yo. Hace un gesto imperceptible con los dedos, bajando la intensidad de la luz, y desplaza su asiento a medio centímetro de mí.

La observo con los hombros rígidos y sé que sabe que la respuesta somática ha llegado antes que las imágenes.

El olor que había no estaba en la habitación, pero lo sentí entrar en mis pulmones, como si no supiera distinguir el pasado del presente. Era un humo denso, azul, un olor de los que se pegan en el pelo y en el algodón de las camisetas. El mismo humo que luego, cuando eres mayor, te sigue por la calle como una sombra. La garganta de la niña empezaba a molestarle, picando desde dentro. Era incapaz de toser porque no quería hacer ruido. Tenía que quedarse quieta, muy quieta…

Y, sin darme cuenta, mi cuerpo también lo estaba.

—Si viene alguna imagen, nómbrala. Si viene una sensación, localízala. Si viene un pensamiento, dilo en voz baja, aunque no tenga sentido.

Silencio.

Si te encuentro, pierdes.

La luz sigue.

Izquierda. Derecha. Izquierda.

Mi cuerpo ya no sabe cuál de las dos soy.

Mi corazón late al compás del de esa niña, con el mismo color de pelo anaranjado que yo. Cierro los puños y siento cómo la uña araña

la silla.

—¿Qué imágenes se te vienen a la cabeza, Keyla? ¿Quizá algún sonido?

—Pasos —respondo con la voz un poco ronca—. Me estoy agobiando un poco porque siento mucho calor en las piernas. Es como… como si esa niña quisiera salir corriendo.

—Muy bien. Observa eso. ¿Hay algún otro lugar en el que sientas calor?

—En el brazo izquierdo —respondo rápidamente—. En el derecho también. Ahora está solo por los brazos.

Ellie asiente con la cabeza, sin reaccionar de manera exagerada con todas las cosas sin sentido que se están pasando por mi cabeza, pero su expresión va cambiando, haciendo que me salten las alarmas. Por un instante no parece terapeuta, sino alguien que ha vivido en la misma oscuridad.

En su libreta tiene un mapa dibujado en el que va apuntando todo aquello que le parece importante.

Vuelvo a rascarme con las uñas y recuerdo aquello que me contó acerca de la memoria corporal: a veces un sonido, una imagen o un elemento puede asustarnos sin que nosotros sepamos identificar la razón, tan solo porque han estado presentes en un momento traumático. Puede pasar en pacientes víctimas de abusos que recuerdan, por ejemplo, determinados sonidos de esos momentos, como el tictac de un reloj.

—¿Ves algo ahora? —Su voz me comienza a sonar cada vez más lejos de mí.

Cierro los ojos, pero la luz sigue ahí. Empiezo a sentirme un poco mareada.

—Una habitación —susurro—. Hay cortinas azules… o verdes, no sé. Están rotas y bastante sucias.

—Muy bien, Keyla. Lo estás haciendo muy bien. —Se queda en silencio unos segundos antes de preguntarme algo importante—. ¿Hay alguien contigo?

El aire se vuelve espeso cuando una sensación de peso cae sobre mi cabeza. Abro los ojos de golpe con la respiración entrecortada.

—Hay alguien… —respondo jadeando—. Pero no la veo. A la niña, ya no la veo.

—Está bien, Keyla. Sigue observando como si fueses una espectadora. No hace falta que la busques ni que hagas nada más.

Empiezo a ver los piececitos de la niña asomar al fondo de las cortinas, mirando por el hueco.

Veo su peluche en el suelo porque ha dejado de jugar.

Sus manos están temblando.

No entiendo por qué, pero me resulta familiar, solo que no recuerdo haber estado nunca en esa casa.

Pero la conozco. Me reconozco.

Esa niña soy yo.

35
Pasado, presente y futuro



Keyla Blake

—Vuelve a tu espacio seguro, Keyla.

Inspiro por la nariz.

Uno, dos, tres, cuatro.

El aire huele a tabaco.

Uno, dos, tres, cuatro.

Empieza a oler a césped.

Uno, dos, tres, cuatro.

El viento me revuelve el pelo.

Estoy de vuelta.

Ellie espera a que mi respiración se estabilice y abre las ventanas para que entre el olor del mar.

—Lo has hecho muy bien —me dice con voz suave—. Lo que ha salido hoy nos da mucha información.

Asiento, pero estoy muy confundida.

¿Qué hacía una niña tan pequeña en un sitio así? Parecía sacado de una película de terror.

Todavía siento su miedo en el cuerpo, su ansiedad. Ningún niño tan pequeño debería ser capaz de sentir algo así.

—¿Crees que es suficiente?

—Oh, ya lo creo que lo es. La mayoría de los pacientes ni siquiera son capaces de generar ninguna imagen en su primera sesión.

—Es que siento como si me hubiese quedado a medias, ¿sabes? Como a las puertas de algo.

—Quedarte en la puerta también es un lugar. Y hoy has llegado al picaporte, y eso es mucho.

—Casi prefería no haberlo hecho.

—Tu cuerpo no estará muy de acuerdo con eso. Hoy has hecho mucho por él. Tenemos que cuidarlo todo lo posible para que nos siga recordando esa historia de la que solo tenemos algunos capítulos, pero no tenerlos todos suele salir más caro.

Recuerdo con bastante nitidez todos mis malos días en el instituto, pero lo de hoy ha sido algo diferente. Siento que me duele la cabeza al querer acceder a un recuerdo y ser incapaz de hacerlo.

—Nos quedan diez minutitos, así que ¿te parece que me cuentes qué ha sido lo mejor de tu semana?

Le cuento acaloradamente mi cita con Nate en la librería y su efusividad hace que le confiese todos los detalles.

—¿Y sabes ya qué te vas a poner para la gala? —pregunta con una sonrisa.

—La verdad es que no. Se me había ocurrido llamar a una especie de… amiga en común con Avery para ver si se le ocurre algo.

—¡Oh! Háblame de ella.

—Sienna es una de esas personas que parecen tener mucho carácter, pero que, al menos conmigo, siempre se ha mostrado muy buena. Por lo poco que sé, también ha tenido malas épocas. Quizá por eso parezca una persona tan inaccesible con los demás.

—Sabes que es un reto para ti, ¿verdad? ¿Te das cuenta de todo lo que has avanzado en este tiempo?

—Ya, la verdad es que hace un tiempo no me habría atrevido…, aunque tampoco estoy muy convencida de ir ¿eh?

Ellie estalla en carcajadas y eso hace que yo me ría con ella también. No recuerdo haberme reído tanto como en el poco tiempo que llevo aquí.

—Yo te veo más que convencida, y creo que ese tal… Nate te está ayudando mucho. —Me da dos palmadas en las rodillas—. Confía en las personas, Keyla. Hay mucha gente buena.

Lo repito mentalmente: hay-gente-buena.

Las personas no son un peligro, por mucho que mi cuerpo reaccione como si todas tuviesen la cabeza de un león.

Ellie me ayuda a elaborar una especie de kit de supervivencia para el plan del sábado: llegar cinco minutos antes con Nate para poder hacer unas respiraciones, decidir juntos una zona de descanso —el patio, una esquina poco concurrida, algún pasillo— y pactar una señal simple entre nosotros. Eso ya lo haremos de camino en el coche.

—Y, si en estos días sientes algo de picor, calor o una ansiedad más elevada de lo habitual, no pelees contra ella —añade—. Lo percibes, lo nombras y vuelves a tu espacio seguro. Normalmente se tienen sueños intensos pasadas las cuarenta y ocho horas de la sesión. Piensa que es para que la adulta que eres ahora pueda

procesar a esa niña asustada y todas las emociones que sentía. Vas genial, Keyla, ya lo creo que sí.

Se me aflojan los hombros y pienso en Nate. En cómo me escucha sin hacerme demasiadas preguntas, en cómo respeta mi espacio sin invadirlo.

Pienso en la tía Maggie, en que es esa persona que siempre me esperaría despierta, aunque yo llegase tarde, para ir juntas a mi jardín.

—¿Cuánta ansiedad tienes ahora de cero a diez? —pregunta Ellie, haciendo una maraña con las manos en dirección a su pecho.

—Cuatro —respondo—. Y no sé si esto contará, pero… dos son de orgullo. Gracias, Ellie.

—Yo también estoy orgullosa, cariño. Has hecho un trabajo importante. La próxima vez podemos retomarlo desde ahí, así que solo recuerda que, si aparece una ola de malestar, no debes luchar contra ella. Solo surféala y espera a que baje.

—¿Y si… me sigo acordando de más cosas?

—Podrás con lo que venga porque no vas a estar sola —dice acompañándome hasta la puerta—. Y porque tú no eres tu pasado, sino quien vuelve de él.

LA CHICA INVISIBLE

Trece años

—¡Es inadmisible! —exclamó Jessica Connor, la mamá de Sarah, dando un golpe sobre la mesa de la directora.

—Señora Connor, desde luego que Margaret no ha elegido la mejor manera de comunicarle la situación de Keyla, pero estoy segura de que habrá una buena razón para ello —dijo la directora del centro escolar mientras sus gafas se deslizaban sobre el puente de su nariz—. ¿No es así, señora Blake?

Tía Maggie me agarró la mano con fuerza y, por su cara, supe que se estaba aguantando las ganas de llorar.

Mi tío nos envolvía a las dos con los brazos desde atrás, un brazo para cada una, e intentaba mantener la calma que nos faltaba a las dos.

Si ellos hubiesen sabido tan solo una parte de todo lo que me hacían en el instituto…

No quería ni pensar en las consecuencias.

Sería tan vergonzoso que todos lo supieran…, si tan solo supieran que yo…

No vales nada, Keyla.

Me digo.

No tienes padres, niña tonta.

Tonta por creer que alguien podría ayudarte.

La voz se retuerce en mi cabeza.

—Mi niña ha llegado a casa llorando porque su hija ha sido una mala persona con ella —dijo mi tía, levantándose del asiento—. Le ha hecho daño físico, señora Lane. ¡Podría haberla denunciado! ¡Podría ir a la policía, maldita sea!

—¡Mi hija —dijo Jessica con retintín— no ha hecho nada de lo que se le acusa! ¡Es una santa! Saca buenas notas y va religiosamente a misa los domingos.

—Pues deberías darle una vuelta a la educación que le estás dando. —Maggie se enfureció.

—En primer lugar, cálmense. Las acusaciones son muy graves y debemos investigar primero si son ciertas.

—¿Está insinuando que Keyla se está inventando los hechos? ¿Qué sentido tendría eso?

—Bueno, sabemos que Keyla ha pasado por… circunstancias complicadas. Es posible que quiera llamar su atención de alguna manera —finalizó la directora.

«Circunstancias complicadas».

Mi ácido estomacal viajó hasta mi garganta porque estaba viviendo mi peor pesadilla.

Nunca más volvería a contarle nada a la tía Maggie.

Nunca más volvería a intentar encontrar una salida.

Al menos, no esta salida.

—¿Cómo se atreve? —gritó Maggie—. Keyla es una niña increíblemente buena, ¿cómo puede tan siquiera decir algo así?

—Lo sé, señora Blake, y precisamente creo que, por sus malas experiencias, Keyla debería haber ido a un psicólogo infantil, ¿no cree?

¿De qué cosas hablaban?

Parecían estar hablando de cosas peores que el acoso escolar, y creía que había pocas cosas peores que esa.

El tema de que me hubiesen adoptado mis tíos era algo que siempre habían intentado explicarme con cariño, y, aunque mi madre biológica me hubiese dado en adopción, era una mujer con problemas que no sabía ni cuidarse a sí misma.

¿Cómo iba a cuidar de mí?

—Está desviando el tema de la conversación —intervino Will—. Keyla tiene perfectamente trabajado el tema de su adopción, así que sacarlo a colación para tener razón es un argumento bastante pobre por su parte, ¿no cree, señorita…? ¿Cómo era? —Se puso una mano sobre la barbilla—. Ah, sí, señorita Lane. Disculpe mi falta de memoria, cambian tanto de director en el centro que me olvido de los nuevos.

La señorita Lane enrojeció y vi cómo Jessica empezaba a impacientarse.

Por una vez, alguien hablaba por mí.

—Esto es una pérdida de tiempo. Mi hija no tiene la necesidad de compartir aula con…, bueno, con niñas problemáticas.

La directora carraspeó, incómoda.

—Por favor, señora Connor. Aquí no manejamos esos términos.

—Lo ha insinuado usted —replicó Will, sin perder el tono—. Ambas están culpando a Keyla sin saber realmente qué ha pasado y desde cuándo.

El silencio inundó la habitación durante unos segundos. Solo se escuchaba el tictac del reloj y el murmullo de los pasillos del instituto, al otro lado de la puerta.

—Lo que vamos a hacer —sentenció finalmente la directora— es dar el asunto por terminado, al menos hasta tener pruebas. No podemos tomar medidas disciplinarias sin testigos directos ni informes médicos.

—¿Pruebas? —preguntó Maggie, echándose a reír—. ¿Le parece poca prueba mi palabra? ¿Le parece poca prueba la marca que tiene Keyla en la cara?

—Entendemos su preocupación —respondió la mujer, con esa voz protocolaria—, pero hemos hablado con algunos profesores y ninguno ha visto nada fuera de lo normal.

Fuera de lo normal.

Como si los empujones, los insultos y que me encerraran en un baño fuera algo normal.

¿Por qué nadie me veía?

Porque no te lo mereces. Tonta, tonta y tonta.

—Los profesores dijeron que Keyla suele estar distraída en clase —añadió la directora— y que a veces se va de clase de forma brusca. Tal vez eso genera… malentendidos con los compañeros.

Si ellos supieran la verdad.

Si tan solo supieran una parte de lo que me hacen…

No cambiaría nada.

Nunca lo hace para gente como tú.

Vi cómo mi tía se echaba a llorar y algo que conocía bien se instalaba en mi garganta.

Es tu culpa.

Está llorando por tu culpa.

—Señorita Lane, ¿se da cuenta de lo que está diciendo? —preguntó Will, más serio ahora—. ¿Está insinuando que mi niña provoca el acoso?

—Por supuesto que no, solo intento mantener la objetividad.

Jessica sonreía al lado, satisfecha.

—Ya sabe, Margaret. A veces los niños malinterpretan las bromas.

—Lo siento, pero no puedo permitir que esto quede así. —Maggie estaba conteniendo las lágrimas que le quedaban—. Si no piensan hacer nada, iremos más arriba.

—No será necesario —intervino la directora—. Hablaremos con las niñas y reforzaremos los valores de convivencia. Seguro que es un malentendido que tiene fácil solución.

—Eso es. Son cosas de críos —finalizó Jessica.

Pensé en abrir la boca, pero sabía que no serviría para nada.

Nadie iba a creerme.

Nadie iba a protegerme.

Empecé a temblar en el asiento, pero no me habría dado cuenta si no fuera porque Will puso una mano sobre mi pierna.

—Gracias por su tiempo, señoras —dijo con ironía, levantándose despacio—. Por nuestra parte también haremos lo que creamos necesario, sin tener su opinión en cuenta. Espero que lo entiendan.

—Pero… —Con un intento de réplica, la directora se levantó de su silla.

—Hemos terminado.

Ese día, saliendo del despacho, me di cuenta de tres cosas:

1. El pasillo olía a lejía.

2. A mi tía le sudaban las manos.

3. No tenía ganas de seguir viva.

Y esa fue la primera vez que aprendí que los adultos no siempre están del lado correcto.

36
Dulces sueños



Nate Miller

—Pónganos el vino más caro que tenga —dice Charlotte mirando la carta—. Y también un plato de caviar con salmón de aperitivo.

—¿Desean algo más, madame?

—Eso es todo por ahora.

Miro la pantalla del móvil cada cinco minutos para comprobar que, efectivamente, el tiempo pasa más despacio de lo que debería.

—Dichosos los ojos —exclama mi madre con el periódico en la mano—. ¡Mira! Salimos aquí, hijo.

Una foto de la gala benéfica del año pasado aparece en la primera página del periódico deportivo de la ciudad. Para ser un periódico local, lo leen en la mayoría de las ciudades estadounidenses de manera online porque el fundador fue un exjugador de la NBA, así que le dan mucha importancia a su criterio.

Los Miller vuelven a brillar de nuevo. A pesar de la temporada irregular de Nate Miller, la familia destaca entre las demás por su elegancia, simpatía y solidaridad en el evento benéfico del año.

Las familias fundadoras de Silver Springs —los Miller, los Withmore, los Brown y los Ashford— se unen una vez más para su donación millonaria anual contra el cáncer.

A su pronta edad, el joven Nate es un soltero muy cotizado, pero un año más ha dejado a sus fans sin información sobre su vida personal, más allá de la perfecta relación que mantiene con su madre.

¿Qué será de su padre, el gran Bobby Miller?

En cuanto a Estelle Withmore, la hija de los mayores promotores de Silver Springs y que ha triunfado en el mundo del modelaje, se muestra muy cariñosa con su acompañante…

—Estelle es muy guapa y elegante, ¿no te parece?

—No es fea —respondo sin levantar la vista del móvil.

—¿No has pensado en intimar con ella? Sería un alivio para la familia, Nate. Los Whithmore son nuestros aliados naturales.

—No tengo interés en mentir sobre mi vida personal.

—Oh, no, pero no sería mentir, Nate —dice, dando un sorbo al vino que ha traído el camarero.

—Es una chica guapa, con dinero y con un futuro, ¿por qué te niegas a hablar siquiera con ella? De pequeños estabais muy unidos.

Estelle fue mi única novia, si es que se puede llamar así a lo que tuvimos. Estuvimos juntos por puro aburrimiento social. Fue la chica con la que perdí la virginidad, pero el recuerdo tiene la misma profundidad que un charco. Está buena, sí: melena castaña, curvas

de infarto y una boca que sabe qué decir ante las cámaras, pero su soberbia me agota en menos de diez minutos.

Charlotte está obsesionada con ella porque Estelle representa el «dinero viejo» que ella tanto ansía proteger. Lo que mi madre olvida es que el apellido Miller no es suyo; es el de mi padre. Ella es una Miller por contrato, y está aterrada porque, si yo dejo de ser el «hijo de oro», el castillo de naipes que Bobby logró construir con sus triples se viene abajo.

Me juego mucho este año. Esa es la jodida realidad.

El año que viene debería ser el primero en la NBA, pero no estoy centrado del todo en la temporada. Mis compañeros parecen bailarines en medio del campo y, como capitán, debería poner un poco de orden…, pero me falta paciencia. Es mi asignatura pendiente, pero todavía tengo tiempo.

El March Madness está a la vuelta de la esquina y tengo la oportunidad de demostrar quién soy.

El putísimo Nate Miller.

El que ha ganado más trofeos en toda su vida que cualquiera de mis compañeros juntos y, aun habiendo hecho todo eso, sigo con la necesidad de demostrar quién soy, maldita sea.

¿De qué sirve si ni yo me doy ese valor?

En el campeonato va a haber muchos ojeadores y es mi oportunidad de destacar. Así que debería idear un plan de acción: paciencia, más disciplina y fingir que Hayes es mi amigo del alma para ganar.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, mamá, pero es que no voy a tener nada con esa chica. No me interesa ni lo más mínimo.

—¿Sabes la imagen social que nos daría esa unión? —insiste.

—En esta ocasión, no es negociable.

Se me pone un nudo en la garganta.

Siempre las putas apariencias, una y otra vez.

Solo le importa eso de ti.

Tú no eres un hijo para ella.

Eres un producto.

A los diez, en la cama a las nueve mientras mis amigos seguían jugando.

A los quince, prohibido cualquier plan que significara volver después de las diez.

A los dieciocho, una charla sobre la imagen que daría si alguien me veía con una cerveza.

Y ahora, a los veintiuno, sigue queriendo controlar cada detalle de mi vida.

—Mira, mamá, hay cosas más importantes que las apariencias —le espeto, sorprendido de mí mismo—. ¿Por qué no sales tú con ella?

—Nathaniel, ¡no hables así a tu madre! ¿Cómo se te ocurre?

—¿Qué cómo se me ocurre? —Empujo la silla hacia atrás—. Estoy harto de este mundo de color de rosa que te has montado en tu cabeza, todo gracias a mi esfuerzo y al de papá, que será muchas cosas, pero al menos me dejaba ser yo mismo, joder.

—¿A qué viene esto? Siempre has estado conforme con mis decisiones.

—¿Sí? ¿Acaso me has preguntado? ¿O te tomas mis silencios como una confirmación de que todo lo haces genial?

—Todo lo que has llegado a ser es gracias a mis cuidados, Nathaniel, a mis instrucciones. Estás donde estás porque yo te he

guiado, así que ten más respeto.

—¿Perdona? Mi talento es mío, Charlotte, no tuyo. El que madruga soy yo, el que encesta soy yo, y el que gana los putos partidos soy yo.

La miro fijamente antes de decir algo que llevo mucho tiempo pensando pero que nunca tuve fuerza suficiente para decir en voz alta.

—No te olvides ni por un segundo de que vives bajo mi techo, por mucho que seas mi madre.

Se queda en silencio unos segundos mientras el camarero pasa por detrás de nosotros. Ella me observa con detenimiento antes de preparar su próximo ataque:

—Cada día te pareces más a tu padre.

—Igual estaría mejor parecerme a él antes que a ti, al menos viviría con mi dinero y no con el de los demás.

—¿Cómo te atreves?

—Te digo la verdad, mamá.

Charlotte no responde. Se limita a mirarme como si no me reconociera, como si se preguntara en qué momento su hijo se ha convertido en alguien capaz de plantarle cara.

—¿Es por esa chica por lo que estás tan subido de tono?

Mierda.

Estoy empezando a calentarme y no estoy acostumbrado a sentirme así. No sé cómo controlarlo.

—Esto no tiene nada que ver con ella.

—¿Y qué te pasa entonces, hijo? ¿Has olvidado los modales?

—Déjalo, Charlotte. No soy…, joder, no soy capaz de explicarte nada porque tú no quieres escuchar. No te importa lo que yo piense

sobre nada.

—¡Porque eres un crío! No sabes nada acerca del mundo que te espera ahí fuera. Solo quiero lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí sería que me dejes tomar mis propias decisiones, aunque me equivoque.

—En tu profesión no se permiten los fallos, Nathaniel. Lo sabes.

Empiezo a impacientarme cada vez más e intento respirar, pero el aire no entra, así que, cuando el camarero deja la cuenta sobre la mesa, la pago para acabar lo antes posible con esta situación.

Me levanto y tiro la servilleta arrugada sobre la mesa.

—No tienes que venir a la gala si no quieres —dice finalmente, con esa voz fría que escuché tantas veces cuando era pequeño.

—¿Me quieres, mamá?

—Pues claro, Nathaniel.

—Pues entonces no te preocupes —respondo—. Sé tomar mis propias decisiones, y ten claro que yo sí que voy a asistir por los motivos adecuados.

Salgo por la puerta sin darle tiempo a que pueda decir otra palabra después de levantarme tirando la silla hacia atrás con un estruendo que hace que todo el restaurante se gire. Ignoro sus llamadas. El aire de fuera está mezclado con la lluvia que me moja la cara, regalándome el primer respiro real del día. Me subo a mi 4×4, arranco y acelero por la autopista. El motor ruge, tapando las voces en mi cabeza. Paciencia. Disciplina. Sin fallos. Siento la velocidad en las manos, el control absoluto del volante, el deseo de no volver nunca...

El sonido de una cucharilla chocando contra la porcelana me saca de mi cabeza.

—¿Sabes la imagen social que nos daría esa unión? —pregunta ella.

La silla sigue en su sitio.

La copa de vino está exactamente igual.

Charlotte me mira como si no le hubiese dicho nada.

Porque no se lo he dicho, al menos no a ella.

—Es muy guapa y elegante, ¿no te parece? —dice, doblando el periódico con calma.

Trago saliva.

—No es fea, pero no es mi tipo.

La dejo hablar mientras la otra escena —la que no ha pasado— todavía ronda por mi cabeza.

37
Con un gato se llora mejor



Keyla Blake

—¡Ginger! Baja un poco el volumen de los dibujos, tenemos visita. —Sienna grita desde la puerta de entrada antes de rodearnos con los brazos—. Pasad, pero no tengáis en cuenta lo desordenada que está mi casa hoy.

Sienna nos recibe con un moño despeinado en la cabeza, una camiseta XXL de hombre y el rímel corrido alrededor de los ojos, y, aun así, consigue estar despampanante.

—¿Cómo lo haces para estar siempre tan guapa? —pregunta Avery con sinceridad—. En serio, tía, no conozco a nadie que pueda llevar tus pintas y que esté así de cañón.

—Soy una tía con estilo incluso en mis peores días.

—Muchas gracias por recibirnos a última hora, Sienna —le digo con sinceridad—. No sabes el favor que me haces.

—Eso hacen las amigas. —Me da con el codo y me guiña un ojo.

Hemos venido a su casa a última hora ya que no sabía qué ponerme para la gala de mañana.

De repente, empezamos a escuchar ruidos por toda la casa, como si una manada de animales fuese a llevarnos por delante y cuatro ojitos azules nos miran desde una esquina.

—Venga, gusanitos. —Sienna se pone la mano sobre la cintura antes de señalarnos—. No muerden.

—¿Cómo están los dos niños más bonitos del mundo? —Avery se agacha hasta ponerse a su altura—. ¿No me vais a dar un abrazo?

Dos niños de entre dos o cuatro años enseñan un poco más la cabecita hasta dejar descubierta su cara.

Una niña con las pestañas enormes y dos coletitas de color castaño da un paso valiente hacia delante, cogiendo de la mano a su hermanito. Lleva un vestido rosa pastel.

—Me encanta el chocolate. Y también los churros.

—¡Ginger! Así no saludamos a las visitas.

—Pero quiero chocolate. ¡Quiero merendar!

—Acabas de merendar, por el amor de Dios. —Sienna se gira hacia nosotras para susurrar en voz baja—. Va a dejarme pobre, su estómago parece tener un agujero del que sale toda la comida.

Avery y yo nos empezamos a reír cuando la niña se pone a bailar lo que parece ser una coreografía.

El niño que está a su lado, un poco más pequeño, se asoma un poco más, dejando ver su cabello oscuro y una sonrisa traviesa.

—Pelo rojo y *nobito* como las zanahorias.

—¡Milo! —Sienna se agacha y lo coge en brazos—. Esas no son las cosas que se les dicen a las chicas guapas.

—No pasa nada. —Mis ojos van de un niño a otro porque son absolutamente preciosos—. Tu pelo también es muy bonito.

—¿Cómo les decimos a las chicas guapas, ratoncito?

—BUAAAA-PAAA —dicen los dos a la vez.

—¿Y a la tita Avery qué? ¿Ni un piropo para mí? —Con un brazo chincha a la niña en la tripa.

—Avery la mejor. —La niña aplaude y Avery le llena la cara de besos.

—Ginger, te presento a Keyla. —La niña me mira con ojos de curiosidad—. ¿Has visto que también tiene pecas como tú?

—¿También las han puesto ahí los *duentes*?

—A mí me las pintó Papá Noel en mi primer cumpleaños —respondo con la intención de seguirle el juego.

—¡Me encantaaa! Papá Noel siempre es bueno con nosotros.

—Y pequeño Milo, ella es Keyla. —Sienna coge su bracito para hacer un gesto de saludo—. ¿Cómo se dice, tesoro?

—*Oa* Teila.

—Keeey-laaaaaa —dice Sienna gesticulando exageradamente con la boca.

—Para ti puedo ser Teila —respondo dándole con la punta del dedo sobre la nariz.

Sienna le suelta el brazo al niño y se van corriendo a toda velocidad.

—No sabía que tenías hermanos. —Mis ojos se mueven alrededor del salón cuando damos unos pasos—. Son una monada.

—Sí —suspira Sienna mientras empieza a ordenar y a recoger los juguetes del suelo—. Lo son todo para mí.

—¿Tienes alguno más?

—No, pero tengo un gato cabrón que es como si fuese mi hijo. —Sienna levanta la cabeza antes de llamarlo—. ¡Maui! Ven, bonito. Pst, pst, pst.

—Ese gato es el demonio —me susurra Avery al oído.

—¡Oye! A mi pequeño diablillo solo lo llamo demonio yo.

—¿Está también tu madre? —pregunto con curiosidad—. Me gustaría saludarla.

Sienna y Avery se miran con complicidad y siento que acabo de hacerle una pregunta incómoda.

—No, no está —me responde con rapidez—. No estará hasta dentro de unos días.

La casa de Sienna no es muy grande, pero tiene alma. La luz dorada entra por las cortinas blancas y hace brillar el suelo de madera. Hay plantas por todas partes, libros de moda apilados y olor a vainilla.

Entre los muebles hay varios juguetes desperdigados: un cochecito, una jirafa de peluche y un tren de colores. Sienna rebusca en el sofá y debajo de las mantas aparece una bola de pelo naranja con los ojos dorados.

—¡Aquí estás! —Sienna lo coge en brazos como si lo ofreciese al cielo antes de pegar la cara a él—. Ni se te ocurra ser gruñón con mis invitadas.

—¡Es precioso! Me encantan los animales, y este es especialmente bonito. ¿Lo tienes desde bebé?

—Lo adopté cuando tenía tan solo dos meses. Mi madre se puso hecha una furia, pero como me encargo de la mayor parte de las labores de la casa acabé haciendo lo que me dio la gana.

El gato pega un salto antes de salir corriendo de la forma más elegante que he visto nunca.

—Bueno. —Sienna pone las manos alrededor de su cintura—. Quítate los pantalones, reina.

Me pongo roja como un tomate, pero estoy con… amigas. Y cuando me doy cuenta de eso me río a la par que ellas.

—¿Me los quito yo también? —Avery me guiña un ojo—. Ya sabéis, por si nos surge algo.

—¡Calla, so cerda! —le responde Sienna—. Vas a asustarla, aunque a estas alturas ya conocerá tus chistes verdes.

—Me los bajo, sí.

¿Por qué hablas así?

Tranquila.

Estás con amigas.

Sienna se pone un imperdible en los labios y se agacha para ir tomándome las medidas.

—¡Vaya culo, tía! —consigue decir con dificultad—. Tienes unas medidas perfectas. En plan «guau».

—Eso le digo yo siempre. Es que esta chica es una pasada —responde Avery con la boca llena.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto con curiosidad.

—Lleva muchos años viniendo a mi casa y se pasea por ella como si viviese aquí.

—En verdad, aquí donde ves a Sienna con su corazoncito de hierro, siempre que sabe que voy a venir me compra unos bollos que sabe que me gustan.

—¿Eso es cierto?

—Lo es. —Me ajusta con fuerza una cinta en la cintura—. Hay que cuidar a las amigas.

Sienna apunta números en un papel y yo empiezo a vestirme. Me siento en el sofá y observo mis sensaciones. No sabía que se podía estar tan a gusto con gente que no sea cercana a tu familia.

No sabía… que podía aumentar esa familia. Hacerles hueco a más personas y confiar en ellas es todo un reto para mí, pero es algo que me llena de esperanza.

—Creo que tengo el vestido perfecto para ti. —Sienna trae tres descafeinados con crema antes de sentarse a mi lado—. Pero antes debes contarme todos los detalles de tus avances con tu bollito de crema.

—En verdad no hay mucho que contar. —Me sonrojo, pero una sensación de cosquilleo se instala en mi barriga—. Nos hacemos bien. No sé cómo explicarlo, pero cuando estoy con él me siento tranquila. Se apaga el ruido de mi cabeza ¿sabéis? Es… raro.

—Joder, tía —exclama Avery—. ¿Tú sabes lo diferente que se comporta Nate contigo? Es la persona más seria sobre la faz de la Tierra.

—No es verdad. —Sienna da un sorbo a su café—. Esa soy yo.

—Solo con quien no te conoce.

—Solo con quien no se lo merece —replica Sienna con una sonrisa —. Pero, venga, Keyla, quiero detalles. No hablemos de mí. ¿Habláis todos los días? ¿Ha habido beso? ¡Dinos algo!

—Chicas, no nos hemos besado —confieso bajando la mirada—. No sé si nos apetece complicarnos en ese aspecto.

—¿Tú has visto cómo te miraba el día del Grey's? —pregunta Avery socarrona—. Si alguien me mirase así… desde luego que

querría complicaciones.

Miro un momento a Avery con la cara colorada y ambas me observan con ternura.

—¿Y tú qué sientes? —pregunta Avery.

—Que me hace bien —respondo sin pensarlo—. Me gusta porque me siento en paz cuando estoy a su lado. Se toma muy en serio que me sienta cómoda con él y que mi última decisión para cualquier cosa es más importante que la primera. Y eso… me asusta, porque no estoy acostumbrada a que alguien me cuide sin esperar nada a cambio.

Las dos se miran entre ellas. El ambiente cambia, más suave, más íntimo.

—Lo entiendo —dice Sienna—. Cuando alguien te trata bien, después de haber tenido que lidiar con cosas personales malas, es normal que te descoloques un poco.

Asiento despacio.

—Supongo que también me da miedo que esto no pueda durar —confieso—. Él no se va a quedar aquí para siempre, su carrera está mucho más lejos de Silver Springs; y yo estoy solo de paso, y cuando termine el tratamiento en el centro me marcharé.

—No tienes por qué pensar en el final todavía —dice Avery—. Además, ¿quién sabe? Si te estás sintiendo feliz aquí no veo por qué habrías de irte.

—Me daría pena dejar a mi familia sola.

—Seguro que prefieren que seas feliz a que les hagas compañía, o así debería ser —aclara Sienna.

—Solo somos amigos —murmuro, aunque el cosquilleo en mi barriga dice lo contrario.

—No pienses en si te quedarás en Silver Springs o no; solo piensa en lo bien que te sienta que alguien te cuide así.

—¿No te has planteado quedarte aquí a vivir? —pregunta Sienna —. A nosotras nos encantaría que te quedases.

—¿Y a qué me dedicaría? No tengo la carrera terminada, aunque sé que en algún momento querría trabajar rodeada de libros.

—Podrías trabajar en una librería o si no, vivir con Nate si las cosas avanzan.

—Oye, no vayas tan rápido —respondo de manera exagerada.

—Quería decir hipotéticamente. No tiene nada de malo ilusionarse cuando conocemos a alguien que nos gusta, Keyla, salga o no bien.

—Ya, no sé, es que soy muy desconfiada. Supongo que me cuesta creer que alguien quiera elegirme por decisión propia. —Juego con la taza entre las manos—. Siempre he tenido la sensación de que, si la gente me conociese de verdad, saldría corriendo.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Avery, inclinándose un poco hacia mí.

Respiro. Intento contener el puchero que se cierne sobre mi rostro. Bebo un sorbo de café para aliviar el nudo que tengo en la garganta y me doy cuenta de que, por primera vez, voy a contarles a mis amigas mi historia.

Una fuerza en mi interior sube por mi cuerpo como una corriente porque ha llegado el momento de contarles el motivo que me ha traído hasta aquí.

No seas pesada, Keyla.

Creo que lo mejor será que lo sepan y que, si me quieren abandonar por ello, lo hagan ahora, antes de que nos encariñemos más.

—Siempre he sido la rara —confieso, dejando la taza sobre la mesa porque mis manos han empezado a temblar—. La que se encerraba en los baños para no tener que cruzar la mirada con nadie. No fue solo un día o una broma pesada; fue un machaque constante. Me decían que nadie querría ser mi amiga porque mi propia madre me había regalado, que yo era «de segunda mano».

Avery me aprieta la mano y Sienna se queda quieta a mi lado, prestándome atención.

—Terminé creyéndomelo —continúo con la voz rota—. Pensaba que, si alguien me conocía de verdad, saldría corriendo. Por eso me asusta Nate. Porque me da miedo que, cuando vea las cicatrices que no se ven, decida que soy demasiado trabajo.

Sienna nos tapa con la manta y Avery se pega a mi costado, rodeándome con esa energía luminosa tan suya que siempre espanta todas mis sombras. Con ellas, llorar no se siente como una rendición, sino como una limpieza. Siento que suelto la carga de una Keyla que ahora no tiene que hacerlo todo sola.

—Te han hecho creer que eres difícil de querer, Keyla —susurra Sienna contra mi pelo—. Pero míranos. Estamos aquí.

Avery me aprieta la mano, con los ojos brillantes y asiente con la cabeza, animándome a seguir hablando.

Cada vez me cuesta menos entender que la amistad es un regalo de la vida. De *mi* vida.

Inhalo.

Ponte a prueba.

Exhalo.

Confía.

—Fui creciendo y entendiendo cada vez más lo que significaba que me hubiesen adoptado… —Trago saliva—. Fui adoptada siendo pequeña y, aunque mi familia me cuidó de una forma inmejorable, siempre sentí que mi destino era ser sustituida. Crecí con miedo a que tuviesen un hijo biológico y lo quisiesen más que a mí, y… Dios. Creo que precisamente por mis miedos nunca dieron ese paso.

Sienna me abraza despacio y, cuando me doy cuenta, su cariño me desarma. Me pongo a sollozar de manera irregular, como un recién nacido, y cuando quiero darme cuenta estoy rodeada del amor de mis amigas y sus llantos acompañan al mío.

—Keyla, quiero que me escuches con atención —dice Avery aclarándose la garganta—. Desde el primer día que te vi supe que eras especial. Recuerdo verte y pensar en que eras preciosa, pero guardo un mejor recuerdo de cuando hablamos por primera vez y pude sentir la bondad que me transmitiste. Nunca te lo dije, pero… desde el primer momento quise ser tu amiga, y eso es algo que solo me había pasado con Sienna.

—¿De verdad? ¿Pensaste eso?

—De verdad de la buena.

—No sabes lo que siento que hayas pasado por ese infierno, cariño. —Sienna se levanta y coloca la manta sobre mí—. Te has debido de sentir muy sola todo este tiempo. Quiero que sepas que cuentas con nosotras para todo y te puedo asegurar que cuando Avery te conoció me llamó para darme un montón de detalles sobre ti. Tenía muchísimas ganas de conocerte.

Las miro a las dos y agradezco esta nueva sensación que tengo por dentro: la de no ser una carga, la de no saberme pesada, la de ser importante para alguien que te importa.

Sienna se seca las lágrimas con la manga, respira hondo y, con una sonrisa temblorosa, dice:

—Bueno, ya hemos llorado bastante por hoy. ¿Vamos a probarte ese vestido?

38
Todo son curvas



Nate Miller

Me cago en mis muertos.

Estoy frente a la chica más impresionante que he visto en mi vida.

Keyla lleva un vestido negro de seda que parece hecho para pecar. Le abraza el torso con una precisión indecente, marcando cada curva de su precioso cuerpo —y joder, qué curvas—. Los tirantes caídos dejan al descubierto la piel de sus hombros, suave, casi luminosa bajo la luz del faro. Camina despacio, con esa mezcla imposible de inocencia y peligro que me deja con las defensas por los suelos. Y, mientras la miro, solo puedo pensar en lo fácil que sería perder la cabeza por ella… o arrancarle ese vestido con los dientes.

—Estás espectacular, Moon.

—Tú tampoco estás nada mal.

—Anda ya. Puedes admitir que estoy guapo.

—¡Creído!

—Preciosa.

—Tú también estás muy guapo, Nate.

Una sensación parecida al orgullo me llena por dentro. Le hago una reverencia y ella esconde su sonrisa detrás de sus manos.

—¿Coche nuevo?

—Técnicamente no. Lo tengo desde hace unos meses, pero hoy vamos a estrenarlo oficialmente.

—Es una pasada, aunque no entiendo mucho de coches.

Hoy he traído mi deportivo negro con acabados en mate, el único que tengo de este estilo. Me suelen gustar los coches grandes, pero me parecía una buena ocasión para estrenarlo con su culo sentado en mi tapicería.

Con un leve ademán le hago un gesto para que pase por delante de mí, y justo cuando lo hace la cojo por la mano para girarla hacia mí y darle un abrazo. Sé que está nerviosa y que está haciendo mucho por mí hoy al venir conmigo, así que quiero que se sienta tranquila desde el primer momento.

Cubro su cabeza con mis manos y por mi nariz entra el olor a caramelo salado de su pelo. Me devuelve el abrazo con timidez, fruto de pillarla desprevenida, pero me rodea con sus pequeñas manos alrededor de la cintura.

Con un beso en la frente, me separo unos centímetros de ella y busco esos ojos en los que siempre parece estar a punto de llover.

—Bonitos ojos —le digo con la cara de gilipollas más grande que tengo.

—Bonita sonrisa.

Nos quedamos un momento así, sin decir nada. Su respiración roza mis manos, que siguen alrededor de ella, y noto cómo el pulso

se me dispara. Ella también lo siente, lo sé por la forma en que sus dedos aprietan mi espalda. No creo que se dé cuenta de la fuerza con la que agarra el bajo de mi camisa.

—Gracias por venir conmigo —le susurro.

—Gracias a ti por querer que te acompañe —responde con esa voz de ángel que tanto me gusta.

Me encantaría besarla de una vez. Cogerla del cuello y darle el mejor beso que le hayan dado en su vida, pero no quiero eso con ella. Quiero que nuestra primera vez para cualquier cosa sea especial.

—Es hora de irnos —digo con ímpetu, pero percibo cierto disgusto en su cara.

La acompaño hasta su lado del coche y le abro la puerta.

—No hace falta que siempre te tomes la molestia de abrirme la puerta, Nate.

—Contigo soy un caballero.

—Pero no hace falta que seas tan formal conmigo. No me importa que…

—Escucha —la corto—. Voy a abrir todas las puertas por las que vayas a entrar siempre que esté contigo. Me gusta hacerlo, pero dejaré de hacerlo si te sientes incómoda con ello.

Me mira y se toma unos segundos para responder.

—No me importa, es solo que no quiero ser una molestia.

—Una princesa nunca es una molestia.

Chasquea la lengua y se ríe antes de subirse al coche. Cuando entra, el bajo del vestido se le sube unos centímetros, ajustando todavía más su culo, y, joder, tengo que morderme el interior de la mejilla para no mirar más de la cuenta.

Con Keyla estoy constantemente midiendo mis impulsos. Si por mí fuera, la habría besado el primer día que la vi en aquel avión, pero sé que ella es diferente. Quiero que sea diferente. Así que me aguanto, recoloco mis impulsos entre las piernas y me subo a mi deportivo.

Nunca me ha importado si una tía llegaba a casa o si se sentía cómoda en una fiesta. ¿Por qué con ella me importa hasta la forma en la que respira?

—Deja de mirarme así. Te he visto. —Se pone el cinturón mientras una sonrisa traviesa adorna su cara.

—¿Y perderme las vistas? Ni de coña.

Rompe a reír. Nos colocamos el cinturón y noto por el rabillo del ojo que tiene una pierna demasiado inquieta.

Está nerviosa, imbécil.

Ni siquiera le has preguntado si se encuentra bien.

—Oye, Keyla —le digo mientras pongo algo de música en volumen bajo—, ¿recuerdas lo que hablamos el otro día? No hace falta que entremos si no quieres.

—Quiero hacerlo, Nate. —Se gira hacia mí—. Es importante para mí enfrentarme a nuevas situaciones y ver que… soy capaz, ¿sabes? Solo quiero ser capaz.

La Keyla con la que hablé el primer día parecía mucho más insegura, pero ahora mismo veo mucha valentía en su forma de hablar, y algo parecido al orgullo me hincha el pecho.

Mientras arranco, veo cómo se mira en el retrovisor y parece satisfecha con lo que se encuentra en el reflejo.

Hace muy buena temperatura para ser las ocho de la noche, a pesar de estar en diciembre. Supongo que es el encanto de esta

ciudad en la que siempre parece ser primavera.

Bajo un poco el volumen y pongo una mano sobre su pierna.

—Nate —me dice con la voz baja—, ¿te parecería bien que tuviésemos una palabra clave por si…?

—¿Una palabra clave? —respondo con la sonrisa ladeada—. Suena bien.

—¿Sí?

—Claro.

—¿No sería raro?

—Si pensamos en una palabra que sea natural, seguro que no. Y si no… ¿qué más da?

—¿No te importa?

—Me da igual la gente, Keyla.

Se queda unos segundos pensando en lo que parece ser una respuesta, pero no llega.

—¿Qué se te ocurre? —le pregunto.

—No sé, puede que… ¿«emergencia»? —responde mientras hace un gesto de duda con los brazos.

—Nena, si tu intención es sonar natural, no creo que diciendo «emergencia» vayas a pasar desapercibida.

Se echa a reír y yo me río con ella, registrando cada tono de su voz en mi cabeza. Me está enseñando a la Keyla vergonzosa, pero a mí me gustan todas sus versiones.

—A ver, ¿te gusta la fruta? —Bajo la ventanilla un poco para disfrutar de la brisa.

—Me encanta. ¿A ti no? Son las chuches de la gente mayor.

—No sé si estoy completamente de acuerdo con esa afirmación —respondo con sorna mientras repaso con los ojos sus piernas sobre

el asiento —¿Qué te parece si me dices algo así como: «Qué antojo de fresas con nata»?

—¡Qué vergüenza! ¿Cómo voy a decir eso en un contexto así de serio?

—Vamos a una gala benéfica donde voy a donar mucho dinero, Keyla. —Me giro un momento para mirarla—. Lo mínimo es que besen el suelo por el que vas a pisar, digas lo que digas.

—Mmm. ¡Qué antojo de fresas con nata! —dice con teatralidad, exagerando el tono y riéndose de sí misma—. ¿Así?

—Perfecto. —Chasqueo la lengua—. Si lo dices con esa voz, vas a tener que pedirme una ambulancia.

—Calla, tonto.

—Lo digo en serio, Moon. —Le lanzo una mirada rápida para grabar en mi mente la imagen de cuando se ruboriza.

Ella suspira y gira el rostro hacia la ventanilla.

—¿No estás nervioso?

—Hago esto más veces de las que me gustaría, así que ya me he acostumbrado.

—¿Y te gusta?

—¿La verdad? No mucho. Me gusta el calor de la gente cuando juego y el equipo va ganando, esa energía, pero no el fanatismo que hay detrás.

—Ya…, supongo que a veces os sentís como si os despersonalizasen.

—Algo así. Y por eso no me gusta la gente, aunque soy experto en fingir lo contrario.

El camino de luces que conduce a la mansión está rodeado de árboles frondosos que escalan hasta el cielo, dejando un hueco entre

ellos desde el que se puede ver la noche. Bajo el techo solar del coche para que disfrutemos de las vistas, porque, aunque estamos llegando, hay bastantes vehículos delante esperando para entregárselos al aparcacoches.

—¿Crees que le gustaré a tu madre? —pregunta con dificultad.

Un nudo se me forma en la garganta, pero lo deshago, porque ahora mismo lo único que importa es hacer que se sienta tranquila la chica que tengo delante.

—¿Y a quién no le gustas? —Me giro hacia ella para ver, a través de sus pestañas, el miedo en sus ojos—. Mi madre no tiene que importarte. A mí no me gusta ella.

—¿Qué quieres decir?

Mierda. Creo que en algún momento debería contarle más acerca de esta parte mi vida, pero me asusta, joder.

Siempre he sido el tío duro que finge que no le afectan las cosas. El que lleva tanta mierda al cuello que tiene que tragársela para que no desborde, pero el que siempre está ahí para recoger la de los demás.

—¡Siguiente! —grita el aparcacoches desde su puesto.

Avanzo con el deportivo aprovechando ese regalo de tiempo y freno a su lado.

—¿Nombre? —pregunta mientras mira su lista sin levantar la cabeza.

—Miller. Nate Miller.

—Oh, señor Miller. ¡Cuánto lo siento! —El aparcacoches se disculpa avergonzado—. No me había fijado en que era usted.

—No se preocupe, solo soy una persona más.

—No, no. De ninguna manera. Es un trato inmerecido, señor Miller. —Me abre la puerta y hace una leve reverencia—. Deje que le ayude.

—Muchas gracias. —Le entrego las llaves y me muevo con rapidez para ser yo quien abra la puerta de Keyla—. Princesa.

Le ofrezco mi mano para que se agarre a ella e ir juntos hacia la entrada. En cuanto pone la punta de su tacón en el suelo, una ola de paparazis viene hacia nosotros.

—¡Señor Miller! ¿Qué opina de su compañero Axel Hayes?

—¿Quién es ella? ¿Una nueva ilusión?

—¿Es ella la culpable de su bajo rendimiento en los últimos partidos?

Veo que Keyla empieza a temblar, asustada, y la cojo por la cintura para hacerla sentir más segura. Me acerco a su oído.

—¿Estás bien?

—Cr-creo que sí.

—Mira, solo son hienas que buscan un poco de comida. —El aire de mi boca roza su pelo—. Tú sonríe cuando te apetezca, y cuando no, nos vamos. Como si te quieres ir ya.

—Puedo hacerlo —afirma con seguridad, mientras los flashes iluminan distintos puntos de la zona.

—¿Vamos? —La miro, y joder, está preciosa.

—Vamos —responde con una sonrisa que todavía no enseña los dientes.

La agarro de la mano y avanzamos por la alfombra de terciopelo de las escaleras, en la que nos espera la siguiente oleada de paparazis.

Al fondo está el *photocall*, y prefiero preguntarle si se siente cómoda primero.

—¿Te apetece que nos hagamos una foto o vamos por otro lado?

—Es importante para tu trabajo, ¿verdad?

—Sí, pero no me importa. Me importa más que estés bien.

Me aprieta fuerte y percibo que está nerviosa, pero avanza conmigo.

Siento una sensación rara por dentro, porque no estoy acostumbrado a que nadie haga cosas por mí. Pero a ella le sale natural, sin que tenga que pedirlo, y sé que le supone un gran esfuerzo.

—Entonces lo haremos.

—¿Segura?

—Segura.

Las luces del *photocall* son tan fuertes que casi nos ciegan. A mi lado, Keyla parpadea varias veces, intentando acostumbrarse al brillo de los flashes, pero no la suelto. Poso la mano sobre su cintura, solo para que note que sigo ahí.

Los fotógrafos gritan mi nombre como si dependieran de ello para respirar.

—¡Nate, a la derecha! ¡Aquí, Nate! ¡Sonríe!

Ella se encoge un poco, y la acerco más a mí. No necesito sonreír; solo con verla bastaría para llenar todas las portadas del mundo.

—Tranquila, Moon —le susurro—. Solo dura un minuto.

—Ya casi está…, ya casi está —susurra para sí misma, casi inaudible.

Keyla brilla los últimos segundos del posado y por un momento parece que ha nacido para esto.

Le aprieto la cintura y, cuando creo que lo peor ha pasado, escucho una voz demasiado familiar.

—Hijo.

Me giro despacio. Mi madre está al final del pasillo, con su impecable pelo rubio, envuelta en un vestido burdeos. Me sonríe desde lejos, pero de mentira. Es la sonrisa que tiene ensayada para las situaciones sociales, no la felicidad de una madre.

Camina hacia mí con elegancia. A su lado camina una sombra con labios rojos que no tenía ganas de volver a ver.

Genial. Dos robots en un mismo lugar.

—Mamá —la saludo con una media sonrisa.

—Querido —me da un beso en la mejilla—. Estás guapísimo, como siempre.

—Gracias.

—Y esta debe de ser… —Sus ojos se detienen en Keyla.

—Keyla —intervengo antes de que la siga diseccionando con la mirada—. Mi acompañante.

Keyla sonríe con educación, pero puedo notar cómo se le tensa la mano.

—Encantada, señora Miller.

—Oh, por favor, llámame Charlotte. —La examina como si tuviese una lupa en los ojos—. Qué vestido tan… bonito.

No me gusta su tono.

No me gusta nada.

—¿Verdad? —respondo—. A mí me encanta cómo le queda.

Mi madre sonríe, esa sonrisa de porcelana que se va fragmentando cuando alguien la contradice.

—Tienes buen gusto, hijo. Aunque eso ya lo sabía —dice mientras señala con las manos a Estelle.

Estelle ríe suavemente, pero es una risa venenosa. Un dulce veneno.

Lleva un vestido ajustado de color champán y el pelo rubio suelto en ondas. Ella es el mejor ejemplo de que puedes ser muy bonita por fuera y estar hueca por dentro como una botella de vino vacía.

—Hola, Nate. —Se acerca para darme un beso en la mejilla, pero aprovecho para darle la mano—. Hacía tiempo que no te veía.

—Hola —contesto de manera cortante—. Mucho. Ni me acordaba del color de tu pelo.

—¿Keyla, entonces? —Le tiende la mano para presentarse—. Soy Estelle.

Veo cómo Keyla intenta mantener el tipo. Sonríe, aunque su pulso late contra mis dedos. No sé si está asustada, es normal que se sienta fuera de lugar, pero no voy a dejar que se piense cosas raras.

—Nosotros nos vamos. Tenemos que saludar a otros inversores. —Cojo a Keyla por la cintura.

—Por supuesto. No querrás hacer esperar a la prensa.

—No. —Tomo a Keyla por la cintura y avanzo.

Cuando por fin dejamos atrás el ruido, ella respira hondo y nos vamos hacia una de las esquinas.

El lugar es impresionante, decorado con grandes lámparas de araña y cristalería de lujo.

—Lo has hecho genial, Moon.

—No sabía que tu madre daba tanto miedo.

—Perdona por no habértelo dicho.

—¿Es siempre así? Creo que me odia.

—Odia a todo el mundo, incluido a mí. No se lo tengas en cuenta.

Se ríe y, sin ser del todo consciente, la estoy estrechando entre mis brazos. No sé qué mierdas me pasa, pero hay algo en ella que siento que tengo que cuidar para que no se rompa. Su cintura es estrecha, pero se va ensanchando conforme llega a su culo. Un culo que me muero por coger con las dos manos.

—¿Y esa chica…, Estelle?

—Nadie importante. Estuve con ella un tiempo, pero nunca significó nada.

—Ah, vale.

—¿Estás celosa? —me río.

—¿Por qué iba a estarlo? —responde mientras se separa un poco de mí—. Tú y yo somos amigos, ¿no?

Un puñal habría dolido menos.

—Dudo que mires así a todos tus amigos.

—No te miro de ninguna manera, Miller —me espeta con gracia.

—Pues para no hacerlo, me gusta cómo lo haces, Blake. —Me acerco más a ella.

—Nate.

Siento su respiración caliente cerca de mi cuello. Aunque estoy inclinado, sigue siendo demasiado pequeña para llegar a su boca, y tampoco quiero que nuestro primer beso sea en un sitio como este.

Nos miramos un segundo más de la cuenta. La música de la gala suena elegante, lejana, y siento que quiero estar en cualquier sitio menos aquí. Pero ella sonríe, y eso basta.

—¿Te apetece entrar? No tenemos que hacerlo si no quieres. Ya he invertido mucho dinero y puedo hacer lo que quiera, cuando quiera. Sin consecuencias.

—Nate, hemos venido para esto.

—Hemos venido para que puedas comprobar lo valiente que eres.

—No creo que lo sea.

—Es que lo pienso. Eres una persona muy valiente.

—Pues esta persona quiere ver cómo te subes a ese escenario y das un discurso que haga sentir a esos niños que hoy tienen un poco más de esperanza porque estás tú para ayudarlos.

Nunca lo había visto así. Mi madre siempre hace que este tipo de galas sean mera apariencia. Le dan igual las causas nobles; solo le importan los resultados de aparecer en ellas. Pero con Keyla estoy viendo las cosas de otro modo. Me está haciendo ser mejor persona, o al menos, tener la intención de serlo.

—Tienes razón. Gracias por decírmelo.

—Gracias a ti, por ayudarlos.

Me separo de ella y le ofrezco mi brazo para entrar juntos.

Y ahí entiendo que, si me quedo, esta vez sí es por la gala.

Pero no por las cámaras ni por mi madre.

Me quedo porque ella me está enseñando algo más valioso que el dinero.

39
Mi fruta favorita



Keyla Blake

Desde mi sillón de terciopelo color champán, las luces del escenario no me dejan fijarme en las caras de la gente, algo que, sin duda, agradezco.

Lo veo subir con seguridad: espalda recta, hombros hacia atrás y esa sonrisa marcada por los dos hoyuelos que tanto me gustan.

No pienses en eso, Keyla.

Cuanto más te alejes de ese tipo de pensamientos, mejor para ti.

Nate se presenta ante el público y empieza a hablar del valor, de las segundas oportunidades, de que el talento no sirve de nada si no tienes valores. Hace suya cada palabra, acompañándose de los gestos de sus manos.

La gente se emociona, los niños se ríen de sus bromas y una mujer anciana con el pelo blanco y un vestido dorado se acerca a darle las gracias.

Es un honor verlo así: tan seguro de sí mismo, tan distinto al chico que me hace reír en el coche o que me mira como si no fuese un problema a resolver.

—Ahora entiendo qué ha visto en ti mi hijo. —Charlotte llega y se sienta a mi lado, con una sonrisa impecable—. Eres bastante guapa y pareces tener saber estar.

—Gracias, señora Miller, pero solo somos buenos amigos.

—Claro. Buenos amigos. —Da un sorbo a su copa—. Qué expresión tan ingenua… ¿Desde cuándo os conocéis?

Su mirada me atraviesa y siento que cada palabra que vaya a salir por mi boca va a mirarse con lupa, lo que amplifica mis nervios.

—Desde que me mudé a la ciudad.

—Curioso. Nate nunca trae «amigas» a este tipo de eventos. Debes de ser especial.

—No lo creo. Solo le estoy haciendo compañía.

Charlotte sonríe, pero percibo cierto recelo en sus ojos.

—¿Y a qué te dedicas, cariño?

Podría pensar que lo dice con afecto, pero su tono me recuerda a algo que no me gusta. Es esa condescendencia disfrazada de otra cosa, pero quiero creer que todo está en mi cabeza.

Estelle me observa desde una de las mesas cercanas, con una sonrisa de satisfacción.

—Ahora mismo me estoy tomando un descanso —respondo, procurando mantener la voz estable.

—Nate siempre ha tenido debilidad por las causas perdidas —dice Charlotte, y su sonrisa no llega a sus ojos—. Supongo que ayudar a una «chica de Portland» con un historial tan… accidentado le hace sentir que tiene el control de algo.

Siento cómo el aire se escapa de mis pulmones. Ella lo sabe. Sabe lo del centro, sabe lo de mi pasado.

—Dime, cielo —se inclina hacia mí, y su perfume a rosas me resulta asfixiante—, ¿qué vas a decirle cuando quiera conocer a tus padres? Oh, espera…, que no tienes. Qué descuido el mío.

Me atraganto con un poco de champán mientras mis mejillas se colorean. El ruido empieza a molestarme y, justo cuando miro al escenario para poder decidir entre meterme en el baño o salir corriendo, me encuentro con los ojos de Nate clavándose en los míos. Los mueve entre su madre y yo y, por la cara que pone, parece que se está haciendo una idea de la conversación.

Estoy bloqueada y siento como si las voces a mi alrededor formasen parte de una melodía ininteligible.

«Su hija es una carga, señores Blake».

Me siento incómoda, que sobro aquí y que no le gusto a esta mujer.

Recuerdo que tengo que respirar e intentar reconducir mis pensamientos.

No hay un león delante de ti.

Bueno, eso es cuestionable.

Nadie va a hacerte daño.

Estás a salvo.

Mentira. Mentira. Mentira.

—He estado investigando un poco. Ya sabes, solo soy una madre preocupada por su hijo.

Algo va mal.

Algo va muy mal.

Se me cierra la garganta y mis ojos empiezan a escocer.

—Mira, niña —se inclina hacia mí—, estoy segura de que eres una chica lista, así que voy a ser muy clara contigo. —Su voz se pone seria, pero ella mantiene una sonrisa disimulada—. Mi hijo tiene un estatus que mantener, además de una carrera deportiva de una categoría que no podrías ni llegar a figurarte en tu cabeza.

Las palabras entran por mis oídos, apuñándome por dentro, una tras otra.

La crueldad no es algo nuevo para mí, solo cambia de voz. Es algo que aprendes con el paso del tiempo.

—Mi Nate nunca estaría con alguien como tú. Ha nacido para brillar, ¿sabes? Y se merece a alguien a quien le brille el bolsillo tanto como a él.

El mundo ficticio que me he esforzado en construir dentro de mí se rompe.

Algo que he estado evitando todo este tiempo y que, al estar avanzando, pensé que había dejado atrás.

Quiero tragar saliva, pero no puedo.

Quiero que me entre el aire, pero mis pulmones no tienen hueco.

Eres un error, Keyla.

Ni tus padres te quisieron.

Siempre pensé que cuando fuera mayor sería capaz de defenderme. Supongo que hay cosas que no cambian nunca.

—Disculpe —susurro con los ojos llenos de lágrimas y sin mirar por un segundo al escenario.

Charlotte solo arquea una ceja, pero su expresión es la de quien sabe que tiene la victoria.

Los malos siempre ganan, supongo.

Me levanto y me tropiezo con el mantel, pero el poco orgullo que me queda hace que levante la cabeza.

Las luces me ciegan y el picor se mezcla con el de mis lágrimas, que bajan tan rápido por mis mejillas como la velocidad a la que va mi corazón.

Ya no me importa si me ven, pero por suerte los paparazis están con cosas más importantes.

Solo quiero salir de aquí.

Cuando abro la puerta de la mansión, la lluvia me golpea en la cara.

El aparcacoches me mira con cara de sorpresa, y cuando hace un ademán de venir hacia mí, le pido espacio agitando las manos.

El suelo brilla bajo las luces de la entrada y mis zapatos amenazan con hacerme resbalar, así que opto por quitármelos y sentir el frío debajo de mis pies.

No sé qué hacer, ni a dónde ir.

Pienso en llamar a mi tía y que me saque de aquí, pero no quiero preocuparla, por lo que busco el móvil en el bolso para llamar a un taxi.

Echo a andar por el camino de hierba cuando escucho un grito.

—¡Keyla! —La voz de Nate se mezcla con la lluvia, pero no me giro.

Estoy cansada de fingir que estoy bien.

La lluvia sigue calándome los huesos, pegándome el vestido a la piel.

Me abrazo a mí misma y sigo caminando, intentando frenar el temblor, pero no hay nada que pueda detenerlo.

Conozco esta sensación más de lo que me gustaría, la de querer desaparecer.

—¡Keyla, espera!

Su voz vuelve a sonar, tan cerca que empiezo a escuchar el chapoteo de sus pasos detrás de mí.

—No quiero hablar —le digo, sin girarme.

Tengo la voz rasgada de tanto llorar, y me costaría un mundo articular siquiera una palabra.

Él no responde, pero siento su presencia ya en mi espalda. Me adelanta y se pone enfrente de mí.

Está empapado. El agua le cae por el pelo y su ropa ha cambiado a un color más oscuro.

Sin importarle que lo estoy despreciando, que estoy poniendo una distancia entre nosotros, me abraza.

Ambos estamos jadeando: yo de la ansiedad y él de venir corriendo, así que nuestras respiraciones se coordinan a un ritmo perfecto.

Me separo de él y veo esos ojos verdes, ahora decorados por un brillo acuoso, a punto de venirse abajo.

Me paso las manos por la cara, aunque no sirve de nada. La lluvia y las lágrimas son una misma cosa.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada —miento.

No quiero que me vea así. No quiero ser una carga para otra persona.

Es mejor que no me tenga en su vida.

—Keyla…, mírame.

Su voz me duele.

—No pasa nada, en serio. Solo necesito irme.

Él se acerca más a mí. Lo suficiente como para sentir el calor que emana su cuerpo.

Y entonces lo digo sin pensar, pero con el corazón en la mano:

—Dijo que nunca estarías con alguien como yo.

Nate se pasa una mano por el pelo, pero dudo si está procurando calmarse o intentando encontrar las palabras adecuadas.

—No sabe quién eres. Y si cree que puede decidir por mí, está muy equivocada.

Cierro los ojos y lloro, esta vez con más fuerza.

Sabía que no era suficiente para que algo bueno pasase en mi vida.

Hay personas que no merecen ser felices, supongo. Y yo debo de ser una de ellas.

—No se trata solo de eso, Nate. Pero me ha hecho recordar cosas de mi pasado que intento superar. No quiero tener a nadie así cerca.

Lo que le he dicho acaba de dolerle y tengo la sensación de que se lo ha tomado como si se lo dijese a él.

—Si no quieres que sigamos viéndonos, Keyla, lo entiendo. Pero quiero que sepas que yo no soy como mi madre.

La lluvia golpea cada vez más fuerte.

—No es por ti. Tú eres… muy bueno conmigo. Pero no puedo tener cerca a gente que siga recordándome que no soy válida, que me haga sentir de esta manera.

—No te atrevas a decir eso, por favor. —Su tono se rompe—. ¿Válida? Desde que has llegado a esta jodida ciudad le has dado un soplo de aire fresco a mi vida, Moon.

—Pero tiene razón. Tu mundo y el mío son muy diferentes.

—Mi mundo, Keyla, necesita personas como tú en él.

Pone una mano sobre mi mejilla.

—Me importa una mierda lo que piense mi madre. La odio. La odio, joder. Es imposible quererla, pero nunca me he atrevido a plantarle cara. —Su voz parece cansada—. Se ha encargado de planificar cada puto detalle de mi vida sin importarle qué quiero yo o qué me hace feliz, y estoy cansado.

Nunca se me había pasado por la cabeza que, al igual que yo, quizá él también esté sufriendo. Cuando sentimos dolor pensamos que somos el centro del mundo, incapaces de ver las pistas que los demás nos dejan, ignorando que hay personas que cada día están librando batallas invisibles contra su cabeza.

—Nate…, no sabía que te sentías así.

—No soy de hablar mucho de mis cosas —confiesa, con una sonrisa débil.

—Puedes contarme lo que quieras. Me encantaría poder ayudarte.

—¿Cómo puedes pensar así después de lo que te he hecho trayéndote aquí? Me siento como un puto imbécil. No sé qué me esperaba de esto.

—No ha sido tu culpa. —Le cojo las manos con las mías—. ¿Me oyes? No es tu culpa tener una madre así.

Nate me mira con los ojos brillantes, llenos de rabia, tristeza, y de algo más profundo para lo que no encuentro nombre.

—A veces pienso que todo lo que toco acaba rompiéndose —dice, apenas audible—. Mi padre ya no está, mi madre ahora es así…, y siento que es por mi culpa.

Me muerdo el labio porque quiero tener cuidado con mis palabras. Lo entiendo más de lo que me gustaría.

—Mira, no sé lo que te ha pasado, pero me gustaría saberlo para poder ayudarte.

Nos quedamos un momento en silencio, bajo la lluvia, con las manos todavía unidas.

El agua resbala por su cuello, y puedo oler su perfume mezclado con el sudor y la lluvia.

Por un instante, el tiempo parece estar hecho del material de los sueños, y su percepción altera mis sentidos, dejando que mi atención se vaya a sus labios.

—No quiero que desaparezcas —susurra—. No quiero que te vayas de mi vida.

Sigo jadeando.

—Prométeme que vas a seguir aquí cuando me despierte mañana. Aunque no sepas cómo hacerlo. Prométeme que no te vas a ir, que no vas a dejar que ella te aleje de mí.

Su voz se quiebra, y esa grieta en su tono me recorre por dentro.

Asiento para mí misma, deshaciendo el nudo que tengo en la garganta porque ahora mismo lo único que me importa es que se encuentre mejor.

—Solo si tú también lo haces.

Nate suelta una risa mínima y niega con la cabeza antes de mirarme como si fuese lo más bonito que ha visto en su vida.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunta—. He sido yo el que ha salido corriendo detrás de ti, y al final eres tú la que ha acabado entrando dentro de mí.

—Se me da bien poner la pelota sobre otros tejados —bromeo.

La lluvia cae con más fuerza y miramos hacia arriba antes de romper a reír.

—¡Estamos empapados!

—Ya te digo. Vamos a coger un buen constipado.

—Tú no te puedes poner malo. Mañana entrenas, ¿no?

—Por desgracia para mí.

—Entonces creo que deberíamos irnos a casa, descansar y olvidar este día.

Me mira con las manos en el mentón como si estuviera tramando algo.

—Keyla, la noche solo acaba de empezar —anuncia victorioso.

—¡Pero si son las diez de la noche!

—¿Y tienes prisa?

—No, pero tú deberías descansar ya.

—No te preocupes por mí, yo no podría estar mejor.

Esa sonrisa.

Madre mía.

—¿En qué estás pensando?

—Lo tengo todo en mi cabeza, princesa. Tú solo déjame trabajar.

Me suelta una mano para apartarme un mechón de la cara, y el roce de sus dedos me estremece.

—Oye, no me has dicho cuál es tu fruta favorita.

—Para decirte cuál es primero quiero probarla.

Nate rodea mi nuca con las dos manos y me besa.

40
Lluvia y sal



Nate Miller

Su lengua busca la mía despacio, como si quisiera aprender acerca de mi propio ritmo antes de perderse en él.

Es la primera vez que siento algo así.

No la estoy besando, me estoy rindiendo ante ella.

La beso como aquel que busca oxígeno después de estar demasiado tiempo debajo del agua.

Su boca sabe lluvia y a champán; la mía a sal y a esperanza.

A todo lo que no sabía que necesitaba.

A todo lo que nadie me había dado sin condiciones.

Sus labios saben demasiado bien, y yo tengo hambre.

Siento cómo su respiración se coordina con la mía: rápida, entrecortada, y cómo mis manos se aferran a su rostro como si el mundo pudiese deshacerse si la suelto.

Sus uñas se clavan en mi cintura y me arrastran hacia ella, y no hay fuerza en el mundo capaz de hacerme retroceder.

No sé cuánto tiempo pasa, pero cuando percibo que el frío se cuela por su vestido de seda —ese mismo que quería arrancarle— me obligo a separarme de manera lenta.

Esto no era lo que yo quería para ella, joder.

No la primera vez.

No quería que fuese un beso desesperado, sino lento, pero una fuerza irrefrenable me atrajo hacia su boca.

Esa. Boca.

Nos quedamos mirándonos unos segundos, con su frente pegada a la mía. Keyla está de puntillas, pero incluso así tengo que encorvarme un poco.

Tiene las pestañas mojadas, el pelo anaranjado pegado al rostro y la expresión más triste y hermosa que he visto en mi vida.

Estoy consumido por ella.

¿En qué momento me he vuelto tan vulnerable? Sé, sin que ninguno de los dos digamos nada, que ese beso no ha sido solo mío.

Ha sido de los dos.

—No quería que la primera vez fuese así —murmuro—. Lo siento.

Lo cierto es que no estaba en mis planes. Siempre he tenido en mente hacerla sentir especial, pero hace unos minutos la fuerza que sentí por dentro opacó cualquier uso de la razón.

—¿A qué te refieres?

Me he estado reprimiendo desde el momento en que la vi en ese avión.

Sé que me romperá el corazón cuando se vaya, pero es que mi corazón ya está jodido.

—Quería que fuese especial, Keyla. Hacer algo especial para ti.

—Nate, ha sido perfecto. Un beso de película.

—¿De película romántica o de película de terror?

—De esas en las que el protagonista se queda con la chica.

Me doy cuenta de que vuelve a cerrar los ojos un poco más y aguanto la respiración con el objetivo de ser capaz de medir mi fuerza solo para ella.

Esta vez el beso es lento, comedido, pero sigue siendo igual de intenso. Suelta un gemido en cuanto pongo una de mis manos rodeando su cintura para atraerla hacia mí, y mete las suyas por debajo de mi camisa.

Cuanto más meto mi lengua dentro de ella, más ansío poder recorrer otras partes de su cuerpo con ella.

Ahora mismo siento que tengo mi mundo entre las manos y mi suerte entre sus dientes.

Joder.

Estoy loco por esta chica.

Es totalmente diferente a lo que he sentido otras veces. Me tiene en sus manos, y podría cogerme y destrozarme tanto como ella quisiese.

Le devuelvo el gemido cuando agarra mi barbilla, atrayéndome más y más hacia ella.

Dios.

Estoy cayendo al puto vacío.

Empieza a temblar, y en ese mismo instante me separo con delicadeza hasta darme cuenta de que sigue descalza.

—Keyla, te vas a poner mala.

Con los labios hinchados, noto cómo jadea y por un momento me da la sensación de que no es por el frío.

—Esttt-toy bien.

—Estás tiritando. Tenemos que irnos.

Sin pensarlo un segundo, la cojo en brazos y, como si no pesara nada, me la llevo. Intento pegarla a mi cuerpo para intentar darle calor.

Voy rompiendo las ramas que yacen ya demasiado húmedas en el suelo y aumento la velocidad.

Hago un gesto al aparcacoches, que nos mira sobresaltado a lo lejos, para que vaya trayendo el coche y pueda poner la calefacción.

—Siempre había querido darme un beso como el de Noah y Allie.

—¿Esos quiénes son?

—¡Nate! ¿No has visto *El diario de Noa*? Podría no volver a verte nunca por ese delito.

—Perdóname, princesa. Mi vida antes de ti se basaba en entrenar y ver partidos.

—Si quieres que siga estando en ella más te vale hacer los deberes.

—Pero ¿he cumplido tus expectativas? —le susurro al oído mientras el aparcacoches me da las llaves.

—Mmm… puede ser.

Sonrío antes de darle un beso en la frente.

El aparcacoches nos mira de arriba abajo, con el pelo chorreando y los zapatos de Keyla en mi mano.

—Oye, pero vamos a mojar todo el coche.

—¿Qué más da? Me importa que estés bien.

El aparcacoches nos ayuda a abrir la puerta del copiloto y la dejo en el asiento.

—Nena, lo siento, pero tienes que quitarte la ropa.

—¡¿Qué?!

Voy hasta el maletero y saco mi ropa de entrenar, que me la devuelven limpia después de cada partido.

Cojo mi sudadera negra y también un par de toallas, ya que soy bastante maniático y me gusta usar las mías.

—Sécate y ponte esto.

—Pero me van a ver.

—Pues se alegrarán de las vistas. —Le guiño un ojo.

—Quizá en el asiento de atrás, pero ¿podemos irnos primero?

—Claro, princesa.

Acelero y conduzco durante cinco minutos en los que caliento los asientos y pongo la calefacción.

—Nunca había visto un coche en el que se calentasen los asientos.

—Es una de mis cosas favoritas. Me encanta el frío solo para sentir calor.

Encuentro un buen sitio para parar en el que parece que no pasarán más coches. Keyla va hacia la parte de atrás.

—Vale, pero no me mires.

—Lo intentaré —respondo con picardía.

Me cambio fuera, ya que los árboles nos cubren. Me quito el traje y, con los calcetines hechos un asco, voy hasta el maletero para dejar todo dentro.

Me pongo ropa de deporte y entro en el coche para secarme los pies.

—Tu ropa me queda enorme.

—Mi ropa te queda genial. —La miro mientras se acomoda otra vez en el asiento del copiloto—. Estás perfecta.

—Me da bastante miedo ir a tu casa, Nate. Tu madre…, no sé.

—Lo sé, preciosa, pero hoy dormirá en casa de los padres de Samuel, al otro lado de la ciudad. —Me paro unos segundos para pensar—. Si no te sientes cómoda podemos simplemente darnos una ducha y te llevo al centro.

—¿Puedo decidirlo más tarde?

—Claro. —Cojo su mano y la beso antes de volver a arrancar—. Tú me das la señal y te llevo a donde sea.

—Oye, y ¿dónde estaba hoy ese señor? No lo he visto en toda la noche.

—Seguramente apalabrando algún contrato. Solo van a las galas para eso.

Arranco y conduzco en completo silencio. La música que he puesto me parece inoportuna. Prefiero pasar este tiempo hablando con ella, sin más.

El camino hasta casa es corto, pero se me hace eterno.

Keyla también va en silencio, pero parece tranquila. Tiene la mirada perdida en las luces que se ven a lo lejos, pero que se reflejan en el cristal.

Ya no se frota los brazos bajo mi sudadera, así que supongo que ya ha entrado en calor. Apoyo mi mano derecha en su pierna y sigo mirando la carretera, pero me giro siempre que puedo para verla de reojo.

Su perfil iluminado por la poca luz de la carretera me tiene hipnotizado.

Es preciosa así: con el rímel corrido, el pelo alborotado y sus dedos entrelazando los míos.

—Me parece que la princesa ya se encuentra mejor.

—Sigo necesitando una ducha.

—Ya estamos llegando.

—¿De verdad no te importa que me quede a dormir?

—Tendría que pensarlo —bromeo.

Pone cara de enfadada, frunciendo el ceño. Podría perderme en esa cara.

—Ah, ¿sí? ¿Está tu cama muy solicitada?

—Nunca ha dormido nadie en mi cama, Moon.

—No te creo.

—En realidad, haces bien, porque, ahora que lo pienso…, hay alguien que duerme bastante conmigo, pero no quería decírtelo.

Veo cómo se pone colorada y, aunque la situación me hace mucha gracia, no quiero alargar más la broma.

—Te la presentaré.

—Pero es una broma, ¿no?

—Claro, princesa.

—Nunca entiendo las bromas. A veces pienso que tengo algún tipo de problema en la cabeza.

—Quizá eso sea porque te han hecho bromas demasiado pesadas, y ahora no sabes diferenciar unas de otras.

—Puede ser… —se queda unos segundos pensativa—, pero ¿hay alguna chica que duerme en tu habitación?

—La hay, pero estoy segura de que estará encantada de conocerte.

41
Ahora somos tres



Keyla Blake

Dos ojos brillantes del tamaño de un botón me miran desde una minicueva de madera.

—Qué novia más guapa tienes.

—Es preciosa. —Nate toca su naricita con los dedos—. Es muy reservada. Eres la primera chica a la que conoce, pero parece que le caes bien.

Miro a Olivia y luego a Nate. Ha construido una casa a medida para un animal de apenas unos gramos. Me muerdo el labio, sintiendo ese calorcito en el pecho que ya empiezo a sentir más familiar conforme avanza el tiempo.

—Mírate, cosita —le digo poniendo voz de niña pequeña—. Te hemos despertado, ¿verdad, bonita?

—Los erizos duermen un montón, así que seguro que estaba durmiendo. Le hice esta casa a medida para ella que tiene un

sistema para calentarse.

—Qué eriza tan privilegiada. ¿Tiene un sistema de calefacción o algo así?

—Sí, mira. —Me señala por debajo de la casita una especie de tapa—. Tiene un pequeño cable térmico debajo del suelo de madera. No quiero que pase frío.

Nate mira a Olivia con tanta ternura que me podría derretir aquí mismo.

—Cuando la adopté, me dijo su veterinario que los erizos necesitan calor constante o se aletargan.

—¿Y duerme ahí dentro?

—La mayor parte del día, sí.

Me acerco un poco y veo cómo parpadea, se estira y hace un ruidito con la nariz antes de volver a enroscarse en sí misma.

—Es adorable.

—Lo es. Y muy suya. —Nate se quita la sudadera y se estira—. Como tú.

Le lanzo una mirada vacilona por encima del hombro.

—¿Yo?

—Sí. Disfrutas del silencio, de los lugares tranquilos y te abres con muy poca gente.

—Qué observador, Miller.

—Detallista, Blake.

Olivia capta nuestra atención una última vez, acomodándose todavía más hasta quedarse dormida.

Me quedo mirándola y algo nuevo se despierta dentro de mí: algo parecido a la paz.

Nate me pasa una toalla por el pelo, con cuidado, y su voz en mi oído hace que me dé un escalofrío.

Hay algo en su forma de cuidarme que hace que se bajen todas mis alarmas, pero una voz dentro de mí sigue pidiéndome que tenga cuidado.

—Este pelo necesita una ducha.

—Y tú otra. Hueles como el rabo de una mofeta.

—Qué chica tan cochina. No sabía que sentías una especie de atracción por ese tipo de olores.

Me hace cosquillas por detrás y pone su cara en mi cuello.

—Venga, preciosa, vas a coger frío. —Me coge de la mano y me lleva hasta el baño—. Te he preparado un baño para que puedas pasar a relajarte un rato a solas, sé que es importante para ti.

Tierra llamando a Keyla.

Estás en problemas, niña.

A causa de los libros siempre había tenido un estándar muy alto con el amor. Quizá por eso las veces que intenté conocer a algún chico salió mal.

A pesar de las cosas malas que me han sucedido a mi corta edad, siempre supe que el hombre de mis sueños no me haría sufrir.

No soy capaz de entender a esas chicas a las que les gustan los tíos que son unos capullos. ¿Quién puede elegir sufrir por encima de amar?

Lo cierto es que Nate parece estar dentro de ese estándar y me asusta.

Madre mía, claro que me asusta.

Esto no estaba en mis planes. Yo solo venía a curarme, a trabajar en mis problemas hasta hacer mis maletas y volverme a casa, pero

ahora estoy conociendo a personas que me están haciendo sentir que ha valido la pena cada decisión anterior a venir aquí, porque todas han hecho posible llegar a este destino.

Mi destino.

Con este chico mirándome así solo puedo pensar en que la vida, si lo deseas con todo tu corazón, siempre tiene un plan mucho mejor para ti.

—Nate, esto... —digo señalando a la bañera llena de espuma—. No era necesario. Estás haciendo demasiado por mí. Yo…

—Tsssh. —Se acerca para ponerme los dedos encima de los labios —. Esto no es nada en comparación a todo lo que podría hacer por ti.

—Pero no he hecho nada para merecérmelo, y yo nunca podría devolverte este tipo de lujos.

—Keyla, ya me das todo lo que necesito con la forma en la que me tratas.

Coge mi cabeza con sus manos y mezcla su saliva con la mía una vez más. Con dominancia, me muerde el labio antes de pasar su boca por mi cuello. Me atrae hacia él y desliza una mano por mi cintura, al borde de mi trasero, y me rodea con ella casi por completo.

Este chico sabe lo que hace.

Madre mía.

Nunca nadie había conseguido que perdiese la cabeza así.

Nate gruñe contra mis labios una vez más antes de separarse y darme un beso en la frente.

—Te dejo mientras me voy a duchar a otro de los baños. Tómate tu tiempo.

No tengo experiencia con estas cosas, así que intento tomarme en serio su palabra y darme mi tiempo para relajarme y alejarme de los malos pensamientos del pasado.

Troy pretendía que nos viésemos a escondidas, y yo, como una tonta, cedía. Era brusco, nada cuidadoso, y desde luego no le importaba ni lo más mínimo ni mi placer ni mi bienestar. La única vez que nos dimos algo parecido a un beso, fue de lo más vulgar, así que no lo puedo considerar como tal.

Yo le gustaba, sí, pero de puertas hacia dentro. Supongo que él también tenía miedo de que le hicieran lo mismo que a mí si lo veían conmigo.

Por suerte, nunca llegamos a más. Fui incapaz, gracias a que tenía una voz sabia dentro de mí que aparecía de vez en cuando.

Con Nate siento que todo es distinto. En su forma de tocarme, en el fuego de su mirada. Es la mezcla perfecta entre ternura y sensualidad.

Dios.

Me atrae muchísimo.

Con él en otra habitación me atrevo a mirar el baño. Es enorme. Las paredes están cubiertas con piedra beis y el suelo es de mármol blanco, seguramente para conservar mejor el calor. Práctico pero elegante.

El agua burbujea lentamente, invitándome a sumergirme en ella. Me quedo completamente desnuda y me observo en el espejo que hay enfrente de mí.

Veo las marcas de mis brazos, que, aunque parecen cada vez más tenues porque el sol ya no hace efecto en mi piel a causa del invierno, siguen sin gustarme.

Pero lo demás me gusta. Me miro y me siento distinta a la Keyla que llegó aquí hace meses. Mi vida ha cambiado tanto, he tomado tantas buenas decisiones… que he conseguido estar en deuda conmigo por estar intentándolo.

Estoy aprendiendo que, aunque puede salir mal —como hoy—, no tiene por qué ser malo, sino que forma parte de la vida.

Vivir no son simplemente las conversaciones banales que tiene la gente en los bares. Vivir es crudo, despiadado, bonito, intenso.

Y en este capítulo de mi historia lo estoy haciendo sin evitar las partes de colores, como siempre he hecho por miedo a perderlas.

Me deslizo dentro de la bañera y cierro los ojos, dejando que el vapor suba y me limpie no solo la piel, sino también la sal de las lágrimas y la lluvia.

Nunca estarás a su altura.

Me hundo más en la espuma para no escuchar las voces confusas de mi cabeza porque yo no soy mis pensamientos. O no todos, al menos.

Vuelvo a la realidad e intento nombrar cosas que han pasado hoy de manera realista.

«Nate te ha cuidado».

«Nate te ha dado un refugio».

«Nate te ha elegido».

Su manera de tratarme me hace darme cuenta de que su forma de respetarme es algo desconocido para mí.

Con Troy, era un secreto.

Con Nate, una prioridad.

Ya no eres una causa perdida, Keyla la valiente.

42
Pizza de chocolate



Nate Miller

—Cuéntame algo sobre ti que nadie sepa.

Con nuestros cuerpos dentro de mi gigantesca cama, como si fuésemos un rollito de primavera, Keyla ha perdido toda la vergüenza que le quedaba y me lanza una pregunta tras otra.

Son las cuatro de la madrugada y llevamos toda la noche hablando sin parar. Cuando la veo así, lo más cerca posible de ser ella misma, algo se me mueve por dentro y va directo al corazón. Boom.

—No me gusta el chocolate.

—¡Nate! —Se incorpora en la cama—. ¿Sabes que podrían enviarte al infierno por semejantes declaraciones?

—Es que está sobrevalorado. Sabe a leche de bebés.

—¿Cómo va a saber a leche de bebés?

—Sí, a leche con puré. Es asqueroso.

—Eso es porque solo has probado el que tiene leche y azúcar. A mí me gusta el chocolate negro.

—Puaj, Keyla. Esa mierda se te pega al paladar.

—Igual que tu crema de cacahuete. Parece caca de pájaro.

—Mmm… —Me giro para hacerle cosquillas en la tripa mientras me lanzo a su cuello—. Esto me gusta más que la crema de cacahuete.

Su risa rebota contra mi cuello, suave y desordenada, al igual que ella.

—Deja de hacerme reír, que me duele la tripa.

—Normal, ¡porque te has comido toda la pizza!

—Es que olía tan bien… y hacía tanto que no comía una pizza rica que no tuviese gluten…

—Te aviso de que, cuando tomo proteína o cosas que no suelo comer, mi estómago se convierte en una bomba.

—¡Calla! —Se tapa los ojos con las manos—. Ni se te ocurra tirarte un pedo delante de mí.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo nunca hago esas cosas.

—Ah, ¿no? Ya verás cuando coja confianza la princesa…

—Puaj, qué asqueroso.

Keyla me empuja para apartarme de ella antes de retarme con la mirada, divertida, pero no consigue alejarse mucho tiempo.

Sus dedos se quedan en mi piel, y por un momento desearía que esta casa fuese siempre así. Solo mía. Nuestra.

—Venga, tu turno —susurra, con una cara de dormida que hace que necesite un babero—. No te escaquees.

—¿Mi turno para qué?

—Para preguntar algo.

—¿No tienes sueño?

—No —miente—. Quizá un poco. Es solo que… no quiero que se acabe la noche.

Me quedo callado un momento, acariciando con las yemas de los dedos su vientre.

Dios.

Quiero conocer cada detalle de su cuerpo, pero cuando sea el momento.

—Vale. ¿Qué es lo que más miedo te da?

Veo cómo su sonrisa se apaga un poco. Se queda mirando al techo mientras se separa de mí.

—Eh, ven aquí. No hace falta que hablemos de esto. No pretendía incomodarte.

La atraigo otra vez hacia mí para hacerla sentir en casa y le doy un beso en la frente.

Keyla baja un poco la mirada antes de dirigirla hacia mí, con una expresión entre vergüenza y tristeza.

—Me da miedo que todo el mundo se vaya de mi lado —confiesa con los ojos brillantes—. Perder a la gente que quiero.

—No se me ocurre algo que pueda doler más que eso.

Siento el mismo miedo que ella y, por un momento, tomo consciencia de que es la primera vez que lo pienso. Hasta ahora siempre había asumido que las únicas personas que iban a estar a mi lado eran mi familia y mis amigos cercanos. Eso sin contar a mi madre, claro, pero ahora que sus palabras flotan en el aire me doy cuenta del pánico que se me ha metido entre las costillas.

—A veces siento que estoy condenada a eso, ¿sabes? Que haga lo que haga o corra lo rápido que corra, no voy a conseguir que nadie se quede a mi lado el tiempo suficiente.

—¿Por qué piensas eso, Keyla? No se me ocurre una compañía mejor que la tuya.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Nate.

—Cuéntamelas.

—No. Créeme, no quieres saberlas.

Keyla se da la vuelta y cambia el ritmo de su respiración.

—Oye, Moon. Quiero saberlo todo de ti, ¿me oyes? —La rodeo por la cintura—. Al igual que la luna, todos tenemos partes luminosas y partes oscuras, y yo quiero conocer todas tus caras.

—Pero estas no van a gustarte —dice con la voz temblorosa—. No van a hacerlo, Nate. Te lo contaré y querrás irte…, alejarte. Y no te culpo, de verdad que no.

—No voy a irme a ningún sitio, Keyla —respondo sin pensarlo.

—La gente siempre dice eso, pero, cuando descubren quién eres de verdad, las cosas que te han pasado, lo hacen. Empiezan a dudar de si los demás tendrán razón, hasta que se dan cuenta de que tú eres el error.

—Déjame demostrarte que no soy como los demás. No creo que haya nada malo en ti, y eso para mí es más que suficiente.

Le doy espacio para que se tome un tiempo para ella, para poder decidir si realmente quiere contármelo. No la culparé por nada, está muy asustada, joder. Y yo solo quiero hacer que esté bien.

Busca mi mano bajo las sábanas y la aprieta.

—No tengo muchos recuerdos felices de mi vida. —Baja la mirada mientras se pone cómoda—. Cuando me contaste que tu prima Asia

era adoptada, quise contarte que entendía más de lo que me gustaría lo que ella sentía, pero al final no me atreví.

Un nudo aparece para quedarse en mi garganta, y esta vez no sé cómo deshacerlo. Ayudar a Asia fue algo difícil para la abuela y para mí. Sufrimos mucho con su historia y, a pesar de que yo no tenía la edad para entenderlo, lo hice.

No quiero que malinterprete miedo en mi expresión porque no pretendo huir de ella, pero sé que lo que me va a contar va a hacer de mí un hombre destrozado.

Le aparto el pelo de la cara y le hago un gesto con la cabeza, invitándola a continuar para que no perciba ninguna cosa extraña debido al hilo de mi voz.

—Mis tíos me adoptaron cuando era muy pequeña, así que se podría decir que crecí con ellos la mayor parte de mi vida. —Esboza una sonrisa triste—. En ese sentido he tenido suerte. Han sido unos padres de diez conmigo.

—¿Y recuerdas algo de tus padres biológicos?

—Estoy empezando a recordar ahora con las sesiones de terapia que hago en el centro. Creo que mi cerebro ha bloqueado parte de mi memoria debido al dolor, y es algo por lo que estoy agradecida.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que mi padre me hizo cosas, Nate. Cosas horribles.

El ácido de la cena me sube por el esófago.

Por favor, no.

No quiero que nada de lo que va a contarme sea cierto, pero no se lo digo.

Keyla traga saliva, como si cada palabra que sale por su boca fuese una herida en su garganta.

—Recuerdo fragmentos sueltos —susurra—. Olores, sensaciones como el miedo. Cuando era niña tenía pesadillas por las noches, pero no entendía por qué. Mi tío venía a mi habitación y me cogía en brazos para llevarme a su cama. Solo sabía que no quería estar sola. Y ahora estoy empezando a entenderlo.

Se tapa la cara con las manos, avergonzada, y algo dentro de mí se quiebra. La abrazo y la pongo contra mi pecho, rodeando su cabeza con una de mis manos. No hay palabras que curen este tipo de dolor, pero me duele, joder. Me duele por ella y por todos los padres que no han sabido tomar buenas decisiones, incluidos los míos.

—Lo siento tanto por ti —le digo al final, con la voz rota.

—No es tu culpa. Tampoco fue la mía, pero durante años creía que sí y que había hecho algo para merecerlo.

—No vuelvas a pensar eso nunca más —le susurro al oído—. No hay nada que justifique que un adulto le haga daño a un niño. Nada, ¿me oyes?

Asiente contra mi pecho y me doy cuenta de que lleva tanto tiempo conteniéndose que ni siquiera sabe cómo llorar sin pedir perdón por hacerlo.

—¿Qué te hicieron, Keyla? Necesito saberlo.

—No lo sé con exactitud. Solo sé que tengo algunas marcas en el cuerpo. —Señala su antebrazo—. Como estas. Crecí pensando que eran marcas de nacimiento, aunque intuía que no era así por lo nerviosa que me ponía al tocarlas, pero me cuesta mucho acceder al recuerdo.

Cada palabra suya me hace daño en las tripas. Nadie debería tener que contar algo así en su vida. Nadie.

—No tienes que recordarlo si no puedes —susurro mientras apoyo mi frente en la suya—. No tienes por qué hacerlo, pero cuando lo hagas… necesito sus nombres, Keyla.

—En realidad sí que tengo que hacerlo. Según mi terapeuta, mi mente necesita procesar todos esos recuerdos para poder vivir sin tanta ansiedad. Hay noches en las que todavía me despierto con la sensación de que alguien me está mirando. Me siento como si estuviera loca.

—No estás loca, Moon. Eres muy fuerte y me apena que hayas tenido que aprender a serlo.

Mi mente se divide entre la necesidad de saber lo que sucedió y hacer justicia y las ganas de que olvide lo que le pasó y pueda vivir una vida plenamente feliz.

—¿Has hablado con tus tíos de ello?

—No, pero creo que mi tía lo sabe. Tiene que saberlo. Seguro que cuando me llevaron con ella le contaron mi historia, y por eso me insistió en que debía tratarme. Intentó que probase con una psicóloga, pero la vida que tenía en Portland…, yo… nunca habría podido sanar allí.

—¿Por qué dices eso?

—Porque allí mi vida también fue un infierno, aunque por otros motivos, y esto sí que lo recuerdo.

Siento su voz quebrarse y el corazón se me parte un poco más. Vuelvo a abrazarla con fuerza, pero sin apretarla, simplemente para que se sienta cobijada.

La necesidad que tengo de protegerla y no dejar que se vaya nunca de esta ciudad es demasiado grande para mí. No puedo dejar que se vaya y que vuelva a pasarlo mal. No es justo.

—¿Quieres contarme qué pasó en Portland? —pregunto despacio, temiendo una respuesta negativa.

Keyla se queda en silencio unos segundos.

—Cuando creces aprendes que el ser humano huele la debilidad de los demás. Desde pequeña era diferente, callada, rara. Para mí no era una necesidad socializar cuando estaba en clase porque siempre tenía la cabeza en otro mundo. Era feliz así…, pero, para los otros niños, si no eres como ellos entonces eres el problema.

Aprieto la mandíbula y una especie de calor empieza a calentarme algunas partes del cuerpo.

—No recuerdo ni un solo día de clase que fuera bueno para mí. —Sonríe mientras una lágrima le cae por la mejilla—. Siempre me he sentido sola. Me encerraba en los baños para que no me grabasen, me cortaban el pelo, me escupían… —Hace una pausa—. Cada vez que hacía una amiga de otra clase, la amenazaban con darle una paliza, así que siempre estaba sola y mis ganas de conocer a más gente fueron haciéndose cada vez más pequeñas.

Cierro los ojos y trago saliva, mientras mi pecho se mueve rápidamente. Me duele respirar.

Me cago en mi puta vida.

Quiero coger un puto avión a primera hora y plantarme en Portland. Quiero romper cada uno de los dientes de las personas que alguna vez se atrevieron a hacerle daño. Quiero matarlos, joder.

—Joder, Moon…

—No quiero que me mires con pena —me corta enseguida—. Pero quería que lo supieras todo porque, si prefieres irte de mi vida, estás a tiempo.

Veo cómo se aleja de mí con los brazos y me aparta de ella. Me incorporo un poco y le cojo la cara con las manos, obligándola a mirarme.

—No me voy a ir de tu lado, y menos por algo que no ha sido tu culpa.

Sus ojos se llenan de lágrimas, pero no aparta la mirada.

—Sí que lo ha sido, Nate. Soy un desastre, ¿vale? Soy una cobarde que ha permitido que le peguen, que la insulten y la humillen. No pude defenderme.

Rompe a llorar cada vez más y me hierve la sangre.

—Me costó mucho tomar la decisión de venir aquí. Me daba miedo saber que estaba gastando la última bala que tenía para estar bien y me daba miedo lo que iba a encontrarme aquí. Me aterraba la certeza de pensar que tendría un mal diagnóstico, que me confirmasen que no tengo solución.

—Pero no ha sido así, ¿verdad?

Le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Ha sido la mejor decisión que he tomado nunca, pero sigo sin estar bien.

—Keyla, una persona con tu historia de vida no puede estar bien en tres meses, ni siquiera en años.

—Es que veo muy lejos la casilla de salida, Nate.

—Has avanzado muchísimo estos meses. Mírate, Moon.

Ella asiente despacio, como si también quisiera creérselo.

—Estás mejor, preciosa. Aquí. Sola y también conmigo.

—¿No tienes ganas de salir corriendo? —pregunta avergonzada.

—Si es contigo, sí.

—Pero ¿de verdad no piensas que voy a contagiarte mi mala suerte o algo así? Siento que siempre he estropeado todo lo que toco.

—Desde que has llegado lo único que he hecho es sentirme cada vez mejor. Entreno mejor, duermo mejor. Soy una persona con más paciencia.

—¿En serio?

—Te lo prometo.

—No me gustan las promesas, Nate.

—A mí no me gusta la gente que las incumple, pero no es ni será mi caso.

Sus labios se estiran hacia arriba, y consigo ver un poco de calma en su mirada.

Se acurruca otra vez contra mi pecho y me quedo quieto, escuchando cómo su respiración se mezcla con la mía.

—A veces pienso que volverá a pasar y tengo ganas de salir corriendo de este sitio. De olvidar vuestros nombres y volver a mi burbuja, y no dejar que entre nadie más.

—Pues lo siento, pero lo tienes difícil.

—En algún momento tendré que irme, Nate.

No pienses en eso ahora.

—Ese algún momento todavía no ha llegado. Además, ¿por qué tendrías que irte?

—Allí tengo a mi familia. No puedo dejarlos allí para siempre.

—Ahora aquí también tienes familia.

Keyla abre mucho los ojos y su boca dibuja un círculo perfecto.

—Me da miedo pensar que las únicas personas que estarán siempre a mi lado serán mis tíos.

—Pero eso es irreal, Moon. Hay muchas familias que no quieren a sus hijos, y amigos que se convierten en familia para siempre.

—Yo nunca he tenido eso, así que no sé lo que es ni cómo funciona. Las pocas veces que alguien ha entrado en mi vida… no quiero ni recordar cómo me sentí.

—Hay gente buena, princesa. Gente que vale la pena.

—Incluso las buenas personas prefieren las cosas que no están rotas.

—Mírame.

Pongo los dedos bajo su barbilla y la obligo a enfrentarse a mí. Sus ojos están húmedos, pero tienen esa energía que tanto me gusta.

—Tú no eres un objeto roto, Keyla. Eres una persona entera y llena de luz, a pesar de que siempre se han empeñado en apagarte.

—Supongo que tendré que fiarme de que no vas a salir corriendo.

—No tengo piernas para correr lejos de ti. —Me señalo el pecho—. Me tienes atrapado aquí. Así que no pienses ahora mismo en que me voy a ir, porque entonces ese día me habré convertido en alguien que no merece estar contigo.

Me mira con esa mirada rota pero dulce, y veo mi futuro a través de esos ojos.

—A veces me olvido de que todavía puedo construir cosas bonitas.

—No sé qué pasará mañana, Moon. Pero, si fui capaz de alquilar una librería solo para verte sonreír, imagínate lo que soy capaz de hacer para que no vuelvas a sentirte sola.

Por primera vez, el miedo en su mirada le cede un poco de espacio a la confianza.

—No tengo piernas para correr lejos de ti —le susurro contra los labios—. Aunque quisiera, creo que ya me has ganado el partido por goleada. Quédate conmigo esta noche. Y la que viene también.

Ahora me doy cuenta de que lo único que he querido toda mi vida también era esto.

Un lugar donde nadie me conozca por mi apellido.

Un lugar donde alguien me haga descansar del frío.

Ella era diferente a las demás, por eso nunca había conocido en toda mi vida cómo era sentirme de este modo.

Ella me habla acerca de quién soy, sin obligarme a rechazar la parte en la que me convierto cuando juego.

La bestia que devora en la pista. La mentira que soy frente a las cámaras.

Ella es todo lo que le hace falta al mundo: esperanza, valentía y corazón.

43
Una primera vez es para siempre



Keyla Blake

—¡Vas a manchar toda la cama!

—¡No puedes traerme fresas y esperar que no me manche!

Nate deja el cuenco sobre su abdomen desnudo, como si fuese la bandeja más estable del planeta Tierra, y me mira con esa sonrisa que siempre me da ganas de esconder la cara entre las manos.

—¿Y si me gusta que te manches? —Nate unta su dedo con un poco de nata y me la pone en la comisura—. Así tengo una excusa para limpiarte.

Se acerca a mí y pone sus dedos en mi barbilla antes de lamer parte de mi cara. Sus labios están húmedos y calientes, y hace que me recorra un escalofrío al pasar de la comisura a mi boca con un beso que me obliga a apretar las piernas.

Esta situación es bastante nueva para mí, pero me tiene en sus manos.

—Me has robado el beso.

—Porque estás muy guapa recién despierta. —Sonríe en frente de mi boca—. Un delito por otro delito.

Respiro agitada, fruto de una mezcla entre vergüenza y algo a lo que no sé ponerle nombre.

Pienso en todo lo que despierta en mí, pero no se lo digo.

Me aparta otro mechón de pelo y mis mejillas me escuecen cada vez más. No es justo. No estoy acostumbrada a que me miren así, como si fuese lo más bonito que han visto jamás. Supongo que hay una parte de mí que no termina de creérselo.

—Dame una —le digo, señalando las fresas porque necesito cambiar de tema antes de que el corazón se me salga por la boca.

—¿Solo una?

Asiento con la cabeza.

Pincha una fresa y la moja en la nata montada que ha traído —¿de dónde narices ha sacado todo esto a las siete de la mañana?— y me la acerca a los labios. Me la como e intento mantener un mínimo de dignidad al masticarla, pero él me mira con esos ojos que tienen toda la paleta de colores posible dentro de ellos y pierdo la poca que todavía me queda. Pasa los dedos y los arrastra por mis labios, mientras intercala su mirada entre mis ojos y mi boca.

—Tienes un poco de nata aquí.

—Mentiroso.

Me calla con otro beso, suave, lento, casi tímido. Parece tan seguro de sí mismo cuando se pierde en mi lengua, como si hubiese hecho esto mil veces antes de mí. Me siento insegura, porque soy inexperta, pero a pesar de eso sigue enredándose conmigo en un beso que no encaja con ninguno de los que he dado hasta ahora.

Es cálido, peligroso y personal.

—Me encanta cómo sabes.

Cada vez estoy más alterada debido a la posible expectativa que él pueda tener de mí. Seguro que lo ha hecho con muchas chicas, en cambio yo…

Corta el camino de mis pensamientos cuando pasa su mano por mi cintura, cubierta por una de sus camisetas. Como no tenía pensado dormir aquí, no he traído pijama, así que lo único que llevo puesto aparte de eso son sus calzoncillos.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro? Puedo llevarte a casa cuando tú me digas.

—No quiero irme —respondo con demasiada prisa.

Nate parpadea, sorprendido, pero no pierde esa ternura que parece reservada exclusivamente para mí. Sus dedos siguen acariciando mi cintura, sin llegar a tocar mi piel, como si tuviese miedo de ir demasiado rápido.

—Vale —susurra—. Puedes quedarte todo lo que quieras. Es más, ojalá te encontrase todas las mañanas en mi cama.

Mi corazón da un vuelco que me recorre el pecho por dentro. Trago saliva y por un momento me imagino cómo sería despertarme con él todos los días.

Me gusta Nate.

Me gusta de la misma forma en la que se gustan los cisnes que se eligen una sola vez.

Me gusta de la misma forma en la que las amapolas se inclinan con el viento, cogiendo aire a través de él.

Me gusta como las cosas que solo caben en el corazón, porque no pertenecen a ningún otro lugar del mundo.

Y ahora me está mirando como si también se estuviese imaginando ese futuro conmigo. Hay algo en esos ojos verdes que hace que todo dentro de mí se retuerza, pero no es miedo, sino ganas.

—Ven aquí —susurra con la voz ronca.

Su respiración se acelera.

La mía también.

Nate me sujeta la cara con ambas manos, como si necesitara asegurarse de que no voy a desaparecer, y me guía con una suavidad que me desarma hasta dejarme tumbada sobre la cama. Se inclina sobre mí, sin dejar caer todo su peso, sosteniéndose con los antebrazos a cada lado de mi cuerpo.

Entonces empieza a besarme como si estuviese saboreando cada parte sensible de mí, reclamando toda aquella que aún no se ha atrevido a tocar.

Sus labios recorren mi piel con una lentitud que hace que algunas partes de mí se retuerzan hasta casi llegar al dolor.

Podría consumirme en su boca.

Siento su respiración templada contra mi cuello y luego en mi mandíbula, y después exactamente en ese punto donde sé que mis pulsaciones se disparan sin control.

Su mano sube a mi mentón para inclinarlo hacia atrás, guiándome para poder llegar a mi boca de la manera en la que él quiere.

Y yo me dejo.

Me dejo completamente.

Cuando nuestros labios se encuentran de nuevo, el beso deja de ser tímido para volverse profundo, húmedo, de esos que te hacen olvidar dónde empieza tu cuerpo y dónde termina el suyo.

Tengo las manos aferradas a su espalda sin saber cómo han llegado ahí. Podría pensar que él lo tiene todo bajo control, pero lo noto. Nate aprieta la mandíbula como si estuviese conteniéndose, como si cada beso fuese una prueba de resistencia. Y esa tensión en él…, esa forma de luchar contra sus propias ganas…, me hace arder más.

No es el único que tiembla.

No soy la única que se deshace por dentro.

Gime contra mi boca cuando sus labios abandonan los míos para descender por mi cuello, y cada vez que encuentro aire suficiente para respirar, él vuelve a quitármelo.

Su mano baja despacio por mi cintura, bordeando el dobladillo de su camiseta, como si necesitara preguntarme sin palabras si puede seguir.

Lo miro, pero con la certeza de que nunca he mirado así a alguien: con este deseo, con este sentimiento.

—Keyla —susurra apoyando su frente contra la mía mientras me agarra la mandíbula—. ¿Quieres que pare?

—No —Mi voz es irregular.

—¿Estás segura? No tiene por qué ser aquí nuestra primera vez.

—Nate, estoy bien. Quiero esto.

—Quiero hacerlo bien contigo.

Le agarro del cuello para darle permiso y con un gruñido me hace saber que entiende lo que le pido.

—Oye, Nate…

—Dime, princesa.

—Es mi primera vez.

Algo en su expresión cambia mientras su mano toca por fin la piel de mi abdomen, robándome un suspiro que no puedo controlar. Él se detiene un instante, atento, seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero que tú seas el primero. El primero para siempre.

—¿Estás segura?

—Nunca he estado tan segura de nada como de este momento aquí, contigo.

Sus ojos empiezan a brillar, pero no hay tristeza en ellos, sino más bien una mezcla entre sensibilidad y deseo.

Sube las manos para acariciar cada centímetro de mi cara despacio, muy despacio. Posa su pulgar en mis labios y un jadeo sale de mi interior.

—Aunque no te lo creas, tú para mí siempre serás la primera, porque esta siempre será la primera vez en la que alguien me toque por dentro.

—Nate…

—Keyla…

—Vuelve a besarme y no dejes de hacerlo nunca, por favor.

Esa súplica parece encender algo más grande todavía dentro de él y, mientras enreda su lengua con la mía, va tocando partes de mí más privadas.

Me tumba por completo y se coloca encima con cuidado, apoyando parte de su peso en los brazos para no aplastarme.

Su boca baja por mi clavícula, quedándose ahí más tiempo del que me gustaría. Mi cuerpo está exigiéndome más de él.

Sus dedos rodean mi cintura y toda mi atención se concentra entre mis piernas. Mi respiración se enreda con la suya mientras su lengua lo hace con mis pechos, succionándome una y otra vez, sin parar.

Pongo los ojos en blanco cuando introduce la mano por dentro de las bragas que llevo puestas y empiezo a sentir muchísima vergüenza por la humedad de mi interior.

Pasando su lengua hacia otro de mis pechos, como si quisiera saborear cada parte de mi cuerpo, me saca de mi ensimismamiento y me devuelve con sus dedos a la realidad.

Sus manos bajan de manera ondulante hacia mi interior, y llegan justo al punto exacto que necesito. Caliente, húmedo.

Todo por su culpa.

Nate traga saliva y, con un movimiento lento y cargado de respeto, estira el brazo hacia el cajón de la mesilla de noche. Escucho el sutil sonido del envoltorio al abrirse y el aire se vuelve más denso. Me incorporo despacio y me siento sobre él, a horcajadas. Nate me quita la camiseta y me sujeta las caderas con una mezcla de hambre y cuidado.

—Dios, Keyla —susurra como si le doliera—. Estás empapada, joder.

—Lo siento —respondo avergonzada.

—No —niega con firmeza, acariciándome la mejilla con el pulgar —. No tienes que sentir vergüenza por esto.

Su voz se vuelve más grave, más baja, más mía.

—No sabes lo que me excita que estés así por mí.

La necesidad de sus ojos hace que mi estómago se hunda mientras, con dos dedos, se mete dentro de mí. Mi boca se abre

apenas y un gemido se ahoga en su lengua cuando vuelve a besarme justo en ese instante, como si supiera que el sonido iba a escapárseme.

Me guío con una mano y, cuando el primer contacto real se produce, suelto un suspiro tembloroso. Me dejo caer despacio, centímetro a centímetro. Siento una presión aguda, un pequeño pinchazo de dolor que me hace tensar los hombros y cerrar los ojos con fuerza. Nate se detiene al instante, agarrando mis nalgas con una de sus enormes manos para sostenerme.

—Ni lo que te deseo —susurra contra mi boca, moviendo sus dedos despacio, entrando y saliendo de mí con una precisión que me desarma—. Eres la chica más preciosa del mundo.

El aire que cojo no consigue llenarme del todo, haciéndome jadear.

Una presión cálida empieza a crecer en mi vientre, espesa, insistente, cada vez más fuerte a cada movimiento de su mano. Su palma roza mi piel mientras su pulgar encuentra ese punto que me hace arquear la espalda sin querer.

—Nate… —Mi voz sale rota, como si no me perteneciera.

Él levanta la mirada, y es pura devoción. Casi reverencia.

—Dímelo —pide con la respiración temblorosa—. Dime si te gusta.

Su pulgar presiona otra vez, lento, exacto, y un jadeo se me escapa de forma completamente involuntaria.

—Sí… —Aprieto los ojos—. Me gusta. Mucho.

Nate deja escapar un sonido bajo, casi un gruñido contenido, mientras acelera un poco. Siento su pecho moverse rápido contra el mío, el calor de su cuerpo envolviendo el mío como si necesitase fundirse conmigo.

Empiezo a temblar justo cuando la presión crece hasta un punto que ya no puedo sostener. Siento que voy a romperme, que voy a desbordarme. Nate lo nota en mi cuerpo, en mi respiración, en la forma en la que mis manos se aferran a sus hombros.

Pero entonces algo me golpea por dentro en forma de miedos y recuerdos, que, aunque son lejanos, siguen hurgando dentro de mí.

La misma inseguridad que siempre he arrastrado.

—Nate… —susurro, intentando encontrar aire.

Él se detiene de golpe, sumiso ante mi voz, que actúa de freno.

—Ey, ey… —Sube su mano a mi mejilla, preocupado—. ¿Qué pasa, preciosa? ¿Quieres que paremos?

Niego con la cabeza, pero mi garganta está cerrada. No debería decirlo, o al menos no en este momento, pero también sé que necesito que él lo sepa antes de seguir.

—Es que… —Trago saliva, avergonzada, vulnerable, toda yo abierta sobre sus manos—. Quiero que a ti también te guste.

Nate parpadea y su respiración cambia por completo.

De deseo a ternura, de ternura a una especie de emoción que me sostiene sin que me dé cuenta.

—Keyla… —murmura con una dulzura que me rompe—. Nunca he disfrutado tanto de esto como ahora.

—No quiero que pares —respondo, esta vez sin temblar.

Y esa es la verdad: mi verdad más pura.

Él abre la boca, sorprendido, pero antes de que pueda decir nada, me incorporo despacio. Me siento sobre él, a horcajadas, las manos en su pecho. Veo sus pupilas dilatarse como si acabase de romperle algo por dentro… o de entregárselo.

Mi voz sale más baja, más segura de lo que me siento:

—Sigue. Quiero que sea contigo.

Nate traga saliva mientras me quita la camiseta y sujeta mis caderas con una mezcla entre el cuidado y la necesidad.

—Joder, Keyla. —Su voz se quiebra—. Vas a acabar conmigo.

Me inclino hacia él, beso la curva de su cuello y siento su cuerpo tensarse bajo el mío.

Deslizo mis dedos por la banda elástica de sus calzoncillos, bajándolos lo justo para liberarlo. Nate deja escapar un gemido que le tiembla en el pecho.

—¿Estás segura? —pregunta con la voz más oscura que le he escuchado jamás—. Si quieres parar o algo no te gusta, me lo dices.

Con el corazón golpeándome las costillas, asiento lentamente para confirmarle lo que ya debería saber: que no pertenezco a nadie más.

—Sí.

Su mirada se clava en la mía, tan intensa que me arde la piel.

Me coloco, guiándolo con una mano, y cuando él roza mi entrada, los dos soltamos un suspiro al mismo tiempo.

Espero un momento, dejando que mi cuerpo se acostumbre a él, a esa invasión que se siente como si por fin estuviera completa. El dolor se transforma en una calidez pesada, en una necesidad que late entre mis piernas. Continúo bajando, dejando que todo él me sienta como nadie lo ha hecho antes, y Nate deja escapar un gruñido profundo contra mi clavícula.

—Dios…, eres perfecta… —jadea, enterrando su frente entre mis pechos.

Me muevo despacio al principio, pero voy cogiendo cadencia conforme pasa el tiempo.

Mis caderas encuentran un ritmo instintivo, urgente, suave y salvaje a la vez, y Nate pierde el control. Sus manos suben por mi espalda, por mis costillas; me guía, me acompaña, me sigue.

No existe nada más.

Solo él.

Solo nosotros.

Mi respiración se vuelve irregular, la suya también, chocando contra mi clavícula mientras él me mira como si estuviese viendo algo sagrado.

—Keyla…, si sigues así… —Su voz se rompe, y me encanta oírle así, rendido, vulnerable, mío—, no voy a poder aguantar mucho.

Acelero solo un poco, porque ya no pienso, ya no razono, ya no soy más que un cuerpo latiendo sobre el suyo.

—Nate… —gimo, agarrándome a sus hombros.

Y entonces él me abraza, atrayéndome hacia su pecho. Me sujeta entera mientras sigo moviéndome sobre él con una pasión que me derrite.

La presión vuelve, más fuerte, más grande, más real.

—Déjate llevar —murmura contra mi oído—. Estoy aquí para ti. Siempre para ti.

Me deshago entre sus brazos para perderme mientras él, con un gemido profundo, se deja caer conmigo, completamente entregado.

Y por un instante…

Por un instante…

Todo el mundo desaparece.

Solo quedamos él y yo y esta primera vez que, pase lo que pase, ya nos pertenece.

44
El pasado siempre vuelve



Nate Miller

Llego al pabellón con el pulso todavía acelerado, así que espero que le sirva al entrenador como calentamiento. Enciendo la pantalla del móvil justo cuando entro por la puerta y veo la hora.

Mierda.

Voy tarde. Muy tarde.

El sonido del rebote de los balones golpeando el suelo me recibe como un recordatorio de lo jodidamente irresponsable que estoy siendo.

Todos mis compañeros están haciendo el calentamiento cuando el entrenador me ve aparecer, dejando su tablet en una de las sillas.

Está de mal humor, pero yo no tengo el día para que nadie me toque los cojones.

—Miller. —Separa las dos manos y las inclina hacia arriba de manera irónica.

Como quien ve venir a alguien que ha decidido cavar su propia tumba, me acerco a él aún con la bolsa de deporte en la mano.

—*Coach* —saludo, llevando dos dedos a la frente de forma burlona pero formal.

—¿Sabes qué hora es?

—Las nueve y dieciocho, entrenador.

Mira el objeto de su muñeca con movimientos calculados, como si estuviese a punto de maldecir a toda mi descendencia, pero supiera que no le conviene tener un momento así con la apuesta del equipo.

—Curioso. En mi reloj parece poner también y dieciocho, y sin embargo los entrenamientos empiezan a las nueve. ¿Cómo explicas esa diferencia horaria entre tú… y el resto del jodido planeta?

Hayes se ríe a lo lejos, haciendo que le lance una mirada que promete venganza en cuanto toque la pista.

—Lo siento, *coach*. No me sonó la alarma, así que me quedé dormido más de la cuenta.

—¿Te dormiste? —replica con un tono agresivo—. ¿Te dormiste, Miller?

Respira hondo y se acerca más a mí como el depredador que es.

—Miller, tú no puedes permitirte dormirte, hostia. Estamos a días de jugarnos uno de los partidos más importantes para demostrar quiénes somos. Días. Y tú llegas tarde, me cago en todo.

—Lo sé, no tengo excusa.

—¿Quieres que te cuente lo que significa eso?

Niego con la cabeza porque como siga escuchando una palabra más de su boca voy a estampársela contra el suelo.

Ni un solo día de mi vida he llegado tarde. Ni uno, mientras que los mequetrefes de mis compañeros se la juegan semana tras

semana con sus horarios de mierda.

No se me permite ni un solo error, joder, y ya empiezo a cansarme de eso.

—Significa que no eres el jodido capitán de este barco, Millller. Significa que no estás priorizando lo que tienes que priorizar, que es tu putísimo trabajo. Y significa que, si el sábado juegas con esta misma actitud, nos vamos a casa con el rabo entre las piernas y tú te quedas sin tu proyección NBA.

Trago saliva mientras me da la sensación de que acaban de recordarme por qué estoy aquí, y la obligación que siento cae como una losa sobre mi cabeza.

—No volverá a pasar, *coach*.

—Más te vale o saldrá de titular Hayes la próxima vez.

Me hace un gesto con la cabeza hacia la pista en la que me esperan mis compañeros. Yo mando en este puto equipo, joder. No me puedo permitir más situaciones así.

Pienso en lo que significa ser un líder y, si soy honesto conmigo mismo, creo que es un concepto del que me alejo.

Tengo garra, sí, pero me falta una confianza que no tiene nada que ver con el campo. Jugando me convierto en un animal hambriento en medio de la selva, pero por dentro soy el perro al que han herido y nunca se ha percatado de que le dolían las piernas.

Conforme voy conociendo más a Keyla, aunque suene extraño, voy conociéndome más a mí. Es algo que me asusta y que siempre he estado evitando.

Tú eres más fuerte que tu pasado, campeón.

Puedes hacerlo solo.

No necesitas a tus padres.

Ahora me doy de bruces con la realidad y me doy cuenta de que, si quiero llegar a la NBA y ser quien quiero ser, quizá sea hora de que empiece a tomar decisiones que me acerquen a la persona que quiero ser.

No solo tengo que liderar a mi equipo, sino también mi vida. Hacer las paces con esa parte de mí, la que tiene miedo y solo se considera suficiente cuando mete puntos, para ser la persona valiente que se cree valioso cuando hace lo que siente.

Tengo una conversación pendiente con mi madre, ya que todavía no hablamos de cómo se comportó anoche, pero ahora veo con claridad que no tengo que tratarla a ella de manera privilegiada cuando ella no sabe darle a su hijo un mínimo.

Dos palmadas me sacan de mis pensamientos y me devuelven al presente.

—Vale, chavales —el entrenador enciende una de las pantallas mientras nos vamos sentando en la grada—, hoy vamos a estudiar cómo vamos a destruir a los Horssies Montana en cuatro días. Nos convertiremos en asesinos en serie, ¿entendido? Nos jugamos mucho, así que atentos.

Con el corazón dividido entre la pista y lo que tengo pendiente, decido dejar mi vida personal a un lado porque en cuatro días voy a comerme el puto mundo.

—Somos mejores que ellos —continúa— pero, si bajamos un uno por ciento la intensidad, nos mandan a nuestra puta casa. Sé que todos queréis atacar, pero un buen jugador debe defender su puesto, ¿estamos?

El vídeo se pone en marcha y las próximas dos horas se convierten en comentar jugadas, posiciones y estudiar a los

jugadores del equipo contrario.

—El base es explosivo cuando recibe en carrera, pero, si Nate lo cierra por la izquierda, se queda sin estrategia.

Asiento porque ya lo había visto venir, y una fuerza de suficiencia me curva la sonrisa.

—El escolta más destacable es muy técnico, pero no defiende nada bien. Miller, quiero que leas esta jugada. —Retrocede y avanza varias veces la reproducción—. Tú decides si vais hacia un lado o hacia otro. Eres el faro del equipo. Si tú estás bien ese día, todos lo estamos.

Un pensamiento brota en mi mente para dar lugar a la euforia. Esto es lo que me gusta del baloncesto, que puedo sentirme el mejor. Dominar a mi oponente, poner orden en mi equipo.

—Bien. El sábado somos unos putísimos osos. Nada de dudas ni de mierdas. Esta es vuestra entrada al campeonato, y ya sabéis que estará lleno de ojeadores de la NBA. Si lo hacéis bien y destacáis, varios de vosotros podríais cumplir vuestro sueño.

De camino al vestuario, una mano que conozco demasiado bien y que odio otro tanto me toca el hombro.

—¿Qué quieres, Hayes?

Sigo caminando y ni siquiera me paro a prestarle atención porque es precisamente lo que busca de mí. A veces dudo si lo que realmente le pasa es que está enamorado y no lo ha aceptado. La verdad es que no le culparía por ello.

Esboza esa sonrisa de mierda que tanto detesto y que siempre pone cuando va a tocarme bien las pelotas, pero mi intención —que no mi promesa— es no darle ese gusto.

¿Qué quiere ahora este tío?

—¿Tienes un momento, Miller? —Mira hacia los lados para comprobar que el resto están llegando al vestuario y que estamos solos.

Me cruzo de brazos porque ahora sí que tengo curiosidad, pero no quiero que se dé cuenta.

—Si es corto, sí.

—He estado pensando —eso ya es sorprendente de por sí— y sé que he sido un gilipollas contigo estos meses.

—La palabra gilipollas quizá no te hace justicia.

—Venga, tío. Estoy intentando disculparme.

—Tienes un minuto.

—He estado teniendo movidas en casa y las he pagado aquí.

—Como todos.

—Creo que no de la misma manera, pero supongo que tú no tienes por qué saberlo.

Me cruzo de brazos y cambio el peso de una pierna a otra. No me sirven de nada sus disculpas a final de temporada, joder. Me he jugado mucho este año y se ha empeñado en hacerme la vida más complicada de lo que ya es debido a su ego de mierda.

—Mira, no me caes bien, es obvio, pero Lach no para de decirme cosas buenas sobre ti y creo que no has hecho nada para merecer mi odio.

Lo miro frunciendo el ceño. Hayes pidiendo disculpas es como un acontecimiento histórico.

¿Cómo debería comportarme ahora? ¿Como una persona vengativa o como el líder que quiero ser?

—Lach es uno de mis mejores amigos. Siempre me sorprendió que fuese amigo tuyo…, pero supongo que acepto tus disculpas.

—Me gustaría proponer una tregua, al menos hasta que termine el March Madness.

—Eso si llegamos.

—Miller —me reprende.

—Hayes.

—¿Qué me dices?

—Vale —cedo al fin—. Tregua temporal.

—Solo hasta ganar esos partidos.

—Trato hecho.

Cerramos nuestro acuerdo con un apretón de manos, como si fuésemos dos grandes empresarios, y, cuando estoy a punto de confiarme, Hayes hace de las suyas.

—Por cierto, muy guapa tu novia. Keyla, ¿verdad?

—Como vuelva a escuchar su nombre en tu boca no llegas al puto partido.

—Es broma, joder. Relájate.

Nos miramos como dos animales a punto de morderse, pero entonces recuerdo que mi actitud positiva es lo que necesita mi equipo para recibir lo que esperan de mí.

Le doy una palmada en el hombro para romper el hielo y abre los ojos, sorprendido, como si no se esperase nada cercano de mi parte.

Cuando me dirijo a las duchas una voz rompe el silencio de mi cabeza desde el fondo del pabellón.

Una que recuerdo demasiado bien, pero que hacía años que no escuchaba.

—Nathaniel.

La sangre se me congela cuando me doy la vuelta y me encuentro los ojos color hielo de mi padre, mirándome a lo lejos.

45
Rancho y spa



Keyla Blake

—Levanta ese culo de infarto, nena, porque hoy tengo un planazo. —La voz de Avery se mete en mis oídos y creo que todavía estoy soñando.

Abro un ojo, con el pecho todavía apretado por el susto que me ha dado, pero la imagen de su cara a diez centímetros de mí con expresión de felicidad me arranca una pequeña sonrisa.

—Son las… —busco el móvil en la mesilla— las siete y cuarto, Avery. Eso es un delito nacional.

—Delito es haber llegado ayer y haberte metido en la habitación a dormir sin siquiera verme.

Resoplo mientras va abriendo las persianas y la luz empieza a molestarme. Me incorporo con el cuerpo pesado y paso unos segundos disfrutando de la deliciosa sensación que solo conoce el que estira su cuerpo por las mañanas, y aunque llevo bastantes días

sin ver a Nate debido a sus entrenamientos, estoy feliz de que todo esté yendo justo como debería.

—Hoy es un día de chicas y no acepto un no por respuesta.

—Ay, mi madre.

—Sienna viene de camino porque hoy es su día libre, y le he exigido que de verdad sea su día libre.

—¿Y te ha dicho que sí?

—Bueno, es posible que la chantajease con cafés gratis durante una semana. No tenía escapatoria.

—No me creo que la hayas hecho madrugar en el único día que puede dormir.

—Tiene que llevar a sus hermanos al colegio, así que le viene perfecto. —Da dos palmadas en la cama para contagiarme de su energía—. Arréglate lo justo para no ir en pijama, hoy va a ser un día perfecto.

—¿Se supone que tú vas sin arreglar?

Mi amiga me mira con las manos sobre la cintura con un conjunto de lo más ideal. Lleva un pantalón corto de cuadros rojos y blancos, un top que tiene bordados de encaje por la zona del pecho y el pelo recogido en una pañoleta amarillo pastel.

—¿Esto? —Da una vuelta teatral sobre sí misma—. Voy acorde al plan y muy cómoda si me preguntas.

—¿Qué vamos a hacer?

Me levanto y me miro en el espejo. Tengo cara de cansada para haber dormido doce horas, pero supongo que llevo una semana muy intensa.

—Iremos al establo, al spa y después bañito en la playa. Y sí, por ese orden.

Parpadeo.

—No pienso subirme a un caballo. Tengo una relación complicada con ellos ahora mismo.

—Relájate, vaquera. No vamos a montar. —Levanta las manos, como una actriz de categoría—. Solo vamos a peinarlos, limpiarles las pezuñas y ponerlos guapos.

Mi primer impulso es decir que no. Entre las sesiones de EMDR que voy teniendo y el malestar emocional que todavía tengo por lo que pasó la semana pasada con la madre de Nate, estoy como si me hubiesen pegado una paliza: duermo mucho y mal, tengo sueños raros que al día siguiente no recuerdo y me despierto siempre, pero siempre, con la sensación de que me he olvidado de algo importante.

Además de eso, los caballos significan algo importante para mí que he dejado atrás. Algo con lo que me gustaría reconectar, sí, pero nunca siento que sea el momento.

Ahora mismo echo de menos a mi oso de peluche gigante de dos metros, que, por cierto, hoy no me ha escrito, aunque tampoco he visto ningún mensaje nuevo de ayer por la noche. Quiero pensar que es porque estaba cansado y hoy todavía es demasiado temprano, aunque él suele madrugar bastante.

Desde que Avery está en mi vida no me siento sola, pero se me hace raro tener cosas que contarle a alguien, sobre todo a una persona que parece recibirlas con tantas ganas como yo de vivirlas.

—Venga, vale, pero como me obligues a montarme en el último momento te juro que me voy.

—Trato hecho. —Choca su mano con la mía—. Tienes media hora para prepararte antes de que venga Sienna. Ponte algo que pueda

llenarse de pelos y de mierda, pero que sea lo suficientemente bonito para que podamos sacarnos fotos.

—Mmm, qué bien suena llenarme de caca de caballo por la mañana —digo mientras la zarandeo.

—Luego me lo agradecerás cuando nos demos un baño en la playa.

—¡Aún no estamos en primavera!

—Nena, vivimos en Silver Springs, donde la primavera siempre es eterna.

Su entusiasmo siempre me saca una sonrisa. Sale de la habitación para darme esos minutos de ventaja, dejando tras de sí un rastro de energía y promesas de que, al menos en unas horas, no voy a pensar demasiado.

El aire de la mañana está frío, pero me trae el olor del mar. Esa mezcla perfecta de sal, tierra y olor a gambas a la plancha.

Sienna nos espera apoyada en su coche con un conjunto con el que resultaría imposible no mirarla. Lleva el pelo recogido en una coleta alta de la que cae una trenza, una camiseta con dos cerezas en las tetas a juego con una falda blanca vaporosa y unas botas de montar a caballo con calcetines.

—Qué buena cara tenéis.

Avery se lanza a abrazarla como si fuera un osito de peluche.

—¿Cómo ha amanecido mi gruñona favorita?

—Invadir mi espacio personal no estaba en el trato. —Sienna frunce la nariz como si odiase genuinamente el contacto físico.

—No puedes escaparte de mí. Soy como un animal salvaje —responde Avery, apretándola más.

—Keyla, socorro —me grita—. Mi batería social está hoy fuera de cobertura.

Me sale una sonrisa cuando llego hasta ella y me hace un gesto con la mano para que me una.

—Ven aquí tú también —murmura mientras nos aprieta a las dos en un abrazo rápido—. ¡Oléis fatal y eso que todavía no hemos ido al establo!

—Es que no nos hemos lavado los dientes. —Avery enseña las encías como si estuviese en una visita del dentista.

—Puaj. Qué asco.

Sienna coge un café de su coche y da el que parece ser su último sorbo.

—Vámonos ya, por favor. Cuando antes acabemos con los caballos, antes llegamos al spa.

El camino hacia los establos hace que podamos ir viendo cómo las olas rompen en el mar. A cada minuto que pasa empieza a hacer un poco más de calor y la hierba húmeda por el rocío empieza a secarse. El sol ya está saliendo por detrás de las colinas y la luz anaranjada que cae sobre las vallas blancas del recinto recrea un cuadro perfecto en mi cabeza.

Frente a nosotras se alzan los establos de la Estrella Errante, o al menos eso pone en el letrero metálico en forma de media luna de la entrada. Todo está impecable para ser una zona llena de animales. Huele a paja fresca y a la piel de los caballos, ese olor especial que tanto me gusta.

—¡Chicas! —exclama una mujer mayor, de unos sesenta y tantos años, con una coleta trenzada y una sonrisa enorme—. Qué ilusión

me ha hecho cuando Avery os apuntó anoche en la lista para venir a ayudarme hoy.

Avery.

Miro de reojo a mi amiga mientras intento poner la mejor de las sonrisas y finjo un extremo entusiasmo.

—Me llamo Maeve, jovencitas. —Se acerca a nosotras mientras se quita los guantes—. ¡No sabía que erais todas tan guapas! Quién volviera a tener vuestra edad.

—Pero Maeve, ¡si estás tremenda! —Avery la abraza—. Ojalá llegar a tu edad con ese cutis.

—La clave, querida, es no dejar que la vida te amargue y amar con muchas ganas, ya sea a un hombre o a estos caballos. —Maeve nos guiña un ojo—. Y un poco de aire puro, que el de la ciudad está lleno de mentiras.

Me pregunto cuántas historias tendrá esta mujer debajo de la piel, cuántas cosas habrá superado para vivir la vida con esta alegría.

Maeve da dos palmadas de manera enérgica y las tomamos como una señal para empezar a trabajar.

—Bueno, venga, que estáis aquí para trabajar. Mis batallas con los hombres otro día. —Se pone otra vez los guantes—. A cada una os voy a asignar un caballo. Todos son muy dóciles y no muerden, o al menos no todos, pero hoy se han levantado de un humor estupendo.

—Genial. —Sienna pone cara de circunstancias.

—Avery, cariño, tú te quedas con Atlas, aquel marrón de allí.

Un caballo canela con una estrella blanca en la frente saca la cabeza entre los barrotes. Avery grita de la emoción.

—¡Es la cosita más bonita que he visto en mi vida! —Nos mira como si fuese una niña pequeña—. Mirad su carita de bebé.

—Esa carita de bebé es el semental del establo por excelencia. Siempre quieren todas las yeguas con él, pero es un hombre de una sola mujer.

Esta mujer no tiene filtros, algo que me hace dibujar una discreta y verdadera sonrisa mientras me coge del brazo para enseñarme mi cuadra.

—Para ti, Lyra. Es la yegua más presumida del lugar. Le encanta que la miren, pero solo deja que se acerquen las personas con buen corazón.

Me acerco de lado, respetando su espacio. Siempre me han gustado los caballos; tienen esa forma de mirarte que te hace sentir que las palabras sobran. Son pura nobleza. Lyra resopla y, para sorpresa de Maeve, me busca la mano con el morro.

—Vaya, parece que habláis el mismo idioma —murmura Avery con una sonrisa.

Maeve deja de hablar cuando ve que Lyra se acerca voluntariamente a mí y me empuja de forma cariñosa con la punta del morro. Sorprendida, miro a mis amigas y algo amenaza con salir a través de mis ojos.

—Parece que le gustas, Keyla.

—Hola, pequeña. Qué bonita eres.

Mi mano ya está acariciando la crin de Lyra. Estoy sintiendo una felicidad inmensa que solo los animales consiguen. Tengo tantos recuerdos con Arlo de cuando era niña…

Noto una presión extraña detrás de mis ojos, como si estuviera a punto de estornudar, pero dentro de mi cabeza. La sensación de

haber olvidado algo importante, que me ha perseguido desde la sesión de EMDR, se intensifica. El olor a paja, a caballo, es tan familiar que me produce un vértigo. Por un instante, Lyra no es Lyra, es… otro caballo.

—Tierra llamando a Keyla —murmura Sienna, observándome—. ¿Todo bien?

—Sí, sí. Solo… el sol —miento. Me froto las sienes para que me ayuden un poco, ya que el mundo parece ligeramente desenfocado, como si estuviera viendo la escena a través de un cristal.

¿Será el efecto del EMDR?

—Para ti, morena, he preparado a Pluto. —Maeve señala a Sienna —. Es un veterano tranquilo, no se asusta con nada.

—¿Seguro que no muerde?

—Solo si huele el miedo.

—Pues creo que me va a arrancar la cabeza.

—A las chicas guapas no les hace nada, y con ese modelito que te traes…

Nos echamos todas a reír y durante un rato perdemos la noción del tiempo entre el sonido de los cepillos sobre el pelo, el chasquido de los cascos contra el suelo y los resoplidos de nuestros caballos, que sacan la paciencia de donde pueden.

El tiempo pasa más rápido de lo que esperaba mientras les hacemos una sesión de belleza y vamos sacándonos fotos, cubiertas hasta arriba de paja y tierra, y, cuando por fin tenemos a los tres caballos relucientes, Maeve consulta el reloj.

—¿No teníais reserva para el sitio moderno ese? El *espar*.

Avery se queda petrificada mientras nos pide disculpas con la mirada.

—Son las doce cuarenta, chicas. —Mira su teléfono móvil.

—¿Podríamos llamar para ver si tienen otra hora? —pregunto.

—No, nena, ya es tarde —dice Sienna, más relajada ahora que Pluto ha conseguido relajarla.

Avery resopla con las manos sobre la cintura y el ceño fruncido para trazar uno de sus planes maléficos.

—¿Por qué no vamos directamente a la playa? —pregunta Sienna.

El calor golpea entrando por cada ventana y hueco del establo, pegándosenos a la piel.

—La verdad es que estoy bastante guarra, no me vendría mal un baño. —Avery nos enseña lo sucia que está su ropa.

—Un baño en la playa suena bastante bien —admito.

—¡Ea! No necesitamos un spa carísimo cuando podemos vivir nuestra etapa de diosas del mar.

Maeve nos mira pasándose la mano por la frente para quitarse el sudor.

—Pues anda, tiraos a la playa antes de que me dé un golpe de calor solo de veros.

Las tres le damos un abrazo y ella nos da un beso ruidoso en la mejilla a cada una.

—Gracias por todo, reina de la Estrella Errante —agradece Avery.

—Gracias a vosotras por dejar a mis hijos relucientes.

Llegamos al agua después de quince minutos bajando por el camino pedregoso que nos lleva hasta ella. La arena está caliente pero agradable, y por fin huelo uno de mis olores favoritos: el de la crema solar.

—¿Listas? —pregunta Avery cuando las tres estamos con el biquini puesto preparadas para correr hacia el agua.

—¡Listas! —coreamos al unísono.

—Tres…

—Dos…

—¡Uno!

Salimos corriendo de la mano como si estuviésemos huyendo de un ladrón y el sonido de nuestros gritos y risas se mezcla con el del agua cuando nos hundimos en ella.

Con el agua fría mojando mi piel, me doy cuenta de que la ansiedad siempre me había hecho creer muchas cosas que no eran verdad. Me repetía como una enemiga que nunca iba a sentirme así, tranquila, feliz… porque yo no podía merecerlo.

Mírate ahora.

Estoy viviendo un momento bueno, real, con dos personas que no me juzgan por lo que les dijeron de mí, sino que me quieren por cómo soy.

Durante años la ansiedad me repetía que lo bueno no llegaría, no para mí, y que siempre iba a tener que estar alerta porque algo malo iba a pasar.

¿Cuántas veces ha fallado?

¿Cuántas veces me ha hecho preocuparme por cosas que nunca ocurrieron?

Supongo que la ansiedad puede hablar muy alto, pero eso no significa que tenga razón. Y en momentos como este lo veo claro, aunque no todos los días vea el sol salir por la ventana con tantas ganas.

—¡Qué fría está! —grita Avery mientras las olas nos golpean.

—Me he mojado el pelo —se queja Sienna.

—Aún con el pelo mojado estás espectacular, Sienna.

—Parezco un gremlin, chicas.

—Lo eres cuando te despiertas por las mañanas, bicho malo.

—Tengo mal despertar, ¿vale? No es mi culpa, es genética.

—Está siendo un día genial —confieso.

Nos miramos y veo cómo empiezan a poner una expresión que no me gusta nada.

Odio hablar de mí.

—Ya que estamos las tres en este momento tan relajadito… —Avery se acerca cada vez más a mí.

—Eso, eso…

—Chicas, que me muero de la vergüenza.

Sienna se echa a reír.

—Cuéntanoslo ya, porque llevo estos diez días queriendo preguntarte cómo te quitó Nate el vestido.

—Keyla, querida, cielo de mi vida.

—No.

—Sí —replica Avery—. Quiero un informe detallado de cómo fue la primera vez con Nate.

Suspiro antes de pasarme los siguientes veinte minutos ofreciéndoles todos los detalles: desde lo que pasó con su madre hasta el momento lluvia y nuestra noche en su casa.

—¿Que te dormiste con sus calzoncillos? —pregunta Sienna.

—El momento más sexy de toda chica.

—Fue bochornoso quedarme sin bragas limpias. Más de lo que creéis.

—A citas así hay que ir preparadas, Kiki.

—En el siguiente vestido que te diseñe, lo haré a juego con un tanga de encaje.

—Callaos, callaos.

—¿Sabes que has cumplido el sueño erótico de la mayoría de las chicas de la universidad?

Avery apoya una mano en mi hombro.

—Eso me pone más nerviosa de lo que me agrada, Avery.

—Me alegro tanto por vosotros. —Avery me estruja.

—La verdad es que siento que tengo mucha suerte. Es un chico… increíble.

—Me está sorprendiendo mucho, Key. No sabes lo distante que es desde siempre con todas las tías. —Sienna juega con el agua mientras me mira contenta.

—No sé cómo será con las demás, pero, por lo que a mí respecta…, nunca pensé que me sentiría así con nadie, ¿sabéis? Me siento aceptada e importante. Y siempre me escucha.

—Nate siempre ha tenido un corazón enorme, pero una vida complicada —responde Sienna.

—¿Y tú cómo sabes eso? —pregunta Avery, frunciendo el ceño.

—Por nada, por nada.

—¡Anda ya! A ti te ha contado cosas Aiden que las demás no sabemos.

—Las cosas que me cuenta Aiden no puedo contarlas, como comprenderás.

—Puaj, sois como un pack indivisible, pero demasiado cobarde para aceptarlo.

—Es cierto, Sisi —bromeo—. Hacéis tan buena pareja…

—Callaos, víboras. —Sienna hace morritos—. No he venido a hablar de mi libro.

—Acepto el cambio de tema solo porque quiero saber cuándo va a pedirte oficialmente salir.

—No hemos hablado de eso, chicas. Y ya sabéis que yo voy a irme…

—¿De verdad quieres?

—No lo sé, tendría que pensarlo. Es un tema que intento evitar.

—En algún momento tendrás que hacerle frente. —Sienna pone un brazo sobre mi hombro.

—Además —me aclaro la garganta—, él quiere irse a la NBA. Y yo me alegro por él, claro que sí, pero… —trago saliva— una parte de mí siente que, cuando llegue ese momento, se dará cuenta de que no necesita tenerme en su vida. Que yo no soy… suficiente para acompañarlo a ese mundo. —Me muerdo el interior de la mejilla antes de atreverme a añadir lo que de verdad me duele—. Y también me da miedo que, si me acostumbro demasiado a esto —hago un círculo en el aire con los brazos—, a él…, luego me toque verlo marcharse y volver a quedarme sola. No puedo soportar que la gente se vaya de mi vida. Nunca he sido la prioridad de nadie, y no sé, pero a veces siento que, cuando la gente tiene más opciones, soy siempre la más fácil de abandonar.

Sienna me aprieta el brazo con fuerza.

—Keyla, ese tío, con todo lo que te ha demostrado, ¿crees que no querría llevarte contigo? —Sienna niega con la cabeza—. Es más, apostaría a que incluso te daría opciones. Seguro que le ofrecen algo en varias ciudades y puede que te puedas ir con él y terminar tu carrera donde él trabaje.

—Keyla, tú eres maravillosa y tanto para él como para nosotras eres una prioridad, así que como te separe de nosotras iré a

buscarte al fin del mundo.

—Me cuesta imaginármelo, pero… ¿no os parecería increíble vernos en cada ciudad que él vaya a jugar? Y recorrer el mundo juntas.

—Mataría por una vida a vuestro lado, chicas. —Avery se emociona—. Venid aquí.

Nos fundimos en un abrazo con el mar cubriéndonos hasta la cintura y cada movimiento es un recordatorio de que estoy aquí, de que estoy viva y de que debería saber lo que quiero.

—No tienes que temer que él se vaya. La gente que de verdad quiere quedarse se queda. Y si un día se va… será porque tenía que pasar, no porque tú no fueras suficiente. —Avery me aprieta las manos.

—¿A ti qué te gustaría hacer? —pregunta Sienna.

Pienso por un momento y me doy cuenta de que siempre he querido hacer algo relacionado con los libros, pero, conforme iba creciendo, cada vez me iba encontrando peor, con menos ganas de estudiar y de ir a clase.

Dejé de entender cuáles eran mis propios intereses, dejé de sentirme cómoda siendo quien soy. Y ahora… la verdad es que no sé a qué me quiero dedicar, porque mi principal objetivo es estar bien para poder decidirlo.

—Me cuesta conectar con mis objetivos —confieso—. ¿Podría terminar la carrera? Si fuese en otro lugar que no fuese Portland, sí, pero allí… la verdad es que se me hace todo demasiado difícil. Me da miedo ir por la calle y encontrarme a alguna de las personas de mi clase.

—Cuando vayamos de visita quiero sus direcciones porque la paliza que les voy a dar a todas esas zorr…

—Avery. —Sienna hace un gesto con la cabeza—. Mira, Key, si algo he aprendido es que una tiene que luchar por sus sueños. Si ahora te has desviado del camino, ¿qué importa? Tienes tiempo para pensarlo, pero nunca te niegues a estar donde te mereces por miedo a intentarlo.

Por un segundo, siento que pertenezco a un lugar en el que me quieren.

Por un segundo, mi cabeza deja de ser mi enemiga.

Por un segundo, casi puedo creer que estoy a salvo.

La sensación de irrealidad sigue ahí, al fondo de mi cabeza, pero una voz amable dentro de mí me hace saber que no es lo único que siento.

46
Una bala duele menos



Nate Miller

—¿Cómo coño te atreves a aparecer por aquí?

Voy directo hacia él gracias a la rabia que calienta mis venas.

Mis mejillas se encienden cuando detrás de él aparece un niño pequeño, de unos dos o tres años, escondiéndose detrás de la manga de su jersey como aquel que busca el refugio de un padre —mi padre.

Está asustado por mi culpa, como si yo fuese el monstruo que vive debajo de su cama. Su pelo, del color del oro, cae en mechones rebeldes; el jersey verde combina con sus ojos, dos esmeraldas que destacan en su expresión tímida.

Bobby me mira cauteloso, como si no reconociese a su propio hijo, pero es difícil recordar cómo es la persona a la que abandonaste cuando tan solo era un crío y pretender saber cómo es en la que se ha convertido.

Como si me hubiesen clavado un puñal en el centro del estómago para retorcerlo hasta desangrarme, el mundo se me cae encima.

Da un paso hacia mí, pero levanto una mano, marcando distancia.

—No te acerques.

Él se detiene en seco mientras el niño se rasca los ojos sin dejar de observarme.

—Nate, me gustaría ir a un sitio más tranquilo para… explicarte algunas cosas. No vengo a molestarte.

—Me habría gustado que me las explicases cuando tocaba, Bobby.

—Soy tu padre, Nate. Sé que estás dolido conmigo, pero las cosas no son tan fáciles como parecen.

—¿No es fácil querer a tu hijo? ¿Era tan difícil dar señales de vida a lo largo de estos años?

—Lo he intentado, Nate —suelta de golpe, con una desesperación real en su rostro—. Al principio quise venir a verte, aunque fuese de lejos, pero tu madre me lo puso realmente difícil.

No sabía nada de esto, pero tampoco me sorprende que Charlotte me lo ocultara. Aunque ella sea mala…, entendería que quisiera protegerme de un drogadicto.

—¿Qué quieres? ¿Aparecer aquí y que te dé un abrazo como si llevases todos estos años fuera porque estabas en la guerra?

—Sabía que ibas a reaccionar así, pero al menos tenía que intentarlo.

Mi pecho es un nudo gigante y, aun así, las preguntas son más grandes.

¿Ha tenido otro hijo al que sí ha cuidado?

¿Por qué no has venido a buscarme en todos estos años?

¿Por qué nadie me elige a mí?

Traga saliva mientras se mete una de las manos en el bolsillo, como si no supiera qué hacer con ella. Con la otra, ayuda al pequeño chico que está a su lado a asomarse un poco más.

—Él es Theo. —Bobby le pone la mano en el hombro—. No tiene la culpa de nada, Nate.

—Ah, fantástico. Me alegro un montón, papá —escupo con ironía —. ¿Quieres que juguemos a la familia feliz? ¿Es eso?

Acabo de comportarme como un gilipollas.

El niño no tiene responsabilidad de nada y aun así compartimos padre. No debería pagarlo con él, pero no puedo controlar lo que siento.

—Dime, ¿quieres que te reciba como si fuese mi cumpleaños y vosotros fueseis el puto regalo?

—Basta, Nate. Entiendo tu reacción, y me duele, pero si no quieres una explicación no voy a molestarte más. Lo siento, no debí venir.

—He querido que estuvieses a mi lado todos estos años, papá, aunque Charlotte no lo soportara, pero desapareciste por completo y tuve que olvidarte a la fuerza.

—No quería empeorar las cosas. Yo…

—Tú eras un yonki —le interrumpo—. Eso ya lo sabía, pero pudiste pedir ayuda y volver a buscarme cuando estuvieses bien, y en cambio preferiste abandonarme por completo. Permíteme dudar si realmente has cambiado.

No intenta defenderse, así que se limita a asentir con la cabeza.

Ni una sola excusa.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

Theo me observa cada vez con más curiosidad y me avergüenzo de mí mismo por la cara que le estoy mostrando.

No quiero convertirlo en mí.

Ojalá pudiese gritarle y hacerle saber lo mucho que lo odio. Un odio que ahora cobra fuerza porque creía haberlo enterrado en lo más hondo de mí.

Te odio, hostia.

Se da la vuelta, mostrando rendición, y una voz en mi cabeza necesita algo más. No puede aparecer y rendirse conmigo tan fácilmente. No así. No me lo merezco. Por mucho que lo rechace, debería aceptarlo y seguir intentándolo.

¿Por qué nadie lucha por mí?

—¿Qué haces aquí? —pregunto al fin, pero me siento jodidamente vulnerable.

—Me han invitado al campus para dar una charla sobre adicciones, dinero, y… no convertirse en un puto desastre cuando tienes el mundo en las manos. Y antes de eso… quería y necesitaba verte.

—Perfecto —me río—. Nada como un mal ejemplo para ilustrar lo que no hay que hacer.

Cierra los ojos un segundo, como si esperase el siguiente golpe que sabe que se merece.

—Me lo merezco —admite—. Todo lo que quieras decirme me lo merezco. Antes de salir ahí a hablar de mis problemas delante de desconocidos, quería hablar con la persona a la que más daño le hice, y la que más me sigue importando.

—¿Yo te importo? —Doy un paso hacia él—. Tu forma de demostrarlo ha sido la puta hostia. Espero no importarle a nadie

como te importo a ti.

—Me encantaría poder explicártelo todo. Sé que estás enfadado conmigo. Yo también lo estoy, Nate.

—¿Dónde has estado todos estos años cuando te he necesitado? ¿Cuando tenía fiebre? ¿Cuando no quería ir al colegio el día del padre? Dime.

—Papi, papi. —El niño tira por la manga de su jersey.

—Theo, campeón, un segundo.

Ver a mi padre agacharse para atender a ese niño con una ternura que yo no recibí en una década me quema por dentro. Es rabia, sí, por todos estos años echándolo de menos. Bobby me mira y veo mi propio rostro, pero cansado, surcado por las cicatrices de una vida que decidió elegir por encima de la mía.

—¡*Manana*! Mmm *manana* rica. —Hace un gesto rodeando su barriga con las manos.

—¿Quieres manzanas, bebé?

—*Hi*.

—Conque tenemos hambre ya, ¿eh?

—Y popó.

La risa de mi padre me rasga la garganta y la imagen de los dos me pone profundamente triste por poder ver todo lo que me han quitado.

Veo al hombre que tengo delante y no puedo evitar pensar en cómo habría sido mi vida con él. No tengo demasiados recuerdos con él, pero sí puedo sentir lo que me hacía reír. Se esforzaba —cuando Charlotte lo dejaba— por divertirse conmigo y darme el poco cariño que sabía.

—Ahora vamos a cambiarte, chiquitín. —Mi padre se gira para mirarme de frente—. ¿Vendrías con nosotros? Dame solo la oportunidad de explicártelo, y después, si tú quieres, desaparezco de tu vida para siempre.

—¿Me lo prometes? ¿Te irás y no volverás?

—Haré lo que me digas, sea o no lo que me gustaría a mí.

—Está bien. —El nudo en la garganta es cada vez mayor—. Pero será la única vez que te escuche, así que piensa bien tus palabras.

Una hora después estoy rodeado de chupetes, sonajeros y babas de niño.

Sentados a una mesa reservada del restaurante al que veníamos cuando yo era pequeño, mi padre da de comer a Theo mientras el crío ve los dibujos en su iPad.

Mi padre limpia la comisura de la boca de Theo con la servilleta mientras el niño se ríe. Es ridículo que ese sonido infantil despierte en mí sentimientos tan contradictorios.

Nunca he tenido un hermano, sin contar a Asia, pero siempre lo he deseado. De pequeño veía a todas esas familias enormes que celebraban la Navidad y me moría de la envidia porque en casa solo cenábamos Charlotte, Samuel y yo.

Todas y cada una de las navidades la abuela le exigía poder pasarla juntos, o que al menos pudiese ir con ellas, pero Charlotte se negaba en rotundo.

—Navidad es para la familia —decía.

Hipócrita.

—¡Bobby! —La camarera que nos atiende parece conocer a mi padre.

Una mujer mayor, de unos sesenta años y con el pelo blanco nos sonríe. Su cara me suena, quizá porque sigue trabajando aquí desde la última vez que vine.

—Hola, Shayla.

—Últimamente te veo más que nunca, ¿has vuelto a vivir al pueblo?

—No, pero esta vez me quedo más días de lo normal.

—Tu madre seguro que estará muy contenta.

¿Cómo?

—Hola, chiquitín. —La camarera pone los dedos en la nariz de Theo y él se muestra divertido—. Tú debes de ser Nate. Hace muchos años que no te veía, al menos en persona.

—Ese soy yo.

—Por la tele sales guapísimo. Te veo siempre que puedo. —Se limpia las manos al delantal—. ¿Qué os pongo?

—Lo de siempre: tortitas con beicon y huevos para mí, sándwich especial New York para él —dice señalándome— y necesito que me calientes la papilla de este campeón.

—Marchando, Bobby. —Coge las cartas para hacer espacio en la mesa—. Qué ojazos tienen tus hijos.

Se va con paso alegre y deja un silencio entre los dos que llena mi cabeza de demasiadas preguntas.

—¿Has estado viniendo aquí a menudo?

—Sí. He venido mucho a lo largo de estos años.

—¿No tenías otro sitio mejor?

—Me traía buenos recuerdos este lugar.

—Te has acordado de cuál era mi plato favorito.

—Siempre que vengo me lo pido, pero hoy me apetecía cambiar.

—¿Por qué has estado viniendo? No lo entiendo.

—A ver a tu abuela. Ella ha estado informándome de cómo estás.

Por un momento me siento jodidamente traicionado.

¿Cómo ha podido ocultármelo? Ella sabe lo importante que habría sido para mí saber, solo saber…

—Antes de que te enfades con ella, quiero que sepas que yo se lo he pedido.

—Explícate. —Aprieto los puños.

—Voy a empezar siendo honesto contigo. Brutalmente honesto, aunque me odies más después de eso.

—Creo que eso es bastante difícil.

Mira hacia abajo mientras junta las dos manos en la mesa. Está nervioso, lo noto, pero también lo comprendo. Dudo mucho que sea fácil abrir el cajón con el que salpicaste a los demás de tu propia mierda.

—El día que empecé con las drogas y el alcohol no fue el día que empecé a perder la cabeza, sino mucho antes.

—Continúa.

—Supongo que tienes una buena relación con Samuel, ¿no? Creo recordar que se llama así.

—Sí, el novio de mamá.

—Era mi mejor amigo, ¿sabes?

Hace una pausa mientras los ruidos de los platos y los cubiertos suenan de fondo. Mi padre mira a su alrededor para asegurarse de que nadie va a interrumpir esta confesión antes de continuar hablando.

—La amaba —continúa con una sonrisa triste—. Amaba a tu madre más que a mí mismo. Como un imbécil, si me permites.

Empiezo a mover una pierna y después la otra, de manera inquieta. Es algo que siempre había sospechado, pero nunca había tenido pruebas de ello.

—Cuando nos conocimos todo era perfecto. Ella, de familia humilde, había conocido al hombre que toda chica quería: con talento, con dinero y con buena reputación. Empecé a consentirla porque ella me hacía sentir la persona más especial del mundo, pero todo cambió el día que me ofrecieron un gran contrato en la NBA. Tu madre, Nate, empezó a corromperse con el dinero. No sabía cómo organizarlo, qué hacer con él, y terminó convirtiéndose en una persona llena de veneno y avaricia.

Bobby limpia las comisuras de Theo, que está babeando de la concentración mientras ve sus dibujos.

—Empezó a pasar cada vez más tiempo fuera de casa, y, cuando yo estaba entrenando, ella descansaba, así que nos veíamos bastante poco. —Bebe un poco para continuar—. Un día me lesioné antes de un partido, nada grave, pero me fui a descansar para poder dar la talla. —Se ríe con ironía—. Cuando llegué a casa estaba con ese… tío, en nuestra cama.

Él guarda silencio con los ojos clavados en la mesa, dándome tiempo para poder asimilar lo que me está contando.

Samuel. El hombre que Charlotte siempre me vendió como el «sustituto respetable», el que llegó para «salvarnos» del padre drogadicto.

En cuanto lo dice, siento una mezcla de alivio y culpa. Lo primero, porque me da paz saber una verdad que lleva demasiado tiempo en mi cabeza, y, lo segundo, porque, aunque mi madre no haya sido

una madre ejemplar, es la que se quedó conmigo y de alguna manera siento que la estoy traicionando.

—¿En vuestra cama? —Es lo único que me sale decir.

—Sí. Y es un recuerdo que me ha perseguido años. Tú eras apenas un bebé, Nate. No podía tomar una decisión a la ligera, así que para ocultar mi dolor fui probando métodos que ojalá nunca lleguen a estar ni a un centímetro de ti.

—Otra cosa para la que llegas tarde, pero igual estabas demasiado drogado para recordarlo —suelto con desprecio.

Me duele. Odio tratarlo así, pero todavía siento más rechazo hacia la parte de mí que siente un deseo incontrolable de abrazarlo y de pedirle que nunca más se vuelva a ir.

Theo golpea la mesa con la mano abierta, riéndose por algo que ha visto. El contraste entre su realidad y la mía hace que empiece a costarme respirar.

Miro al niño, sus manos pegajosas, sus ojos verdes. Su inocencia.

Lo diferente que habría sido mi vida si ese hombre hubiese sido este hombre cuando yo era él.

—Ese fue el principio del fin —continúa—. No supe gestionar el dolor. Me refugié en la mierda para no sentir. Y Charlotte usó cada uno de mis errores para levantar un muro entre nosotros. Llamé, Nate. Dios sabe que llamé mil veces desde el centro de rehabilitación, pero ella siempre me decía lo mismo: que me odiabas, que ya tenías un padre de verdad y que, si me acercaba, arruinaría tu futuro.

No sé si quiero abrazarlo.

No sé si quiero desaparecer.

No sé si quiero romper algo.

No sé si quiero llorar.

—Me sentía humillado y tenía una vida que cuidar, pero no quería dejarte sin una madre. Solo quería dejar de sentir mientras lo hacía, hacértelo un poco más fácil.

—¿Más fácil? Me jodisteis la vida entre los dos, papá.

—Pensé que ibas a estar mejor sin mí. Tenías ropa, comida, estudios, una casa preciosa… Pensé que… —traga saliva— que lo más sano era hacerle caso a tu madre y alejarme antes de arrastrarte al barro conmigo.

Cierro los ojos un segundo para entrar dentro de mi cabeza.

Sal de ahí.

Cierro los ojos un segundo para adentrarme en el corazón.

Vas por buen camino.

Una parte de mí lo cree, es cierto, pero la otra quiere partirle la cara.

—No hay excusa para que no vinieses a recuperarme. Si sabías que mi madre era una mala persona, ¿de verdad creías que estaría mejor sin mi padre?

—Yo no servía para cuidar a nadie en ese estado, Nate. Mejor con tu madre que con un drogadicto.

Una recopilación de los momentos más jodidos de mi vida aparece en mi cabeza, uno tras otro. Recuerdo al niño que fui, llorando por sus padres. Las noches en vela contando las estrellas del techo de mi habitación para poder dormir, ya que no conciliaba el sueño. Las veces que le pedía a mamá que durmiese conmigo esa noche, solo esa noche, pero en las que ella prefería dejarme con la niñera de turno en vez de estar conmigo.

Me froto la cara, dejando que el sudor que cae por mi frente empape mis manos.

—¿Por qué no viniste cuando te recuperaste? —insisto, porque realmente eso es lo que me duele—. ¿Por qué no lo hiciste bien, aunque fuese una vez?

—Cada día que pasaba tenía la sangre más limpia, pero el corazón más sucio. Los remordimientos empezaron a envenenarme y necesité tomar algunas decisiones para poder ser mejor persona.

—Habrías sido mejor persona si te hubieses preguntado si a tu hijo le hacía falta abrazar a su padre, joder.

—Tenía miedo de estropearlo otra vez, así que me mudé a Boston y empecé una nueva vida. Seguí yendo allí a un centro de recordatorio para exadictos y abrí una asociación que me permitiese no olvidar jamás el motivo por el que había invertido en ella.

—¿Una asociación?

—Sí, para ayudar a gente como yo. Me fue bastante bien y, junto con mi nueva vida y la terapia psicológica, pude…, simplemente mejoré, pero nunca me perdoné por haberte dejado.

—Te habría perdonado, papá. Ni siquiera me diste la oportunidad de decidirlo por mi cuenta.

—Nate, sé que te hice daño, y lo siento muchísimo. Crecer sin un padre y con una madre como Charlotte ha tenido que ser algo durísimo. No tengo una vida lo suficientemente larga para disculparme contigo y saldar mi deuda, pero sí me gustaría que me dieses la oportunidad de estar un poco más cerca de ti.

Es injusto. Me pican los ojos y empieza a dolerme todo el cuerpo como si me hubiesen pegado la paliza de mi vida.

¿Cómo habría sido todo si él hubiese vuelto a por ti?

No lo sé, pero seguramente estaría menos jodido.

—Charlotte también hizo que estuvieses fuera de ella —murmuro, encajando algunas piezas más—. Te lo puso difícil, ¿verdad?

—Llamaba cada día desde el centro de rehabilitación y nunca me cogía el teléfono, así que después de seis meses dejé de llamar por orden de mi terapeuta. Cada vez que la llamaba y no conseguía hablar contigo tenía… más ganas de drogarme, por lo que tuve que dejar de hacerlo.

Él aprieta los labios, como si estuviese aguantándose las ganas de llorar mientras que yo, por una vez en la vida, tengo delante de mí la otra cara de la verdad que nadie quiso contarme, ni siquiera la abuela.

—Pelear por ti siempre fue mi opción, Nate, pero nunca tuve la valentía para hacerlo. Cuando por fin contacté con tu madre, ella se encargó de recordarme que estarías mejor sin mí, un deportista acabado y sin futuro.

Destroza un azucarillo con las manos, fruto de los nervios.

—Así que la creí sin pararme a pensar en quién era la persona que me lo estaba diciendo.

Me hierve la sangre porque precisamente ella, la madre que me dejaba llorando por las noches, no es la mejor persona para dar ese tipo de consejos a nadie.

—Puedo decirte con toda la honestidad que tengo que jamás deseé abandonarte. No dejé de quererte ni un solo día.

Bajo la mirada con el labio superior temblando mientras mis brazos lo acompañan.

Theo pone su mano sobre la mía y empieza a jugar con los pellejos de mis uñas. Arranca uno y se echa a reír.

—¿Quién es él?

—Theo es mi hijo, y si tú quisieras aceptarlo, podría ser un hermano para ti. —Una sonrisa comedida se dibuja en su cara, soñando a lo grande—. Conocí a Ruby trabajando en el centro. Ella era voluntaria, por pura vocación. Lo cierto es que fue un rayo de luz para mí. Me ayudó muchísimo a entenderte, a entenderme a mí y a perdonarme, aunque siempre habrá una parte que solo tú puedes arreglar.

Siento dolor.

Vergüenza.

Amor.

Traición.

Ilusión.

—No pretendo que me perdones, pero sí quiero que sepas que no me fui porque no te quisiera, sino porque era un hombre roto que no sabía quererte bien. Y ahora solo quiero la oportunidad de demostrarte que ya no soy ese hombre.

—Te he odiado y echado de menos a partes iguales, así que lo siento, pero no puedes llegar y pretender tenerme a tus pies como un perro al que han abandonado.

—No tienes que decirlo ahora, ni en un mes. Tómate el tiempo que necesites porque yo esperaré por ti, aunque pasen los años.

Me levanto antes de tomar una decisión precipitada. Cojo mi mochila y sin mirar atrás doy la espalda a la oportunidad que llevaba esperando toda la vida, pero que llegó cuando ya había llenado ese hueco con otras cosas.

Hay decisiones que no esperan a que estés preparado, pero yo ya había sido la persona que vivía aferrada a lo que pudo ser, cuando

por experiencia propia sabía que lo que llega tarde nunca compensa lo que costó la espera.

47
Lo que siempre fue mío



Nate Miller

—¿Durante cuántos años estuviste engañando a mi padre?

Mi voz rebota en las paredes de la cocina mientras Charlotte está de espaldas a mí. El vaso que sostiene entre las manos cae y estalla contra el suelo.

—Nathaniel, ¿de qué estás hablando?

Se acerca hacia mí con intención de disimular, pero lo veo en su cara. La conozco demasiado bien.

—¡De papá! —Golpeo la isla de la cocina con los dos puños y apoyo mi peso en ella—. Sabes bien de qué te hablo.

—Tu padre era un drogadicto y lo sabes perfectamente.

—Más bien lo convertiste en uno.

—¿Qué quieres decir? Retira eso ahora mismo.

—¿Eres tan lista y ahora no sabes sumar dos y dos? ¿Te piensas que solo porque te permito vivir aquí soy imbécil?

Charlotte da un paso hacia atrás según avanzo por la cocina. Tiene una expresión como si hubiese visto un fantasma y no la culpo, ya que es la primera vez que le planto cara.

—¿Qué coño esperabas? ¿Que pasara el resto de mi vida creyendo que mi padre era un cabrón sin corazón? ¿Que te agradeciera haberme convertido en esto? ¿En alguien que lleva un montón de años sin confiar en nadie?

Ella aprieta los dientes.

—Yo te protegí, Nathaniel.

—Y te olvidaste de protegernos a todos de ti, mamá. Eres un puto veneno.

—¿Cómo me hablas así? ¿Estás drogado?

Su pecho sube y baja como si el aire que está insuflando no fuese suficiente.

—¡Él destruyó nuestra familia! —responde con ese tono de mártir que utiliza cuando pretende convencerme de algo—. No te imaginas lo que me hizo pasar.

—¿Por qué no me cuentas lo que le hiciste tú a él para que terminase así, eh? ¿Por qué no me dices que le pusiste los cuernos?

Se queda callada, cubriéndose la boca con las manos.

—Eso es mentira.

—¿De verdad vas a negármelo? —grito, fruto de la rabia.

—Sabía que este día llegaría. ¡Lo sabía! —escupe—. Sabía que te metería cosas en la cabeza. Siempre has sido demasiado impresionable. Te manipulan como quieren.

—Es curioso porque llevas haciendo eso mismo prácticamente desde que nací.

Silencio.

—Yo he hecho lo que he tenido que hacer para asegurar tu futuro. Todo lo que eres —saca los dientes—, todo, es gracias a mí.

Doy una vuelta alrededor de la isla y, mientras muevo la cabeza, empiezo a reírme de manera intensa.

—Tienes razón. Todo lo que soy es gracias a ti, mamá. —Me inclino hacia ella y echo los brazos hacia atrás—. Una persona insegura, que siente que no se merece que la quieran a menos que haga las cosas de manera perfecta. Soy alguien que siente que no merece nada bueno a menos que se lo gane.

—Así es como son las personas de éxito.

—No, mamá —le digo ahora, con calma—. El éxito llegó a mi vida hace unos meses, cuando conseguí ser lo que soy a pesar de ti.

Charlotte abre los ojos como si la hubiese golpeado y, con un movimiento de cuello, se ajusta el bajo de la camisa.

—¿Éxito? Supongo que te refieres a la niña huérfana con la que andas, ¿no? Menudo partido.

Me quedo tan quieto que por un instante dejo de escuchar mi propia respiración y lo único que me mantiene cuerdo es contar los tictacs del reloj de la cocina.

—¿Puedes repetirlo?

Charlotte ladea la cabeza, divertida, como si hubiese encontrado el punto exacto en el que hacerme daño.

—¿Acaso no lo sabes? Keyla no tiene ningún futuro, Nate. Eso es lo que te habría esperado a ti si no hubieses seguido mis consejos.

—¡Keyla ha hecho lo que ha podido con la mierda de vida que ha tenido! ¡No se te ocurra hablar así de ella! ¡No en mi casa!

—¿Y qué vas a hacer, eh? —Charlotte se adelanta un paso—. Dime, cobarde. Eres tan cobarde como tu padre.

Cojo uno de los platos de la encimera y lo rompo contra la pared mientras un rugido sale de mi garganta. Charlotte se lleva las manos a la cabeza mientras grita, posicionándose en una de las esquinas.

—¿Qué está pasando aquí? —Samuel entra por la puerta de la cocina, con ropa de deporte y una botella de agua en las manos—. Pero ¿qué…?

Mirando los cristales rotos del suelo, se lleva las manos a la cabeza y nos mira simultáneamente.

—¿Te has vuelto loco?

Samuel frena en seco, con la respiración acelerada por el entrenamiento y la tensión del momento. El temblor de sus manos no tiene que ver con el cansancio.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —vuelve a preguntar, más despacio.

No le aparto la mirada ni un centímetro cuando voy hacia él y lo cojo por el cuello. Charlotte deja escapar un sonido de pánico, pero no me echo para atrás.

—¡Tú!

Intenta zafarse como puede, pero, aunque él entrena de manera amateur, yo soy un deportista de élite que le saca dos cabezas, por lo que sus posibilidades de algún tipo de defensa contra mí se ven bastante reducidas.

Charlotte tiembla de rabia mientras aprieta los puños.

—No lo metas en esto, Nathaniel.

Lo suelto porque realmente la que tiene culpa de no haberme cuidado ni de haberme explicado las cosas es ella.

—Lo sé, Samuel. —Me río con ironía—. ¿Cómo pudiste hacerle eso a tu mejor amigo?

La expresión de Samuel no se parece a ninguna que haya visto anteriormente. Está enfadado, pero creo que se siente avergonzado.

—Siento que hayas tenido que enterarte así. —Baja la cabeza—. Siempre quise contártelo porque me sentía muy mal, Nate. Me enamoré de tu madre y…

—¡Cállate! No quiero saberlo.

—Nathaniel —mi madre se acerca a mí—, sé que no lo he hecho bien contigo, y debería habértelo dicho, pero eras muy pequeño y consideré que el pasado estaba mejor enterrado.

—Me privaste de poder elegir bando, mamá. Me obligaste a estar a tu lado sin saber la otra versión.

—La otra versión no cambia que tu padre se drogaba, hijo.

—¡Porque lo hundisteis entre los dos! —Las lágrimas empiezan a caer descontroladas por mis mejillas—. Lo convertisteis en lo que acabó siendo y lo he odiado toda la puta vida por ello.

—No lo hice bien con tu padre, pero no es excusa para caer en las drogas. Había soluciones mejores, Nate, y optó por la más fácil porque era una persona débil.

—Hostia puta. —Me llevo las manos a la frente—. O sea que para ti toda la culpa la tiene él. Eres increíble.

—¡Yo no lo obligué a consumir cocaína!

—Pero le hiciste un daño irreparable. ¿Te crees que era algo fácil? Tu mujer, la persona que debe amarte por encima de todo, no solo se aprovecha de ti, sino que te engaña con tu puto mejor amigo, te humilla, ¿y esperas que sea sencillo?

—Él no era un santo. Era inestable, dramático y con tendencia a victimizarse.

—Me encanta que esa frase forme parte de tu repertorio habitual.

—Hacía mucho que no me hacía sentir como una mujer debe sentirse, pero no te pido que entiendas algo así cuando todavía eres un crío.

—¡Porque estaba todo el día trabajando para que no nos faltase de nada y pudieses tener todos los lujos que tanto te gustan!

Abre la boca, pero Samuel toca su mano para frenarla.

—Charlotte…, para. Nathaniel tiene razón. No lo hemos hecho bien con Bobby, y tampoco con él.

Ella se gira, como si no pudiera creerse que él pueda tener una opinión así.

—¿Te pones de su parte?

—Siempre he estado de la tuya, pero ya sabes lo que pienso. Nos equivocamos con Bobby, y es algo que yo nunca me perdonaré.

La respiración me arde. Me quema la garganta. Siento el pulso en las sienes, en los dientes, en el pecho. Me he tirado toda mi vida sin entender nada. Años odiando a un fantasma que solo buscaba sobrevivir a una mujer que sabía exactamente cómo había condenado a muerte a un hombre.

Mi padre no tomó buenas decisiones. Claro que no. Pero si hubiese podido pedirle ayuda a alguien…, si mi madre lo hubiese ayudado, si se hubiese disculpado…, quizá todo habría sido más fácil para él.

Nunca he querido tanto que alguien me diga la verdad. Nunca he sido tan huérfano como me siento ahora.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —susurro—. ¿Por qué me hiciste odiarlo tanto?

Ella me mira extrañada, sorprendida por mi cambio de tono, como si no entendiera por qué un hijo quiere, por primera vez en su vida,

una verdad.

—Porque tenía miedo de que te llevase con él. Estaba asustada. Llevaba años fuera de sí mismo y sé que te habría arrastrado con él.

—¿Y por qué no lo ayudaste, joder?

—No me tocaba a mí hacerlo.

Nunca en mi vida la he visto ayudar a nadie, ni siquiera a mí. No sabe querer como las madres quieren a los hijos, y es algo que siempre me ha hecho sentir que yo no valía la pena.

—Eres una egoísta de mierda, ¿me oyes? Aunque fuese por mí, ¡tendrías que haberlo ayudado para que yo pudiese tener un padre!

Samuel baja la mirada, dolido. Charlotte traga saliva mientras coge su mano.

—No te atrevas a juzgarme, Nathaniel. No tienes ni idea de lo que es tener que elegir entre tu futuro y la estabilidad —dice ella con tono frío—. Y mírate, funcionó, ¿no? Estás a punto de conseguir tu sueño.

—Tú sueño, no el mío.

—¿Acaso no amas el baloncesto?

—Me encantaba, mamá, y también me quitaste eso con tu exigencia.

—Bueno, supongo que no tiene que gustarte, sino dársete bien. —Cambia el tono de voz—. Tienes talento, hijo, no dejes que una chica te aparte del camino.

Empiezo a sentirme mareado.

—No estás bien de la cabeza, Charlotte. No has entendido ni una mierda de lo que te estoy diciendo.

—Algún día me lo agradecerás.

—No, pero tú sí que entenderás por qué perdiste a tu hijo.

—¿A qué te refieres?

Me aclaro la garganta sin creerme capaz de pronunciar lo que voy a soltar por la boca.

—Escúchame bien porque solo lo voy a decir una vez. Quiero que recojáis vuestras cosas y os vayáis de mi casa.

—¡Nathaniel!

—No quiero volver a verte, mamá. Y, como se te ocurra venir a alguno de mis partidos, hablaré con los de seguridad para que te echen. ¿Crees que he sido lo suficientemente claro?

—¡No puedes hacerme eso!

—Oh, créeme. Claro que puedo.

—Pero, Nate… —interviene Samuel.

—Ni Nate ni hostias. Esa es mi decisión ahora. Si en unos años reflexionas, tratas los problemas que tienes en la cabeza, que, por cierto, son muchos, y te arrepientes de cómo te has comportado conmigo, entonces hablaremos —sentencio señalando a Charlotte.

Charlotte da un paso hacia mí, pero Samuel la frena agarrándola del brazo. Me sujeto al borde de la encimera sin que puedan notar que no me encuentro bien, intentando que algo me sujete.

—Déjalo que se vaya —dice Samuel, frenando a mi madre que venía hacia mí.

—Tenéis un día para recoger vuestras cosas, pero, si preferís iros ya y hacerme un favor, lo cual sería todo un detalle, puedo enviarlas a la dirección que me digáis.

—Nos iremos ahora mismo.

—Envíame la dirección de vuestro hotel o de vuestra futura casa y os enviaré todo.

Samuel se pasa una mano por la cara, derrotado.

—Dile a tu padre que lo siento, Nate.

LA CHICA INVISIBLE

Cinco años

¡Clic!

Él me dijo que sonriera, como cuando en el cole teníamos que decir «patata».

Yo lo estaba intentando, pero la cara no me funcionó y él frunció el ceño, enfadado. Escuché cómo encendía el palito que echa humo y me quedé muy quieta porque, si de algo estaba segura, era de que yo tenía superpoderes.

Me gustaba pedirle a Dios que me hiciese transparente como el agua. Hablaba con él, como hacía mamá por las noches.

¿A Dios también le gustará jugar con muñecas?

El humo hacía que me picase la nariz. No me gustaba esa sensación porque entonces tenía que rascarme y mi superpoder dejaría de funcionar.

Me acordé de los dibujos animados que había visto esa mañana. En el capítulo, una gatita rosa buscaba a su mamá por toda la ciudad. Me gustaba cuando cantaba. Cantaba así: «Lalalá, miaumiaumiau, juntas vamos a jugar…».

Pero él tocó mi bracito y se me olvidó la canción. Me dolía mucho. Esta vez dibujó un puntito pequeñito, pero ardía como si dentro hubiese un trocito de sol.

Miré hacia otro lado, hacia la pared azul, y pensé en mi vecina Polly. Esta mañana la escuché decir «Qué frescas están las naranjas». Me gustaba la voz de Polly. Me agarré a su voz y también al color de las naranjas.

¿Por qué se llamarían así?

Él me dijo que levantara el mentón. Yo no quería, pero si tardaba mucho en hacerlo dolía más. Así que lo hice.

¡Clic!

Volví a pensar en la gatita rosa.

En que al final encontró a su mamá en el puente.

Escuchaba el sonido de la lluvia en el cristal: plip plip plip.

Me gustaba el color brillante de las naranjas, y, si pensaba muy fuerte en Polly, no me acordaba de mi bracito.

Él me agarró otra vez, antes de llevarse el palito de humo a la boca. Volvió a acercarse, con los ojos rojos, muy rojos, como un monstruito.

Yo cerré los ojos y conté hasta tres: uno, dos y tres. Ojalá me supiera todos los números del mundo, pero como no me los sabía, empecé otra vez.

Uno.

Dos.

Tres.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuando terminó me dijo que estaba hecha una muñeca, pero no entendía por qué. Las muñecas no hablan y yo sé decir muchas palabras.

Miré mis bracitos que tenían marquitas rojas como sus ojos. No me gustaba mirarlos, así que pensé en la canción de la gatita rosa.

Lalalá, miaumiaumiau, juntas vamos a jugar…

La canté en mi cabeza hasta quedarme sola y, cuando cerró la puerta, yo seguí cantando.

48
Memorias



Keyla Blake

Me incorporo de golpe, como si alguien me hubiera arrancado de un tirón desde la mismísima oscuridad.

Por un momento no sé dónde estoy porque el aire todavía está entrando como puede a mis pulmones. Tardo unos segundos de más en entender que estoy aquí, que ya no tengo cuatro años y que nadie me está pidiendo que sonría.

Intento dominar mi respiración para poder ayudarme a mí misma, pero el pecho está bloqueado. Me llevo las manos al cuello, a los brazos y a la boca, mientras espero que el mundo pare de dar vueltas.

Busco con las manos a tientas la lámpara del escritorio para darme algo de luz. Estoy temblando y la habitación parece más pequeña que nunca.

Doy vueltas alrededor de la estancia, como válvula de escape a los pensamientos que amenazan con salir, pero no consigo distraerme. La imagen de esa niña pequeña sacude mi cabeza.

Siento su mano en mi brazo.

Huelo el humo de su cigarro.

Veo el reflejo de la cámara de fotos.

Escucho el clic.

Y empiezo a contar: uno, dos y tres.

El corazón me va demasiado rápido mientras siento que la habitación gira a mi alrededor. Una sensación de neblina me acompaña, haciendo que esté viviendo este momento como si estuviera en una película.

Estás disociando, Keyla.

Como no cojas aire, te vas a desmayar.

Me dejo caer al suelo, acurrucada contra la pared. Me abrazo a mí misma mientras me muevo hacia delante y hacia atrás, intentando pensar con claridad, pero no lo consigo. Con las manos temblando, intento llamar a Nate, pero no coge el teléfono.

Llevo dos días sin saber nada de él, preocupada por si habré hecho algo mal. No tenía pensado insistir, pero lo llamo una vez más.

KEYLA

Hace días que no sé nada de ti, y no me importa si lo necesitas, pero ahora mismo me haces mucha falta. No me encuentro bien.

KEYLA

Por favor, llámame.

KEYLA

¿Para esto querías que confiase en ti?

Espero cinco minutos antes de vomitar por primera vez.

Diez antes de soltar la primera lágrima desesperada.

Treinta hasta empezar a hacer la maleta.

Abro el armario sin prestar atención a lo que estoy haciendo. Me limito a tirar todo lo que he traído dentro de la maleta que tengo abierta en el suelo, metiendo la ropa de cualquier forma.

Cuando estoy abriendo los cajones para ponerme la ropa que me voy a llevar, escucho un ruido en el pasillo. La puerta de Avery.

Intento quedarme quieta durante unos segundos, no quiero despedirme de nadie, pero ya es tarde.

—¿Key? —dice limpiándose las legañas—. ¿Qué estás haciendo?

No puedo contestar porque en cuanto la veo me echo a llorar. Ella se acerca rápidamente para abrazarme.

—Keyla…, mi niña, ven aquí.

Me rodea con los brazos y lloro abrazada a ella no sé por cuánto tiempo. Cuando me doy cuenta, tiene el pelo mojado, pero sus brazos me siguen envolviendo.

—Ay…, cariño, ¿qué ha pasado?

—Mi padre… —susurro con la garganta casi cerrada—. Me he acordado de todo, Avery. De las cosas horribles que me ha hecho.

—¡¿Will?!

—Él nunca me haría algo así…, pero mi padre biológico sí.

—No me habías contado nada, Keyla. Lo siento muchísimo, no tenía ni idea…

—¿Te acuerdas de las marcas de nacimiento de mi brazo?

Avery asiente y recuerdo con claridad cuando estuvimos mirando láseres para poder quitármelas algún día.

—Él me las hizo, Avery. Me sacaba fotos, me ponía vestidos de lo más raros…

—Respira, cariño. —Me sujeta la cabeza con las manos—. Continúa si quieres, pero respira.

—No sé quién es él ni si volverá algún día a hacerme daño. Estoy asustada.

—Seguro que la justicia se ha hecho cargo de él, mi niña. No te merecías algo así, pero eso ya lo sabes.

—Tengo miedo de sus ojos —susurro—. De que vuelvan a mirarme.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Solo sé que siempre parecía… ido.

—¿Te hizo más cosas?

—No recuerdo nada más. Creo que nunca llegó a… —Me trago la palabra—. A eso.

No quiero decirla. Porque si la digo, se vuelve real. Me miro las manos y, por un segundo, no son mías; son las de esa muñeca que él movía a su antojo. Siento que la piel me quema, que el rastro de su tabaco sigue ahí, marcándome como si fuera un animal maltratado.

—Me siento sucia, Avery. Como si el cristal de la cámara me hubiera robado algo que nunca voy a poder recuperar. Siempre he

sabido que me habían rescatado de una mala familia, pero recordar esto solo me ha confirmado lo desgraciada que soy.

Avery me aprieta más fuerte mientras mezcla, ahora en mi pelo, mis lágrimas con las suyas.

—Keyla, mírame. —Se separa un poco—. No eres una desgraciada. Eres alguien increíble a quien le pasaron cosas horribles. Y aun así sigues aquí, luchando. Eso te hace valiente, no desgraciada.

—Todos me abandonan, Avery. Tú también lo harás —logro decir entre sollozos.

—Jamás. Esta amistad ya es para siempre. —Me sonríe con tristeza—. Y Nate tampoco te ha abandonado.

—No me responde desde hace días —murmuro—. Ha desaparecido después de estar conmigo. Después de acostarnos. Después de pedirme que confiara en él.

Avery abre la boca, sorprendida.

—Key…, seguro que hay una explicación. Te lo prometo.

—¿Qué explicación puede haber? Se ha cansado de mí y ya está.

—Él contigo es diferente. Ayer lo vi en el entrenamiento y tenía cara de cansado, así que algo le pasa. Estoy segura.

Pienso en ello, pero solo duele más.

—Aunque fuese así, tendría que haberme dado una explicación, y más sabiendo mi situación. No hay justificación para desaparecer durante días.

—No la hay —admite—. Pero él es humano. Y los humanos fallamos. Vamos a darle el beneficio de la duda hasta que te llame, ¿vale?

Niego con la cabeza.

—No puedo con esto. No puedo con este tipo de relaciones en las que ves durante meses a una persona y de la nada desaparece. Ni puedo con lo que acabo de recordar.

Avery me toma de las muñecas para obligarme a mirarla.

—Sí puedes porque no estás sola. Me tienes aquí. Siempre.

—¿Puedes llamar a mi tía? —digo entrecortadamente—. Necesito hacer la maleta y coger el primer vuelo. Dile que me lo compre, por favor. —Respiro con dificultad, otra vez—. Dile… dile que necesito volver a casa, que necesito explicaciones y que ahora mismo no puedo hablar con ella.

Las lágrimas caen sin control de su cara y de la mía, indistintamente. Avery asiente, dándose por vencida.

—Vamos a salir de esto juntas, ¿vale? Aunque sea a distancia.

Coge mi teléfono móvil y sale por la puerta.

Mientras Avery habla con Maggie, cierro la maleta con las manos temblorosas y me quedo mirando el suelo, repitiéndome que todo se arreglará cuando esté encerrada entre las paredes de mi habitación.

Antes de apagar la luz, envío un último mensaje.

Uno que él verá demasiado tarde.

KEYLA

Me vuelvo a Portland, Nate.

KEYLA

Gracias por este tiempo juntos.

Después meto mi móvil en el bolsillo y salgo con Avery hacia el aeropuerto.

49

Closing call, last call



Nate Miller

Estoy agotado.

En serio, tan cansado que me cuesta mantener los ojos abiertos y centrarme en cualquier cosa que no sea el vacío del techo. Mi cabeza lleva días en bucle, y quedarme en casa encerrado salvo para salir a entrenar se está convirtiendo en mi único talento.

Y, aun así, dormir es imposible.

No es una depresión exactamente —o al menos eso me digo para convencerme—, sino que estoy mentalmente reventado.

El agobio hace que no pare de dar vueltas en la cama hasta el punto de que la sábana bajera acaba hecha un ovillo en el suelo.

Mi vida se ha convertido en una mierda compacta de problemas acumulados. Mi padre apareciendo después de años, esperando que le reciba con los brazos abiertos. Mi madre gritando mientras yo le decía que se fuera de casa.

Ahora esta mansión está vacía. Vacía de ruido, de peleas, de exigencias. Vacía en general.

Solo estamos Olivia, yo, y la señora de la limpieza que intenta hacer de este sitio algo parecido a un hogar todas las mañanas. Ni siquiera sé cómo aguanta este ambiente.

¿Cómo coño voy a jugar uno de los partidos más importantes del año?

Me río, pero no me hace ni puta gracia.

No sé cómo alguien se espera que me encuentre bien.

Mi abuela me ha llamado cincuenta y siete veces en las últimas cuarenta y ocho horas. Cincuenta y siete. Supongo que llevar días sin descolgar el teléfono para hablar con ella tiene sus consecuencias. Me la suda todo. No estoy preparado para hablar con ella, no después de saber que ha guardado silencio tantos años, echando a perder la posibilidad de ayudarme.

Me estoy convirtiendo en un desastre de persona. En uno de esos tíos que desaparecen. Y lo peor es que lo sé.

Llevo días sin escribirle a Keyla. Días imaginando su cara preguntándose qué coño me pasa, pero sin ser capaz de contestar. No en este estado. No con mi cabeza hecha trizas.

No quiero que me vea así de derrumbado, cuando ella también tiene su propia mierda. Supongo que no sé pedir ayuda porque no soporto que me vean débil.

No lo estoy haciendo bien.

Me estoy comportando como un auténtico hijo de puta.

Cada día que pasa la culpa pesa, por lo menos, cinco kilos más. Cinco kilos que se suman a los anteriores, hasta que me cuesta respirar de tal manera que acabo tirando el móvil al suelo.

Alargo el brazo porque necesito ponerme una alarma. No puedo quedarme dormido otra vez.

Cuando la pantalla se enciende, todo mi cuerpo se queda helado. Tengo llamadas perdidas de Keyla, y varios mensajes de estos días, pero lo que me deja sin aliento es ver el último, ese que aparece en la pantalla de bloqueo.

Abro la conversación con los dedos temblando.

KEYLA
No me encuentro bien.

KEYLA
Por favor, llámame.

KEYLA
¿Para esto querías que confiase en ti?

Ha estado sola, mal, y yo no he estado con ella.

Sé lo que le cuesta pedir ayuda a los demás, sé lo que significa que acuda a mí, y para una vez que lo hace… yo no estoy ahí.

Mierda. Me quedo sentado en la cama, sintiendo como me tiran un cubo de agua fría por encima de la cabeza.

Mi corazón retumba contra las costillas y me agarro el pecho para que no salga de ahí.

Sigo deslizando los mensajes hacia abajo.

KEYLA

Me vuelvo a Portland, Nate.

KEYLA

Gracias por este tiempo juntos.

Me levanto a toda velocidad y empiezo a dar vueltas por la habitación. Necesito trazar un plan para no perder a la única persona que he dejado entrar en mi vida desde que tengo memoria.

Y, si la pierdes, te lo mereces, gilipollas.

Paso número uno: intentar localizarla. La llamaré las veces que haga falta, y, si no consigo que descuelgue el teléfono, llamaré a Avery.

Paso número dos: pase lo que pase, plantarme en el centro. Sí, sé que suena a lo que diría un puto psicópata, pero ahora mismo me dan igual las apariencias con tal de que sepa lo arrepentido que estoy y que no se vaya a casa.

Busco su número como buenamente puedo y cuando empieza a sonar siento algo parecido al alivio, pero no consigo hablar con ella.

Cógelo una vez, Keyla. Solo una.

La llamo otra vez, y una voz al lado del teléfono hace que se me salga el corazón por la boca.

«¡Hola! Soy Keyla, aunque si me estás llamando supongo que ya lo sabes. Ahora mismo no puedo hablar, así que ¿qué tal si me dejas un mensaje?».

Apagado.

—No, no, no —susurro apretando el móvil.

Busco el teléfono de Avery, que, aunque es más amiga suya que mía, me conoce de sobra, por lo que espero que tenga compasión de mí.

—¿Avery?

—Nate, colega, estás en un buen lío.

—¿Dónde está Keyla? ¿Está bien?

Suenan interferencias y no consigo entenderla.

—¿Avery?

—Perdona, estoy en el aeropuerto y hay poca cobertura.

—i¿Qué?! ¿Está Keyla contigo?

—Campeón…, lo siento, pero acaba de pasar el control de seguridad.

—¿De verdad se va?

—Sí, Nate. Y siento ser yo la que te lo diga, pero ya te vale, joder. Espero que tengas una buena explic…

Antes de colgarle el teléfono ya estoy saliendo de casa a toda velocidad mientras corro por el jardín subiéndome los pantalones.

Me subo al coche, olvidando ponerme por un momento el cinturón. Arranco de manera tan brusca que las ruedas chirrían.

No me creo que esté saltándome un semáforo en ámbar, a punto de entrar en rojo, pero juro por los dioses que ahora mismo no me importaría estrellarme si eso significa recuperar a la mujer que quiero.

El aeropuerto está a veinte minutos, pero lo hago en quince. Silver Springs no es muy grande, pero hoy había bastante tráfico.

Aparco en la zona de los taxis y salgo corriendo. Veo las pantallas frente a mí y de los nervios me cuesta localizar el vuelo de Keyla, que si va a Portland deduzco que es el que sale en quince minutos.

Corriendo por los pasillos, voy apartando a la gente como puedo. Aun con el ruido que hay, mi cerebro solo piensa en escuchar esa voz que tanto me gusta para decirle que tengo una lista innumerable de cosas que quiero hacer con ella.

Encuentro el control de seguridad.

Estado: «CLOSING / LAST CALL».

—Mierda.

Corro hacia seguridad, pero un guardia me para por el camino.

—Caballero, creo que se olvida de pasar el billete.

—Claro, el puto billete… —murmuro para mis adentros mientras maldigo mi despiste.

—¿Cómo dice?

—Nada. Perdone, déjeme que lo busque.

Me cago en todo.

Entro en el navegador y rezo para que el avión no vaya lleno, pero, como era de esperar, no tengo esa suerte.

Compro un billete cualquiera con una de las salidas más próximas para que sea creíble que tengo prisa y me dejen pasar. Mi vuelo a Nueva York sale en diez minutos y solo queda un asiento en business. Pero me da igual, lo pago. Todo sea por volver a enredar ese pelo anaranjado entre mis dedos.

—Aquí está, señor. No sé qué habrá pasado.

El agente se pone las gafas y, después de echarme un repaso de arriba abajo, me deja pasar por la zona que no es electrónica.

Salgo disparado hacia el final del control de seguridad y, como no tengo equipaje, lo paso bastante rápido.

Me echo a correr como si fuera a perder la vida, pidiéndole a lo que sea que haya en el cielo que ningún policía me pare y me haga

perder más tiempo.

La gente se aparta, mirándome con cara extraña. Otros se enfadan, pero a mí me la suda porque solo me importa lo que piense una persona.

Llego al pasillo del embarque de Portland: puerta b6.

Apenas quedan pasajeros en la cola, por lo que deduzco que ya habrá entrado. Me asomo para ver si habría alguna posibilidad de que me dejen pasar y entonces la veo cruzando la última puerta que la llevará a su destino y a mí me separará del suyo.

Lleva el pelo recogido en una coleta deshecha, una maleta pequeña y los auriculares en las orejas.

Mírame, por favor.

Solo una vez.

Pero no lo hace. Keyla da un paso más y la pierdo de vista.

—¡Keyla! —grito.

La gente me mira, pero me da igual. Todo me da igual. Lo único que me importa es que ella no se detiene.

Una azafata cierra la puerta de la pasarela y mi posibilidad de poder mirarla a esos ojos de color tierra mojada antes de despegar.

—No… —digo mientras me acerco.

Un guardia me corta el paso antes de que pueda siquiera tocar la puerta.

—Caballero, no puede pasar.

Intento esquivarlo sin pensar, al igual que haría un animal que está a punto de perderlo todo.

—Necesito coger ese avión.

—Si no tiene billete, señor, lo veo difícil.

Me agarro el pelo con desesperación y doy vueltas alrededor de mí mismo.

La sangre me hierve al pensar que ella está a unos pasos de mí y, aun así, parece estar en la otra punta del maldito continente.

La llamo otra vez, para escuchar su voz, aunque sea a través de su contestador. No sé cuántos minutos pasan hasta que el avión despega.

Aprovecho para empaparme una última vez de lo que es tenerla cerca mientras cierro los ojos, apoyado contra una pared.

Mi vida ha cambiado estos últimos meses porque ella me ha hecho ser una mejor persona. Esto no puede acabar de esta manera, joder.

No puede existir un final así para nosotros, así que voy a calmarme para coger las riendas de mi vida y explicarle lo que haga falta cuando ella se baje de ese avión.

Porque la conozco, joder.

Ella es Keyla Blake, la mujer más impresionante del planeta. Mi lectora favorita. La luz que entra cada mañana por la ventana de mi habitación.

Ella es Keyla Blake, mi persona favorita, y yo soy un imbécil que se niega a perderla.

50
Chocolate caliente especiado



Keyla Blake

—Mi niña…, ven aquí —susurra Maggie, llevándose una mano a la boca antes de echarse a llorar—. Ya estás en casa, cariño. Ya estás aquí.

—Maggie…

—Siento no haber podido ir a recogerte. Tenía que dejarlo todo cerrado en el trabajo para poder quedarme unos días contigo.

Nos fundimos en un abrazo familiar, cálido y seguro, ese en el que por fin puedo soltar el cuerpo entero y llorar sin miedo. Me hundo contra ella, aferrándome al único lugar en el mundo que siempre ha sido seguro para mí.

—Aunque estés triste, sigues siendo la luz más radiante de Portland —dice una voz detrás de nosotras.

Me separo, con los pulmones quemándome por dentro. El suelo bajo mis pies se pone del revés y, aunque pensé que estaría más

enfadada con él por estos meses de ausencia, supongo que el corazón sabe tomar mejores decisiones que la cabeza.

Tío Will está ahí, apoyado en la viga de madera, mirándome con esos ojos color miel. Sonríe, pero parece agotado. Lleva su chaqueta azul de siempre, y es esa familiaridad la que hace que salga corriendo hacia él.

—Te hemos echado tanto de menos, cielo —susurra contra mi pelo.

Me aparto para mirarlo de cerca, limpiándome las lágrimas con la manga del jersey. Necesito comprobar que todas sus pecas siguen en su sitio.

—¿Por qué has tardado tanto en volver?

Will suspira con un sonido largo, lleno de cosas que contar.

—No he estado trabajando como te había dicho, Key —responde finalmente—. He estado intentando hacer justicia.

—¿De qué estás hablando?

—Cielo, ¿pasamos al salón? —propone Maggie, tocándome suavemente la espalda.

—Mi amor, ¿podrías prepararnos algo calentito? Seguro que Keyla está deseando tu chocolate caliente especiado.

—¡Por supuesto! Además, he mejorado la receta. —Me guiña un ojo—. Poneos cómodos.

Nos sentamos en el salón de siempre, con la manta tejida por la abuela descansando en el respaldo del sofá y la taza de café que Maggie suele dejar en la mesa. Will se hunde en el sillón frente a mí, frotándose las manos como si necesitara valor para hablar.

—Keyla… —empieza, mirándome con una ternura que me preocupa—. Hace meses llegaron a nuestras manos unas… unas

fotografías.

Siento como se me hiela la sangre. Me froto el pecho, donde el dolor que traigo de Silver Springs se está haciendo cada vez más punzante.

—No…

—Sí, cariño —confirma Maggie con suavidad, sentándose a mi lado—. Las mismas que tú recordaste hace días. Avery nos lo contó todo mientras volabas.

Por un momento me enfado con mi amiga por robarme mi verdad. No es justo que no sea yo quien lo cuente por primera vez.

—Ella no tenía derecho a contároslo.

—No, no, cielo. No te enfades con ella. Ha sido culpa nuestra.

—Keyla —Will coge la taza de la mesa—, nosotros le insistimos mucho. Lo siento.

El corazón se me desploma, pero una voz dentro de mí me explica que solamente quería ayudarme, así que lo dejo pasar porque, aunque no me lo crea, tengo una amiga que me quiere tanto como yo a ella.

—Todo empezó hace unos nueve meses —continúa Will—. Empezaron a llegarnos cartas rarísimas al buzón. Al principio pensamos que sería una broma de mal gusto, así que no te lo contamos para no preocuparte.

—¿Nueve meses?

—Sí, mi vida. Y sentimos no haber dicho nada, pero era complicado —explica Maggie—. No imaginábamos lo que vendría después.

—Con el paso de las semanas —sigue Will—, las cartas fueron volviéndose cada vez más… inquietantes. Hasta que un día nos

mandaron unas fotografías tuyas de cuando eras muy pequeña.

—¿Qué tipo de fotografías?

Will traga saliva.

—Eran extrañas, Keyla. No salías desnuda, gracias a Dios, pero tampoco eran fotos que se le hiciesen a una niña. Salías maquillada, con ropa de lo más extraña y, aunque no exhibían nada de tu cuerpo, eran insinuantes.

—¿Quién las estaba enviando?

—Rose —responde él—. Tu madre biológica. Maggie y ella han mantenido algo de contacto estos años, pero mínimo. Era… complicado. Sabíamos que seguía con tu padre, así que preferíamos mantener distancia.

—¿Pero vosotros sabíais lo que él… lo que me hizo?

—¿Te refieres a cuando te adoptamos?

—Sí.

Mis tíos se miran con complicidad, Maggie le hace una señal con la cabeza para que continúe.

—Cuando fuimos a por ti aquel 27 de abril —empieza—, lo hicimos porque Rose llamó a tu tía escondida en un armario. Tú estabas en el colegio y Travis estaba fuera de sí. Rose temía que ese día os hiciera algo terrible.

—¿Ella también se drogaba?

—Ella no, cariño, pero mi hermana desde que conoció a tu padre se nubló. Perdió su brillo, y dejó de tener autonomía. Así que, cuando ese día descolgó el teléfono, te eligió por encima de todo, aun a sabiendas de las consecuencias.

Trago saliva, pero tengo la boca cada vez más seca.

—¿Su relación fue siempre tan terrible?

—Cuando empezaron a salir en el instituto él parecía el sueño de cualquier mujer. Le regalaba flores, la recogía al acabar las clases y la llevaba a casa. Su vida iba encaminada a ser bonita. Tenían dinero y todo lo que puede pedir una pareja joven, pero a mí siempre me había dado mala espina. Observaba sus gestos, sus cambios de humor y cómo hablaba de las mujeres. Al final mi teoría era cierta, pero Rose nunca quiso hacerme caso. Travis no era malo porque se drogara; se drogaba porque ya era un monstruo. La droga solo fue el acelerador de una maldad que ya vivía en sus ojos mucho antes de que tú nacieras.

Me cubro con los brazos en forma de mariposa para buscar algo de alivio.

—¿Estás lista para continuar, cielo?

Trato de asentir con la cabeza, aunque mi cuello está demasiado rígido para que parezca una respuesta.

—Sí.

—Para investigar —dice Will—, como Rose había dejado de responder, conseguí localizarla y hablar con ella a escondidas. Estaba en los huesos, deprimida, atrapada. Cuando vio las fotos que Travis había guardado todo este tiempo…, no pudo más. Dijo que necesitaba que ese hombre acabase en la cárcel por lo que os hizo.

Maggie toma el relevo.

—Cuando empezamos a recibir las cartas, entendimos que Rose estaba pidiendo ayuda a su manera. Que quería que todo saliera a la luz, aunque ella no pudiera dar el paso.

—Y yo —añade Will, con la voz rota— no podía permitir que ese hombre siguiera suelto. No podía arriesgarme a que volviera a por ti algún día. Solo imaginarlo…

Nunca había visto a mi tío así. Él siempre había sido el equilibrio, la calma, el hombre que sabía qué hacer incluso cuando el mundo se esforzaba por hundirme en el suelo.

—Pero te pusiste en riesgo —digo al fin, y la frase sale pequeña, casi infantil.

—Por ti lo haría siempre, Key —responde sin dudar—. Consultamos con psicólogos especializados en trauma infantil y todos dijeron lo mismo: que el riesgo de recordar todo de golpe en algún momento era real y, debido a que ya te encontrabas lidiando con las consecuencias de haber recibido acoso, necesitabas estar en un entorno terapéutico. Aquí habría sido devastador. Por eso, cuando vimos lo del centro, no lo dudamos ni un instante. Habríamos vendido la casa si hubiera hecho falta.

Mis dedos se aprietan entre sí. No recuerdo la cara de Rose… y la de Travis solo es un borrón, algo que agradezco.

—Al final lo logramos —dice Maggie—. Las fotos, las declaraciones y el historial médico de cuando eras pequeña, y entendimos por fin esas marquitas de tus brazos. No fue un proceso rápido, cariño. Era algo que había ocurrido y no teníamos pruebas hasta que Rose encontró las fotos, pero llevábamos tantos años sin hablar y ella desvariaba tanto mentalmente que intentamos hacerlo a nuestra manera.

—¿Y… él? ¿Dónde está?

—Está en el calabozo, Key. Pero su abogado está intentando invalidar las fotos diciendo que son demasiado antiguas y que Rose no es un testimonio fiable por su estado mental —explica Will, con una sombra de frustración en los ojos—. El fiscal dice que sin una ratificación de la víctima, el caso podría tambalearse.

Me quedo mirando mis manos. Durante años, esas manos han intentado borrar las marcas de mis brazos. Durante años, mi mente ha intentado borrar a Travis. Pero en Silver Springs alguien me ha hecho saber que no solo soy la chica con traumas, sino que también puedo ser valiente.

—Will —le interrumpo, y mi voz suena firme—. Llama a Ellie, la psicóloga del centro.

—¿Cariño? —Maggie me mira con preocupación.

—Voy a firmar el consentimiento de confidencialidad —sentencio —. Quiero que Ellie entregue el informe clínico de nuestras sesiones de EMDR. Quiero que mi historial de ansiedad y mis recuerdos recuperados se presenten como prueba pericial.

Will me mira con una mezcla de sorpresa y orgullo.

—Pero Keyla, eso significa que tus recuerdos serán públicos en el proceso...

—Me da igual —le corto—. He dejado que me traten mal durante demasiados años. Ahora voy a usar mi voz para que él no vuelva a ver la luz del sol. Travis está en la cárcel porque tú lo encontraste, Will; y se va a quedar allí porque yo voy a testificar.

—¿Te parece bien que vayamos mañana a primera hora?

—Me parece genial.

Esta es mi verdadera victoria: dejar de ser una víctima, hacerme cargo de lo que los demás me han hecho.

—¿Y Rose?

—Está ingresada en un centro de recuperación para mujeres maltratadas mientras recibe ayuda psiquiátrica después de estar toda la vida viviendo con un demente.

—Sigue viva gracias a ti —añade Will—. Si no se suicidó en estos años, fue porque quería encontrar la prueba para protegerte a ti, incluso teniendo que aguantar a ese desgraciado.

Mis tíos —mis padres de corazón— se miran a los ojos y se agarran las manos con fuerza.

—Las cosas que recordé fueron horribles —confieso—. Me sentía tan asustada…, muchísimo más que en cualquier día de instituto.

Mi tío mira hacia arriba mientras aprieta los dientes, como una forma de reprimir su llanto.

—Ojalá hubiésemos estado contigo en ese momento. Ojalá nunca hubieses tenido que revivirlo sola, pero lo has hecho. Y mírate: estás aquí. Eres increíble, Key.

Maggie me acaricia la mejilla con el pulgar.

—Te enviamos allí, al centro, no para librarnos de ti, cariño…, sino porque necesitabas profesionales que te acompañaran cuando todo esto saliera a la superficie. Queríamos protegerte, aunque no pudiésemos estar contigo.

—¿Creéis que podré tener alguna sesión online? Me sabe mal pediros esto, pero… me gustaría seguir yendo a terapia. Creo que empieza el trabajo de verdad para mí.

—Claro que sí. Lo hablamos con Ellie antes de que aterrizases.

—Me siento fatal por no haber acudido a ella e irme sin despedirme.

—Hiciste lo que sentías que necesitabas hacer y ella es terapeuta, pequeña, lo entiende.

Ahora los tres cargamos con una misma verdad. Una verdad antigua y dolorosa, pero que también nos recuerda que, incluso cuando una familia se rompe, de sus restos puede nacer otra nueva.

Así es la vida: pérdida, lucha… y renacimiento.

—Gracias —consigo decir entre lágrimas— por hacer ese esfuerzo.

—Por ti lo que sea. —Maggie bebe un poco de su chocolate.

—Hablaremos de esto cuando lo necesites, ¿vale? Pero ahora queremos que nos cuentes qué tal te ha ido por allí con todo lujo de detalles.

Me paso las siguientes horas hablando de lo bonito que es Silver Springs, el encanto de su gente, el clima tan pintoresco que tiene. Les enseño fotos de mi habitación, de Avery, Sienna y yo con la ropa sucia de peinar a los caballos…, y también les hablo de Nate.

Nate.

Llevo sin encender el teléfono desde que he llegado porque solo pensaba en llegar a casa. He estado tan centrada en mí que no he podido siquiera ver si por casualidad le habría pasado algo.

Claro que no, Keyla.

Se ha ido, fin.

A Will parece gustarle mucho Nate. Puede que ser un aficionado del baloncesto juegue a su favor, sí, pero después de contarle todos los detalles que ha tenido conmigo están seguros de que tiene una buena explicación.

Cuando ya no quedan fuerzas para llorar más, Will me da un beso en la cabeza y Maggie me abraza una última vez antes de que me encierre en mi cuarto.

Mi habitación sigue igual.

Los libros en las estanterías, en el mismo orden de siempre. Los cojines perfectamente colocados sobre el colchón.

Huele a casa, ese olor que he sentido tan lejos los primeros días, pero que también fui haciendo desde cero con otras personas. Y

ahora, si me acuerdo de ellas, huelen exactamente igual a esto.

Enciendo el teléfono y lo dejo encima de la cama mientras me pongo el pijama. Cuando me estoy quitando los pendientes, veo que la pantalla parpadea sin parar, llenándose de notificaciones de Nate.

NATE

Keyla, lo siento. Me ha pasado algo y me he comportado como un imbécil. No he sabido gestionarlo. Llámame, por favor.

NATE

Estoy yendo al aeropuerto, si me lees, ¿puedes llamarme?

NATE

No sabía que estabas así, lo siento. De verdad que lo siento, no he mirado el móvil en estos días porque... no podía.

NATE

Tu avión acaba de despegar, y supongo que he sido demasiado gilipollas incluso para llegar a tiempo. Te he fallado cuando me necesitabas, aunque pueda explicarlo, entiendo que no quieras perdonarme, pero nada me gustaría más..., nada, que volver a tener tus labios sobre los míos. Gracias por pegarme un poco de ti, Keyla la

valiente. Y, aunque sé que nunca te lo he dicho con palabras, te quiero, y ahora que mi vida está patas arriba, necesito saber si tú también me quieres a mí.

Me quedo mirando la última frase con las manos heladas. No solo él no ha estado para mí, sino que yo tampoco he estado para él, aunque no fuese mi intención.

Cuando voy a sentarme al borde de la cama para responder, escucho como Will grita mi nombre desde el piso de abajo.

—¡Keyla! Tienes visita.

Como si me hubiesen dado una patada en la boca del estómago, me pongo a temblar como un flan.

¿Me habrá visto alguna de las chicas que iban a mi clase?

—¿Q-quién… es? —grito desde arriba, apoyada en la barandilla.

—No sé, cariño. Será mejor que lo veas tú misma.

Bajo con miedo las escaleras porque si alguien quisiera hacerme algo, no vendría directamente a mi casa, pero la sola idea de que pueda encontrarme con alguna de esas personas por la calle me hace sentir enferma.

Maggie está de espaldas a mí, tapando a la persona que hay al otro lado de la puerta. Cuando se gira para mirarme con esa sonrisa maternal, aparece una figura con una coleta perfecta y las mejillas coloradas por el frío del exterior.

Una figura que sonríe en cuanto me ve, como si llevase una eternidad sin verme.

—¿Preparada para una visita sorpresa? —dice Avery, levantando la mano y dejando caer su maleta en el recibidor.

Me cubro la boca con ambas manos antes de sorprenderme a mí misma dando un salto hacia mi amiga, haciendo volar a las lágrimas de mis ojos con cada paso rápido que doy.

Avery se lanza sobre mí, me envuelve y en ese abrazo estoy otra vez en casa, otra vez con mis personas, otra vez en ese lugar en el que sanar es posible.

—Te dije que no te dejaría sola —susurra.

Hay heridas que solo se curan acompañadas. A veces, la vida te rompe…, y otras veces te envía a alguien que se sienta contigo entre los restos y te dice que está contigo, incluso cuando no sabes cómo hacerlo. Ese es el milagro de la amistad: aparece justo cuando crees que ya no te queda nada.

51
Una segunda oportunidad



Nate Miller

Tal vez algún día respondas.

Tal vez te encuentre por la calle, con un gorro blanco en la cabeza y una nueva ilusión entre las manos.

Puede que te vea con tus libros, leyendo en algún banco mientras respiras la brisa del mar.

Quizá algún día…, solo uno, notes mi ausencia, pero saques de tu cabeza ese pensamiento, porque no es digno de ti.

¿Qué importa?

Esto solo son escenas que me invento para poder seguir con mi día a día.

El móvil siempre está encendido para ti, pero la pantalla sigue sin mostrarme tu nombre.

Me paso una mano por la cara para salir de mis pensamientos obsesivos, intentando quitarme un poco de sudor. La música

retumba por todo el pabellón y aun así lo único que oigo es mi propia respiración.

Intento concentrarme en el calentamiento, pero es lo de siempre: estiramientos, tiros, bromas.

Hoy no tengo el cuerpo para esto, pero este partido puede cambiar cómo nos ven. Podemos pasar de ser una apuesta improbable a una de las predicciones fuertes para el March Madness.

Aunque anoche no pegué ojo, recuerdo todas las cosas que he sacrificado para llegar hasta aquí.

Avery me llamó cuando por fin dejé de correr por ese maldito aeropuerto. Me costó bastante abrirme con ella, pero creo que, si quiero dejar de ser el chico al que le asusta lo que siente, tengo que empezar a abrirme con los demás.

Le conté todo lo que había pasado estas semanas, con la esperanza de que me dijese que seguía siendo digno para su amiga. Cuando terminamos de hablar de mí, me contó que Keyla había tenido unos días muy difíciles y, aunque no quiso explicarme qué había pasado exactamente, me dejó caer alguna pista.

Cuando até los cabos suficientes no dudé en pagarle un billete de avión y, pese a sus negativas en ayudarla, terminé comprándolo yo directamente para que pudiera ir a cuidar de ella.

Ojalá la abrace tan fuerte como para quitarle de la cabeza que no merece ser querida.

El balón rebota gracias a mis manos y la adrenalina del público ya empieza a contagiarse. Aunque el cosquilleo que aparece antes de cada partido hoy no es tan intenso, tengo que sacar la motivación de donde sea.

Ganar ese puto torneo es lo que todo jugador sueña.

Lo que podría cambiarme la vida.

Económicamente ya tengo mucha libertad, al menos a medio plazo, pero jugar en la NBA sería justo lo que necesito para vivir la vida de mis sueños una vez me retire. Podría darle a Keyla la vida que tanto se merece: una llena de descanso, de tranquilidad y de experiencias. Todo lo que la adolescencia le ha quitado, todo lo que nunca ha tenido.

Este pensamiento debería ilusionarme.

Debería sentirme afortunado tan solo por haberla conocido.

Pero… ¿de qué me servirá tocar el cielo si no tengo a nadie con quien compartirlo?

¿Qué cojones es un logro si no tienes a quien mirar a los ojos después de conseguirlo mientras gritáis que lo habéis hecho juntos?

Me estoy ajustando la cinta del pantalón cuando veo a Wyatt, Aiden y Lach entrando por la zona VIP.

Van vestidos igual, con la sudadera del equipo que lleva mi apellido, y algo parecido al orgullo me hincha el pecho.

A veces creo que no merezco a estos idiotas.

Me acerco a la barandilla aprovechando que el entrenador ha salido.

—Tío, relaja esa cara de funeral —dice Wyatt—. ¿Ves a esos pringados? Van a ser tu cena.

—Eso, campeón —añade Lach de manera efusiva—. Mirada al frente, cabeza alta, como el puto prota de la película.

—Ya lo es —remata Aiden—. Estamos todos contigo, Nathie.

Antes de que pueda responder, escucho un pequeño rugido en la grada.

Ahí están: dos de las tres mujeres de mi vida. La abuela y Asia entran también con mi número a la espalda mientras se pelean por las palomitas.

En esta universidad todo el mundo conoce a la abuela por animar en los partidos como una auténtica lunática, así que al terminar, siempre que la ven le piden fotos.

Estoy enfadado de cojones con ella. Muy pero que muy enfadado, pero verla aquí es un recordatorio estúpido e increíble de que ella siempre está a mi lado.

Siempre.

Asia me lanza un beso y me hace un gesto con las manos para que espabile.

Sin perder más tiempo, le guiño un ojo y vuelvo corriendo hacia la pista que ya celebra que va a empezar el partido.

La grada vuelve a rugir y los focos inician el espectáculo. Las animadoras hacen la coreografía que marca la competición de estas futuras dos horas mientras el fuego del pabellón me calienta la nuca.

Los primeros minutos son un desastre.

Tengo los reflejos lentos por las pocas horas de sueño y, si yo ando mal, todo el equipo cae en picado.

Empiezo perdiendo un pase y fallo un punto bastante fácil. Algo que normalmente habría metido con los ojos cerrados.

El entrenador Wheeler gesticula desde la banda como si se estuviese cagando en mis muertos.

El marcador cae a un punto y el ruido empieza a mezclarse con un zumbido que se mete en mi cabeza.

Demasiada presión.

Demasiado peso a la espalda.

Sigo corriendo porque es lo que mejor sé hacer, pero estoy torpe de cojones.

—¡Miller —grita Wyatt desde primera fila—, eres el puto amo!

—¡Vamos Miller!

Un coro de voces me conecta con el partido. El escolta del equipo contrario me tira al suelo cuando va a encestar, pero el pitido que anuncia el final del primer tiempo hace que nos vayamos al descanso en empate.

Al llegar al vestuario, Wheeler lanza la pizarra contra una silla y pega un grito que deja blanco a Hayes.

—¡¿Qué coño estamos haciendo?! ¡Parece que estoy jugando con mancos!

Me dejo caer en el asiento, porque no pienso escuchar a este tío. Después de una retahíla de insultos y maldiciones se va dando golpes a las taquillas.

Cuando todos nos tomamos un par de minutos para nosotros mismos, busco el teléfono en la mochila para decirle a la abuela que reserve para ir a cenar, pero veo un mensaje que lo cambia todo. Concretamente, cambia toda mi actitud.

KEYLA

Avery me ha contado lo que te ha pasado. Ojalá me lo hubieses dicho tú. Siento no haber estado para ti cuando lo necesitabas. Si me das unos días... hablaremos, pero no quiero que te olvides de que estoy aquí, siempre, justo detrás de los rayos de sol.

Un chute de energía.

Eso significa la chica de los ojos de café para mí.

Como llenarte los pulmones de golpe después de aguantar la respiración.

Como tener frío y ponerte un jersey recién sacado del radiador.

Como llegar a casa y que te hayan preparado tu comida favorita.

—Miller, ¿vamos? —Hayes me espera en la puerta del vestuario.

Asiento y guardo el móvil en la mochila.

El espectáculo del descanso está terminando, así que nos queda la mitad del partido para remontar.

Miro a la grada y por primera vez en días me echo a reír. La abuela y Wyatt están dando un espectáculo tan grande que a veces me olvido de si la gente ha venido a verme a mí o a ellos.

Están subidos a una de las vallas mientras miran al público y cantan la canción del equipo. Aiden los graba mientras Asia intenta que la abuela no se caiga hacia atrás. Lach me está mirando mientras enseña los dientes y se intenta comunicar conmigo haciendo movimientos con la boca.

—Tú puedes —me parece entender.

Empieza el segundo tiempo y tenemos veinte minutos para cambiarlo todo.

El rival mete los dos primeros tiros. La grada se tensa, se enfada, y escucho algún insulto, pero esta vez cojo con decisión el balón y lanzo varios tiros desde la línea de tres que entran sin esfuerzo.

No quiero que te olvides de que estoy aquí, siempre, justo detrás de los rayos de sol.

Intercepto el siguiente pase y me lanzo hacia la canasta haciendo una finta que entra con mucha elegancia.

La grada explota mientras el pelo se me pone de punta.

Mis compañeros están eufóricos porque en cinco minutos ya vamos quince arriba.

Wyatt grita algo que ni Dios entiende y la abuela parece que está poseída.

A partir de entonces todo fluye y el balón me quema en las manos.

Wheeler nos felicita desde el banquillo, mientras nos da un último empujón de motivación.

Cuando me sientan para que descanse un par de minutos, el equipo rival remonta.

Empate, joder.

El pabellón parece que va a derrumbarse y la gente está jodidamente fuera de sí.

Salgo cuando queda un minuto, pero me defienden entre dos.

Quedan quince segundos y robo el balón.

El escolta rival me cubre y es físicamente superior a mí.

—Hazlo, Miller. Enséñales a esos pardillos cómo mi mejor amigo es el puto amo.

Wyatt saca un megáfono que me confirma que, efectivamente, este tío está como una cabra.

Respiro una última vez.

Pienso en Keyla y en que quiero volver a coger ese culazo con las dos manos.

Hago un amago de ir hacia la izquierda y mi defensor cae en la trampa.

Cinco segundos.

Hayes, sin querer, me bloquea el camino.

Será gilipollas.

No tengo ángulo suficiente, pero salto igualmente justo cuando uno de los focos me ciega e irradia su luz hacia los lados.

Justo detrás de los rayos de sol.

Suelto el balón en un giro imposible mientras se hace un silencio absoluto.

El balón entra y mi gente estalla en gritos. Mis compañeros saltan encima de mí, la gente baja de la grada para acompañarnos en la pista y Wheeler saca una botella de champán que agita para echárnosla por encima.

Acabamos de coronarnos como uno de los mejores equipos de la liga y, mientras Wyatt, Aiden, Lach, Asia y mi abuela me abrazan entre todos, siento que por fin hay esperanza.

52
Los buenos siempre ganan



Keyla Blake

La justicia no es como en las películas; es lenta, burocrática y bastante desesperante, pero cuando Will entró en la cocina con la notificación definitiva me sentí verdaderamente en paz por primera vez en mi vida.

Travis ya no es una amenaza latente. Con mi declaración ratificada y las pruebas de la terapia, el juez ha dictado sentencia. No hubo necesidad de enfrentarme a él cara a cara en una sala; mi voz, a través de los informes de Ellie, fue suficiente para cerrar la puerta de su celda. Rose sigue en tratamiento, y, aunque todavía no me siento preparada para verla, saber que está a salvo me quita un peso que no sabía que tenía.

Avery lleva dos semanas en mi casa y desde entonces cada día pruebo un plato diferente de comida. No sabía que le gustaba tanto cocinar, pero mi tía Maggie parece encantada.

—Aquí pone… —Maggie se ajusta las gafas— cien gramos de azúcar.

—Es mejor echar cincuenta de azúcar y cincuenta de miel —responde Avery mientras remueve con ímpetu el cuenco con todos los ingredientes.

—¿Sí? Nunca lo había escuchado. Siempre cocino al pie de la letra.

—Es la magia de la cocina. A veces hay que improvisar porque las recetas no cuentan con el toque extra que le da cada persona que las cocina.

—Bien pensado.

Una placentera sensación de algo parecido a la felicidad se adhiere a mi cuerpo y dejo que repose ahí durante unos segundos.

Te lo mereces.

He pasado años creyendo que los momentos así eran solo para otros, pero aquí estoy ahora.

Cada día nos ponemos a cocinar más o menos dos horas antes de comer para poder hablar de todo y cotillear a gusto. Lo cierto es que nunca había tenido a una amiga en casa. Siempre había envidiado a esas chicas que hacían fiestas de pijamas cuando era adolescente mientras yo me pasaba los fines de semana sola y leyendo. Supongo que necesitaba una amiga, y ahora tengo una que vale todo el dinero del mundo.

Sienna nos llama por las noches y nos enseña a Maui y a sus hermanos por FaceTime. Tengo debilidad por Milo; hay algo en sus ojos que me recuerda que la inocencia debe protegerse a toda costa.

—Y, entonces…, ¿estás quedando con un chico? —pregunta Maggie, sin levantar la vista de la masa.

—Bah, sí, pero no me gusta tanto como para que sea algo serio.

—¿Es aquel del equipo de hockey? —pregunto mientras voy precalentando el horno.

—El mismo. Se llama Dean.

—Suena a tío bueno.

—¡Maggie!

—¿Os creéis que me chupo los dedos? Aquí una ha sido una mujer muy sexu…

—No me traumatices, por favor. —Me tapo los oídos con las manos.

—Ay, cielo, no me seas puritana. Seguro que Nate es muy fogoso.

—Tierra, trágame.

Tanto Avery como Maggie parecen estar muy agradecidas por esta humillación y estallan en risas. Noto como el calor de mis mejillas disminuye y acabo acompañándolas.

—Bueno…, ¿y cómo es ese Dean? ¿Tienes fotos? —pregunto.

Avery se limpia las manos en el delantal y saca el móvil para enseñarnos a un rubio de ojos azules que quita el hipo.

—Vaya… —murmuro.

—Sí, vaya —responde—. Pero no es nada serio.

—¿Por qué no?

—Por ahora solo nos hemos visto una vez.

—¿Por ahora? —Maggie levanta una ceja, divertida.

Avery pone los ojos en blanco.

—Bueno, vale, sí. Puede que nos hayamos escrito todos los días desde entonces, pero estoy en una fase rara de mi vida. No sé si me gusta porque me gusta o… porque está como un quesito con mantequilla.

—Las dos cosas pueden ser verdad —digo metiendo la bandeja con cookies en el horno.

—Y, si este no es el adecuado, hay más peces en el mar, cariño.

Toc, toc.

—Rollito de crema —grita tía Maggie—, ¿puedes ir tú? Estamos con las manos en la masa.

—Voy —responde tío Will a lo lejos.

Debe de ser el repartidor.

Avery sigue removiendo la mezcla con una concentración tan intensa que parece que está resolviendo el ejercicio más difícil de un examen.

Maggie prueba un poco con la punta del dedo y hace un sonido de aprobación exagerado.

A veces pienso que no soy consciente de la suerte que tengo. Mis tíos llegaron y, sin hacer nada para merecerlo, me hicieron la vida más fácil en todos los sentidos. Incluso cuando todo se puso cuesta arriba, mis tíos estuvieron ahí. Me acogieron, me cuidaron, y con ellos descubrí lo que era tener un hogar de verdad.

Una vida buena, tranquila, en la que nunca me faltó nada…, ni cariño, ni techo, ni esa sensación de pertenecer a algún sitio, pese a lo difíciles que eran los golpes fuera de la tranquilidad de mi casa.

Unos pasos me sacan de mi ensimismamiento.

—Key, esto es… es para ti.

A lo largo de mi vida me habían hecho muchos regalos, todos en forma de libro, y todos de parte de mi familia, pero nunca nadie me había regalado flores.

Mi tío me sonríe desde la puerta mientras sostiene un ramo enorme de mimosas.

Mi flor favorita.

El amarillo suave ilumina toda la cocina, el amarillo de los rayos de sol.

Avery se lleva una mano al pecho y finge estar a punto de desmayarse.

—Pero qué preciosidad —susurra Maggie.

—¿Es para mí? ¿Estás seguro?

—Creo que aquí solo hay una Keyla.

Entre los tallos hay un sobre blanco doblado por la mitad que pone mi nombre.

Para Keyla la valiente.

Atte. Nate

Abro el sobre y veo dentro una carta escrita claramente con su letra.

Día 1 siendo tan valiente como tú

Querida Keyla:

No pienso llenar esta carta de promesas, porque tú te mereces hechos, no palabras. No tienes ni idea de lo difícil que está siendo saber que estás a kilómetros de distancia y que no puedo verte en persona para darte una explicación a tu altura, así que he pensado que, para asegurarme de que sepas que soy el hombre de tu vida, iré demostrándote todos los detalles en los que me he fijado de ti sin que te dieras cuenta.

Un día me dijiste cuáles eran las flores favoritas de tu abuela y, aunque no me dijiste que también eran las tuyas, me he atrevido a hacerte el ramo más bonito de ellas.

Puedo soportar estar lejos de ti, con la condición de que sigas sabiendo cada día que no pienso rendirme contigo.

—Voy a salir un momento, ¿vale?

—Claro, cariño, pero ¿estás bien?

—Sí, solo que necesito hacer una llamada.

Me pongo un jersey y salgo por la puerta. Por un momento me doy cuenta de lo fácil que ha sido y disfruto del viento que acaricia mi cara, agradecida de que esto no me suponga un esfuerzo.

Camino hasta el paseo del río y, mientras subo la cremallera porque hace un frío de muerte, saco el teléfono.

Mi reflejo aparece en la pantalla: los ojos húmedos por culpa del aire y ese brillo de ilusión que vuelve a aparecer en ellos.

Busco el nombre que llevo días evitando, pero que corre detrás de mí como si fuese una víctima a la que siempre consigue alcanzar.

El tono suena una vez, y él descuelga al instante.

—¿Keyla?

—Hola, superestrella.

—Hola, princesa.

Su voz.

Oh, Dios. Cómo la echaba de menos.

Sigo caminando mientras mis pies van haciendo sonidos distintos a cada rama que rompen.

—He recibido tus flores y eran absolutamente perfectas.

—Lo sé.

No lo veo, pero sé que está sonriendo.

—Espero que no te haya parecido demasiado.

—Me han encantado.

—¿Eran tus favoritas?

—Sí, Nate.

Veo a lo lejos un banco con vistas al que me gustaba ir a leer de pequeña. Cuanto más me acerco a él, más claro veo que es un buen lugar para hablar.

—Lo siento, Keyla.

—Vale.

—¿Crees que puedo arreglarlo?

—Me hiciste sentir miedo, Nate. Estaba asustada e insegura. Tú sabes por lo que he pasado, y aun así…

—Lo sé, lo sé…, era lo último que quería, pero la situación se complicó de la hostia, Keyla.

—Ya.

—He sido un jodido desastre.

—Bueno, y ¿quieres contármelo?

—¿Me darías esa oportunidad?

—Solo una.

Pasamos las siguientes dos horas contándonos con detalle todo lo que nos ha pasado en estos últimos días. Y, aunque podíamos haberlo hablado, ya no estoy enfadada con él.

A veces las personas no actúan como nos gustaría porque no son nosotros. No hacen las cosas a nuestra manera porque actúan según sus propias vivencias, sus carencias y sus miedos.

Nate se equivocó, pero yo también lo hice al no haberme dado cuenta de que, si estaba actuando de forma extraña después de

tratarme tan bien, podría ser por algo malo.

Desconfié, como estoy acostumbrada a hacer, y lo saqué de mi vida sin una explicación. Ahora entiendo que en una misma historia siempre hay dos narradores y que para que el cuento funcione tienen que entenderse entre ellos.

No sabía hasta qué punto su madre le asfixiaba, hasta qué punto era capaz de hacerle daño. No puedo estar enfadada con él por ser víctima de alguien así, sobre todo cuando ha logrado sobrevivir y ser una buena persona aun habiendo crecido con ella.

—No quiero que pienses que espero que vuelvas corriendo. No quiero que sientas que…, joder, que te debo algo o que tú me debes algo a mí.

—Nate…

—Déjame acabar, por favor.

—¿Vas a decir algo malo?

—No, princesa. Solo quiero decirte que no quiero recuperarte para sentirme menos roto. Eso no sería justo ni para ti ni para mí —continúa, despacio—. Quiero… lo que ya teníamos antes de que todo se fuese a la mierda. Quiero nuestras tonterías. Quiero tu voz cuando me cuentas cualquiera de tus sueños. Quiero saber qué estás leyendo… y que formes parte de mi día a día.

Cierro los ojos, imaginándome ese futuro.

—Y, si necesitas tiempo —añade, respirando hondo—, lo tendrás. No pienso presionarte. No pienso pedirte nada de lo que no puedas darme. Ni ahora ni después. Quiero ir al ritmo que tú quieras ir.

—Me dolió mucho que desaparecieses poco después de…, ya sabes.

—El sexo, Keyla… —continúa, y su voz baja incluso más— no es lo importante para mí. Es solo una parte. Una que no necesito para sentirme cerca de ti. Para mí…, lo importante es que estés tranquila, segura. Que estés bien conmigo. Incluso si eso solo significa hablar diez minutos cada dos días.

Ay, mi corazoncito.

—No quiero que tengas miedo de lo que soy para ti ni que sientas que si te beso busco algo más. Porque no lo busco. Si tú no puedes darme más…, entonces no lo habrá. Y será suficiente. Te lo juro. No voy a hacerte daño ni a perderte por ir demasiado deprisa.

Una lágrima de alivio corre por me mejilla.

—Estoy aprendiendo a estar bien, pero me va a llevar tiempo.

—Lo sé, y estoy tan orgulloso de ti que no sé ni cómo decírtelo.

—Gracias por no pedirme más de lo que te puedo dar.

—Gracias a ti por darme más de lo que puedo pedir.

53
Un segundo, un minuto, unas horas



Nate Miller

Dos meses después.

Dicen que el tiempo es relativo. Para mí, estos dos meses han sido la definición exacta de la eternidad. Sesenta y un días sin verla. Sesenta y un días de videollamadas, mensajes a deshora y una sensación constante de que me faltaba un brazo, o quizá un pulmón. Por eso, cuando vi el hueco en el calendario de entrenamientos, no lo pensé. Compré el billete más caro de mi vida para un vuelo de ida y vuelta en el mismo día, y, si alguien me pregunta, es la mejor decisión que he tomado nunca.

Aterrizo en Portland con el tiempo justo y una cómplice al otro lado del teléfono.

—Estamos entrando por la zona norte de la feria —me susurra Avery al móvil—. Donde la noria. No la cagues, Miller. Si la haces

llorar te mato.

Cuelgo y guardo el móvil en el bolsillo de la cazadora. El ambiente es bastante mágico, como le gusta a ella.

En estos meses he podido conocerla en profundidad, porque, aunque no ha pasado ni un año desde que Keyla llegó a mi vida, su manera asombrosa de mostrarse al mundo hace que sea transparente para mí.

Hemos tenido muchas conversaciones. Nos hemos llamado cada día durante al menos dos horas, hemos cenado juntos e incluso hemos visto *El diario de Noa* con Avery. Lo cierto es que fue divertido, sobre todo con los comentarios de Avery en las escenas más románticas.

Son las fiestas de la ciudad y todo huele a palomitas y a algodón de azúcar. Me abro paso entre la multitud, buscando ese tono cobrizo que reconocería entre un millón.

A lo lejos veo a una persona brillar por encima de las demás, abrazándose la tripa mientras se ríe junto con su amiga. Se merece tener eso y todas las cosas buenas que se le puedan desear a alguien.

Camina entre los puestos de juegos y se para en uno, mirando hacia arriba mientras espera que Avery decida participar con ella. Lleva el pelo mucho más largo que la última vez, cayéndole en ondas casi hasta el final de la espalda. Su jersey de lana se encarga de que el corsé que lleva debajo no deje ver cómo se le marca la cintura, pero yo… yo sé cómo es esa curva, y pensar en ella hace que se me seque la boca.

Me voy acercando cada vez más, rodeando uno de los puestos para poder asaltarla desde atrás. Avery me ve y sonríe con malicia,

haciéndole una señal con la cabeza a su amiga para que se gire, pero ella está distraída mirando las luces.

Está tan bonita en libertad, sin sentir miedo hacia el entorno que la rodea, que me dan ganas de quedarme aquí unos segundos más, viéndola volar.

Me acerco sigiloso.

Estoy a dos pasos de su pelo.

Ahora a uno de esos ojos color tierra mojada.

—Disculpa —digo en voz baja a un centímetro de su oreja, algo que sé que le provoca escalofríos—. ¿Sabes dónde puedo encontrar a la chica más bonita de Portland? Me han dicho que le encantan los libros y dar abrazos, pero no veo que me esté dando ninguno.

Keyla se queda congelada antes de girarse hacia mí. Cuando su cara pecosa se encuentra con la mía, doy el último paso que nos separa y la envuelvo en mis brazos, levantándola del suelo. Ella suelta un grito de alegría, como esa niña pequeña que lleva dentro que tantas veces me hace sonreír. Sus gritos se convierten en risa mientras se aferra a mi cuello como si su vida dependiera de ello. Hunde la cara en mi hombro y yo la respiro a ella, esa mezcla de canela y vainilla.

Hogar.

—Estás aquí —susurra contra mi chaqueta, con la voz temblorosa —. Estás aquí de verdad.

—Estoy aquí, Moon. —La aprieto más fuerte, cerrando los ojos—. No podía aguantar un día más sin verte.

La bajo despacio, pero no la suelto. La miro a la cara, recorriendo cada una de sus pecas. Tiene los ojos brillantes, al borde de las lágrimas, decorados por sus enormes pestañas negras.

—Pero… ¿cómo? —pregunta, tocándome la cara con manos frías —. Tienes entrenamiento mañana. Estás en la otra punta del país.

—En un avión de ida y vuelta. Solo tengo unas horas, pero tenía que verte.

—Estás loco.

—Loco por ti. —Le doy un beso rápido en la frente—. Creo que eso ya lo sabíamos.

—Bueno, parejita —interrumpe Avery, apareciendo a nuestro lado con una sonrisa de oreja a oreja—. Mi trabajo aquí ha terminado.

—Avery, ¿tú sabías esto? —le recrimina Keyla, aunque sonríe.

—Obvio. Soy la mejor amiga del mundo y la mejor celestina de la historia. —Nos guiña un ojo—. Os dejo solos. Tengo una cita con un algodón de azúcar gigante y quizá con algún bombero local. Disfrutad. ¡Y no hagáis nada que yo no haría!

Se da media vuelta y desaparece entre la gente, dejándonos en nuestra propia burbuja.

Entrelazo mis dedos con los de Keyla. Se siente tan natural, tan correcto, que duele pensar que en unas horas tendré que soltarla.

—¿Vamos a dar una vuelta? —propongo.

—Vamos.

Caminamos por la feria sin rumbo fijo. Compramos un algodón de azúcar rosa gigante que compartimos, manchándonos los dedos y riéndonos como niños. Le cuento sobre el equipo y sobre algunas ofertas de la NBA que he tenido. Ella me cuenta sobre sus progresos en terapia, sobre cómo la primavera está tiñendo Portland de rosa. Hablamos de todo lo que hablamos en cada llamada, pero esta vez piel con piel.

—Vamos a la noria —dice ella de repente.

—¿No te da miedo la altura?

—Contigo no.

Me saca una sonrisa enorme porque estoy jodidamente orgulloso de los progresos que ha hecho. Se ha esforzado tanto que hace que el pecho se me hinche al pensar en ella.

La cojo de la mano y la ayudo a subir a una de las cabinas balanceantes. Keyla se sienta a mi lado, pegada a mí, con la cabeza en mi hombro. Paso el brazo por encima de ella, protegiéndola del frío, porque sí, en Portland casi siempre hace frío.

—Te he echado mucho de menos, Nate —confiesa en voz baja—. Más de lo que pensaba que era posible echar de menos a alguien.

Yo también. A veces miro a la grada buscando tu pelo, con la esperanza de que me des una sorpresa y, cuando recuerdo que no estás, el partido pierde un poco de sentido, aunque me saca una sonrisa pensar que no te encuentro porque estás cuidando de ti.

—Mucho de lo que he conseguido es gracias a ti.

—No lo es. La única que ha ido a terapia has sido tú, semana tras semana, esforzándote en arreglar el daño que otros te han hecho. El mérito es todo tuyo, Keyla la valiente.

Me coge la cara con ambas manos antes de entrelazar su lengua con la mía. No es un beso ansioso, sino comedido, saboreado. Percibo la humedad y la calidez de su boca mientras me dedico a enredar mis dedos en su pelo.

Joder, cómo la echaba de menos.

Necesito más de ella cada día porque es una obsesión para mí.

—¿Crees que… crees que algún día tendremos esto? —pregunta ella, mirando a una familia que va en la cabina de abajo.

—¿Una familia o vernos todos los días?

—Las dos. Me da miedo, Nate. Mis padres…, bueno, ya sabes. Me da miedo no estar a la altura el día de mañana y repetir los patrones que he vivido.

—Lo estarás, Keyla. Mi madre tampoco ha sido un ejemplo, pero ¿a que tú no dudas de mí?

—Claro que no. Sé con certeza que vas a ser un papá increíble.

—Pues ves lo mismo que yo en ti. Eres buena, Keyla, y precisamente por lo que te ha pasado sé que no traerás una vida al mundo hasta sentirte preparada y con la madurez suficiente para ello.

—¿Crees que sabré cuándo es el momento? Siento que todavía necesito unos años más para terminar de vaciar mi mochila —suspira, triste.

—No vamos a repetir patrones, y no dudo que lo sabrás cuando llegue el momento, pero sobre todo ten en cuenta que no somos como ellos. No seremos nunca como nuestros padres.

—¿Tú quieres? —pregunta, vulnerable.

—Sí. —No dudo—. Quiero ser el padre que yo nunca tuve. Quiero estar ahí y que vengáis a los partidos a verme cada uno con una camiseta. Para ellos talla junior, por supuesto. —Keyla estalla a carcajadas antes de sumergir su nariz en mi cuello y agarrarme de la mano—. También quiero que nuestra casa sea un refugio en el que leer cuentos por la noche y donde huela a lasaña todos los domingos.

—Tienes razón. Nosotros seremos diferentes. Aunque ahora mismo no esté en mis planes, primero quiero saber qué hacer con mi vida.

—¿Sigues con dudas?

—Este año me he centrado tanto en mi salud mental, en sanar, en estar bien…, que he dejado la decisión de a qué dedicarme para la Keyla del futuro. —Muerde un trozo de algodón de azúcar—. Pero sé que quiero estar rodeada de libros. Quizá editora, bibliotecaria o tener mi propia librería, como la que alquilaste para mí.

—Te pega todo eso y te veo haciéndolo. Y se te dará genial.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿Qué hay de la NBA?

Suspiro, mirando las luces de Portland.

—Han surgido intereses. Mi agente dice que hay un par de equipos preguntando, ojeadores que vienen a los partidos… Pero todavía es pronto. Hasta que no acabe la temporada y llegue el Draft, no sabremos nada seguro.

—¿Te asusta?

—Me asusta que eso me aleje más de ti —admito, girándome para mirarla a los ojos—. Pero haremos que funcione. Esté donde esté. Quizá cuando te sientas lista quieras venir conmigo.

Estamos en la parte más alta de la noria. La cabina se detiene un momento, dejándonos suspendidos en el cielo. Keyla levanta la vista hacia mí. Tiene los labios un poco pegajosos por el azúcar y los ojos brillantes reflejando las luces de la ciudad.

—Te quiero, Nate Miller.

El corazón me da un vuelco.

—Y yo a ti, Keyla Blake.

Me inclino y la vuelvo a besar. Otra vez un beso lento, dulce, cargado de toda la nostalgia de estos meses y de todas las promesas del futuro. Sus labios saben a algodón de azúcar y a fresa. Siento sus manos frías en mi cuello y las mías en su cintura,

acercándola más, queriendo fundirme con ella. Allí arriba, con el mundo a nuestros pies, el tiempo, por fin, deja de importar.

El Uber espera con el motor en marcha frente a su casa. Si no me voy ya, voy a perder el vuelo. Keyla está de pie en la acera, abrazada a sí misma para protegerse del frío de la noche. Tiene los ojos rojos y sé que yo no estoy mucho mejor.

—No me gustan las despedidas —murmura ella. Me acerco y le cojo la cara con las dos manos.

—Esto no es una despedida, Moon. —Pego mi frente a la suya—. Es solo una pausa. En cuanto tenga el primer descanso, vuelvo. O vienes tú. Lo que sea.

—Ten cuidado en el vuelo. Avísame cuando llegues.

—Siempre.

Le doy un último beso, rápido, desesperado, intentando guardar su sabor para el viaje de vuelta.

—Vete ya o te secuestro y no te dejo subir a ese avión —dice ella con una sonrisa triste.

Me encantaría dejarme secuestrar.

Me obligo a separarme. Camino hacia el coche, sintiendo que cada paso me pesa una tonelada. Antes de entrar, me giro una última vez. Ella sigue allí, bajo la luz de la farola, con su jersey y su pelo revuelto por el viento. Me dice adiós con la mano y yo le lanzo un beso al aire antes de meterme en el coche.

—Al aeropuerto, por favor —le digo al conductor con la voz ronca.

Miro por la ventanilla mientras nos alejamos, viendo cómo su silueta se hace pequeña hasta desaparecer.

Duele. Joder que si duele. Pero, mientras el coche avanza hacia la autopista, toco mis labios y todavía noto el sabor dulce del azúcar.

Ha valido la pena cada maldito kilómetro.

54
Los sueños se cumplen



Nate Miller

Estamos ridículos.

Esa sería la palabra más justa para definirnos.

Con un casco naranja en la cabeza, Asia, la abuela y yo nos preparamos para entrar en la obra.

—Pareces un huevo Kinder —dice Asia.

—Y tú pareces una niña de tres años —respondo mientras señalo su casco, dos tallas más grande.

Ella saca la lengua y la abuela resopla, ajustándose los guantes.

—A callar, que tenemos trabajo.

—A la orden, jefa.

—A ver, ¿tenéis los planos por ahí? Tenemos que explicarle bien lo que queremos.

—Planos y fotos de Pinterest listas y ordenadas, jefa —dice Asia.

—Dejad de llamarme así, ¡panda de borricos!

Las dejo discutir mientras alzo la mirada al frente.

Estamos ante la futura librería de Keyla, aunque ella aún no lo sabe. Se me ocurrió la idea hace unos días, después de que me contase que no sabe qué rumbo tomar en su vida.

Sé cómo quiero compensarle todos esos años de sufrimiento que ha vivido. No en todo, porque eso es imposible, pero… quiero intentarlo. No sé qué pasará en un futuro con nosotros, pero yo tengo claro que esta chica merece la pena. Sea como sea nuestro paso del tiempo, siempre me sentiré orgulloso de haber aportado mi grano de arena a que sea feliz.

Lo que sé es que quiero que esté llena de tranquilidad y de proyectos que la hagan sentir valiosa, y nunca la he visto sonreír tanto como cuando está rodeada de libros.

Así que, haciendo uso de mi fortuna, he decidido poner la primera semilla de su futuro en marcha.

Sé que uno de sus sueños es visitar la librería inspirada en *La Bella y la Bestia*. Lo sé porque me lo contó en una de nuestras citas virtuales en las que nos dedicamos a ver películas con la cámara puesta.

Cuando terminó de llorar, me hizo saber lo mucho que le gusta, pero, como está en la otra punta del mundo, he decidido traer una librería parecida aquí para ella.

No quiero que sea igual, quiero que sea mejor.

Quiero que sea *suya*.

Un lugar que huela a pasteles, al igual que su pelo.

—Nate, mi niño —dice la abuela tocándome el brazo—, ¿estás seguro de que quieres hacer todo esto sin que ella lo sepa?

—Sí. Quiero que cuando esté preparada para volver, encuentre algo que sea solo suyo.

Asia me mira como si estuviera viendo un fantasma.

—Tío, eres la persona más moñas que conozco.

—Y aun así sigo siendo tu persona favorita.

—Solo porque todavía no conozco a un hombre mejor que tú.

Entramos por la puerta de madera blanca y vemos a los obreros tirando algunas vigas.

—Ey, todo el mundo al descanso —anuncia el que parece ser el jefe—. ¿Qué pasa, jóvenes? Soy Benjamín, el jefe de todos esos mequetrefes.

Es un señor que, aunque parece mayor, se ve atractivo para su edad. Es como una versión mejorada de Papá Noel: pelo blanco, barba cuidada, piel tostada, brazos fuertes, camisa de cuadros arremangada hasta el antebrazo. Mi abuela se pone tan recta que casi se le cae el casco.

—Benjamín, bonito nombre —dice ella, bajándose las gafas con la punta del dedo.

Asia y yo nos miramos al instante.

Oh, no.

—¿Y usted debe de ser…? —pregunta él, sonriendo como un tío experimentado que sabe bien lo que hace.

—Apostaría a que lo sabes —responde la abuela, apoyando la mano en la cadera con una coquetería que no la veía desde que *Clint Eastwood era joven*.

—La abuela —susurro entre dientes, muerto de la vergüenza.

—La mujer más guapa que ha entrado hoy por esa puerta —dice Benjamín.

Asia ahoga un chillido y la abuela se abanica con los guantes de la obra.

—Ay, por favor…, este hombre quiere matarme de un infarto.

—Uno no se encuentra todos los días mujeres tan hermosas, así que si os parece bien, niños, voy a darle una vuelta a vuestra abuela para que vea cómo va la obra.

—Por mí perfecto —responde Dottie antes incluso de que Asia o yo abramos la boca—. Me encantan los hombres con iniciativa.

—Y a mí las mujeres determinadas —dice él, tendiéndole el brazo.

Ella lo toma como si llevara toda la vida esperando ese maldito momento.

—¿Estás viendo esto? —murmura Asia, sin poder contener la risa —. La abuela se ha enamorado.

—Por favor, no quiero esa imagen en mi cabeza.

—¿Crees que se gustan?

—Creo que a ella le gusta mirar y a él le encanta que lo miren.

Empezamos a caminar por la librería y vemos algunos detalles que han ido cambiando estos días con las pocas indicaciones que les di. Quiero que empiecen cuanto antes, porque no sé exactamente cuándo volverá, pero espero que sea pronto.

Este edificio era un viejo museo renacentista, por lo que tiene partes como la escalera de caracol blanca que sube hasta el piso de arriba que vamos a aprovechar. Todo lo demás será para remodelar.

—Nate —dice Asia tocándome el brazo—. Esto es precioso. Lo que estás haciendo por ella…, y por ti también, es increíble. Creo que te hacía falta encontrar algo así.

—Estoy seguro de que vais a ser grandes amigas.

—Pensar que dos personas pueden vivir cosas tan… parecidas y que la vida las lleve por caminos tan distintos, en parte, me horroriza.

—La vida es muy injusta, Asia.

—Lo es…, pero crecer sin padres…

Veo cómo se entristece su mirada.

—Crecer sin eso es mala suerte, sí, pero mírate: nos tienes a nosotros, y estoy seguro de que pronto también la tendrás a ella.

—Tengo muchas ganas de que me contagie su pasión por la lectura.

—Oh, créeme que lo hará. Es muy persuasiva con sus libros.

Subimos al piso de arriba y me apoyo en la barandilla para ver las vistas. Echo un vistazo alrededor y me imagino el futuro lugar que será esto.

La abuela nos busca desde el piso de abajo con las mejillas coloradas y, cuando nos ve, viene directa a nosotros.

—Bueno, ¿qué te parece el sitio?

—Tenías razón, abuela, tiene mucho potencial.

—Donde esté el ojo de una abuela…

Le lanzo una de esas miradas de gratitud que solo tienen los nietos para sus abuelas y le doy un abrazo.

—Gracias por todo, abuela.

—Sí, por todo lo que has hecho por nosotros. —Asia se une al abrazo—. Eres la mejor del mundo mundial.

—Yo tampoco puedo vivir sin vosotros. ¡Miraos! Si es que sois clavaditos a mí.

Deshacemos el abrazo para mirarnos entre Asia y yo, que, físicamente, no podemos ser más diferentes, y nos echamos a reír.

—Oye, Dottie…

—No me llames así, para ti solo tengo un nombre, muchachito.

—Abuela —corrijo—. Sé que no hemos hablado de lo de papá estos meses, he querido dejarlo pasar, pero… estaba muy enfadado.

—No te he juzgado, niño. Sé que ha sido muy difícil para ti.

—Es que no me lo esperaba… Ha aparecido de repente y…, mierda, abuela.

—Sí, sé que fue una mierda de padre para ti, pero es mi hijo y yo quise darle una última oportunidad.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —Aprieto los puños sin darme cuenta.

—Quise hacerlo, pero no creía que fuese mi papel. Hice un trato con él hace quince años que ha cumplido ahora.

—¿Un trato?

—Mira, cariño. Cuando papá tuvo todos esos problemas yo era la última que lo quería cerca de ti. Así que cuando volvió a mí después de pasar un tiempo en un centro de desintoxicación hicimos un pacto. —Se acerca más a mí hasta quedar frente a frente—. Si en unos años seguía limpio, entonces se habría merecido esa segunda oportunidad y le dejaría hablar contigo, pero, si no…, no quería que se te acercara para ilusionarte y luego volver a equivocarse.

—Lo hiciste para protegerme…

—Siempre, Nate. Quiero a mi hijo, por el amor de Dios. Pero para mí Asia y tú sois lo más importante.

Lo hizo por mí. Todo este tiempo de secretismo fue para que yo no saliese más herido.

Me siento como una mierda por haber pensado mal de ella. No se lo merece.

—¿Crees de verdad que ha cambiado?

—Chico, nunca he visto a un paciente progresar así. Estoy muy orgullosa de él, cariño, y no por ello te pido que lo entiendas, pero se ha esforzado mucho por salir de esa adicción y ahora mismo te puedo asegurar que es un hombre nuevo.

Me quedo pensando en las segundas oportunidades, en lo que significaría eso.

Sé que mi madre no va a cambiar, al menos sin ayuda psicológica y sin autocrítica. Veo demasiado lejos ese momento porque es muy testaruda y nunca ve sus errores. Me ha mentido, me ha manipulado, ha hecho de un niño un producto, moldeando su personalidad hasta convertirla en un títere, y eso no puedo perdonarlo sin un arrepentimiento real.

Y mi padre…, joder. Charlotte lo echó cuando yo era muy pequeño y, aunque fuese por mi bien, no puedo evitar culparla. No creo que Bobby haya tenido nunca el mal fondo de mi madre, porque me privó hasta de ir con la abuela durante algún tiempo. Él se preocupaba, dentro de sus posibilidades, en hacer de mí una persona con hobbies de niño, no con obligaciones, así que por un momento pienso en la posibilidad de empezar de cero con él.

—Quizá le dé una oportunidad, abuela.

—Si lo haces yo estaré a tu lado, y muy orgullosa de que sepas perdonar, pero no tendrías por qué hacerlo. El daño que te hizo fue muy grande, chico, así que solo tu corazón podrá decidir abrirle esa puerta.

—Supongo que a veces hay que dar un paso atrás para dar dos al frente, ¿no?

—Exactamente, cariño. —Me aprieta la mejilla con cariño—. No todo el que se va lo hace porque no te quiera. A veces se pierden porque hasta los padres son padres por primera vez, y nadie nace enseñado.

Me paso una mano por la nuca, en un intento de reordenar los pensamientos que bullen en mi mente.

Asia me da un codazo suave y me mira ladeando la cabeza.

—Si necesitas hablar con él, la abuela y yo estaremos para acompañarte.

—Gracias, peque. —La estrujo agarrándole la cabeza.

—No soy tan pequeña —protesta, ofendida.

—Para mí siempre lo serás —respondo dándole un beso en la sien.

Apoyo otra vez los antebrazos en la barandilla y me imagino a Keyla andando descalza por su futura librería mientras coloca los libros en la estantería. Lleva puesta una camisa abierta y está increíblemente sexy, mientras que yo, al contrario, la estoy mirando con cara de gilipollas.

Solo de pensarlo siento una presión entre las piernas, así que sacudo la cabeza.

Joder.

Me tiene a sus putos pies.

Puedo verla con claridad en mi mente, abriendo la puerta por primera vez.

Es una sensación rara. Como calma. Como… paz, supongo.

El tipo de paz que solo aparece cuando, por fin, estás construyendo algo que de verdad importa. Algo que no es fama, ni dinero, ni partidos. Algo que por fin estoy eligiendo por mí mismo.

55
La sensibilidad es un don



Keyla Blake

—¿Keyla Blake? —pregunta el repartidor con una caja pequeña en las manos.

—Esa soy yo —respondo con un entusiasmo que me sorprende hasta a mí.

—Firme aquí.

Con una mano en la tablet y otra en la maleta, hago un garabato y me llevo la caja dentro.

Día 73 intentando ser valiente

Buenos días, Moon.

Espero que cuando recibas este regalo todavía no te hayas cansado de intentarlo conmigo, porque lo envío directamente desde mi casa a la tuya y estoy seguro de que tardará unos días. Espero no haber contado mal, pero, según mis cálculos, llegará justo a su tiempo.

Me he propuesto aprender un poco más de ti, porque si algo envidio es tu capacidad de emocionarte. Sé que a veces te da vergüenza ser tan sensible, pero a mí me encanta que lo seas.

La sensibilidad es tu don, princesa. No quiero que lo pierdas nunca por haber estado en lugares en los que no sabían valorarla.

Quiero que el día de mañana no te canses de ser tú la que siempre lee por las noches. Así que, en un intento malísimo de parecerme en algo a ti, te devuelvo subrayado, como a ti te gusta, tu libro favorito.

PD: No veas lo que me ha costado decantarme por las frases. ¿Cómo lo hacéis para que quede bonito?

Hasta detrás de los rayos de sol y más allá.

Atte. Nate

Abro la caja con cuidado y me encuentro el libro de Celine. Paso los dedos por la portada antes de abrirlo y de descubrir que sus páginas están no solo llenas de frases subrayadas, sino también de anotaciones.

Una de ellas es: «La esperanza y el destino van siempre de la mano», y me hace pensar que las verdades siempre estuvieron ahí, pero tenía demasiada poca luz en mi vida para saber leerlas.

Desbloqueo el móvil con lágrimas en los ojos porque esto es lo más bonito que me han regalado en la vida, y eso que Nate ha dejado el listón muy alto.

Cuando voy a llamarlo, Avery, que se ha quedado todos estos meses conmigo como una más de la familia, baja por las escaleras trotando como si estuviese en una carrera, y mis tíos cargan con nuestras maletas.

Hoy es el último día del March Madness en el que se decidirá qué equipo es el campeón. Nate no lo sabe, pero voy a ir de sorpresa. Espero que lleguemos a tiempo.

Estoy compinchada con su abuela. Aunque no la conocía, en estos últimos días hemos hablado un montón de veces por teléfono.

Madre mía, esa mujer es la definición de espíritu joven.

Nos hemos apuntado juntas a unas clases de pintura la semana que viene, y, aunque estoy nerviosa por conocerla en persona, tengo muchas ganas.

—¿Habéis cogido todo, chicas? —pregunta Maggie.

—Si se nos olvida algo nos lo puedes enviar más adelante. —Le doy un beso en la mejilla—. No te preocupes por nada.

—Perdón, perdón. Es que estoy histérica.

—Tu tía nunca ha visto un partido de baloncesto, cariño. Y ya sabes que odia volar en avión.

—¡Will! —le riñe Maggie—. Tú ni caso, cielo. Estoy lista para la acción.

Llevo aquí un total de setenta y siete días en los que he podido sanar una gran parte de mi corazón. He estado en familia, más unida que nunca a mis tíos, que prácticamente son… mis padres, aunque nunca se lo he dicho.

Hemos hecho tantas actividades que ya he perdido la cuenta: talleres de cocina caseros, noches de cine, taller de velas, pádel…, pero sobre todo me he sentido llena de amor.

Avery, por otro lado, ha estado pegada a mí como una lapa, haciéndome ver que la amistad de la realidad puede ser incluso mejor que la de las películas. Hemos hecho llamadas con Sienna, con Aiden, con Nate…

Han sido unos meses increíbles, aunque también ha habido muchos lloros.

Al haber pasado tanto tiempo juntas, nos hemos abierto en canal, y, por Dios, siento tanto la vida que también ha tenido… Ojalá yo pueda demostrarle también a ella que se merece todo lo bueno del mundo.

Mis tíos han podido conocer a Nate, aunque fuese virtualmente. Maggie dice que, aparte de buena persona, ¡está como un queso! Y no se equivoca: es el chico más guapo del mundo, objetivamente hablando.

Los días que tocaba un partido suyo, esta familia de cuatro sacábamos las palomitas y cenábamos alguna receta experimental que Avery veía sabe Dios dónde, pero ¡qué bien cocina!

Después de tener muchas —pero que muchas— conversaciones con mis tíos, llegamos a la conclusión de que la felicidad que conseguí viviendo en Silver Springs dependía de muchos factores que no tenía aquí, y que el rumbo de mi vida debía de tomar la dirección del camino de vuelta.

Fueron muchas las lágrimas, pero les prometí que vendría a verlos una vez al mes.

Mis tíos querían conocer a Nate en persona, era la única condición para empezar mi vida oficialmente lejos de ellos. Así que, aprovechando la pasión de Will por el baloncesto, decidimos darle una sorpresa entre todos.

—Vale, chicas… —dice el tío Will levantando los billetes—. Si queremos llegar antes del inicio del partido, más vale que no perdamos más tiempo.

Maggie resopla.

—Odio las turbulencias. ¿Y si tenemos un accidente? ¿O el piloto está loco?

—Maggs —la interrumpe Will, con calma—. No va a pasar nada. Y si pasa, nos morimos juntos.

—Keyla, tu tío es un poeta —dice Avery, riéndose—. Quiero un Will en mi vida.

—Ni lo sueñes, jovencita —responde Maggie, agarrándose de su brazo—. Este es mío.

Una vez dentro del avión, me siento al lado de Avery, que me coge de la mano.

—¿Estás nerviosa? —pregunta.

—Un poco, pero no me pongo nerviosa como antes, ¿sabes? —reconozco—. Me siento… emocionada.

—Ya no es todo miedo, ¿no?

—No, Avery. Ahora hay espacio para más cosas.

Con lo que pasó con mis padres biológicos, Ellie y yo nos vimos de manera online unas cinco o seis veces, y fue la mejor decisión que pude tomar como muestra de amor propio.

Miro por la ventanilla y recuerdo las palabras de una sesión en especial que tuve con ella esta semana en la que yo le explicaba que no sabía cómo no ponerme nerviosa en ciertas situaciones.

Hablamos del miedo, del adaptativo y del que no lo es tanto. En medio de ese caos de información llegamos a la conclusión de que, a veces, tenemos que darle a la vida otro significado. A veces no basta solo con hacer las cosas que nos dan miedo, sino que hay que hacerlas desde otro lugar, uno más amable y compasivo.

Resignificar es darle otro color a esas experiencias tan vitales que interpretamos como negativas, como puede ser socializar con

alguien con quien no tengo confianza, hablar en público de algo que me apasiona o hacer cosas sola.

Si cuando las hacemos tenemos pensamientos que nos hacen anclarnos al presente y darnos cuenta de lo afortunados que somos por poder vivirlos, parece que todo es mucho más fácil.

Así que aquí estoy: de camino a mi nueva vida.

Will se inclina hacia nosotras desde el asiento de delante.

—Por cierto, Keyla, ¿has escrito a Dottie para que nos recoja?

—Sí, y me ha dicho que ya ha preparado vuestras habitaciones y que va a hacer una comida riquísima.

—Esa mujer es un encanto —dice Maggie.

Cuando el avión despega, mi tía hace un sonido con el que parece que el alma se le va a salir del cuerpo y el avión entero se ríe.

Aterrizamos horas después con un hambre mortal, ya que nos quedamos todos dormidos cuando trajeron la comida.

Dottie está a lo lejos, esperándonos con Asia.

—¡Keyla! —Me abraza como si me conociera de toda la vida—. Eres guapísima en fotos, pero en persona estás a otro nivel, muchachita.

Asia me estruja por la espalda, emocionada.

—No te imaginas las ganas que tenía de volver a verte.

—Yo también —respondo.

Entre presentaciones, Will señala su reloj porque, a decir verdad, vamos justos de tiempo.

Salimos rápido hacia el aparcamiento en el que nos espera un coche enorme de color rojo con los cristales tintados.

—Espero que no juzguéis lo que vais a ver ahora —Dottie nos abre el maletero—, porque voy a hacer cosas ilegales.

—Abuela, los estás asustando.

—Que se vayan acostumbrado, que vamos a ser familia.

Will se echa a reír sin saber la que se le viene encima. Unos minutos después, estamos a punto de echar por la boca la poca comida que teníamos en el estómago. Dottie va a toda velocidad por la carretera, esquivando coches y saltándose todos los semáforos.

Mis tíos me miran preocupados, pero a mí me hace gracia la situación, al igual que a Avery, que va cómodamente hablando con Asia.

—Este es el plan —anuncia Dottie—. Vamos directamente al pabellón y ya habrá tiempo para dejar las maletas. He traído una camiseta para cada uno, pancartas y megáfonos.

—Abuela, creo que se piensan que te falta un tornillo —le susurra Asia.

—Dottie, creo que eres mi animal espiritual. —Avery se acerca a ella—. Tienes que conocer a mi abuela, os haríais amigas.

—¡Ay! No sé si tengo edad para que una amiga me aguante.

—Le vas a caer genial.

Se enzarzan en una conversación acerca del Grey's mientras llegamos al pabellón. La afición espera fuera, con bombas de humo de colores, camisetas del equipo, música y alcohol.

Aparcamos y nos ponemos las camisetas con el número nueve, y, aunque llegamos bien de tiempo, vamos corriendo para no perdernos la presentación.

El murmullo del interior se intuye desde fuera gracias a los bombos, las bocinas y la música que suenan.

Corriendo por el pasillo, vamos viendo diferentes puestos de comida y mi estómago ruge.

—Prométeme que en el descanso nos comeremos dos perritos cada una o me desmayaré —dice Avery mientras olisquea el aire.

—Dos perritos llenos de queso, prometido.

Puerta 104: la nuestra.

—¿Lista? —pregunta Asia.

—Más que nunca —respondo, sintiendo el corazón en la garganta después de llevar semanas sin ver a Nate.

Sé que al otro lado de la puerta está Nate calentando, sin imaginarse que estoy aquí.

Entrar es como haber subido el volumen de mi cabeza de golpe, algo que hace tiempo me pondría nerviosa. No me gustan los sonidos fuertes, lo reconozco, y dudo que me hagan sentir indiferente algún día, pero mientras los escucho miro alrededor y veo lo afortunada que soy.

Dottie entra y nos señala donde está nuestra zona en el reservado. Desde aquí se ve la cancha completa, iluminada como si estuviese viendo una película, y también vemos a los amigos de Nate, que también están allí.

Empezamos a bajar las escaleras y entonces veo a mi número favorito.

La estrella del equipo.

Mi estrella.

El número nueve.

Está metiendo canastas sin parar, concentrado con los auriculares puestos. Recibe balones, salta y encesta con una facilidad insultante.

La camiseta marrón grisáceo de entrenar se le ajusta al cuerpo, y no puedo dejar de pensar en que no tiene sentido lo bien que me alimento.

Lo busco con la mirada antes de bajar el último escalón, pero no me ve. Avery me empuja suavemente por la espalda mientras Dottie camina delante de nosotros y, como una gallina orgullosa con sus polluelos, va delante levantando una pancarta enorme donde pone: NATE MILLER, EL ORGULLO DE LA ABUELA.

Cuando me giro, Avery está llorando como una magdalena y Will está con los ojos como platos viendo el espectáculo de luces de antes del partido.

Pasamos a la zona VIP en la que vemos a Wyatt, Lach y Aiden. Están sentados al frente, con sus respectivas camisetas y una cantidad ingente de comida.

—Ya sé dónde me voy a sentar. —Avery me adelanta y se va directa hacia ellos.

Wyatt se levanta de golpe cuando nos ve, y se pone a discutir con Avery. Me parece que ya forma parte de su rutina habitual, pero cuando me doy cuenta ella ya tiene un trozo de perrito caliente en la boca.

—¡Keyla! —Aiden se levanta para darme un abrazo.

—Hola, chicos —saludo, con los colores en las mejillas.

—Estás guapísima —añade Lach, con una sonrisa.

Yo asiento, sin poder hablar mucho, porque el corazón me sacude por dentro.

Pum, pum.

Me tiemblan las piernas cuando me giro para mirar al campo y veo que Nate recoge una pelota que rebota hacia él desde el otro extremo. Se gira para devolvérsela a su compañero y sus ojos se cruzan con los míos.

La cara de bobo que se le queda siento que es un reflejo de la mía. Frunce el ceño, como si se estuviese cuestionando si necesita gafas mientras la pelota se le escurre entre las manos.

Dottie me aprieta la mano.

—Acércate, venga —susurra.

Intento dar unos pasos hacia el extremo de la barandilla, pero no puedo. Sin embargo, él no tiene ese problema porque ya está viniendo hacia mí.

Ignorando los gritos de su entrenador y las miradas de todo el estadio, Nate llega hasta el borde de la grada, se apoya en la barandilla y estira los brazos hacia mí, y parece ser que eso es lo que necesito para que mis pies reaccionen.

Nuestros cuerpos se reconocen como pueden, debido a la separación que hay entre nosotros.

Está empapado, pero incluso hasta así huele bien. Se separa de mí y se queda a unos centímetros de mi cara.

—¿Eres real? ¿De verdad estás aquí?

—Tan real como que vas a ganar este partido.

Nate suelta una risa incrédula, una que le ilumina los ojos de esa forma que tanto he echado de menos. Sin importarle que haya miles de personas mirando, tira de mí hasta que nuestros labios se chocan y siento el sabor salado del sudor de su piel mezclado con el mío.

No es un beso de película, es mejor. Es un beso desesperado, lleno de promesas, amor y futuro.

El estadio entero estalla en vítores y silbidos, pero a mí me da igual. Me aferro a su cuello, sintiendo el latido desbocado de su corazón contra mi pecho a través de la camiseta.

Un silbato suena estridente en la pista, rompiendo nuestra burbuja.

Nate se separa apenas unos milímetros, apoyando su frente contra la mía.

—Estás aquí.

—Estoy aquí, Nate. Y no pienso irme a ninguna parte.

Él me da un último beso rápido, comedido, en la comisura de los labios, y me guiña un ojo antes de soltarme.

—Entonces prepárate, Moon. Porque este partido va por ti.

Se da la vuelta y corre de regreso al centro de la cancha, y, mientras lo veo alejarse con su apellido en la espalda, sé que, pase lo que pase, ya he ganado.

56
Una pequeña gran familia



Nate Miller

RADIO BREAKING NEWS — Nate Miller hace historia
Por: Adam Thornton | 13 de abril | NCAA

Nate Miller, escolta estrella de los Silver Bears, ha batido esta noche el récord histórico de triples de la NCAA con tan solo veintiún años, firmando una actuación que ya se considera uno de los momentos más icónicos del baloncesto universitario moderno.

En el último partido del March Madness, Miller ofreció un espectáculo inolvidable: triples imposibles, ritmo imparable y una sangre fría impropia de su edad. Con treinta y nueve puntos y un acierto exterior que rozó lo absurdo, coronó a los Silver Bears como campeones indiscutibles de la competición.

Su actuación ha desatado una auténtica batalla en la NBA: Lakers, Celtics, Knicks y Warriors son solo algunos de los equipos que han mostrado interés de forma oficial. Fuentes internas aseguran que «Nate Miller es el jugador que todos quieren y él tendrá la última palabra».

Sin embargo, los más cercanos aseguran que el «Chico estrella» no tiene prisa por firmar contratos multimillonarios. Al parecer, su prioridad actual no está en la costa oeste ni en la este, sino en algún lugar mucho más personal que, por ahora, mantiene bajo llave.

Miller, que ha sido tendencia mundial durante toda la noche, se perfila como uno de los talentos más prometedores de su generación.

Un fenómeno que combina técnica, carácter y un instinto competitivo fuera de lo común.

Pero más allá de los números, una cosa está clara:

La era Nate Miller acaba de empezar.

Dejo el periódico sobre la mesita de noche y suspiro, frotándome los ojos. Es extraño leer sobre ti mismo en tercera persona, como si ese «Nate Miller» fuera alguien que no conozco, pero que soy yo al cien por cien. El Nate del periódico es una estadística, una promesa de dinero y fama.

El verdadero Nate es el que está ahora mismo en la cama, viendo cómo la chica de sus sueños se pasea por la habitación llevando puesta nada más que la camisa que me puse anoche en la celebración.

Keyla se está terminando de peinar frente al espejo. La camisa le queda enorme, cayéndole hasta la mitad de los muslos, dejando un hombro al descubierto. Es la imagen más sexy que he visto en mi vida, mucho mejor que cualquier portada de revista.

No sé si se da cuenta de la tortura que es para mí tenerla así, con tan poca ropa, cuando está cerca de mí.

—¿Dice algo interesante? —pregunta ella, atrapando mi mirada en el reflejo.

Estiro el brazo para atraparla por la cintura cuando pasa cerca de la cama.

—Lo único interesante está aquí.

Keyla se ríe y me regala mi sonido favorito, dejándose caer sobre la cama. Huele a caramelo y a mi gel de ducha de olor a sándalo. Enredo los dedos en su pelo, tirando suavemente de ellos hasta que su boca queda a milímetros de la mía.

—Tengo hambre, Blake —susurro contra sus labios.

—Yo también —susurra, deslizando la mano por debajo del borde de la camiseta.

Ella jadea cuando mis dedos suben un poco más y el beso se vuelve más profundo, más urgente. Nos olvidamos del periódico, del baloncesto y de todas las personas que nos esperan abajo.

Nuestras lenguas se enredan y cambian de lugar cuando baja la cabeza sobre mi cuello. Lo humedece y me pone un dedo en los labios para que le deje hacerme lo que ella quiera.

Poniéndose cómoda sobre la cama, se sube encima de mí hasta ofrecerme unas vistas que solo pueden llegar a ver los dioses.

—Madre mía, Moon.

—¿Qué?

—Ya sabes qué.

Keyla se inclina un poco más hacia mí, y puedo sentir el peso suave de su cuerpo encajando justo donde más lo necesito. Su respiración me roza la mandíbula; sus dedos, finos y fríos al principio, dibujan una línea lenta por mi pecho que me hace apretar los dientes.

—No, no sé qué. —La cara que pone hace que me duela la entrepierna.

—Me vuelves loco, joder —digo con una mueca de dolor.

—No sé por qué… —repite ella, con esa voz que usa cuando quiere hacerme perder la cabeza.

—Keyla… —Mi voz sale ronca.

La atraigo hacia mí con una mano en su mandíbula y la otra en su culo, y cuando estoy a punto de empezar a jugar con mis dedos…

—¡Tortolitos! —La voz de Avery suena detrás de la puerta—. ¡Arriba las manos! Voy a entrar.

Keyla se tensa encima de mí y suelta una risa ahogada, apartándose el pelo de la cara.

—¡Ni se te ocurra entrar, Avery! —grita ella, aunque se está riendo.

—Vale, no entro. Pero la abuela Dottie dice que si no estáis abajo en cinco minutos, se comerá vuestras hamburguesas. La barbacoa está lista.

—¡Allí estaremos! —responde Keyla.

Escuchamos los pasos de Avery alejarse corriendo por el pasillo. Nos miramos un segundo en silencio y estallamos en carcajadas.

—No vamos a tener ni un momento de paz estos días, ¿verdad? —bromeo, dándole un último beso rápido antes de dejarla ir.

—Bienvenido a la familia que hemos creado, Nate Miller.

Cuando bajamos al jardín trasero, la escena que nos recibe es digna de enmarcar.

El sol de la tarde baña el césped donde Wyatt y Aiden están intentando enseñar a Will a lanzar un balón de fútbol americano, aunque creo que Will está más interesado en explicarles la física detrás de la trayectoria.

Lach es el encargado de la parrilla, con un delantal ridículo en el que se lee «Besa al cocinero», mientras discute con Dottie sobre el

punto exacto de la carne.

Maggie y Asia están sentadas en las tumbonas con copas de vino, riéndose de algo que Avery está escenificando con gestos exagerados en medio del jardín. Parece que han hecho buenas migas y ahora mismo solo puedo pensar en que por fin tengo todo lo que quiero entre mis manos, y he conseguido que las personas que quiero también puedan disfrutarlo.

—Míralas —susurra Keyla, apoyando la cabeza en mi hombro—. Parece que Maggie y Asia han hecho buenas migas.

—Asia necesitaba conocer gente, salir del pequeño círculo de máxima seguridad en el que se había encerrado conmigo y con la abuela.

—Pues le va bien, ¿no?

—Todo gracias a ti. —La cojo por la cintura.

—Es gracias a los dos. Mitad y mitad.

Keyla va junto a sus amigas, aprovechando que ve poco a Sienna debido a su trabajo. Se tira encima de ellas y empiezan a reírse mientras miran el teléfono de Avery, que parece estar enfadada por las bromas.

—Nate.

Una voz detrás de mí hace que me enderece. Sé de quién es esa voz y, aunque me cueste reconocerlo, me hace feliz que esté aquí.

—Papá —miro al microbio que está escondido, como ya parece ser costumbre, detrás de él—, pequeño Theo.

—*Mo-mi-na*.

—¿Otra vez hambriento? ¡Has comido hace una hora!

—Presiento que se parece a alguien —digo con una sonrisa.

—Hola, chicos —dice Keyla rodeando mi cintura—. Soy Keyla. Tú debes de ser el pequeño Theo, ¿verdad?

El pequeñín tímido que solamente interactúa con mi padre sale corriendo hacia ella. Keyla, sorprendida, lo recibe agachada con los brazos abiertos para cogerlo en brazos.

—Vaya, parece que le gustas, Keyla. —Mi padre alarga la mano—. Soy Bobby.

—Encantada. —Keyla intenta darle una mano, pero no lo consigue porque el pequeño Theo no para de darle besos.

—¿Cómo están mis chicos favoritos? —La abuela estruja a papá.

—Mamá, dime que has hecho salsa ranchera. Necesito una cantidad ingente de ella para sobrevivir a este crío.

—He hecho una degustación de salsas, Bobby. ¿Te acuerdas de la que te hice aquella vez con hierbas?

—¿La que hiciste una vez y nunca más?

—¡Esa! Es que me había olvidado de la receta.

Mientras hablan, vamos colocando las mesas para sentarnos al aire libre del jardín. Estamos todos: la familia al completo.

Me siento extraño porque, por una vez en la vida, siento que no me falta nada. Había estado buscando tanto fuera de mí que me olvidaba de que hay una parte del interior que no se puede llenar con nada más que con la compañía de la gente que quieres y que te quiere.

Comemos hasta reventar: costilla, salchichas, patatas asadas e incluso tarta. Las chicas están cantando en un karaoke improvisado que se han hecho, pero falta Avery, que lleva un rato desaparecida.

Mi padre y Will hablan, y la abuela y Maggie han hecho muy buenas migas.

Es curioso, casi irónico, cómo funciona la biología. Nos pasamos la primera mitad de nuestra vida creyendo que el árbol genealógico es una sentencia, un mapa inamovible que dicta quiénes somos y a quién debemos lealtad. Nos dicen que la sangre es un lazo sagrado, pero nadie te advierte que, a veces, esa misma sangre es la que más te hiela, la que te hace sentir pequeño, equivocado, o simplemente desgraciado en tu propia piel.

Creces pensando que el problema eres tú, porque no encajas en el molde. Y entonces, poco a poco, empiezas a soltar lastre. Es un proceso doloroso, casi quirúrgico, en el que vas podando las ramas que no te dejan ver el sol.

De ese bosque original, al final, apenas te quedas con uno o dos árboles. Personas que, como tú, llevan las mismas cicatrices en la corteza. Son esos supervivientes que comparten tu historia, que también fueron víctimas del mismo infierno y con los que te miras a los ojos sin necesidad de explicar nada, porque el dolor compartido crea un idioma propio.

Pero lo verdaderamente mágico ocurre después. Ocurre cuando dejas de lamerte las heridas y decides empezar a sanarlas.

Cuando sanas, te das cuenta de que el término «familia» es elástico, moldeable. Entiendes que el hogar no es un lugar físico ni un apellido compartido, sino una sensación. Y entonces, casi sin buscarlo, empiezan a llegar.

Son los perdidos, los rotos, los que también buscaban desesperadamente ser parte de algo. Almas que vagaban con sus propias grietas y que, de repente, encajan a la perfección.

Al final, terminas rodeado de esa pequeña gran familia. Gente que no comparte tu ADN, pero que compartiría contigo el último aliento.

Y entiendes, con una certeza que te calienta el pecho, que la verdadera familia no es la que te toca en el sorteo al nacer, sino la que tú tienes la valentía de elegir y con la que decides quedarte a vivir.

Me quedo observando a Keyla un momento. Se ve radiante, con esa luz propia que siempre supe que tenía. Y sé que es el momento.

Carraspeo, llamando la atención de los más cercanos.

—Oye, gente —alzo un poco la voz.

Aiden deja las pinzas y Dottie se sacude el delantal.

—¿Os importa si os robo a Keyla un rato? Prometo devolverla en una hora… o dos.

—Tío, necesito tus trucos para tener tanto aguante. —Wyatt me da un codazo.

—Calla, capullo. ¿Es que no piensas en otra cosa?

—¿A dónde te la llevas? —pregunta Maggie.

—Es una sorpresa —respondo.

—Trae a mi chica sana y salva, Miller —dice Will.

—Eso está hecho.

Keyla me mira con curiosidad, frunciendo el ceño mientras la guío hacia la salida lateral del jardín.

—¿A dónde vamos? —pregunta mientras entrelaza sus dedos con los míos.

—Ya he dicho que era una sorpresa.

—Tus sorpresas me ponen nerviosa porque nunca puedo devolvértelas.

—Claro que puedes. Me has devuelto la capacidad de elegir mi propio camino. Esto no es un regalo, es una inversión en la única

persona que creyó en mí cuando yo solo era un número en una camiseta.

—Pero, Nate, no necesito nada. Creo que ves cosas en mí que yo no veo, porque yo no puedo devolverte tanto.

—Eres asombrosa en todas las cosas que haces y quiero que puedas explotarlo para que el mundo pueda conocer un poco de ti, para que sea un mundo mejor.

Deja de caminar de pronto, pero sin soltarme la mano. Intento descifrarla, pero no lo consigo. Frunce la nariz y me sonríe con esos ojos brillantes.

—¿Sabes qué estaba pensando esta mañana?

—Dímelo —le pregunto mientras le acaricio la cara, acercándome más a ella.

—Puede resultar extraño, pero siento que conocerte ha sido como meterme dentro de una burbuja. Ahora siento que nada puede hacerme daño, porque todo lo malo que me pueda suceder pasa a través del filtro de tus ojos.

—Eso es el amor sano, Keyla. Tú me has dado esa misma fortaleza —digo, y siento que el pecho se me hincha por algo que no tiene nada que ver con el baloncesto.

Le pongo un dedo en los labios y vamos rumbo a su futura librería.

Ella no lo sabe, pero este trayecto va a cambiarle la vida.

Agradecimientos

Me resulta bastante raro estar escribiendo las últimas líneas de *Breathe Out*, porque eso significa que lo he conseguido y que tú, lectora, tienes un trozo de mi alma entre las manos.

Me había imaginado muchas veces a quién agradecería haber llegado hasta aquí, pero mi experiencia siempre intentaba avisarme de que era una zona peligrosa, ya que en esta vida la presencia de las personas fluctúa conforme vamos evolucionando. Si algo he aprendido de Keyla es que, si eso pasa, estaré preparada para ello.

Quiero empezar dando las gracias al equipo de Montena, en especial a Gema y a Alexia, sin cuyo entusiasmo esta historia en particular no sería la misma. Gracias por recibir mi proyecto con tanto cariño y hacerlo tan vuestro como mío.

Gracias a mi equipo de lectoras beta, que, si bien solo os había enseñado una parte pequeña de este proyecto que quise mantener en secreto también para vosotras, me convencisteis de que esta historia merecía ser contada.

Gracias a las personas que han vivido la historia de Keyla y Nate con el corazón en la mano. Nada me haría más feliz que poder ayudaros a alguna de vosotras a encontrar la luz en los momentos más difíciles.

Gracias a Julia, a mi niña. Eres imprescindible en mi vida, una de esas personas con las que nunca se me acaba la batería. Ojalá la vida nunca nos separe.

Gracias a Lisa, mi hada madrina o uno de los mejores regalos que me ha dado el baloncesto. Porque contigo aprendí que cualquier Navidad es hogar si podemos pasarla juntas.

Gracias a María, uno de mis mejores descubrimientos. Por recorrer el mundo juntas y porque nuestros sueños siempre sigan alineados.

Gracias a Sansa, mi dulce Sansa. Gracias por creer en mí desde el día que te hablé de esta idea, por ser mi lectora beta preferida —y ahora amiga— y por abrirme tu corazón, que es precioso.

Gracias a Rebeca, por ser mi fiel amiga desde hace tantos años. Estoy orgullosa de poder decir que todas las personas en las que nos hemos ido convirtiendo con el paso del tiempo siempre han sabido crecer juntas.

Gracias a Laura y a mi minifamilia de Barcelona. Porque a veces los niños perdidos también encuentran el camino de vuelta a casa.

Gracias a Booktok por las personas tan bonitas que me ha dado: Carla, Flora, Silvia, Sami, Lur, Sara, Alba, Edna, Cynthia… y muchas más; sois increíbles. Gracias por creer en mí.

Gracias a las amigas que el baloncesto me ha ido regalando y que he ido dejando por el mundo cuando voy cambiando de ciudad: Madrid, Valencia, Bilbao, y ahora, Texas.

La amistad de cada una de vosotras ha significado más de lo que vosotras creéis. Nunca os olvidéis de eso.

Gracias a Irene, mi psicóloga desde hace siete años, por ayudarme a volver a vivir. Gran parte de la persona que soy es gracias a ti.

Gracias a los Espinosa por enseñarme lo que es tener un hogar y por devolverme la fe en la vida. Siempre seréis mi segunda familia.

Gracias a mis abuelos por haberme dado la oportunidad de tener un hogar. Sé que lo hicisteis lo mejor que supisteis y, pasen los años que pasen, seguiréis siendo las personas más importantes para mí. Sois mis verdaderos padres y sin vosotros —y los libros que me comprabais cada fin de semana— esta historia no estaría escrita. Abuelo, las dos te queremos de aquí hasta el cielo, y espero que, cuando llegue el día para nosotras, podamos volver a encontrarnos y estar juntos para siempre.

Gracias a mi madre por darme la vida. Sé que la tuya no ha sido fácil, pero te prometo que algún día saldrá para ti un enorme sol.

Gracias a mi perro Peepo, porque no concibo una vida en la que tu aliento de tortuga no me dé los buenos días. Desde que llegaste a mi vida la llenaste de luz, mi fiel compañero. Ojalá te estemos dando una vida para recordar, porque sabemos que tu única forma de vivir es teniendo experiencias. Espero que te estés sintiendo el protagonista de una película de perritos viviendo por diferentes partes del mundo a nuestro lado.

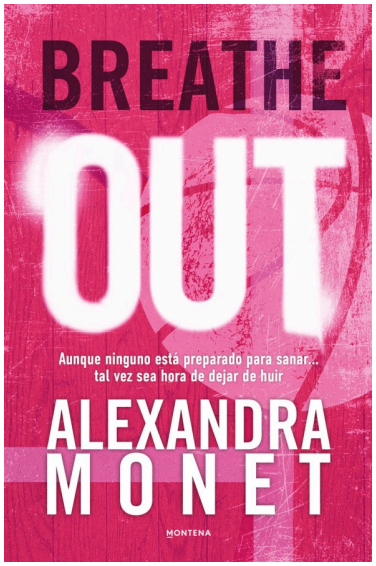
Gracias a Rubén, mi marido, la única persona del planeta que supera a cualquier protagonista de novela. Qué difícil se me hace hablar de ti sin sentir que todo lo que pueda decir se quedaría limitado por culpa de mis palabras. Es un honor ser tu mujer y caminar contigo en esta aventura a la que llaman vida. Gracias por empujarme a cumplir mis sueños y esforzarte cada día para ser ese hombre que toda persona querría a su lado.

Y, por último…, gracias a la niña que nació con un libro debajo del brazo. Sé lo sola que te sentías cuando veías a otros niños jugar sin

ti y lo difíciles que fueron para ti todos esos años, pero no sabes cuánto me alegro de que no hayas tirado la toalla. Gracias por ser como eres, por haber sobrevivido gracias a las historias que leías, por haber luchado por ti y haber peleado contra las injusticias de la vida. No sabes cuantísimo te admiro. Ojalá, al igual que tú, ningún niño pierda su esperanza y sepa que merece una vida mejor que la que le ha tocado.

Solo espero que, cuando vuelva a leer estos agradecimientos con el paso de los años, muchas otras de mis historias os hayan llegado al corazón. Nunca me olvidaré de las primeras palabras de gratitud que escribí con un moño en la cabeza, mi perro Peepo peleándose con su juguete sobre la alfombra y el hombre de mi vida esperándome para cenar mi comida favorita.

Aunque ninguno está preparado para sanar...
tal vez sea hora de dejar de huir...



Ella solo quiere ser invisible; él necesita sentirse visto.

Keyla Blake no sabe cómo vivir.

Desde que nació, la vida se esforzó en demostrarle que no vale para nada, ni siquiera para ser digna de cualquier tipo de amor. Para ella, el silencio y la invisibilidad son las únicas formas de sobrevivir. Movida por la poca esperanza que le queda, acude a un centro de terapia en el corazón de Silver Springs.

Nate Miller nació para ganar.

La estrella del baloncesto, el futuro de la NBA y el heredero de un apellido de prestigio. Nate es la imagen de la perfección, aunque carga con la asfixiante presión familiar y deportiva. Para él, Keyla no es como las demás, sino que es la única persona que mira más allá de su fama y le ofrece ser algo más que ser un jugador de baloncesto.

Alexandra Monet supo desde niña que las letras formarían parte de su futuro. Lleva sumergida en el mundo de los libros desde que aprendió a leer y estudió Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid. Siempre dice que escribe historias para esa parte de ella que aún tiene cinco años y sigue sintiendo que el mundo, a veces, se le queda demasiado grande.

Su primera novela explora las relaciones humanas y la fuerza de quienes se atreven a transitar el dolor. Apasionada de las historias que tratan distintos tipos de familia, el perdón y el amor, su pluma combina lo emocional con momentos en los que el humor también se convierte en una forma de sanación.

Cuando no está escribiendo, se pierde entre libros —especialmente las ediciones especiales de novelas de fantasía—, pasa tiempo con su perro Peepo o encuentra la paz con su rutina y el chocolate.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Alexandra Monet
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Imágenes de interior: Shutterstock

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Mireia Martínez
Ilustración de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87924-44-7

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Breathe Out

Nota de la Alexandra Monet

Playlist de Keyla & Nate

Prólogo. Keyla Blake

1. Solo un paso más. Keyla Blake

La chica invisible

2. El último trozo de pizza. Nate Miller

El chico estrella

3. Cuestión de valentía. Keyla Blake

4. Corazón azul. Keyla Blake

5. Todo es perfecto. Nate Miller

6. Solo es un primer día. Keyla Blake

7. El plan perfecto. Keyla Blake

8. Vuela, mariposa, vuela. Keyla Blake

El chico estrella

9. Helado de pistacho. Nate Miller

10. Un paso a la vez. Keyla Blake

11. Palomitas voladoras. Nate Miller

El chico estrella

12. Una dulce madriguera. Keyla Blake

13. Matcha y poesía. Nate Miller

14. No más fotos. Keyla Blake

15. Una mirada de verdad. Nate Miller

16. Llorar bajo la lluvia. Keyla Blake

17. Secretos y citas. Keyla Blake

18. Lejos pero cerca, ojos azules. Nate Miller

La chica invisible

19. Una flor empieza a nacer. Keyla Blake

20. Lo importante es intentarlo. Keyla Blake

21. Final de turno. Sienna Blackwood

22. Por la puerta de atrás. Nate Miller

23. Una casa diferente. Keyla Blake

24. Una estrella bajando del cielo. Nate Miller

25. La caja de Pandora. Keyla Blake

La chica invisible

26. Un rayo, pero de sol. Nate Miller

27. Cuestión de enfoque. Keyla Blake

28. Un golden retriever y un corgi. Nate Miller

29. Tardes de canela y pistachos. Keyla Blake

30. Corazón, chico. Nate Miller

31. Libros con tarta de limón. Keyla Blake

El chico estrella

32. Algunas cosas nunca cambian. Nate Miller

33. Sobrevivir no es vivir. Keyla Blake

34. La memoria de la piel. Keyla Blake

35. Pasado, presente y futuro. Keyla Blake

La chica invisible

36. Dulces sueños. Nate Miller

37. Con un gato se llora mejor. Keyla Blake

38. Todo son curvas. Nate Miller

39. Mi fruta favorita. Keyla Blake

40. Lluvia y sal. Nate Miller

41. Ahora somos tres. Keyla Blake

42. Pizza de chocolate. Nate Miller

43. Una primera vez es para siempre. Keyla Blake

44. El pasado siempre vuelve. Nate Miller

45. Rancho y spa. Keyla Blake

46. Una bala duele menos. Nate Miller

47. Lo que siempre fue mío. Nate Miller

La chica invisible

48. Memorias. Keyla Blake

49. Closing call, last call. Nate Miller

50. Chocolate caliente especiado. Keyla Blake

51. Una segunda oportunidad. Nate Miller

52. Los buenos siempre ganan. Keyla Blake

53. Un segundo, un minuto, unas horas. Nate Miller

54. Los sueños se cumplen. Nate Miller

55. La sensibilidad es un don. Keyla Blake

56. Una pequeña gran familia. Nate Miller

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Alexandra Monet

Créditos